

Historia de la Biblioteca Nacional

Estado de una polémica

Horacio González



Historia de la Biblioteca Nacional
Estado de una polémica

Historia de la Biblioteca Nacional
Estado de una polémica

Horacio González



*A David Viñas y León Rozitchner,
a quienes leímos tardíamente
y que nos honran con su amistad.*

A mis compañeros de trabajo.

*A los trabajadores, lectores y amigos
de la Biblioteca Nacional.*

*A Noé Jitrik, quien ofreció sus
conocimientos y amistoso estímulo.*

*A Hebe Clementi, compañera
de las horas difíciles.*

*A Nicolás Casullo,
con quien compartimos todos estos años
en la controversia y el afecto.*

A Elvio.

González, Horacio

Historia de la Biblioteca Nacional. Estado de una polémica. - 1a ed. - Buenos Aires
: Biblioteca Nacional, 2010.

336 p. ; 15 x 23 cm.

ISBN 978-987-9350-97-3

1. Biblioteca Nacional Argentina. Historia. I. Título
CDD 027.982

BIBLIOTECA NACIONAL

Primera edición, 2010

Dirección: Horacio González

Subdirección: Elsa Barber

Dirección de Cultura: Ezequiel Grimson

Coordinación editorial: Sebastián Scolnik y Horacio Nieva

Producción editorial: María Rita Fernández, Ignacio Gago, Ximena Talento,
Paula Ruggeri y Gabriela Mocca

Diseño editorial: Alejandro Truant

Colaboración: Laura Rosato

Agradecimientos: Ana María Miyono, María Etchepareborda, Fototeca Benito Panunzi

Primera reimpresión, 2023

Dirección: Juan Sasturain

Subdirección: Elsa Rapetti

Coordinación de Publicaciones: Sebastián Scolnik

Producción y diseño editorial: Ediciones BN

© 2010, Biblioteca Nacional

Agüero 2502 (C1425EID)

Ciudad Autónoma de Buenos Aires

www.bn.gob.ar

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión o digital en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o en cualquier otro idioma, sin autorización expresa de los editores.

IMPRESO EN ARGENTINA

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Índice

Prólogo	11
----------------	----

Capítulo 1

El momento fundador: sucesos de 1810

¿Quién escribe?	15
Moreno en Potosí; Franklin en Filadelfia	24
El cura Chorroarín y el debate sobre la fundación	28
El “Moreno” de Groussac	40
Vestigios arquitectónicos	44
Segurola, el “Doctor Óxido” y el fraile “Granizo”	46

Capítulo 2

***Intermezzo* rosista: el interrogatorio de la Cámara de los Comunes**

De Angelis	49
Los sacerdotes Grela, Terrero y Elortondo	59
Luego de Caseros: Sastre y Tejedor	68
Donaciones de Segurola y Balcarce	71
La Biblioteca de <i>Amalia</i>	71
Bibliotecología bismarckiana	76
De Biblioteca Pública a Biblioteca Nacional: 1884	79

Capítulo 3

En tiempos de Groussac: la cuestión morenista

El extranjero	83
“Campo intelectual”	86
Liniers	94
El yrigoyenismo toma la Biblioteca: 1905	97
<i>Plan de Operaciones</i>	100
Georges Clemenceau: amistades del Centenario	103
Filología vanguardista y conservadurismo ilustrado	109
Sombrías razones de la administración nacional: 1930	114
Los que pasaban: Pellegrini, César Tiempo, Ernesto Palacio,	115
Martínez Estrada, Halperin Donghi, Juan José Sebrelli	

Capítulo 4

Bibliotecología y antisemitismo: la época de Hugo Wast

Protocolos de una biblioteca	127
César Tiempo, el otro seudónimo, el seudónimo del otro	135
Boleslao Lewin	138
Una compra y un duelo (I): otro hombre de Toulouse	139
Una compra y un duelo (II): se baten dos bibliófilos	145
1943: Nostradamus	151
1944: el proyecto del nuevo edificio	153

Capítulo 5

La era borgeana

1955: demoler	157
Construir	159
Nombrar	161
Las cenas herejes	167
Después de Borges	188
La Biblioteca en tiempos de oscuridad	190

Capítulo 6

El drama de la actualidad: archivos, sindicatos y tecnología

Los nuevos turnos políticos	193
Libros jesuíticos	203
Años vertiginosos: de 2000 hasta nuestros días	205
Elvio Vitali: un librero en busca de sus raíces	208
Tecnologías	210
Sindicalismo de Estado	222
Reflexiones sobre archivos y bibliotecas	226
Epílogo: la cuestión del Bicentenario	240

Colofón	247
----------------	-----

Borgismo y tradición nacional-popular

Notas	253
--------------	-----

Breve historia de la Biblioteca en imágenes	273
--	-----

Prólogo

Un libro puede ser fruto de una conmoción repentina o de una demorada estadía en la intemperie. Sin ceder en lo primero, creo que este libro es producto de lo que mencionamos en segundo término.¹ Varios años en la dirección de la Biblioteca Nacional, viviendo los avatares cambiantes de su agitada vida diaria, me han impulsado a escribirlo, a modo también de memoria personal, aunque esto último nunca se imprime como sello dominante sobre lo que importa, que es trazar una hipótesis aceptable sobre el itinerario de una institución fundamental del país.² Pero no hay institución sin las circunstancias que convocan y reagrupan biografías personales, circunstancias cambiantes de un momento colectivo que de repente conjuga voluntades.³

Esta historia de la Biblioteca Nacional quiere ser, a la vez, una historia de sus ensueños bibliotecarios y de las quimeras literarias del país.⁴ También de sus nada secretos filamentos políticos. No es la primera historia que se escribe sobre ella.⁵ No será la última. Su condición de dilema público y cultural no puede agotarse. Y mientras eso suceda, la Biblioteca seguirá viva y desafiante. Más allá de sus dos denominaciones —Biblioteca Pública y luego Biblioteca Nacional— y de sus tres edificios —el de la calle Moreno, el de la calle México y el de la calle Agüero—, mantuvo un único hilo conceptual que construye su conciencia bicentenaria. Sin embargo, como toda historia, puede ser un campo de pruebas, un juego entre lo expectante y lo truncado. En un sentido, contiene la historia del propio Estado nacional. En otro sentido, es huidiza al intento de darle un carácter unívoco a su desarrollo o a declarar que importan más sus funciones que su origen o que sus discontinuidades políticas. Por eso nos rehuye sin dificultad cuando se quiere imaginarla como una e indivisible a lo largo de todas sus épocas. Pero también se nos escapa si con rápidas facilidades pasamos por alto la polémica sobre su fundación, que en esencia constituye el tema de cómo las instituciones se relacionan con las ideologías de cada época. Nosotros la afirmamos morenista. El joven y enigmático político Mariano Moreno surge de las querellas sobre el origen con la signatura de fundador. Pero no sin reconocer la difusa imagen de los actos fundadores. Ellos nos ofrecen una historia naturalmente díscola al inmediatismo de los héroes.

En un sentido más, la historia del funcionamiento de la Biblioteca suele dejar la idea de una demora, una desidia o un incumplimiento. Esta cuestión se arrastra en centenarios documentos que pasman con su insistencia y reiteración. Sus quiebres e intermitencias podrían obligarnos entonces a

que se nos exima de una historia uniforme que no fuera la de sus deficiencias institucionales. ¿Pero disolveríamos la noción de Biblioteca Nacional en una serie de períodos interrumpidos por fallidos procedimientos políticos y en la infinita multiplicidad de sus avatares administrativos? En este como en otros temas, Paul Groussac nos sirve de inspiración. Su *Historia de la Biblioteca Nacional*, escrita a fines del siglo XIX, bajo la apariencia de ser una historia de los directores del establecimiento, consigue acercarse a una historia moral e intelectual de la Argentina. Desde la guerra hasta la catalogación de libros, lo que ahí aparece se convierte en un ensayo de historia de las pasiones públicas e intelectuales. Estas son anegadizas, nunca alcanzan, buscan el rigor anhelado y al desilusionar mostrando que el hábito era mayor que la aventura, son tratadas con la severidad que se le dedica a los indolentes.

Ese fue el partido de Groussac, que impone su *Historia* —un modelo de escritura, sarcasmo y alarde que refleja la conservadora modernidad del autor— para dar un corte a los tiempos e inaugurar un período nuevo. No es ese nuestro camino. Sobre el subsuelo del gran relato de Groussac, asentamos y proyectamos nuestro propio recorrido, la Biblioteca vista como una reiteración de temas y dilemas en el tiempo, como una circularidad que no es maleficio sino insistencia temporal en desarrollos que ni son lineales ni acumulativos. Pero que aquí y allá rompen el hechizo para dar momentos de excepcionalidad o rareza innovadora. Pensamos, por esto mismo, en términos de un archivo en el que siempre alguna pieza queda sin clasificar, no por olvido o impericia, sino por noble resistencia a las clasificaciones. Tal es el motor de la historia, el reverso de un orden que sin embargo debe ser constatado. El secreto mismo de las instituciones se encuentra ahí: lo que pueden clasificar o numerar se hace a costa de un residuo que, como escoria testaruda, no se deja sujetar. Con estas premisas, que resumiríamos como una exploración del percañe y del envés del percañe de una institución, escribimos nuestra historia del orden bibliotecario argentino.

La historia que vamos a presentar mantiene, pues, la unidad de un concepto —el de Biblioteca Nacional— a lo largo de sus múltiples formas, sentidos y apariciones. Pero siempre que el concepto preserve su carácter alusivo, a fin de no ilusionar a nadie con una historia tan bien contada que en la misma medida no sería la literalmente ocurrida. He aquí lo que puede llevarnos a una historia nacional, subespecie literaria, simbólica y desde luego tecnológica: todos ellos, campos de una disputa de significados, como la que en esencia envuelve a todas las instituciones. Si entonces se confesaran las referencias últimas de todas las dimensiones de la historia de la Biblioteca Nacional —la sucesión de personas que la

dirigieron, las querellas que sostuvieron, las modalidades catalogadoras, los estilos administrativos, etc.—, llegamos al núcleo vivo de la polémica misma sobre la cultura nacional. Este núcleo no deja de tener el incesante signo de un dilema: qué porción de interés le reservamos a las tradiciones humanísticas, y cómo vinculamos a ellas —haciéndolas inherentes al corazón del problema— las primicias de las tecnologías que son fruto de los grandes órdenes clasificatorios que hacen del “dato” un elemento de lo real y también la realidad de una implícita teoría del conocimiento.⁶

Todas estas dimensiones del discurso bibliotecario no constituyen una unidad acabada, como es previsible, pues en esta materia solo existe lo irresuelto. Se trata de algo que aturdiría cada vez que se lo intentara cerrar sobre sí mismo. A la historia de la Biblioteca Nacional tampoco se la entiende cancelada en su presente conceptual ni en los cálculos promisorios que conjeturablemente le esperarían. No se arroja sobre la Biblioteca Pública de antaño la sombra congelada de la Biblioteca Nacional de hoy. Ni sobre esta la imagen deconstruida de una biblioteca de los antepasados que no es hoy mucho más que nuestra lucha por intuirlo. ¿Dónde estaría aquella sociedad lectora, consultante y ávida de siglos anteriores que podría redefinir este presente bibliotecario, con su espesura de institución de Estado? A nuestra imaginación le gustaría responder que en ella se guardan los gestos que expandidos resultan los garantes del horizonte presente. Pero eso sería así a condición de aceptar que demasiado se nos escapa lo que creíamos capturar del pasado. Guardémonos pues de practicar la retrospección de una Biblioteca Nacional ya consumada, ordenando con optimismo los tímidos años del pasado. Podrían ser ellos la garantía para llegar a los años presentes si no contuvieran el olvido, la pérdida, el desvío persistente de su realidad cruda respecto de los fines que se proclaman.

Basta imaginar la noción de que alcanzamos algo para que lo estemos aplazando. La historia es un arte de disimulación respecto de conceptos que nunca pueden ser unívocos, pero que precisamos por un momento verlos bajo el velo de su condición madura, resuelta, acabada. La Biblioteca Nacional es concepto acabado pero su forma real se reclama irresuelta. Bajo esta paradoja nos permitimos escribir su historia.

Capítulo 1

El momento fundador: sucesos de 1810

¿Quién escribe?

Hay algo de incierto en toda historia que se precie. Los archivos existen para disipar el incordio de esa imprecisión que acompaña todo hecho histórico. Pero la vacilación de la acción humana siempre escapa a la fiijeza de los papeles e indicios escritos. Los que tenemos de Mariano Moreno, fundador de la Biblioteca Nacional, muestran que la consistencia de la fugaz papelería poseída es casi equivalente a la vaguedad esencial de todo documento histórico. En primer lugar, porque Moreno suele no firmar algunas piezas fundamentales de la *Gazeta de Buenos Ayres* que seguramente escribe, y por el contrario, algunos de sus textos firmados aún discutimos si le pertenecen. Y luego, porque el mero paso del tiempo nos deja un terreno admirable pero escurridizo para lo que siempre interesa. Es la hazaña de recrear los momentos en que un documento fue escrito y percibir el trazo indeleble que podría rescatarse de los ojos que originariamente lo han leído. O bien, discernir las conmociones colectivas que pudo haber provocado el mero hecho de haber sido escrito en su tiempo, lugar y forma. Con las huellas que deja Moreno nunca es fácil afirmar que esos rescates y discernimientos son posibles.

Su caso pone a prueba a los historiadores. Estos deben su existencia no tanto a la convicción de que lo ocurrido puede ser develado sino a la sospecha de que aun contándose con los sustentos adecuados no pueda saberse la verdad. Es que la verdad que deseáramos que pronuncie íntimamente cada época, cada hecho o cada escrito, no la sostiene un iluso papelerío sino la capacidad de imaginarla que el futuro le devuelve. Por ejemplo, tenemos el editorial del 7 de junio de 1810 de la *Gazeta*. Es su primer número. Surgidos *seguramente* de la pluma de Moreno, el lector de la época ha leído estos párrafos:

Cuando el Congreso general necesite un conocimiento del plan de gobierno que la Junta Provisional ha guardado, no huirán sus vocales de darlo, y su franqueza desterrará toda sospecha de que se hacen necesarias o temen ser conocidos, pero es más digno de su representación, fiar a la opinión pública la defensa de sus procedimientos y que cuando

todos van a tener parte en la decisión de su suerte, nadie ignore aquellos principios políticos que deben reglar su resolución. Para el logro de tan justos deseos ha resuelto la Junta que salga a luz un nuevo periódico semanal, con el título de *Gazeta de Buenos Ayres*, el cual sin tocar los objetos que tan dignamente se desempeñan en el *Semanario del Comercio*, anuncie al público las noticias exteriores e interiores que deban mirarse con algún interés.

Conocimiento, franqueza, fidelidad son los temas aludidos por el escritor del editorial. Y, tras ellos, la indicación de que no se omitirá dar a luz a los planes de gobierno, sea por la necesidad de aventar el temor de los gobernantes a la explicitación de sus medidas, sea para apartar la sospecha de que no quieren exponer sus procedimientos. Sin duda, este resulta ser un tema moreniano principal. La idea de visibilidad del poder público es solicitada por Moreno de modo diferente en muchos de sus escritos. En un sentido, afirma la opinión de que la igualdad es generada por la virtud de hacer salir a luz los contenidos y supuestos de toda decisión política. En otro sentido, matizará dubitativamente la idea del ciudadano ilustrado en relación con la capacidad de los pueblos para ejercer la autodeliberación. Sin embargo, a pesar de que el tema invocado es tan moderno —o si se quiere, tan persistente—, decididamente otra es la respiración del escrito. “Respiración”, decimos, en el sentido que David Viñas le ha dado a esa palabra de la crítica: un texto que es más que texto, porque se vuelca hacia lo que ya comienza a ser un cuerpo, un *objeto viviente* que tiene funciones que no saben de sí y jadea en el mismo aire de hombres concretos que bufan junto a él. Aunque sean antiguallas, las piezas escritas reviven cuando en un turbio momento imaginario —un momento futuro— se las hace equivaler a seres humanos cumpliendo sus actos vitales en el mundo.

¿Por qué así? Quizá porque el aire condicional, hipotético y suavemente conjetural de esos párrafos de Mariano Moreno nos sugieren un estilo de escritura que podríamos considerar afectado por una contractura irresoluble. Algo que es el detalle de un texto con un nudo irresuelto y carente de nítidas concordancias. Es un barroquismo colonial de bufete, entrecortado por finos arabescos. Está tan repleto de cultismos como de razonamientos anfractuados. Es el Estado altísono, que aun para decir que deben tener visualización inmediata las medidas gubernamentales recurre a manierismos y oriflamas. En la hinchada escribanía escuchamos hablar a un togado al que le gusta rarificar la frase a fuer de elegancia y hacerla grandilocuente, encrespada. A veces logra impagables construcciones; a veces resiente lo que ofrece con innecesarios caracteres adversativos y

colmos de acicalamiento. La voz de Moreno se oye entre altos sillares de la Administración. Solo que lo que se anuncia como una publicación de noticias “que deban mirarse con algún interés” —definición burocrática que le quita dramatismo al verdadero significado de la hora—, termina siendo un periódico escrito en gran parte por Moreno con su cualidad recargada y postiza, lo cual no le impide llegar a fórmulas extrañamente imaginativas.

Podemos poner a prueba lo que decimos con un documento que nos interesa especialmente, el que es tenido como columna fundante de la proto-idea de Biblioteca Nacional, que entonces será llamada Biblioteca Pública. Se trata del artículo sin firma publicado por la *Gazeta de Buenos Ayres* el 13 de septiembre de 1810, considerado (en general y también por nosotros) de autoría de Moreno, en el cual la junta gubernativa decide “formar una Biblioteca Pública”. La redacción está concebida con la referida prosa sobrecargada, abrumada por el peso de oscuras gramáticas pero *respirando* —se repite este concepto— una fresca inventiva. Escrituras áulicas, fraseo abogadil, pero —como lo dijo Paul Groussac de estas mismas oraciones— tomadas por un indisimulado eco antiguo, con la acústica de un Tácito o un Quintiliano. El artículo se titula “Educación” y ahonda de un modo singular, no frecuente en el desarrollo posterior de la historia argentina —salvo Echeverría en la *Ojeada retrospectiva*—, en el tema de la guerra como penosa opción que debe tomarse afligidamente. Es que otras artes y tareas a las que los hombres estaban destinados quedarían abandonadas o damnificadas. La guerra es barbarie, que pasaría de ser un avatar trágico pero pasajero, a convertirse en un estado permanente de la sociedad si “el magistrado” descuidase lo que en “tiempos felices” se impone como acto esencial, el cultivo de “las musas, las ciencias, las artes”.

Lo que se intuye por detrás de estas expresiones es toda la teoría política conocida de la guerra, pero la acuñada especialmente por la tradición humanística ilustrada. La guerra hay que hacerla, eso está claro. Pero quien la hace es el magistrado afligido, el hombre público que describe sus batallas como un padecimiento. Está haciendo lo inimaginable; lo que nunca le hubiera gustado hacer. Y del fondo de ese padecer extrae súplicas respecto a su deber en torno a que la guerra debe provocarle en su conciencia un débito educativo. ¿Pero qué educación? El Colegio de San Carlos, entonces ocupado como cuartel de los soldados patrios —allí se instalan los Patrios— no podía cumplir sus tareas. Varias décadas después, allí se construirá el Colegio Nacional Buenos Aires, que nunca escatimó su escucha, por desvaída que fuere, del alto servicio civil de la política y del temerario llamado de las armas. Ahora, en aquel momento de iniciaciones, había que suplir lo que el Colegio dejaba de dar. Y así, en esa futura sede lindante

de los acontecimientos que darían lugar a *Juvenilia*, se debía crear una Biblioteca. Mientras se viera afectada la actividad educativa por el imperio de la guerra, era necesaria esa “casa de libros”. Cumpliría funciones afines a la educación. ¿Afines, complementarias, sustitutas, superadoras? El escrito deja sospechar que el redactor piensa que casi las cumpliría mejor, que así reemplazaría totalmente lo que normalmente un establecimiento educativo podría ofrecer.

¿Cómo lo dice? Leemos:

Toda casa de libros atrae a los literatos con una fuerza irresistible, la curiosidad incita a los que no han nacido con positiva resistencia a las letras, y la concurrencia de los sabios con los que desean serlo produce una manifestación recíproca de luces y conocimientos, que se aumentan con la discusión y se afirman con el registro de los libros, que están a mano para dirimir las disputas. Estas seguras ventajas hicieron mirar en todos los tiempos las bibliotecas públicas, como uno de los signos de la ilustración de los pueblos, y el medio más seguro para su conservación y fomento.

Atrevida concepción que subyace a un escrito laborioso. Como dijimos: escritura mañosa, casi jesuítica, si no la escribiera un cauteloso hombre, o que finge ser cauteloso en todo, especialmente en su modo de ser roussoniano. Esta alabanza de la sabiduría a la manera de una “sociedad de debates” trata de temas que atañen directamente a la manzana jesuítica de Buenos Aires, esa que una década después se denominará “Manzana de las Luces” en un golpe de timón cultural. Sería cómodo decir que aquello es la Ilustración, y sin duda lo es. “Los libros están a mano para dirimir disputas”. Tal confianza es el extremo candoroso de la Ilustración. Pero es una Ilustración incómoda, que debe justificar una guerra —el gobierno emite órdenes de fusilamiento—, y que quizás austeramente satisfecha con el fragor de las armas, debe medirlas con el costo elevadísimo, el “precio subido” que pagan los pueblos por esos “ruidos de gloria”.

El artículo “Educación”, publicado el 13 de septiembre de 1810, se abre precisamente con esa consideración, precedida de una frase grandiosa, aunque escrita como si no se percibiera ni el exceso ni la invención que contiene:

Los pueblos compran a precio muy subido la gloria de las armas, y la sangre de los ciudadanos no es el único sacrificio que acompaña los triunfos: asustadas las musas con el horror de los combates huyen

a regiones más tranquilas, e insensibles los hombres a todo lo que no sea desolación y estrépito, descuidan aquellos establecimientos que en tiempos felices se fundaron para cultivo de las ciencias y de las artes. Si el magistrado no empeña su poder y su celo en precaver el funesto término a que progresivamente conduce tan peligroso estado, a la dulzura de las costumbres sucede la ferocidad de un pueblo bárbaro, y la rusticidad de los hijos deshonra la memoria de las grandes acciones de sus padres.

En su *Historia de la Biblioteca Nacional*, escrita en 1893, de la cual nos estamos sirviendo a menudo, Paul Groussac extrae una reflexión excepcional de la relación que en este escrito se establece entre el estado de la civilización y la funesta ferocidad de la guerra, lo que es una derivación del clásico tema de la dialéctica de las armas y los libros. Groussac le agrega a estas meditaciones amargas una lección moral de inspiración estoica:

Por desvalida que se encontrara la Junta en punto a organización, armas y dinero, parecía aún más desprovista de experiencia política. Desconocida en Córdoba, rechazada en el Paraguay, resistida en Montevideo y atacada por el extremo norte; viviendo al día, de donaciones patrióticas y requisiciones, tenía que improvisarlo todo, desde sus generales sacados del bufete, hasta sus estadistas, salidos algunos de un claustro provincial. Sin plan deliberado, ni, a tenerlo, recursos aparentes para cumplirlo; igualmente destituida de ascendiente en las provincias y de prestigio exterior; con el enemigo en la frontera abierta, la asonada en la calle y la anarquía en sus propias entrañas —entonces, esa Junta inexperta encontró tiempo para decretar y realizar la erección de una biblioteca pública—.

La Biblioteca surge de una interrupción excepcional, del acontecimiento impensado de la guerra, si bien es claro que las mentes cultivadas la preparaban desde antes. Groussac logra con su lección de historia, entre la descripción seca y la enumeración rapsódica, conducir al lector a un punto necesario pero súbito. La Biblioteca se creaba a partir de la falta, la escasez, la indigente manera en que procede la realidad cuando se obtiene una consecuencia antagónica al fluir de los hechos. La Biblioteca surge de una noción de peligro, quizá de catástrofe. A contramano del extremo —la conmoción bélica— en que los hechos se manifiestan. La Biblioteca nace de la desesperación y su contrario, la absurda fe en la ilusión del conocimiento y la ilustración que brota de las fisuras del tiempo histórico real.

Lo confirma el sorprendente artículo que estamos considerando. El redactor anónimo, en verdad el propio Moreno, había escrito *apenas de otra manera* lo mismo que Groussac ocho décadas más tarde ofrece como sutilísima glosa. Así, dice Moreno en el texto tan distraídamente titulado “Educación”:

Buenos Aires se halla amenazado de tan terrible suerte; y cuatro años de glorias han minado sordamente la ilustración y virtudes que las produjeron. La necesidad hizo destinar provisionalmente el Colegio de San Carlos para cuartel de tropas; los jóvenes empezaron a gustar una libertad tanto más peligrosa cuanto más agradable; y atraídos por el brillo de las armas que habían producido nuestras glorias, quisieron ser militares, antes de prepararse a ser hombres. Todos han visto con dolor destruirse aquellos establecimientos de que únicamente podía esperarse la educación de nuestros jóvenes, y los buenos patriotas lamentaban en secreto el abandono del gobierno, o más bien su política destructora, que miraba como un mal de peligrosas consecuencias la ilustración de un pueblo. La Junta se ve reducida a la triste necesidad de crearlo todo, y aunque las graves atenciones que la agobian no le dejan todo el tiempo que deseara consagrar a tan importante objeto, llamará en su socorro a los hombres sabios y patriotas, que reglando un nuevo establecimiento de estudios, adecuado a nuestras circunstancias, formen el plantel que produzca algún día hombres que sean el honor y la gloria de su patria.

Quizás Argentina no cuente con otros párrafos tan notables sobre los actos políticos sometidos a la más fuerte inclemencia de la historia. Colegios convertidos en cuarteles y futuros educadores atraídos por el brillo de las armas. Asombra la vivaz descripción de la vida cotidiana en aquella remota ciudad de la que tan poco sabemos. Ni en el *Facundo* pueden leerse situaciones expuestas de esta misma manera, ni tampoco en los documentos del siglo XX en que la literatura y las artes del guerrero partisano brillaron en las prosas de un Rodolfo Walsh, con el doble soplo sacrificial del dramaturgo y el combatiente. Moreno piensa en un estado de excepción con esta secuencia circular: *guerra - destrucción de escuelas - recreación de la Ilustración por medio de los sabios - bibliotecas públicas como sede de la acción de los sabios que rehagan el campo de la Ilustración - nuevas culturas de posguerra y reconstrucción de escuelas*. La Biblioteca Pública aparece como un eslabón teórico fundamental del ciclo completo de un abasto cultural. De ahí, pues, la verdadera pertinencia de titular “Educación” al artículo, que quizá no sea estrictamente un decreto, como quiso Ricardo Levene, pero que

vale como un pronunciamiento liminar, un manifiesto de la letra que se torna rectora de un momento histórico. He allí su importancia. Y aunque no se conserva el original manuscrito, no había otra capacidad expresiva que la de Moreno en el horizonte que ofrecía la época. Es la que sostenía la existencia de tal documento que medita sobre el estropicio y la torsión de todas las cosas que caracteriza a una sociedad en guerra. La expresión *gloria* aparece mencionada en cuatro oportunidades, y en por lo menos dos sentidos. Cuando da curso al párrafo inicial del artículo “Educación” la gloria indica qué fruto se espera de la acción de las armas; cuando lo cierra, la gloria ya alude al resultado de la acción de los “nuevos establecimientos de estudios que formen hombres sabios y patriotas”. La gloria es tanto militar como intelectual, y en ambas ramificaciones, patriótica.

El ejemplar de la *Gazeta* en que se lo publica, ya dijimos, no registra firma de autor. Pero no puede ser sino de Moreno. Léaselo en el conjunto de sus escritos comprobados. Se integra este naturalmente en la misma masa escrita en la que lucen, más que ninguna otra cosa, las frases que no terminan donde parecen terminar, sino que van más allá por cuenta propia. Persiguen un exceso en apariencia invisible. Es la sonoridad remanente, que sigue vibrando en los corazones, luego de apagado el mecanismo físico de la lectura y aun el propio deseo de abrirla en nuestro acervo sapiente. Moreno, por ejemplo, escribe una situación, como ya vimos, en la que “insensibles los hombres a todo lo que no sea desolación y estrépito, descuidan aquellos establecimientos que en tiempos felices se fundaron para cultivo de las ciencias y de las artes”. Es una situación mitológica. Tiene la gracia de un estado de naturaleza que ofrece el trasfondo sobre el que toda vida social hinca su herida. Este roussonismo improvisado, quizá casual, es el hilo oculto de esos textos y muy pocos lo poseen. No los de Chorroarín: no era el caso.

Pero el escrito aún nos tiene reservada una gran sorpresa. El lector se encuentra repentinamente con una reflexión extraña, que sería desatinado interpretar solamente como una obvia propensión al ornamento alegorizante, que también lo hay. Pues Moreno escribe lo que podríamos imaginar, casi, como una apología del incendio de las bibliotecas. Las de aquellas que no puedan cumplir con la anunciada misión de ilustrar a los pueblos. Leamos:

Estas seguras ventajas hicieron mirar en todos los tiempos las bibliotecas públicas, como uno de los signos de la ilustración de los pueblos, y el medio más seguro para su conservación y fomento. Repútese enhorabuena un rasgo de loca vanidad la numerosa biblioteca de Ptolomeo Filadelfo: setecientos mil libros entre el edificio antiguo de

Ptolomeo Soter, y la nueva colección del templo de Serapis, no se destinaron tanto a la ilustración de aquellos pueblos, cuanto a ser una demostración magnífica del poder y sabiduría de los reyes que los habían reunido. Así los fines de esta numerosa colección correspondieron al espíritu que le había dado principio; seis meses se calentaron los baños públicos de Alejandría con los libros que habían escapado del primer incendio ocasionado por César, y el fuego disipó ese monumento de vanidad del que los pueblos no habían sacado ningún provecho.

La mitológica, pero en verdad, históricamente existente Biblioteca de Alejandría, retorna periódicamente a la imaginación universal. Lo hizo en la época de Moreno y lo hará con las actuales metodologías de digitalización que de algún modo alientan nuevamente una generosa utopía, la de la *biblioteca del completo saber universal*. Pero la propia historia de la Biblioteca histórica de Alejandría sigue siendo una fuente de enseñanzas, en primer lugar porque surge ante nosotros como un enigma en el tiempo, comprobada realmente su condición histórica, pero con sus peripecias sometidas a fervorosos mitos y leyendas culturales, entre el fuego y la lectura, el sacrificio y la vanagloria, la civilización y la barbarie, la cultura y la culpa.

Esta genial incerteza la asemeja a uno de los grandes cuentos de Borges, en los que las bibliotecas son el resumen del espíritu humano y también la suma absolutamente controvertida de todos los poderes políticos y sociales. Por otro lado, la mitología que la rodea —que es la de toda biblioteca, entre los príncipes y la república, entre la paz y la guerra— es la de la creación de la cultura y las amenazas de la destrucción de la memoria del mundo.

El relato improbable de que, en un momento de su historia, sus documentos quemados alimentaron las calderas públicas como combustible es la metáfora más persistente sobre las bibliotecas. La Biblioteca histórica de Alejandría, que está enclavada en el cruce de culturas, con sus fuentes griegas, árabes y latinas, provee desde hace siglos los elementos esenciales de la invención bibliotecaria y la tradición misma de las bibliotecas. En suma: su emergencia y destrucción; su destrucción y reerguimiento. Su “loca vanidad”.

En 1810, mucho tiempo después, cuando se dieron los primeros pasos para crear la Biblioteca Pública de Buenos Aires, su fundador Mariano Moreno estaba recordando los episodios de la gran fábula de Alejandría en relación con los libros y el fuego, para decir que una biblioteca debía servir a la ilustración pública, y si no lo hiciera, merecer el veredicto de las estufas de la ciudad.

Estas reflexiones sobre un hecho de difícil sino imposible comprobación, sin embargo nos importan mucho ahora. ¿Cómo es que Moreno *pudo* escribir esos párrafos, en general inadvertidos por los comentaristas de Mayo o de la historia de la Biblioteca Nacional? Sin duda, ha recibido esta vasta leyenda en sus estudios en Chuquisaca, donde hace sus intensas pero desaparejas lecturas. Pero muy suelto de cuerpo, como un estudiante travieso que sabe que escribe una tirada rayana en el desatino, amenaza con que es justiciero el fuego que incinera los libros si no se los dedica a su misión sagrada, la ilustración popular.

Ptolomeo Filadelfo le permite concluir el escrito con la drástica contraposición entre las bibliotecas monárquicas y las bibliotecas revolucionarias. La Biblioteca Pública de Buenos Aires se funda con donaciones, suscripción popular y libros expropiados a los jesuitas. Es esta fundación un balance de época, un verdadero trasiego de la cultura jesuítica de tan viva manifestación en América hacia las nuevas elites gobernantes, equilibristas entre un difuso legado laico y revolucionario —las vicisitudes de la publicación de *El contrato social* por Moreno lo demuestran— y la necesidad de refugiarse preventivamente en capas notorias de la sociabilidad colonial amasadas ineluctablemente en los dos siglos anteriores. En tiempos de guerra todo parece provisorio, inclusive la formación del ejército. Del intento de crear la Biblioteca había no pocos antecedentes, y la milicia ya era activa desde los tiempos de la invasión británica, independientemente de que Biblioteca y fuerza militar son objeto de un mismo *tempo* de decisiones estatales: el artículo de la *Gazeta* del 13 de septiembre es apenas un poco posterior a la creación del Departamento de Guerra de la Junta. La milicia saavedrista erigida en brazo militar del Estado y la biblioteca morenista nacen en paralelo. La clasificación de los milicianos —patricios, arribeños, cazadores, húsares, montañeses, etc.— no deja de replicar remotamente en la laboriosa clasificación de las ciencias que el método Brunet, que demora en ser incorporado a nuestras bibliotecas, ya había esbozado entre los saberes humanos.

Si el clima intelectual del momento ya venía trazado por un periodismo tímido pero no escasamente influyente —desde 1802 se publicaba el *Telégrafo Mercantil*, sucedido por el *Semanario de Agricultura* de Vieytes y luego por un cauteloso boletín de tenderos, el *Correo de Comercio* de Belgrano—, no se puede decir que las tesis fisiocráticas y antimonopolistas, tan razonablemente expuestas por Vieytes, tuvieran exacta correspondencia con lo que Halperin Donghi irónicamente llama “el carácter utópico de la campaña de esclarecimiento lanzada en 1810 por los revolucionarios más decididos que tuvo su manifestación extrema en la tentativa

de transformar el *Contrato social* de Rousseau en texto de primeras letras”.⁷ En un caso había una teoría económica, que no privaba de citar tempranamente a Adam Smith, y en el utopismo morenista había un remedo jacobino que se manifestaba en contramarchas y titubeos que nunca acababan de hacer justicia a este ostentoso nombre de los revolucionarios franceses, traído por lo que era la respiración histórica de esos tiempos. El propio Moreno no tiene bien esclarecidas, ante los folios póstumos de la historia, su real pertenencia al partido de Álzaga —si ocasional o más persistente—, y su pensamiento efectivo, si tal cosa fuera fácilmente identificable, por momentos se hace inasible al margen de lo que cada coyuntura obliga a exponer de urgencia. Paul Groussac, en su *Liniers*,⁸ le reprocha a Manuel Moreno, el hermano, que poco tiempo después de los acontecimientos conocidos que llevan al fusilamiento de Liniers vaya a escribir en la biografía de Mariano una protesta por el suave destierro de Álzaga, pasando por alto —tal cual “un alma tierna sangrante”, aquí se indigna Groussac—, el más grave evento de Cabeza de Tigre. El que costó la vida del héroe de la Defensa y Reconquista de Buenos Aires. No hay otro remedio que considerar a Mariano Moreno un manojito de textos de significaciones fluctuantes. En él, todo se acelera y todo se deja por la mitad, todo parece comprobado y todo se presta a lo quimérico.

Moreno en Potosí; Franklin en Filadelfia

Como es conocido, había en Buenos Aires colonial distintas tendencias hacia la formación de una biblioteca pública, proyectos que son demorados por las invasiones inglesas de 1806 y 1807. Había una viva circulación de libros,⁹ como no podía ser de otra forma, y era pública la donación del obispo Azamor y Ramírez, que iba a ser destinada a la formación de una institución bibliotecaria pública, en principio vinculada a la Catedral.¹⁰ No obstante, el concepto de “biblioteca revolucionaria” no se basa en la circulación de libros en los espacios de lectura y edición previsibles, sino en actos bibliotecarios cuya validez la explica un estado de convulsión y guerra. Los libros tienen otra circulación, por así decirlo, pues las bibliotecas incautadas revisten el grado de significación —en términos del lenguaje de guerra— de un trofeo abrupto que indica un factor dominante en la marcha bélica. Así, la biblioteca jesuítica de Córdoba, enviada a Buenos Aires en 1810, era un acto fruto de órdenes precisas de la Junta, de la cual quedan como testimonio varios documentos.¹¹ No una donación, entonces, sino una exacción. Entre donación y exacción no hay muchas

diferencias. Son actos iguales en cuanto a la idea de circulación. Los separa la violencia ejercida y el modo de aplicarse una voluntad que, no del lado del donante sino del poder interviniente, genera el donante involuntario, el que pierde su libertad al hacerlo mientras que —en esta dialéctica de honda densidad histórica—, el que refiere que una libertad se acrecienta es quien forja el derecho del combatiente de llamar justicia a la acción reparadora de conculcar al viejo régimen. La historia se escribe entre las minuciosas diferencias de la exacción con la donación.

No obstante, es menester reconocer en el donante el goce de tomar una actitud altruista, de cuya recompensa —la mención honorífica de su acto— no hay por qué sospechar, como hizo Borges, casi un siglo y medio después, con la donación de Mujica Lainez a la Biblioteca Nacional.¹² Los libros que llegaban por esa vía son hoy un testimonio esencial de qué se leía en esa pequeña ciudad marginal. Las *Lecciones sobre la retórica y las bellas letras*, de Hugo Blair, figura durante todo el siglo como libro de consulta y debate;¹³ asimismo es muy solicitada la *Descripción de la Patagonia*, del jesuita Thomas Falkner, y no habrán de faltar Tito Livio —las *Décadas*—, ni la *Historia eclesiástica* de Fleury, a la sazón prohibida por el Santo Oficio. Los donantes —además del obispo Azamor, quien ya había fallecido— componen el gran y breve listado de la vida intelectual y política del momento: Belgrano, el médico O’Gorman, el infalible Saturnino Segurola, el propio Chorroarín. Moreno, el Protector, no se muestra estrictamente dadivoso o no posee una gran biblioteca particular, pues solo entrega nueve volúmenes de las *Obras* del gran jurisconsulto Baldo de Ubaldis, que sin embargo son libros de gran valor impresos en el año 1576 y ya constituían una joya bibliográfica en ese tiempo.¹⁴ Todos los nombres de los donantes se hallan inscriptos en el primer *Libro de donaciones*.¹⁵ En conjunto, las donaciones impresionan por ser una muestra viva de la cultura clásica y antigua que se leía en la Buenos Aires de comienzos del siglo XIX. El mencionado libro de Blair es un interesante tratado de retórica, muy próximo al legado de Quintiliano, y la popularidad de este libro sin duda se debe a que atiende las necesidades del orador, tanto el que actúa en el foro para persuadir como el que actúa en las “juntas populares” para convencer.¹⁶

¿Pero qué verdad sale de un libro de esa índole? Carga en su mochila el esfuerzo de lector anónimo, en un tiempo que no osamos imaginar. ¿Y si buscamos otros, qué obtenemos? En un exceso, todo libro es de donaciones, pero hay libros que solo donan su obvia pertenencia a un presente, hasta que poco a poco van convirtiéndose en fantasmas a sus antiguos lectores. Libros que son modernos aunque cargan varios siglos, pues tienen edición contemporánea y su consulta en los días que corren

no es vista como arcaísmo por el lector actual. Así sucede con los libros que se proponen en un arresto de memoria, como laborioso esfuerzo de pensar la vida de otro. Se trata del género de las biografías, tan pasible de improbabilidad y cuyo interés, entretanto, no cesa. Manuel Moreno, en *Vida y memorias del doctor don Mariano Moreno*¹⁷ nos permite entrever con algo más de fidelidad el mundo doméstico, educacional y político en que habita este muchacho —hasta el momento, a Mariano Moreno lo tenemos como escritor sigiloso, como donante modesto— que apenas pasa de los 30 años y lanza sus textos con audacia, aunque dejando para la descifración futura tanta vaguedad y precariedad de propósitos. ¿Es posible conocer a un hombre? ¿Es posible conocerlo basándonos en los débiles trazos que otro hombre deja sobre él? ¿Y aun si este otro hombre fuera su contemporáneo o un familiar consanguíneo? Los testimonios suelen fallar, pero no podemos ignorarlos; a veces, el tiempo se disuelve alrededor y el lector —un desesperado— solo tiene a su arbitrio unos párrafos que pudieron surgir irreales pero que ya comienzan a ser verdaderos. Quizá la visita de Mariano Moreno a las minas de Potosí, antes de volver a Buenos Aires, sirva como ejercicio destinado a que su figura se torne verosímil al margen de los textos engañosos y los documentos impalpables. El hermano Manuel rememora que Mariano “emprendió la pequeña carrera de veinte leguas que dista Potosí de la Ciudad de La Plata,¹⁸ y examinó todo lo que contiene aquella célebre posesión del Imperio español. Los males que produce la plata a la moralidad y felicidad del género humano, están todos recopilados en los lugares en que se extrae este metal funesto, y los primeros pasos que el hombre da para buscarlo en las entrañas de la tierra están manchados con mil delitos e injusticias”.

Todo es así en este singular libro publicado en Londres en 1812. La biografía quizá todavía no era un arte enteramente asentado, si aceptamos que aún faltaba el cometido romántico, que la recrearía con la noción de *dramatis personae*. Pero esta vida de Mariano está escrita con propósitos modestos aunque hagiográficos. Sigue los pasos de lo que casi sería una contenida vida que se prepara para la severidad del servicio público. Muy pronto, el autor, su hermano, la va envolviendo cada vez con el ambiente dominante, haciéndola mimética a la descripción general del medio social o natural. Pero no por estar desposeída de lo que hoy llamaríamos la singularidad de una conciencia, este escrito deja de ser una pieza extraña y verdaderamente llamativa en la escasa producción rioplatense de la época. En su propia peripecia vital, Manuel Moreno había debido exilarse en Filadelfia, y de esa experiencia invoca el ejemplo de Benjamín Franklin fundando la Biblioteca Pública de esa ciudad. Surge así la comparación

con la fundación bibliotecaria morenista de 1810, ocurrida varias décadas después. Franklin era inventor y promotor de los derechos civiles. Es lógico que apareciera como un modelo en tierras americanas del sur.

Moreno había estudiado atentamente la redacción de la constitución norteamericana. No puede concebirse, en cambio, como inventor de las aletas de nadador, de las lentes bifocales, del cuentakilómetros, de la armónica de cristal y como precursor de los estudios sobre electricidad. Son esas las peripecias fundadoras de la América del Norte, el modo frankliniano del invento capaz de resolver la penuria cotidiana. Franklin funda bibliotecas mientras piensa en una ciencia dedicada a atacar con tecnologías ingeniosas el sufrimiento y el primitivismo del vivir, pero que en su mito capitalista básico, deseaba suprimir el hedonismo social con invenciones y llamados ascéticos. La sociedad puritana promovía la escritura de autobiografías y el espíritu de innovación capitalista, a diferencia de las colonias españolas, en las que regía la lectura secreta de Rousseau y las intrigas barrocas. Entre nosotros, todo es más opaco y Mariano Moreno es hijo de una sociedad ascética, con momentos sanguinarios que no imagina poseer en su seno, con escasa intuición sobre las éticas de acumulación económica —que pasaban de la timidez al saqueo— y sin que destellara en ningún momento la leyenda inventional por excelencia: el pararrayos, límite entre la naturaleza turbulenta y la calma puritana de un capitalismo domiciliario.

Como en un sigiloso legado, Manuel Moreno, que luego sería compañero de Dorrego e importante diplomático de Rosas, iba a ser nombrado director de la Biblioteca Pública en 1821, como reverbero de la fantasmal presencia del hermano. El testimonio de Manuel —y debemos decir que su escrito aparece como enteramente verosímil— es el de un contemporáneo que hace reflexiones de gran interés sobre el jacobinismo atribuido a la Junta (ya el tema estaba declarado y perdura hasta hoy) y atesta con espontaneidad la autoría de textos fundamentales, como el titulado “Educación”. Sobre la Biblioteca, deja asentados párrafos dramáticos, a la vista de los primeros actos del proceso de Mayo:

Si la vuelta del despotismo metropolitano, que en mi opinión ya no es de temer, no viene a destruir este asiento de las luces del País, es de presumir que algún día se levantará en él la estatua de su fundador, la que por igual motivo se votó a Benjamín Franklin.

No estamos leyendo un escrito insignificante, sino uno que posee cierta capacidad inductiva sobre el futuro.

En esa lejanísima ciudad, situada frente a lo que la literatura argentina llamó “el río color león” —probablemente se le debe al primer Lugones esta perdurable metáfora—,¹⁹ todo parece un eco tardío, sino reflejo pasivo de lo que ocurre en los centros mundiales que dominan, en cada época, las pasiones, la lengua y la economía de las sociedades. Cuando en 1806 el periódico que traían los ingleses que proyectaron la ocupación militar de Buenos Aires —*The Southern Star*,²⁰ editado en Montevideo— ocupaba asimismo sus páginas con las crónicas de la batalla de Trafalgar y la vida del almirante Nelson, se quería imponer la fuerza de un punto de vista mundial para presentar ante el pobre juicio de una ciudadela perdida en el mapamundi, a la que se la cercaría con el sugestivo cántico de su pertenencia real a la lógica de la manufactura y los cultos religiosos liberados. Las cosas no ocurrieron así, pero la cuerda de opinión de *The Southern Star*, esta vez como retórica desmilitarizada e invisible de la historia nacional, siempre estuvo activa, generando una clase intelectual y gerencial modernizadora, mundializadora (que “deduce” a Argentina de hipótesis genéricas), que no solo creó el estilo de la aristocracia política del país sino que ocupó también ciertos estratos de los círculos políticos plebeyos, exceptuando al alemismo y hasta cierto punto al yrigoyenismo, no tanto así el peronismo, notoriamente modernizante, aunque con lenguaje de entonación épica y atemporal. Manuel Moreno quiso ver a Mariano Moreno a la luz de Franklin. El tema se arrastra hasta hoy como gestualidad copiativa y heterorreferencialista de la cultura argentina, fatídico enfoque que actualmente las academias refuerzan con sus tesis que convocan a estudiar la cultura histórica y literaria como casos de “recepción”, desentendiéndose de esfuerzos de teóricos y escriturales de tanta envergadura como los de Ezequiel Martínez Estrada, que intentaron en su propio cuerpo de ideas salir al cruce de la fundación de la vida nacional como apéndice retrasado de acontecimientos que nacían en la legitimación de otro *locus* histórico. Por eso nos resulta tan importante la figura evanescente de Mariano Moreno, que entre Franklin y sus propios escritos impalpables de 1810, parece encarnar desde la primera hora las vacilaciones del dilema argentino, su inclusión en el mundo histórico efectivo, pero no al “subido precio” de impedirse tratar la lógica de su vida autónoma.

El cura Chorroarín y el debate sobre la fundación

Por supuesto, escritos como el de Manuel Moreno, con lo persuasivos que resultan, no tienen el poder de dar por finalizada la polémica sobre la

fundación de la Biblioteca. Polémica no menor que consiste en dilucidar qué figura política de la primera emancipación representó primigeniamente el gesto fundante de la Biblioteca Pública. Sin ninguna duda puede pronunciarse un nombre: *Mariano Moreno*. En sus escritos se turnan el alma del hombre precavido, con sus protestas de fidelidad a las culturas políticas heredadas, y sus decisiones temerarias que cuentan con oraciones severas y contundentes, como salidas de una remota sacristía laica. Por razones como estas —que parten del halo incierto del acervo documental de época— nunca cesa un acto de prudente historiografía que le confiere a la Junta como organismo colectivo una autoría considerada “de época”, y es siempre recordable la opinión de trinchera que abogó por entregar el lauro al canónigo Luis Joseph Chorroarín. Hacia fines de los años treinta del siglo XX, una fuerte acción publicística del nacionalismo católico creyó concluir su tarea de revisión crítica de las fuentes medulares de la historia de la Ilustración argentina, indicando que el fundador efectivo de la Biblioteca había sido el padre Chorroarín. A la muerte de este, en 1823, una lápida de homenaje reza: “Fundador de la Biblioteca Pública”. Quizá no despertara demasiados recelos el hecho de que a una lápida se le concede hablar con exceso en su misión laudatoria. Pero en el periódico *El Argos de Buenos Aires* se encuentra una protesta enfática contra esa atribución²¹ firmada por *Veritas*, que sin duda corresponde a la autoría de Manuel Moreno, hermano de Mariano.

En cuanto al seudónimo de *Veritas*, es muy habitual en la cultura argentina. ¿Quién no quisiera esgrimirlo en el intento de ser fiel a su significado? Según el estudio de Mario Tesler,²² fue usado por numerosos escritores y políticos: J. J. Biedma, Domingo Lamas, Pedro Bonifacio Palacios, Jacinto Rodríguez Peña, y muchos otros, entre los que se encuentra Manuel Moreno, firmante en 1823 del desagravio al hermano. Un error que mantienen en internet muchas asociaciones culturales y bibliotecarias es el de considerar que con ese mismo seudónimo es Mariano Moreno el que firma el artículo “Educación” de 1810. Al mismo tiempo, en esos imprecisos documentos informáticos se sostiene la duda de que podría ser Belgrano el autor de ese mismo artículo, pues este habría firmado con similar seudónimo algunos escritos del *Correo de Comercio*, periódico de informaciones económicas cuya salida coincide con los episodios de la Revolución de Mayo. Este error, multiplicado en cientos de sitios de internet, revela el modo en que ciertas formas de difusión electrónica contribuyen a reescribir la historia sobre las bases de una inocente pifia que, reproducida en millones de pantallas, ya pasa al dominio de una verdad indiferente. *El desacierto sobre veritas pasa a ser veritas*. Por otro lado, es cierto que en el *Correo* hay un artículo titulado

“Educación”, pero de un sentido y tono totalmente diferente al de Moreno. La circunstancia de este periódico, que se halla entre los precursores del periodismo argentino, es muy otra que la de la *Gazeta*. Poco después de sucedidos los hechos del 25 de Mayo de 1810, la edición del *Correo* sigue tratando los precios de mercaderías y las llegadas de buques a Buenos Aires. El historiador interesado en la curva de precios de la época, a la manera de un Pierre Vilar, puede encontrar allí, por ejemplo, el impertérrito precio del kilo de yerba el mismo día decisivo en que se debaten las atribuciones del Virrey en el Cabildo.²³

Decíamos, no obstante, que hay una lápida llamando *Fundador* a Chorroarín. *Veritas* dice que la lápida no está en lo cierto. Atrevido *Veritas*. ¿Quién se opone en nombre de la corrección de un dato a las lápidas que señalan la respetabilidad de los osarios? ¿Y quién se priva a la hora de las inscripciones en mármol, del derecho a ennoblecer las rúbricas que la memoria de los muertos más que habilitar, reclama? Las lápidas parecen justas aun cuando se exceden.

Durante los años en que Gustavo Martínez Zuviría (Hugo Wast) dirigió la Biblioteca Nacional (1931-1955), surgió con fuerza la causa del presbítero para hacerlo cubrir el sitio que para la historia académica, liberal y ampliamente aceptada ocupaba el autor del artículo “Educación”: Mariano Moreno.

Chorroarín es efectivamente un hombre de meticulosa cultura eclesial y cierta versación política, partidario no necesariamente tenue de la primera hora de la revolución. Fraile dominico, rector del Colegio San Carlos, es una de las autoridades culturales de la ciudad. Recibirá de Mariano Moreno la función de entregar las existencias de la biblioteca del Colegio, a las que se sumarán las de la importante biblioteca del obispo Azamor y Ramírez —depositada en el Obispado— y los libros incautados en Córdoba al obispo Orellana, partícipe del intento de resistencia a la Junta encabezado por Liniers. No cabe duda, por la abundante documentación existente, que Chorroarín, indicado por Moreno para atender la Biblioteca Pública —luego de los primeros nombramientos de Cayetano Rodríguez y Seguro—, no tuvo participación directa en el compromiso fundativo que asume Moreno. En cambio, su participación es múltiple como *primer director* durante más de una década, y preside el establecimiento en ocasión de su apertura al público en marzo de 1812. Moreno ya había muerto.²⁴

Pero el carisma de la fundación es gesto y compromiso de índole cultural emancipatoria, y no de índole estrictamente bibliotecaria. Es evidente que Chorroarín es un sacerdote que vive en un mundo libresco, aplicado a preservar los documentos de cultura con afán de escriba

apostólico. Tiene una práctica que normalmente comprende tribunales de aprobación y censura, lo mínimo esperable de esos períodos enclaustrados, pero al mismo tiempo muestra un espíritu de curiosidad por el mundo de las ciencias naturales en el que no busca que el veredicto sapiente surja necesariamente de la materia teológica.

Como sea, la Biblioteca se funda con un espíritu de trascendencia y no de inmanencia respecto al orden bibliotecológico. Todo lo que se halle en él —puesto que no hay bibliotecas públicas sin bibliotecología efectiva— se expresa en la idea del ordenamiento de libros por autor, tema y otras formas de referencia, pero con un aura superadora. Va más allá de la ordenación libresca para tornarse un acto dramático de la cultura. *Moreno representa esto último; Chorroarín lo primero*. Borges, andando el tiempo, configurará en su obra un extraño proyecto de enlazar estos dos órdenes sustantivos. Con lo que la catalogación y otros instrumentos de la disciplina bibliotecaria pudieron convertirse igualmente en campos ficcionales y agrupamientos tocados también por la pregunta de metafísica aristotélica: ¿por qué existe la clasificación y no el desorden?²⁵

En 1938 arrecia la polémica sobre la fundación, motivada por los escritos de Hugo Wast, el popular seudónimo de Gustavo Martínez Zuviría, que como director de la Biblioteca se siente heredero predestinado del sacerdote Chorroarín. Culminará en la fuerte ofensiva del sesquicentenario de la Revolución de Mayo, donde Moreno es visto bajo un ropaje casi vil y contrarrevolucionario.²⁶ Los hechos son conocidos: a causa de un informe de Martínez Zuviría a Jorge E. Coll, ministro de Instrucción Pública de la presidencia de Roberto M. Ortiz, el Ministerio pide un pronunciamiento a la Academia de Historia, que a su vez deriva la tarea al historiador Ricardo Levene, su presidente y notorio portaestandarte de la escuela liberal patriótica. ¿Quién había fundado la Biblioteca? El resultado, obtenido en muy poco tiempo, es el *informe Levene*, convertido en un libro titulado *El fundador de la Biblioteca Pública de Buenos Aires*,²⁷ que de por sí se convierte en un escrito oficioso del Estado asumiendo una posición historiográfica y política. Muy pronto será respondido desde la trinchera del hispanismo católico por Vicente D. Sierra en un folleto con mismo título del libro que ataca.²⁸

Levene presenta una documentación conocida y algunos papeles más, fruto de un nuevo husmeo en los anaqueles del Archivo General de la Nación, en la sección colonial y del primer gobierno patrio. Lo ya conocido permite inferir que la figura del Fundador le corresponde a Moreno, por la dimensión que adquiere el escrito “Educación” —cuyas consideraciones asombrosas ya advertimos— y por su preocupación constante por nutrir

a la Biblioteca de bibliotecarios, salarios, libros y sobre todo, un local para su asentamiento, que vendrán a ser varios cuartos de un edificio afectado al Tribunal de Cuentas, también administrado por las Temporalidades, esto es, las oficinas del Estado que rigen el destino de los bienes eclesiásticos incautados a los jesuitas. La revolución como continuidad y réplica en negativo del orden jesuítico.

Sin duda Chorroarín, el prócer bibliotecario que será exaltado por un posterior nacionalcatolicismo, ha sido un hombre activo en el arte del librero público e impulsor de entusiasmos culturales con riguroso sabor de época, no sin expresar, según Levene, los credos más censores de la hora, pero —según Vicente Sierra—, sin dejar de arbitrar soluciones de una más que módica modernidad en su tratado de *Lógica*, libro que sin embargo Levene condena. Sin haberlo leído —dirá Sierra—, por no conocer latín. Pero más allá de ser un cura, el dominico no tiene por qué cargar las imaginarias reaccionarias que le infligen los ensayistas de los hipogeos que combatieron sobre su sombra y la de Moreno, casi un siglo y tres décadas después. Los dignos afanes de Chorroarín quedan estampados en numerosos documentos que Levene transcribe, y que hablan de un cura dedicado, entendido en quehaceres de contaduría, militante convencido de la práctica de recabar apoyos comunitarios —queda el testimonio de los libros, dineros y apoyos que fue conquistando a lo largo de la década en que estuvo al frente de la Biblioteca, como su primer heroico director— y partícipe de todo aquello en lo que el clero patriótico podía colaborar con los hechos que los gobiernos poscoloniales iban produciendo —constituciones fallidas, construcción de simbologías comunitarias, intentos de reglar las relaciones entre el poder civil y el eclesiástico, sostén del poder censor de la Iglesia en los asuntos seculares de importancia—, y en ese mismo momento, tomar posiciones críticas o defensivas cuando en el período rivadaviano, se insinuaban restricciones o condicionamientos a la actividad de las órdenes conventuales. Todo esto en medio de las previsibles intrigas de una sociedad que surge de la trama de la *ciudad indiana*, título y caracterización que le diera Juan Agustín García, en 1900, en su insinuante estudio sobre la sociabilidad criolla encerrada entre las leyendas de coraje y una pacata institucionalidad de oratorio y cuchicheo.

Alejandro Parada, autor ya citado, ha publicado una interesante tesis, *Los orígenes de la Biblioteca Pública de Buenos Aires*²⁹ bajo el estímulo general de las corrientes historiográficas de los *Annales*, las historias de la vida privada, los estudios culturales y de género. Propone una historia de los modos de gestión bibliotecaria a los que llama “discurso bibliotecológico”, “pensamiento bibliotecario” o “representaciones bibliotecológicas”, lo que le permite ingresar tanto a la vida cotidiana de las bibliotecas de la

época como estudiar sus antecedentes en bibliotecas privadas significativas, investigar las prácticas cotidianas de lectura a la altura de una antropología social histórica y relevar la justa importancia que tienen documentos que ya indicaban la existencia de lo que, sin traicionar al autor, podríamos llamar una mentalidad bibliotecaria de larga duración. En el caso que nos ocupa, la fundación de la Biblioteca Pública de Buenos Aires, estas perspectivas lo llevan a sugerir que hay que “evitar la simplificación histórica de atribuir la creación de la Biblioteca a un único fundador”.

Sin duda, esta historia genealógica trae consideraciones atendibles. No somos indiferentes a la propuesta de seguir el itinerario del concepto de “biblioteca pública”. Parada enfatiza las interesantísimas cuestiones que surgen de la biblioteca particular de Facundo de Prieto y Pulido, que organiza una “biblioteca circulante” y dona sus libros a la Biblioteca del Convento de la Merced en 1794. Posteriormente, es notable el artículo publicado en 1812 en *El Grito del Sud* —probablemente órgano de la Sociedad Patriótica y Literaria—, titulado “Idea liberal de la Biblioteca de esta Capital”, cuya autoría pertenece a Juan Luis de Aguirre y Tejeda. Este artículo, sin duda, no tiene la envergadura y el dramatismo literario de “Educación”, del que Parada cuida de afirmar que es “atribuido” a Moreno. Sin embargo, hay que admitir que el de Aguirre y Tejeda, que también asocia la Biblioteca a un hecho situado al nivel de la trascendencia total de la revolución, mostraría el programa completo de la Ilustración, tal como era posible presentarlo en ese tiempo en el Río de la Plata. Esto es, con fuertes vetas de tradicionalismo. El articulista es verdaderamente novedoso al incluir como parte de las políticas y preocupaciones bibliotecarias la instalación de “fábricas de papel”, el “surtimiento de algunas imprentas” o “perfeccionar el papel y preservarlo de la corrupción”. Parada señala estos párrafos sugerentes y extrae de ellos el núcleo más fuerte de su tesis, una biblioteca como concepto —una “cosmovisión bibliotecaria”, dice— que recobra en sí misma un rasgo autoproductivo y de “circulación” de cultura. En una verdadera economía de escala, la biblioteca se integra con imprentas, fábricas de papel y sus tecnologías de conservación. Además, no se pierde de vista un juicio moral e intelectual sobre las propias bibliotecas, a las que se ve entre el amor al saber, al que debe servir, y la vanidad de los afanes científicos que pueden hacerla cargar con ilusos excesos.

En cuanto a la opción ilustrada respecto a la morigeración del “orgullo intelectual” —uno de los temas de Aguirre y Tejeda— al momento de tratarse este mismo problema, es más fascinante el tono sacrificial del artículo moreniano “Educación”. En cambio, el proyecto de crear una serie fabril con epicentro en la Biblioteca —a la que también se la ve con el

adicionamiento político de ser “americanista”— proyecta un largo brazo sobre la actualidad y los debates asociados a la automatización de las bibliotecas y su conversión en centros de documentación. Si bien a primera vista esta situación parece reponer a las bibliotecas en un papel central de las redes productivas, debe considerarse también la evidencia inversa de este hecho. Es decir, que las bibliotecas se coloquen como terminales de consulta de autómatas centrales cuya lógica productiva abstracta subordina y anexa los sitios que eran antes “bibliocéntricos”. Hoy, perdida esa significación, se tornan las bibliotecas recintos culturalmente subalternos, a veces de menor importancia que un cibercafé o un locutorio.

Como sea, el concepto de *cosmovisión bibliotecaria* y otros de semejante interés³⁰ —cuyo origen nada remoto es la pérdida de poder explicativo de la noción de *autor*— llevan a construir una historia de la lectura y de las bibliotecas como puntos diluidos en una trama colectiva en la que importan más los gestos de sostén —evidenciados en libros que asientan donaciones, préstamos y aportes dinerarios— que la individualidad y excepcionalidad de los textos —como el escrito “Educación”—, a no ser que ingresen dentro de las estructuras generales del gusto de una época. Como consecuencia, en la reflexión de Parada, el concepto de “fundación” de la Biblioteca Pública no tiene más interés que la lista de requerimientos y actos administrativos empeñados por el cura Chorroarín. El tema de la fundación puede así permanecer indeciso. “En cuanto a la polémica sobre la personalidad o los responsables de su creación —escribe—, a esta altura de los acontecimientos, resulta ociosa e insustancial”. No lo creemos así. Incluso, porque el propio Parada, en algún momento de su escrito, en nombre de la idea de fundación como “una larga dilatación y participación colectiva” —no estamos en desacuerdo: ¿qué cosa no tiene el rasgo último de una pródiga prolongación?— dice de repente:

... en 1812, cuando Luis José Chorroarín y Bernardino Rivadavia definieron los temas que debería abordar el reglamento de la institución [...] este entusiasmo de la comunidad había decaído y ya no tendría la trascendencia de la primera época.³¹

Con el argumento de que el impulso revolucionario había decaído, aflora la historia conceptual basada en meticulosos y cotidianos procedimientos fundadores en los que los hábitos reales de la administración de todas las épocas pueden convertirse en sutiles niveles epistémicos. Y así, inadvertidamente se asientan dos nombres —Rivadavia y Chorroarín— como los verdaderos protagonistas de una fundación sin fundación. Lo que importa

sería pues una fundación sin sujeto. Pero no hay nada que no reclame nombres, y ahí están los dos mencionados.

Es decir, el gobernante de la acuciosa ilustración argentina y el bibliotecario dominico serían fácticamente los productores de una realidad de inicio, la de la Biblioteca Pública. Un origen sin autor que de todas maneras los tendría como causa... sin causantes. Sería así, si lo que importa es una historia del pensamiento de la materia bibliotecológica en crudo y no el peso real de los textos, con su verdadera carga de incógnitas y con la intercedencia filológica que conduzca a reponer autorías, y más aun, a considerar la historia misma como una pregunta incesante y esencialmente irresuelta sobre las autorías. Irresuelta sí, pero de una irresolución *con sujeto*. Esta es nuestra posición. Por eso “Moreno” es un hombre, un escritor y el nombre de una sombra. Si se creyera que los nombres son los que *llenan* tan solo los lugares del procedimiento panóptico —con lo que Jeremy Bentham, amigo de Rivadavia, sería el fundador final de nuestras bibliotecas y participaría con su ilustre esqueleto en todas nuestras reuniones—, definitivamente no habrá nombres, habrá etiquetas clasificatorias. Pero los verdaderos nombres se apoderan con su temblorosa existencia del halo incierto de todo hecho. En el artículo “Educación”, coincidimos con Parada, se entrecruzan significados con equivalencias que el futuro dispersaría: *educación, biblioteca, colegios, instrucción*. Pero una forma de la crítica también consiste en considerar toda actualidad, potencialmente, como el inminente reagrupamiento de todas estas escisiones.

De ahí que el sujeto oculto del artículo “Educación” es el tiempo y su desglose, además de la comprobada escritura “subida” de Moreno. Es decir, levantada siempre un punto más de lo necesario para un decreto o un manual de procedimiento. Excedida, encaracolada, como último destello del barroquismo en el seno de la Ilustración.

Veamos cómo sería una *historia de la lectura* —que no desdénamos, y que recibimos con admiración de las páginas que le dedica un Roger Chartier y entre nosotros el propio Alejandro Parada— según las consideraciones que sobre el particular hace Chorroarín.

Precisamente, uno de los sugestivos documentos que exhuma Ricardo Levene es una carta del mencionado presbítero, en marzo de 1812, dirigida al gobierno y en la cual rechaza la apertura de la Biblioteca en el horario vespertino. ¿Cuáles son los argumentos de Chorroarín? El tema parece menor, pero llama la atención la estrechez argumental del sacerdote, que por supuesto no posee la ambigua calidad intelectual del Deán Funes o la mitomanía jocosa y rabelesiana del padre Castañeda. Pues bien, en su carta contra la ampliación de los horarios, Chorroarín exclama:

¿Qué más consideración se ha de tener con el público para franquearle la Biblioteca todos los días no feriados? ¿Qué mayor comodidad puede apetecer, cuando tiene diariamente ya cinco, ya cuatro y media horas en que puede leer, estudiar, y revolver libros hasta fastidiarse? Las horas más propias de lectura, y estudio, son ciertamente las de la mañana; pues las de la tarde necesitan para el descanso y para conservar la salud por medio de un ejercicio moderado que facilite la digestión de los alimentos; y esto que tan necesario es a toda clase de personas, lo es muchos más a las dedicadas al estudio. [...] En los meses de Mayo, Junio y Agosto debe según el reglamento cerrarse la Biblioteca a las cinco de la tarde, que es decir, ya a las oraciones, ya un cuarto de horas o algo, mas antes; ¿Qué tiempo queda para un corto paseo en una estación en que es más necesario? En los meses de Noviembre, Diciembre, Enero y Febrero debe abrirse a las quatro y media horas hasta las seis y media. Este intervalo de dos horas es cavalmte en el que cada uno se encierra voluntariamente por la violencia de los calores, y usa de los desahogos que proporciona la estación y la soledad. El público ciertamente no disfruta comodidad en tener abierta la Biblioteca a estas horas; y por que pueda haber alguno que tenga humor para concurrir a ella, no por eso se ha de causar incomodidad a los Bibliotecarios, y demás Dependientes.

El dominico expone aquí una idea fisiologista de la lectura, plena de tacañería y biliosidad. Considerando el tiempo de lectura a la luz de una teoría climática y una huraña visión de lo que llama *humores*, entrega una pasmosa tesis conventual, de lectura regimentada. Cierto que él como tantos tenía la idea de una biblioteca que debería surgir de los afanes del Cabildo y que la invasión de los ingleses a la ciudad la haría demorar cuatro años más. Pero el fundador no podía ser otro que el que la concebía como una biblioteca revolucionaria, entregada a las grandes leyendas de la educación pública, en medio de fuegos salvíficos y sonos de guerra. La visión moreniana es mitológica, la del buen sacerdote es monacal; la visión moreniana significa la apelación al clima de la historia, la del buen sacerdote significa la apelación a la historia como meteorología; la visión moreniana alude a un patriotismo que politiza la lectura, la del prelado alude a una lectura que despolitiza el patriotismo. ¿Qué sería de la Biblioteca Pública y su despliegue en el tiempo —la actual Biblioteca Nacional— si el Fundador hubiera sido el hombre abacial que relacionaba lectura y digestión, antes que el que puso la Biblioteca —con utopismo hipnótico— en el fragor de las querellas sobre la historia?

El historiador Vicente D. Sierra, que muchos años después será director de la Biblioteca Nacional en los períodos presidenciales de Perón e Isabel Perón (1973-1976) y no es un ocioso personaje, pues maneja recursos de buen polemista, al responder a Levene muestra antes que nada que el altercado reclama un irremediable compromiso hermenéutico. Nos referimos a que el documento simula hablar por sí solo, pero siempre está más allá de sí mismo. Expone palabras que se rebelan ante un canon cerrado de interpretación, exigiendo el concurso activo del intérprete. ¿Cómo descifrar el colofón del ya mencionado artículo “Educación”, de autoría de Moreno? Lo leemos:

Por fortuna tenemos libros bastantes para dar principio a una obra que crecerá en proporción del sucesivo engrandecimiento de este pueblo. La Junta ha resuelto fomentar este establecimiento y esperando que los buenos patriotas propenderán a que se realice un pensamiento de tanta utilidad, abre una suscripción patriótica para los gastos de estantes y demás costos inevitables, la cual se recibirá en la Secretaría de Gobierno; nombrando desde ahora por bibliotecarios al doctor don Saturnino Segurola y al reverendo padre fray Cayetano Rodríguez, que se han prestado gustosos a dar esta nueva prueba de su patriotismo y amor al bien público; y nombra igualmente por Protector de dicha biblioteca al secretario de Gobierno doctor don Mariano Moreno, confiriéndole todas las facultades para presidir a dicho establecimiento, y entender en todos los incidentes, que ofreciese.

Sierra, con una dotación documental superior a la que ya había exhibido Martínez Zuviría, insiste en que la fundación pertenece a la Junta en su totalidad efectiva —hay un documento de Chorroarín que habla del *vocal protector* Azcuénaga, dando a entender que todos los miembros de la Junta eran *protectores* o podían serlo—, y que la mención a la expresión *presidir* no implicaba certificación o título alguno. En principio, el autor Moreno se menciona en tercera persona en el artículo de la *Gazeta*. Lógicamente, quien escribe el artículo lo hace en nombre de la Junta. ¿Era un decreto? No necesariamente, es un escrito de alto vuelo, pero con un aspecto resolutivo informal que luego puede haber redactado algún amanuense, pasante de oficina o alto empleado del Fuerte. Conjeturamos apenas cómo serían aquellas escenas de escritura, quizás alejadas del cuadro que retrata a Moreno “afebrado”, tomándose la cabeza pesarosamente mientras la pluma ensaya la difícil tarea de desentrañar el presente tormentoso. En esta conocida escena escolar, pintada por el pintor chileno Pedro Subercaseaux

en medio del fervor iconográfico del Centenario, Moreno está con la vista en una Nada desafiante e inspiradora. Soñadora. Mientras, los libros abiertos sobre su escritorio revelan una realidad política inmediata: se trata de una relación expresionista entre el *decreto* y el *honor de la escritura*, lo único que no se suprime. Y todo frente aquello que —según Groussac— lo ponía al joven escritor en manos de soluciones rápidas, en las que acudía a autores célebres a los que citaba desprolijamente.

Es fama el arrebatado que se le atribuye a Moreno en la escritura del *Decreto de Supresión de Honores*. Ese sí tiene considerandos y resoluciones. La escritura repentina e inspirada en un hecho que funda la mitología ancestral de la escritura, forma parte de un simbolismo romántico pero al que no le tiene antipatía la Ilustración. *Escribir*, luego de una conmoción inesperada. Se supone que la escritura surge del interior de las pasiones, de las fuentes primitivas de la vida. *Escritura auténtica*. Si el origen de esa letra es romántica, el resultado veraz de su pedagogía es consecuencia ilustrada.

En el *Decreto de Supresión de Honores* la forma “decreto” está embebida en consideraciones políticas de fina urdimbre. Se trata allí el tema de los simbolismos del mando y la figura misma del actor político, modulando sus manifestaciones —si austeras o expresivas, si alegóricas o ascéticas, si ornamentadas o desguarnecidas—, a fin de preguntarse en cada acto sobre la veracidad de su sustancia. Quizá ningún documento del surgimiento nacional —entendamos con generosa amplitud conceptual esta frase— tenga la vibración extrema de esta microteoría sobre los “honores”, esto es, sobre lo que tiene de político el símbolo y de simbólico lo político. Al “suprimírsele”, queda un poder desnudo y perfecto, pura virtualidad racionalista, cuyo paralelismo absoluto lo ofrece la Biblioteca que crea: absoluta, inmóvil, secreta. Lo contrario a la “vanidosa” biblioteca de Ptolomeo Filadelfo. El artículo “Educación” significaba el decreto de supresión de las vanidades. El tema estaba alejado de las posibilidades de Chorroarín.

La controversia entre Levene, Sierra y Martínez Zuviría es entre letrados de un país que ya no existe, con su debida polémica historiográfica entre ilustrados y curialescos, todos volcados sobre una papelería antigua a la que hacen hablar como menesteres de escribanía. El modo polémico es propio de los amantes de una infinita casuística, que al mismo tiempo que se solazan en detalles, contrapuntos y naderías, pueden soltarse hacia las cumbres de la ideología. Tal ocurre en esta discusión, en la que se revisan con distintos tipos de conciencia apriorística los orígenes de una revolución. En efecto, se jugaba un partido historiográfico fundamental en las figura de un joven abogado con buena pluma e ideas movedizas y la de un esmirriado clérigo bibliotecario con larga carrera política (Chorroarín fue

diputado de congresos relevantes en la historia constitucional del siglo XIX y partícipe de proyectos de asentamiento de comunidades alemanas fuera del éjido urbano; de ahí la actual calle Chorroarín, en la zona donde uno de esos fallidos proyectos se localizaba). Los historiadores argentinos de mitad del siglo XX demostraron que la mera requisitoria documental y el hallazgo de nuevas fuentes no conseguía dominar el verdadero excedente del saber histórico, a saber, el drama del hombre político que intuye de manera fatalmente incompleta no solo el destino que le aguarda sino el destino que él creería concebir para sí mismo. Pero el tenor fuertemente ideológico que es inherente a esta realidad, en su manifestación más sublimada, también llevó a que se exhumaran nuevas partidas documentales olvidadas o soterradas.

En la polémica Levene-Sierra-Martínez Zuviría se jugaban así los pesos de la doble herencia de la fundación nacional, la laica, con su suave despunte jacobino y su pacato socialismo a veces, y la religiosa, con su veta nacionalista católica y su defensa de los órdenes jerárquicos. Estaban destinadas a fusionarse en breves períodos dramáticos, y el peronismo, o por lo menos algunas de sus estaciones, surgirá del modo en que habita y se deja residir por ambas. La Biblioteca Nacional, con el busto de mármol de Moreno en su sala de lectura principal —que tanto le impresionó a Martínez Estrada³² y la estatua del papa Juan Pablo II amilando en su entrada, componen el paciente escenario que hoy guarda los folios emanados de esa polémica. Parecerían ya sosegados en su pacata espera en depósitos penumbrosos. Lo que de todas formas constituye a la Biblioteca Nacional en una institución enteramente ideológica, apretada entre el misterioso tribuno de la supresión de honores y la imperturbable figura apostólica mostrando su ajenidad en la entrada.

Esto traza una textura onírica, casi insoportable. No obsta para que un conjunto de problemas de índole técnica sean invitados a convertirse en sujetos centrales de esta historia, *au delà des idéologies*. Cómo catalogar, cómo constituir actos de lectura, cómo propagar conocimientos, cómo conocer bajo modos de divulgación cultural, cómo desentrañar el tejido que forman la cultura y la información. ¿Qué hilo deben seguir el estudioso, el polemista, el investigador? El entrelazarse de esas variantes deja a las bibliotecas, a esta o a cualquier otra, como el más importante sitio del drama de la cultura. Esto es, lo que compone el lazo crítico entre la auto-certeza del basamento metódico y el carácter quebradizo de la memoria simbólica. Las figuras de Moreno y Chorroarín, convertidas en sombras evanescentes como todo trazo histórico y por eso resistentes a mostrarse traslúcidas, nos llevan a la vida incierta del símbolo. Eso no significa que en el fastidio de quedar enredados en disputas áulicas, propias de togados

de las antiguas formas de la razón ilustrada o de las cruzadas restauradoras, optemos por declarar inanes las disputas y lanzarnos tan solo a capturar la historia de los “dispositivos”. Con todo lo interesante que sería una historia metodológica de los actos históricos de catalogación, quedaría huérfana de sentido si no acudimos al fantasma que la persigue desde adentro: la historia del primer gesto, el disoluto desafío de la figura del Fundador.

Por más que las cuestiones de método nos provean de un hilo significativo de la historia, con una apariencia de soberanía que dejaría sin sustento las “historias ideológicas”, hay otra forma del método. Se trata de la historia de la idea misma de *incerteza*. De la historia que comienza no tanto con la fecha y el nombre fundante, sino con un acto de esa misma envergadura, y así realmente llamado, pero con la presencia del Fundador carente de efectiva vislumbre, acaso atisbada en medio de fantasías inominadas, demonios que no declaran su existencia y seudónimos indescifrables. *El método aquí reside en la búsqueda desahuciada del origen.*

Mariano Moreno escribe. ¿Pero quién *escribe*? ¿Qué se escribe *sobre una biblioteca*? La importancia de Moreno en la historia del país reside en gran medida en el enigma que provocan las difusas *señales de autoría* que lo rodean. Esas señales serán menos extrañas para sus contemporáneos, pero la historia se mide siempre más a través de una cuota superior de voces que van callando. Y también mucho más a través del predominio de las herencias culturales no declaradas, del apócrifo o la cita de apuro que habilita nuestra vida real como lectores y escritores, que suele ser cita saqueadora y simulada. Moreno es el prócer de una morada incierta en nuestro lenguaje soterrado, por no decir inconsciente.

El “Moreno” de Groussac

En tanto historiador, Paul Groussac mantuvo una extraña relación crítica con Moreno, al que trató con implacable mordacidad pero rescatándolo cuando todo parecía al borde conceptual de la masacre. Lo ve ambivalente e improvisado. Mariano Moreno habría incrustado un jirón de espontáneo jacobinismo en una sapiencia clásica tradicional, como la que podía recibir un abogado de Chuquisaca, entre latinazgos, dictámenes canónicos e historia de los fastos de la antigüedad. Entre los cuales, las famosas vicisitudes de la Biblioteca de Alejandría.

Una momentánea batuta jacobina había llevado al fusilamiento de Liniers, pero el estremecimiento que enseguida se sintió por ese hecho pudo ser suficiente condena e impulso para cambiar los procedimientos,

fruto de un pensamiento que en principio parecía brumoso. Moreno había leído a los *Enciclopedistas*, aunque no poseía un programa de lecturas riguroso; se había saltado a Montesquieu, anota, cascarrabias, Groussac. Tampoco cuidaba mayormente de ciertos artificios que reclama la vida intelectual cuando quiere resguardar o pulir sus más rigurosos instrumentos de trabajo. Así lo señala el que sería el más importante director de la Biblioteca Nacional, en una época de oro que no volverá, siendo época, por otro lado, tan cuestionable en todos los aspectos que naturalmente corresponden cuando el juicio histórico se base en evidencias reales, pero sobre todo en el verdadero escepticismo moral que alienta toda empresa de rememoración histórica. ¿Qué mostraba Moreno, según este francés de pura cepa, pero empeñosamente argentino? A diferencia de *El federalista* de Hamilton, Madison y Jay, en donde se incorporaban juiciosos y ajustadamente las lecturas políticas a los propósitos de la revolución, Moreno era extremadamente descuidado con su escritura. Desde luego, no citaba correctamente a los autores de los que extraía sus textos.

Cual glosador negligente, maltrataba los necesarios vínculos de fidelidad a las obras. Sin embargo, elogia aparatosamente a ciertos autores que lo sacan del paso con un par de rápidas referencias. Así, tergiversa y a la vez regala incienso a escritores generalmente mediocres, lo que parecería más dirigido a agasajar al citador que los ha descubierto que al anodino autor de turno, objeto de la tarea citadora. Todo lo cual es lo propio de un abogado, piensa Groussac. “Libertad harto forense”. Actúa tal como se alega en el foro, sin cuidarse los fundamentos más ceñidos en nombre de la eficacia momentánea del discurso. Así, Moreno pasará estas desidias a su tarea de editorialista de la *Gazeta de Buenos Ayres*.

¿Pero quién, como Moreno, no procede para hacer lo suyo con meros recuerdos, con difusas lecturas anteriores? Ellas son rápidamente exhumadas ante el acoso de los hechos. El novel abogado está ante la urgencia del alegato, y como político debe dar órdenes odiosas que juzga necesarias. Toma todo lo que le interesa de rápidas repisas. Ciertamente, hay “ideas propias”. Pero yacen en el magma indiferenciado de voces entremezcladas, donde un párrafo adecuado de Volney convive con una frase efectista de Raynal o de Mably —autores censurados en su momento— a los que Moreno suele transcribir libremente sin mencionar lo que hoy llamaríamos “la fuente”.

Juzga Groussac todo esto con venenosa ironía, llamándolo *asimilaciones a granel*. ¿Plagiario? No es esa la cuestión, no solo porque cuando invoca a un autor ajeno, durante largos pasajes Moreno lo cita indirecta u oblicuamente —mostrando que no hay afán de apropiación desleal—, sino

porque también actúa en nombre de un ejercicio largamente aceptado en *su medio intelectual*. La expresión en cursiva es la que emplea Paul Groussac, que escribe sobre Moreno en el viejo edificio de la calle del mismo nombre y luego en el nuevo caserón de la calle México, donde la Biblioteca Nacional estuvo cien años y en ese momento no imagina ni a Borges ni a los cuantiosos destellos de persistencia que tendrá esta polémica. El busto de mármol de Moreno es Groussac quien manda hacerlo. Lo que averigua sobre Moreno es lo que desea saber sobre los avatares y rarezas de los estilos intelectuales argentinos.

¿No nos llaman la atención las apreciaciones groussaquiánas? Groussac es quizás el escritor que por vez primera en Argentina se sintió llamado a realizar reflexiones precisas sobre las prácticas sociales y estilísticas de los escritores en relación con las usanzas culturales de una época.

Así, nos pinta a un Moreno que se siente insuflado de ejemplificaciones atenienses y espartanas, en su mayoría glosadas de Rousseau y Mably. Y no se priva Groussac, según su estilo, de una ácida observación que suena como el guantazo de un mortífero polemista. Véase una de las tantas púas que clavó en la piel inexperta que le ofrecían los *litteratis* vernáculos:

Moreno suministraba copiosos ejemplos de Minos y Licurgo a los diputados de Santiago, Jujuy, Tarija y demás provincias —¡que ya se ponen en camino para derrocarlo!—.

Casi creeríamos ver aquí un sabor anticipado del gran polemismo que pasadas algunas décadas, y con similar intención de contrastar crudas realidades a rebuscados ensueños ideológicos, formaría a escritores de la estirpe de un Arturo Jauretche.

Sin embargo, también Moreno está inmerso en un medio periodístico. Groussac se encarga de subrayar que en todo estilo periodístico existe una implícita habilitación para la cita imprecisa o aun para la ausencia de respeto hacia las autorías de textos. Pero que hubieran sido formalmente exigidos, si no se estuviese en un ámbito torrencial, de urgencias e incertezas. Son tiempos en que se exige premura y talento para las grandes síntesis, menos exactas que vehementes. *Moreno, periodista*. No podía hacer más, su biblioteca era sumaria, su formación intelectual tenía no poco de vicaria, pero su disposición literaria y política, cuando librada a su vivaz espontaneidad, podía alcanzar cierto sabor ciceroniano, y no poco de Tácito en sus frases más felices, sobre todo —indica Groussac— aquellas que abren sus escritos perentorios, “los pueblos compran a precio muy subido la gloria de las armas”. Ya la consideramos. Es el soberbio pórtico del artículo “Educación”.

Groussac parece haberse entregado a una empresa demolidora del estilo morenista. Pero al cabo de ella surge —ruinas humeantes de por medio— el salvataje hechicero del joven tribuno. No merecía el precipicio: Moreno, con toda su ambigüedad ineluctable, era el digno jefe intelectual de una revolución.

Desde luego, Groussac quiere hacer una historia no jacobina de la revolución argentina a la luz de la historia de la creación de un ámbito intelectual autónomo y riguroso, que para el caso estaba muy distante de cubrir razonables expectativas. La crítica a los escritos de Moreno enfocándolos a la luz de la débil idea de autoría individual obtendría su razón en la balbuceante y amorfa sociabilidad criolla. Se intentaba en medio de inagotables tropiezos la creación de un *medio intelectual* independiente. Tema groussaquiano por excelencia, cedazo con que debe interpretarse todo proceso histórico y todo resurgir de la crítica; crítica que en este caso está bajo la inspiración de la expurgación y desciframiento acabado al que habían sido sometidos los escritos de Pascal que tiempo antes se habían hallado en la Biblioteca Nacional de Francia. Solo con estas metodologías practicadas sobre textos y predisposiciones intelectuales, según Groussac, podría marcharse hacia *la fundación verdadera de una cultura nacional*.

Esa fundación debería estar presidida, entonces, por la conquista de la crítica. De una noción de autonomía textual, a la que solo se arribaría abandonando la improvisación en el oficio intelectual y la tendencia al descuido en las citas. Esto es, intentando la escritura de textos que le dieran las espaldas a la pompa copiativa, evitando ingerir tramos de otros textos sin designarlos adecuadamente. Había que escapar de la mendacidad intelectual que significaría elaborar textos sin señalar fuentes y sin mentar adecuadamente la necesidad, cuando la hubiera, de incorporar esas fuentes a los textos propios. Moreno, el Moreno de la Biblioteca, de *la Representación de los Hacendados*, de los decretos de guerra, del *Plan de Operaciones*, era el laboratorio en que ponían a prueba estas hipótesis de rigorismo cultural.

Alertar para que se eviten esos errores, que obstaculizaban la obtención de la mayoría de edad intelectual, es la tarea ímproba de Groussac. La controversia sobre qué tipo de propiedad textual posee el escrito atribuido a Mariano Moreno popularmente denominado *Plan de Operaciones* le sirve para generalizar el debate sobre su proyecto de darle a la vida cultural sudamericana un rigor parejo con su responsabilidad, ajeno a los practicantes atolondrados de ciencias que visitan con generalidades de aficionados. Hacia finales del siglo XIX no se puede pensar ese debate sin la Biblioteca Nacional ni la Biblioteca Nacional sin ese debate.

Vestigios arquitectónicos

La Biblioteca Nacional permaneció mucho tiempo en el edificio de las actuales calles *Moreno* y *Perú*. Son los nombres que sustituyen a los antiguos, estrictamente alusivos. *Moreno* se llamaba antes *Biblioteca y Perú*, se llamaba *Representantes*. Los nombres de las calles son ruinas resignadas en el lenguaje inadvertido del ciudadano. Cada calle lleva un nombre y probablemente luego otros nombres a los que ella se resigna varias veces. En un tiempo, puede ser que se aluda a la actividad que se realiza —*Calle de los Pescadores*—, en otro tiempo, los lugares a los que bordea o conduce —*Calle de la Ribera Baja*—, y luego, podrá rematar en la figura de un doctor, un militar o un mártir nacional, sustituibles asimismo entre sí. El nombre *Cangallo*, de sabor incaico y que remite a las luchas por la Independencia, pudo ser trocado, como ya se sabe. ¿Pero dónde se pondría un nuevo nombre, de incisiva sonoridad, en una ciudad ya excesivamente atiborrada? ¿Empujando qué? ¿Anulando cuál? ¿Corriendo a quién? Hoy, Cangallo es una coetilla de dos cuadras en Parque Centenario, que restan de la larga vía que ahora fue ocupada por el notorio general Perón. Para este mester nominativo, ya no abundan las redundancias o fidelidades referenciales, emanadas de oficios, funciones o evidencias de la naturaleza: feliz tiempo en que en la calle *Biblioteca* estaba la Biblioteca y en la calle *Representantes* la Sala de Representantes, antes de morenizarse la primera (¿solución al enigma fundador?) y peruanizarse la segunda (¿oblicuo resguardo al fin del nombre Cangallo, nítidamente peruano?). A los objetos los empujan las personas, pero también a las personas los objetos. Eso es la esencia metonímica de la gramática. Pero una calle raramente goza de un único nombre y cuando la generación que recuerda el anterior se extingue o empieza a pronunciar el nuevo, surge otra vez un cambio obligado por la escasez de espacio frente a la dispersión indetenible de la memoria. Si los nombres urbanos comenzaron pareciéndose a la naturaleza o a la vida, hoy son actos en que cada nuevo aspirante debe remover un osario completo. Es propiamente el tema de las bibliotecas, con espacios escasos y exigencias agónicas del memorialismo histórico. Las bibliotecas centrales son parte de una ciudad y ellas mismas remedan bien una ciudad. Su tema es el espacio y la remoción, la adquisición y el expurgo.

La *Manzana de las Luces*, que crece alrededor de la Iglesia de San Ignacio, es la sede en la que durante casi un siglo se desarrollan los eventos de la Biblioteca Pública, luego, desde 1884, *Biblioteca Nacional*. El Colegio Nacional de Buenos Aires, sucesor del Colegio San Carlos, se encuentra allí, en una gran construcción edilicia de fines del siglo XIX de severidad

neoclásica. Ese Colegio es y fue uno de los epicentros de la vida pública argentina, en cuanto a sus momentos de institucionalidad ceremoniosa y en cuanto a sus tragedias colectivas. La Universidad, fundada en los comienzos de la década del veinte del siglo XIX, también tenía su sede en la Manzana, y sus últimos testimonios, las facultades de Exactas y Arquitectura, fueron trasladados en los años setenta a la Ciudad Universitaria e irresponsablemente demolido uno de los edificios históricos. Las partes de la Manzana que ocupaba la Biblioteca Pública están hoy muy transformadas por los sucesivos, cambiantes y atolondrados usos del edificio. La antigua Sala de Representantes de la Provincia de Buenos Aires —hoy restaurada precariamente, bajo la inspiración de un grabado del diario *Argos* de 1822— es el mismo local donde se desarrollaron parte de los trágicos sucesos que ocurrieron en 1839 en oportunidad de la conspiración de Maza. Luce ahora pobremente, sin emoción histórica.

En cuanto a las salas ocupadas por la Biblioteca Pública, sufrieron muchas modificaciones y frente a sus usos actuales —pertenece a la Comisión de la Manzana de las Luces— hay que hacer diversos ejercicios para imaginar sus circunstancias preexistentes. Se precisa una mezcla de osada imaginación arquitectónica y de escepticismo en relación con los vestigios para recobrar un sentimiento vivo sobre las trazas remanentes y su presencia actual. Lo primero porque es posible la visualización retrospectiva a través de la imaginación intuitiva, lo segundo porque la cultura avanza con una lógica de pérdidas definitivas pero de algún modo eficaces. Las comisiones estatales, sin embargo, son tibiamente generosas con el pasado porque tienen horror a la pérdida, que supondría míticos castigos administrativos. No saben, no sospechan que hay que ser terminante con la imaginación y resignado con la evocación. Así, se da curso a reconstrucciones y reelaboraciones evocativas que tienen un abstracto sentido ornamental para actuar, desvitalizadamente, en la superficie del recuerdo. No pasa de ser todo eso una cartilla inocente de ejercicios escolares, apelando al alma primitiva que sin duda siempre posee el afán histórico espontáneo de las poblaciones.

En 1901 se le otorgó a la Biblioteca Nacional —por gestión de Groussac ante Roca— el importante edificio recién construido en la calle México 564 que evoca cierto racionalismo renacentista y que iba a ser destinado a la sede de la Lotería Nacional. En sus escaleras aún perduran los ornatos de bronce que al parecer simulan bolilleros, se cree que alusivos a la primitiva función a la que se destinaba la casa, pero esos mismos globos de bronce están presentes en la formidable escalera del edificio de 25 de Mayo 221, actual sede de los institutos de la Facultad de Filosofía y Letras, anteriormente

Banco Hipotecario, y aun antes, del Hotel Palace, construido por la familia Mihanovich y donde De la Cárcova tuvo, luego, su atelier. Un gran vitral aún se conserva en la entrada, a pesar del aspecto decadente que revela hoy esta construcción histórica. El antiguo edificio de la Biblioteca Nacional, por su parte, también ha sufrido el castigo de las readecuaciones y de la pérdida de su espíritu originario. Aún quedan en él las estanterías antiguas, la gran bóveda central donde están inscriptos los nombres de los directores hasta 1901 y la imprenta de Groussac.³³ El arquitecto italiano Carlo Morra, luego emparentado con la aristocracia del interior argentino, la construyó como parte de una honda huella que aún subsiste de la Buenos Aires del roquismo: numerosas escuelas públicas, todas hoy de fisonomía alicaída aunque evidenciando una concepción romanizante de la épica educacional, entre ellas la formidable Escuela Normal “Sarmiento” de Callao y Corrientes y la escuela situada en Pueyrredón y Sarmiento, convertida ahora por obra de una especulación rastrera en una “escuela shopping”.

Seguro, el “Doctor Óxido” y el fraile “Granizo”

Retomamos ahora el hilo de nuestra historia. Luego del largo período en que sucede la presencia del director Chorroarín, en 1821, en aquella antigua esquina de las calles Perú y Moreno (según sus nombres actuales) se establecerá una nueva dirección. Se trata del filantrópico presbítero Saturnino Seguro, hombre de beneficencias varias, director de la Casa Cuna y preocupado por cuestiones científicas, en especial, por la propagación de la vacuna antivariólica, que él mismo aplicaba afanosamente al pie de un añoso árbol de las afueras de la ciudad (se trata de un pacará, que aún existe en el Parque Chacabuco). Seguro es un avezado coleccionista de documentos, muchos de los cuales publicará en su momento el napolitano Pedro de Angelis. Conjeturamos que en su mayoría estarán hoy junto al resto de la Colección De Angelis, en la Biblioteca Nacional de Brasil, donde los llevó el afán cortésano y crematístico del sabio napolitano. Otros estuvieron largo tiempo en la sección Manuscritos de nuestra Biblioteca Nacional, y ahora se hallan en el Archivo General de la Nación, donde fueron trasladados por una disposición de mediados de la década de 1950, que no juzgamos acertada.³⁴ La *Revista de la Biblioteca Nacional*, en la época de Gustavo Martínez Zuviría, publicó numerosos papeles de Seguro, escritos o no por él, de sumo valor para la historia del Río de la Plata y sudamericana. En el capítulo de este libro correspondiente a la larga presencia de Martínez Zuviría como director de la Biblioteca, comentaremos algunos de estos escritos.

Concluido el brevísimo período de Segurola, los tiempos más plenos de Bernardino Rivadavia y luego de Dorrego se corresponden con la presencia de Manuel Moreno al frente de la Biblioteca Pública. El hermano del fundador estará seis años como director. Será un pulcro organizador, según lo describe Groussac, en medio de lo que ya se insinúa como un descuido evidente en el edificio de la esquina de las calles Representantes y Biblioteca, y en la desaparición del antiguo fervor que llevó a construir el patrimonio con cientos de donaciones y a aumentar en los primeros tiempos, notablemente, el número de lectores: eran los primeros lectores argentinos que practicaban ese cometido antiguo y esencial en un establecimiento público. Manuel Moreno era un hombre destacado de la época, custodio eminente de la memoria de su hermano Mariano y personaje señaladamente ilustrado. Esa fama que poseía una biblioteca particular de las más completas de esa ciudad remota, que sin embargo conocían bien los diplomáticos ingleses y portugueses, no por sus libros sino por otras especias.

Dejaba Manuel Moreno que su figura cobrara un aspecto de profunda simpatía cuando se lo llamaba por su apodo, “Doctor Óxido”. El sonsonete provenía de sus clases de química y de su pionero interés por la iluminación a gas. Manuel Moreno es “federal”. Ponemos comillas porque el pasado, o las creencias de los hombres del pasado, sus voces, que no escuchamos, sus rostros reales, sus gestos cotidianos, sus convicciones morales, la respiración de sus pasiones políticas, solo podemos intuir las con el auxilio de lo que sería lo contrario de todos esos visajes. Se nos presentan con aspecto volátil y nos autorizan a que dudemos de ellas, no necesariamente como cosas no ocurridas, sino como ocurrencias que solo muestran su propio eco difuso. Dejan que las imaginemos a través de los papeles de archivo, esto es, de cierto olfato que lanzamos desde el presente con el presentimiento de que nuestra propia condición humana no puede diferir demasiado del rango dramático de todo acontecimiento pasado o futuro. Pero este recurso puede ser engañoso. Nunca sabremos si nuestras propias muecas y expresiones podrían ser el anzuelo mimético que nos ayudará a pescar las señas y ademanes ya desvanecidos. Estamos solos ante el pasado con nuestras comillas, que de tanto en tanto protegen a un escrito con su siembra generosa para que no lo abusemos con una literalidad perdida. Indican que lo textual puede no ser seguro y que lo seguro puede reiterar una incerteza originaria. Alertan que tenemos que tomar *cum grano salis* lo sucedido y lo protagonizado por aquellos hombres esfumados. Las comillas equivalen al olfato. Manuel Moreno era “federal”, a la manera de Dorrego, manera doctrinaria e informada de los detalles de la discusión de

los constitucionalistas norteamericanos. Pero con las comillas recogemos un denso problema historiográfico. ¿Ocurrieron alguna vez los hechos? A condición de entenderlos a través de la aureola de niebla umbrosa que destilan, sí ocurrieron.

Ya está concluyendo la década del veinte. Dorrego fue sentenciado. Poco tiempo después Juan Manuel de Rosas entraba a Buenos Aires al frente del cortejo impresionante que seguía al cuerpo del fusilado. Pequeña ciudad para tan sobrecogedor espectáculo. En medio de esos incidentes que serían una cuerda tendida del drama nacional por muchas décadas más, la Biblioteca Pública, luego del retiro de Manuel Moreno, contará con el breve concurso de Valentín Alsina como director. La guerra se desenvuelve a sus espaldas pero Alsina no es ajeno a ella. Es uno de los portaestandartes notorios del partido unitario y como una pesadilla, también lo sobrevalorará el fantasma del que muy pronto sería conocido como el fusilado de Navarro, a modo de trágico eufemismo para situar el halo detenido de una tragedia. Su suerte será la de Lavalle, el fugaz gobernante que lo instala en la Biblioteca. Alsina se exiliará unos años después en Montevideo y participará de la política activa del grupo que retorna a la ciudad luego de la caída de Rosas. En carta a Sarmiento, a propósito del *Facundo*, le recomendará mayor exactitud en los datos y descripciones sociales. El autor del célebre libro se disculpa diciendo que no había tiempo para hacer ciencia y pide tolerancia para esa privación que podrá corregir en el futuro, en tiempos de paz. Es un taimado Sarmiento el que escribe esto; sabe bien el valor de lo que ha escrito, y es un valor que precisamente cobra mayor vuelo por no atarse a la empiria de las cosas, como quería aquel efímero director de la Biblioteca. Su libro alcanza los niveles máximos que pueda tener una concepción artística de la guerra cultural.

Ese año de 1829 la Biblioteca Pública tendrá nuevo director, el presbítero Grella, en quien se quiere ver un remedo de inferior volumen respecto a las hazañas agitativas del padre Castañeda.³⁵ Se lo conocía a Grella como “el padre Granizo”. Las evidencias de un cotorreo sarcástico que juega con los nombres son a veces superiores a las pobres noticias que nos llegan de un pasado no tan lejano pero remoto o inaccesible para la reconstrucción histórica. Nada pierde la historia con su comicidad, pero la última palabra nunca la tiene el burlador. Comenzaba la época de Rosas.

Capítulo 2

Intermezzo rosista: el interrogatorio de la Cámara de los Comunes

De Angelis

Desde el punto de vista intelectual y cultural, la época de Rosas quizás está dominada por la polémica entre Esteban Echeverría y Pedro de Angelis.³⁶ Es decir, la polémica entre la profecía y el archivo. Del mismo modo que la similar polémica entre Ingenieros y Groussac, medio siglo después, lo es entre la biblioteca y los ideales emancipatorios. Pero nadie está impulsado a no escuchar los cañonazos del paso de Obligado.

Nada más ajeno a Rosas que la mirada de Darwin. El naturalista inglés se encuentra con Rosas en algún puesto de la frontera con el “desierto”, en el año de 1833. A Rosas le interesan los idiomas indígenas de la pampa, no como humanista curioso por las palabras de los otros, sino como jefe que debe dar órdenes por doquier.

Bonpland o Humboldt se corresponden, en cambio, con Rivadavia —el alemán, lógicamente, mucho más con Bolívar— pero De Angelis demostrará que el coleccionismo de papeles antiguos, el archivo como forma constitutiva del poder del Estado, pueden ser elementos aprovechables para el minucioso Rosas. Las ciencias del naturalista, este no las poseía, pero veía el Estado como una naturalización de órdenes, un barroquismo del explorador de los secretos de las oficinas públicas. En cuanto a Humboldt y Bonpland —este último venido a Buenos Aires en la misma época rivadaviana que el publicista De Angelis—, tenían en la cabeza un censo asombroso del nuevo continente. El sabio alemán, más notorio que el francés, descubre pingüinos y escorpiones sudamericanos, luego bautizados con su nombre, honra que también podía caber tanto a las flores (*lilium humboldtii*) como a los calamares (*broteas humboldtii*). Esto es lo que dice haber buscado Bolívar, en su extraña alucinación metafísica en el *Chimborazo*, “las huellas de la Condamine y Humboldt; seguías audaz, nada me detuvo; llegue a la región glacial; el éter sofocaba mi aliento”.

Pero Pedro de Angelis, nacido en Nápoles, es un viajero, no un naturalista. Bonpland y Pedro de Angelis llegan a conocerse en esa Buenos Aires. El napolitano escribirá la biografía del francés. Pero de De Angelis poco se sabe. Es como conviene a las vidas errantes, a los grandes exiliados o a los utopistas que confunden el almacén de sus ilusiones con una derivación mercantil de sus sueños. De Angelis, a su manera, también es un naturalista.

Josefa Sabor cuenta su vida —su biobibliografía— en uno de los más importantes libros de la bibliotecología argentina, *Pedro de Angelis y los orígenes de la bibliografía argentina*.³⁷ También han hablado de él Enrique de Gandía, Ignacio Weiss, Félix Weinberg, Paul Groussac, Emilio Ravignani y muchos otros. El famoso escrito despreciativo de Esteban Echeverría contra De Angelis no deja de ser injusto; en el pasado el napolitano no había tratado mal al poeta romántico. Por su parte, el general Mitre, en un gesto medido, luego de la caída de Rosas, lo perdona. Todo ocurrió en Buenos Aires, entre la década del veinte y la del cincuenta.

De Angelis tiene del naturalista el instinto profesional del acopio y la catalogación. Vive en el siglo de Darwin. Pero él no se cruzará con Rosas tan solo fugazmente. Será su archivista, coleccionista, periodista, polemista, tipógrafo, paleontólogo, numismático, no en la inmensidad de la pampa sino en los múltiples despachos y recámaras de los que salen las justificaciones de aquel gobierno.

¿Plumífero de Rosas? No es un rosista, y lo que es, no es fácil decirlo ahora. Hombre de cortes, trabaja para los nobles de turno y también para sí mismo, secreto cultor de su propia nobleza intelectual, en resentida protesta por no ser reconocida por el príncipe. No es fácil comprender el carácter histórico-literario de un polígrafo cortesano. Una corte parece un mundo clasificado de gestos y reglas de etiqueta. Un detallismo egregio. Algo de eso caracteriza al churriguerismo escénico de Rosas como gobernante. Detallismo como protoconciencia caprichosa. El capricho como puesta a prueba de la naturaleza de un poder. Se conservan aún en el Archivo Histórico Nacional los billetes que le envía Rosas a De Angelis a la redacción del *Archivo Americano*, ordenándole minucias y bagatelas. Son las menudencias que relevan la presencia del hombre fuerte en un diario concebido para darle dimensión universal, tratado con raros criterios modernos.

Además de ser el periodista calificado de Rosas, Pedro de Angelis es el probable difusor de la obra de Vico en París y Buenos Aires. Este rasgo exótico —el exotismo es la reunión aleatoria de elementos no coincidentes que luego parecen discretamente ensamblados— debemos situarlo de alguna manera en el siglo XIX. De Angelis es hombre de cortes, diplomacia y tertulias. Ha sido etéreo embajador de Nápoles en San Petersburgo. Es cierto que practicará la carrera de las armas y escribirá sobre las maniobras de la infantería en el Río de la Plata. Pero también es un educador, un constitucionalista. O es todas esas cosas, porque tiene un ideal de preceptor de la época. ¿Cómo es eso? El preceptor desea estar *antes* del conocimiento, *antes* de la educación, *antes* del lenguaje. (En Nápoles, De Angelis había sido preceptor del hijo de Murat). Quizás interpreta que el estrato *previo* a

todas esas ocupaciones —que parecerían ser las primeras, las fundantes— es un gesto equivalente al del archivista, al del coleccionador.

Una manera de entender estas ocupaciones es descender a los arcanos de la filología, ciencia difusa y fantástica que practicó Vico. Están las célebres inferencias sobre el origen de la palabra ley en el acto de recoger bellotas, que retomará Alberdi en su *Fragmento preliminar al estudio del derecho*. El joven Alberdi cita a Vico por la edición de Michelet, la única disponible en el mundo lector francés y rioplatense.³⁸ Como es sabido, las relaciones entre Michelet y Pedro de Angelis en París están en el origen de esta publicación, así como el interés por Vico en los salones literarios del siglo XIX argentino se debe seguramente a la presencia de Pedro de Angelis, quien a la vez no tiene mayores contemplaciones hacia los utopistas franceses y sociólogos sansimonianos, siendo evidente que no considera a Michelet en el número de estos. No podríamos en ningún caso desmerecer el hecho de que la insignia viquiana de *verum ipsum factum* podría presidir perfectamente, a fuer de historicismo romántico entendido de un modo extremadamente radicalizado, la empresa del sabio napolitano. Justificaría una suerte de interpolación entre filología, arqueología, descubrimiento de peñascos ignotos en los océanos —la isla de Pepys— y recopilación de memorias del pasado. La relación entre Vico y Michelet pudo haberse proyectado de muchas maneras en el Río de la Plata. Percibida a partir de la ficcionalización a la que la somete Piglia en *Respiración artificial*, adquiere un aire pleno, una lógica completa de época, pero vista desde el rigor documentalista de José Sazbón, debería limitarse a sus más tímidas expresiones, meras conversaciones eruditas o préstamos personales de libros entre personas, lo que no presupone influencia ni trabajo en común.

Pero más allá de querellas sobre el pionerismo en la transmisión de ideas y lecturas, De Angelis convive con una pasión archivística que lo acerca más al clima darwiniano del siglo XIX que a las innumerables ramificaciones del historicismo. Podríamos deducir entonces ese sesgo darwiniano atribuible caprichosamente al conjunto del período decimonónico y luego contrastarlo con el otro gran empeño que se mueve en dirección al sentido del espíritu historizado. En este sentido, tenemos el categórico parecer de Hegel, que en poderosos tramos de la *Fenomenología del espíritu*, justamente en sus reflexiones sobre el cráneo, deja leer —increíblemente— que

el cráneo no es un órgano de actividad, ni es tampoco un movimiento que hable; no se roba, se asesina, etc., con el cráneo, ni cuando se cometen esos actos se altera su gesto en lo más mínimo, como en un

gesto elocuente. Y este que es no tiene tampoco el valor de un signo. El semblante y el gesto, el tono de voz, como la columna o el poste plantados en una isla desierta, anuncian en seguida que tratan de suponer algo distinto de aquello que solo de un modo inmediato son.³⁹

Pues bien, con el cráneo se agotan sus significados en sí mismos, no trascienden ni ofrecen la posibilidad del signo que existe en su calidad de mediador, referido a otra cosa. Esta idea del cráneo o de los huesos como ajena al espíritu establece una bifurcación esencial entre la cultura y la naturaleza. La idea hegeliana de la significación como el proyecto de un sentido con cierto desarrollo temporal propone un ideal trascendente del gesto y la voz. Esto lleva a tesis simbolistas cabalmente adversas al espíritu clasificatorio o catalogador de los conocimientos. De Angelis estaba hecho de la stirpe de los bibliotecarios, Hegel de la stirpe de los chamanes.

El siglo XIX, si es posible una afirmación de esta índole, mantiene una bifurcación. O es un catalogacionismo archivista que pone la historia a nivel de las osaturas despojadas de espíritu —sin historicismo posible— o es una *fenomenología del espíritu* basada en un despliegue orgánico de la cultura y el saber. O sea, una suerte de historicismo. De ahí la importancia de Pedro de Angelis. Consideremos los alcances que tienen en la remota ciudad de Buenos Aires los impulsos catalogacionistas y recoleccionistas del napolitano erudito. Es la Buenos Aires rosista, pintada del abominado color rojo según las tesis sarmientinas del *Facundo*, que arriesgan a convertir la historia en una repudiada anilina. El catalogacionismo de De Angelis es alusivo siempre a un humanismo naturalista que como el de todo archivista desea soñar que desde los huesos despojados del archivo se reconstruya súbitamente la vida.

Es el naturalismo proyectado hacia los papeles sobrevivientes y que alguien ha recolectado. Siempre está presente la idea de ley, es decir, la constitución de la sociedad humana, en su origen etimológico ligado a la *recolección* primitiva. Todo ello hace las veces de una teoría utópica de la historia fraguada con los elementos de una ciencia anatómica y geométrica imaginaria. La publicación de De Angelis sobre la isla de Pepys —*Historical Sketch of Pepys' Island in the South Atlantic Ocean*, dada a luz en 1842— retoma temas utopísticos, la mentalidad del aventurero que desde su escritorio se apodera, probablemente para su peculio, de bienes exóticos como el goce científico máximo de la época. Es la mezcla de la retórica de los informes sobre descubrimientos, viajes y exploraciones, con una paleontología imaginaria. El inicio real de las novelas románticas.

En efecto, también De Angelis explora el río Matanzas en busca de fósiles —lo que en 1841 le permite obtener piezas reconocidamente valiosas—, lo

que lo hace un antecesor considerable de Ameghino. La creencia en una isla misteriosa, a la manera de un geógrafo que ve la dimensión mágica de los mapas, no deja de relacionarse con la del arqueólogo que revuelve en los lechos pampeanos para encontrar huesos paleolíticos, símil imaginario de los míticos peñascos inexplorados del Atlántico. No soporta estas “naciones nuevas”; es, sin duda, un hombre de las cortes, un pensamiento de cuño dinástico lo que nos lleva nuevamente al archivo, pues una dinastía es una genealogía que asimila gobierno y familia. Pero a pesar de eso inventa el *Archivo Americano y Espíritu de la Prensa del Mundo*. Es un paleoperiodismo como el que nunca imaginó Rosas, pero este estaba a su servicio. Convierte al periodismo en un archivismos, lo que lejos de darle una afectación arcaica a lo que hace, lo pone en un horizonte moderno insospechado.

Con razón, Echeverría, espíritu romántico que por lo tanto no cree que la conciencia sea un hueso, lo acusa de ser un extranjero mercenario, un enciclopedista que mutila la cultura y la historia, demostrando hasta qué punto —en la polémica célebre de 1847— estaba en juego lo que podríamos considerar el espíritu del siglo XIX. O bien la historia como cuerpo orgánico en un despliegue con conciencia cultural específica, o bien el laboratorio exótico del naturalista que diseña la historia y la torna colección de ilustres huesos de la imaginación. El periplo de De Angelis en brazos de las más diversas formas de administración del poder porteño, desde Rivadavia, el sorprendente admirador de Jeremy Bentham, hasta Rosas, el inaudito amigo de lord Palmerston, se asemeja también a una cadena de historias que solo podían ser encaradas como huesos de un esqueleto —como el que hasta hoy se exhibe de Bentham— que sería apto para un servicio profesional del intelectual a sueldo, que no se vería de ese modo sino como un entomólogo secretamente crítico de los poderes de turno.

El novelista Carlos Catuongo, en *De Angelis*,⁴⁰ traza el retrato ficcional del viajero utópico, dándole a este la facultad de la primera persona. Lo hace decir:

Es por eso que en la Historia es imposible evitar nada y me entregué a Rosas igual que a Rivadavia e igual que a cualquiera, igual que a Murat, igual que a cualquiera.

El historiador Fabio Wasserman⁴¹ escribe que la *Colección* de papeles recopilados por De Angelis da a luz documentos poco conocidos o inéditos, pero se distingue asimismo “por la calidad formal y material que la convierten en una obra difícil de equiparar”, aunque “uno de los aspectos más llamativos de estas y de las otras colecciones, es la dificultad para poder interpretar cuáles

eran los criterios de edición utilizados a la hora de establecer qué textos se publicaban y cómo se ubicaban en una serie que los tornara significativos”. Efectivamente. Aunque podría decirse que la excepcionalidad de la publicación y cierto desorden clasificatorio no venía a desacomodar la potencia de la serie sino que le daba un resalte particular. La clasificación del siglo XIX probablemente pertenece aún a la idea de que las categorías del pensamiento no deben ser “exhaustivas y excluyentes” como luego lo pretendió la ciencia clasificatoria del siglo científico posterior, de algún modo recusada por el Borges al que alude, en ese mismo sentido de ausentación del momento de cierre del sentido, el borgeano Foucault de *Las palabras y las cosas*.

Pero todo esto se hacía para salvar los conceptos del catálogo de la naturaleza. Pedro de Angelis es un historiador que está cerca de Darwin. No es que tenga una hipótesis evolucionista estudiando huesos, pájaros y fórmulas dentarias, sino que considera los mapas y relatos antiguos como un cuerpo de signos que surge del misterio petrificado de la historia. Su “cruce” con Rosas no es en el desierto sino en los gabinetes y laboratorios bibliográficos que insisten en coleccionar los “huesos de la guerra entre hombres” como si no se tratara de la historia sino de la mirada científica sobre el cráneo, o de una frenología de las pasiones. Rosas no le da un salvoconducto, como hace con Darwin, sino que lo nombra su director de prensa o su archivero —como despectivamente lo llamó Echeverría—, pero nunca eso le significó un certificado de libre paso, sino un molesto acatamiento.

La del archivero es quizá la cuerda más vigorosa, aunque sigilosa, tendida en la historia intelectual del siglo XIX. Esa pasión papelera hubiera caracterizado a ese siglo por entero, si es que no se hubiera inaugurado con la advertencia hegeliana, con esa *Fenomenología del espíritu* contraria a considerar el conocimiento como “un esqueleto con etiquetas pegadas encima o esas filas de tarros rotulados que se alinean en las tiendas de los herbolarios”.

Pero esto último quizá convenga a la noción elemental sobre las bibliotecas, y menos sobre los archivos. Paul Groussac, en su ya mencionada *Historia de la Biblioteca Nacional* —escrito de fina mordacidad, al punto de que su intolerancia se hace tan sutil que siempre está pronta a confundirse con el elogio melifluo—, coloca a la Biblioteca en la época de Rosas bajo un signo oscurantista. No fue tan completamente así, por el mero hecho de que la Biblioteca Pública, a la zaga de las actividades de Pedro de Angelis, recibe alguna irradiación del fuerte activismo del astuto pendolista oficial. Es que a Pedro de Angelis lo nombra Rosas archivero del gobierno. El Archivo lo había fundado Rivadavia años antes y De Angelis permanecerá en él hasta la caída de Rosas. De estos tiempos emanan las acusaciones que recibe. Algunas podrán parecer fundadas,

pero es evidente que son acusaciones de época que parten del poco fervor que los contemporáneos se tienen entre sí, y De Angelis era un extranjero problemático, que desafía con su erudición al mundo cultural estrecho de las jóvenes repúblicas. No debe haber “confundido” el patrimonio público con el privado, como se le reprochó. Groussac desliza la especie en forma concreta, respecto al legado de manuscritos de Seguroola. Hacia fines de 1821 este sacerdote había sido director de la Biblioteca, cargo que cedía en su entusiasmo frente al que implicaba su afán de divulgador de la vacuna antivariólica, a la que aplicaba en persona a la sombra de un pacará histórico. Los manuscritos de Seguroola eran los que De Angelis publicó en los primeros tomos de sus *Documentos*. Groussac estima que “no parece que volvieran los originales a poder de su dueño, y es muy probable que quedaran entre la colección de obras y papeles que dicho señor vendió al gobierno del Brasil”.⁴² ¿No suena a una especie que se arrastraría de generación en generación, esa leyenda del “ladrón de manuscritos y mapas”, atribuible fácilmente a un napolitano meterete?

De Angelis: sustractor de documentos, mercachifle de la venta a Pedro II de buena parte del archivo documental de la historia argentina, intelectual cercano a la venalidad filistea que persigue como una sombra inconsolable la biografía de un intelectual. No es posible un juicio tajante de esta índole. El napolitano es un caso previsible de archivero iluminista —ánimo mercantil y eruditismo lírico—, junto a sus demás ocupaciones de periodista político asalariado y de utopista de la exploración científica. Es que la filosofía del coleccionista es parecida a la filogenia del estafador. Este preceptor de vástagos de los mandamases en la corte napoleónica en Italia posee una vida oscura y extraordinaria. En la historia de la ética archivística, quizás el archivo es la forma “mercenaria” de una historia tormentosa. ¿Se puede ser archivista bajo cualquier condición y régimen político? ¿El archivista público o particular debe ponerse por encima de las conmociones sociales o de los partidismos de época?

Si estas preguntas fueran respondidas con una afirmación eufórica, es probable que el archivo fuera el ojo superior e indulgente de la historia acomplejada de los hombres, sarcófago pertinaz de las intenciones rotas, juez perdonavidas y postreiro de los proyectos fracasados.

Pero, ¿cómo no desconfiar del archivismo? ¿Cómo no desconfiar de Pedro de Angelis, archivista tenebroso de la historia nacional? En el definitivo libro de Josefa Sabor que ya citamos —revisando exhaustivamente todas las intervenciones periodísticas, archivísticas y bibliográficas del napolitano—, encontramos el siguiente párrafo:

Rosas, cuyas relaciones intelectuales con De Angelis se caracterizaron por una ambivalencia que va desde la mayor desconsideración hasta el elogio, no dejó de poner siempre de manifiesto una pertinaz desconfianza cuando se trató de confiarle materiales, muy notoria cuando estaban en juego obras depositadas en la Biblioteca Pública. El mismo Rosas había prohibido en forma terminante el préstamo a domicilio de libros de la Biblioteca, y se conservan cartas de De Angelis —unas dirigidas a los encargados de la Biblioteca, otras al propio Rosas— en las que aquel solicita que se le permita retirar en préstamo algunas piezas importantes.⁴³

Extrañísima descripción de la relación entre un gobernante y su polígrafo, entre un gobierno y la realidad de las bibliotecas y archivos públicos, de uno de los cuales, el de Buenos Aires, De Angelis sería subdirector. De Angelis es en grado eximio un lector de Vico. Un especialista, diríamos hoy, si no fuera que las grandes ficciones filológicas de Vico son el aliento último que respalda su propia aventura de explorador de papeles y cartografías. Trae a Vico como novedad al Río de la Plata y lo apoya a Michelet, como sabemos, para su traducción francesa. Es la que cita Alberdi en el *Fragmento preliminar al estudio del derecho*. Pero la trayectoria del napolitano, pedagogo de cortesanas diversas, significa entre nosotros una extraordinaria oportunidad de reflexionar sobre el documento y su historicidad, sobre el documento y su extenuación, dispersión u olvido.

Pedro de Angelis obtuvo a lo largo de su carrera en Buenos Aires la posesión inusitada de colecciones documentales que raramente un solo hombre puede custodiar. En vida, De Angelis fue acusado de incautarse indebidamente de documentos, y la rara cualidad del coleccionista imperioso que no excluye el oscuro honor del cleptómano, seguramente pudo haber sobrevolado de manera injusta su pasmosa figura, suavemente mercenaria y fervorosa en su misión de devoto coleccionista. Para la novela argentina, como lo demuestra *Respiración artificial*, de Ricardo Piglia, no ha pasado desapercibido.⁴⁴

Numismático experimentado y dedicado prologuista del vasto material que había acopiado, no solo los documentos jesuíticos sino los escritos de los viajeros americanos del siglo XVIII, De Angelis pudo ser sospechado fácilmente de caco de bibliotecas —incluso por el propio Rosas—, como si fuera un personaje del libro de Miles Harvey, *La isla de los mapas perdidos*.⁴⁵ Los delitos cartográficos que se presentan y comentan en este sugestivo libro nos ayudan a comprender la dialéctica oscura de los archivos: el coleccionista hace las veces de Estado acopiador y guardián, simultáneamente con el papel de ladrón fervoroso y maniático.

Las colecciones relevantes de De Angelis fueron vendidas por él mismo a Brasil, país entonces gobernado por los Braganza, príncipes del Imperio en el que deseaba prestar servicios diplomáticos e intelectuales, quizá porque le recordaría más el ambiente del Reino de las Dos Sicilias, donde había sido el orgulloso tutor del hijo de Murat, general de Napoleón. La dispersión de los archivos es el sino fatal de todo acopio de los legados antiguos. En la ética del archivista existen dos gradaciones trágicas: el trabajo asalariado en el seno de cualquier régimen social que sea y la dispersión del tesoro. Los dos son males inconsolables y difíciles de conjurar. Nada se sabe del oficio tenaz y oscuro del archivista si no se consideran estas dos calamidades que parecen contradictorias entre sí, como lo son la permanencia incondicional y la dispersión súbita, pero ambas trazan el destino del archivo, su fenomenología, su ética y su filosofía irrisoria.

El italiano De Angelis es el eslabón más relevante del ideal archivero del Estado argentino como forma de un compromiso cultural, quizá de una teoría de la cultura. El francés Groussac le sigue en el tiempo y en importancia. Paul Groussac es el Estado argentino mismo con sus papeles y cartapacios, investigado desde sus mismas entrañas. Pero su espíritu irónico, su cercanía amistosa a tres presidentes de la Argentina clásica, patricia e ilustrada —Avellaneda, Pellegrini y Sáenz Peña, algunos de los hombres más sensibles del viejo orden— permiten considerarlo un raro caso de funcionario papelerero con tanto autonomismo frente al poder como el que usufructuaban los jóvenes Ingenieros y Lugones —que comienzan criticándolo— y los grupos anarquistas, con los que establece mutua indiferencia. Pero Groussac es un anarquista coronado, un hombre del Estado cuya astucia lo lleva a proteger su modernismo emancipador en los pliegues astutos de un acre conservadurismo.

Paul Groussac, en su *Historia de la Biblioteca Nacional*, es severo con lo que en ella ocurre durante la época de Rosas. La considera época de apagón cultural, sumida en penosa decadencia. Este juicio no es fácil extenderlo a todo el período, pues se pasaría por alto la proficua y extraña acción de Pedro de Angelis. Sin duda, el otro polo cultural a considerarse en la segunda mitad de los años treinta, es el salón y la librería de Marcos Sastre, quien después del rosismo sería también fugaz director de la Biblioteca. En el ámbito del Salón Literario se leen las piezas muy bien elaboradas de Echeverría y Alberdi, y el conjunto de los documentos allí expuestos forman parte de una memoria social avanzada, en la que el tema emancipatorio adquiere contornos de lucha cultural, en especial en la renovación de los cimientos sociales del idioma, la pedagogía y los actos de lectura. Tesis como las de la “emancipación del idioma”, la elaboración

de un “libro de educación básico y total”, el estudio social de la producción agraria y sus tejidos culturales, el concepto de “socialismo” como una perspectiva superadora de una historia meramente diplomática, la lectura como territorio del combate intelectual, la idea generacional como una “abjuración” de los partidos políticos emergentes de las luchas civiles, un modesto saber clásico reivindicador de las “tumbas del Inca”, el interés por la obra de Vico, la crítica a la novela como supuesta forma superior de la cultura literaria, la conspiración como vida romántica del político, el estudio del derecho como un resultado social de la existencia del “grande hombre” en la historia, el llamado al estudio de un país de acuerdo a sus singularidades, “sin apelar a copias”, sin modelos exógenos, pero también la atracción por el legado literario y político de Francia, son los temas que una breve enumeración debe considerar como signo de novedad de estas reuniones.⁴⁶ De Angelis asiste a una de ellas, y su impresión quedará registrada, tiempo después, en la crítica al *Dogma socialista*, al que ve como un conjunto de nociones que parten de enunciados surgidos de realidades muy distantes de las que reinan en las sociedades rioplatense y americanas.

Sin duda, el punto de contacto de De Angelis con la generación nueva —que puertas adentro discutirá acaloradamente sus propias tesis, sobre todo la de la “emancipación idiomática”, que despierta hondos desacuerdos—, es uno de los momentos más significativos de la vida intelectual de la época. La bifurcación de caminos entre el cosmopolitismo y el localismo —como la que casi un siglo después ocurrirá entre Borges y Jauretche—, es un hecho palpable del momento, al punto de darle a ese tiempo su especial originalidad. Groussac no se detiene lo suficiente en el drama de estos jóvenes que quieren ser románticos, y en esos parpadeos estéticos ve un socialismo humanista que no percibe cabalmente la fuerza inmanente de las realidades históricas efectivas. José Ingenieros, en *La montaña*, en su artículo “Paul Groussac y el socialismo” —en junio de 1897—, se siente sorprendido por la “bella franqueza” del entonces director de la Biblioteca Nacional, pero retruca diciendo que Echeverría no era verdaderamente socialista, sino seguidor de un vago humanismo igualitarista, el mismo que el de Mazzini, Leroux o Proudhon. Le reprochará a Groussac su desconocimiento de los verdaderos fundadores del socialismo, cuya base de análisis es económica y su moral, libertaria. ¿Quiénes son ellos? Los nombra: Marx, Engels, Lafargue, Kautsky, Turati, Bernstein... “Sus irradiaciones no han llegado todavía hasta el gabinete del fuerte y estimable director de *La Biblioteca*”. Lógico, ni llegarían nunca.

Casi diez años después, en *La evolución de las ideas argentinas*, Ingenieros vuelve a citar el artículo de Groussac, pero ya es otra su valoración. El mismo Ingenieros se había convertido en un echeverriano, lo conmueve la figura

algo patética del romántico argentino, que muere solitario y joven como si hubiera querido alertar a sus antiguos amigos que llegarían a la edad del poder sin objetar la penosa constancia que ese trámite reclama. Por lo que el propio Ingenieros, cinco décadas después, se considera reencendiendo la lámpara de Echeverría. No procurar el poder. Sino evitar que se apague el último parpadeo de un socialismo humanista... tal como lo había definido —no tanto para elogiarlo— el antes amonestado Paul Groussac.

Los sacerdotes Grela, Terrero y Elortondo

Para Groussac, el destino de la Biblioteca Pública —la futura Biblioteca Nacional—, en esos años rosistas, solo se comprende en medio de una realidad de lánguida decadencia.⁴⁷ Durante ese período, serán directores tres sacerdotes: el dominico Ignacio Grela, de 1828 a 1833; el presbítero José María Terrero, de 1833 a 1837; y el secretario de la curia Felipe Elortondo y Palacios, desde ese año hasta 1852, momento en que se escuchan en Buenos Aires los cañonazos, sordamente a la distancia, de la batalla de Caseros. En cuanto a Grela, Groussac extrema su enjuiciamiento calculadamente ácido:

... casi tan mezclado e inquieto con la política diaria y callejera como el célebre padre Castañeda; carecía de su espontaneidad mordaz y de su incorregible brío de panfletista. Corifeo de asonadas y orador de cabildos abiertos, el fraile “Granizo”, como lo apellidaban, salió a la calle en los días de tumulto para encabezar una petición popular, o al lado del gigantesco Medrano, fulminar en cualquier esquina un anatema de barricada contra Sarratea en favor de Balcarce, o contra Las Heras por su “cobarde” acatamiento a la elección presidencial.

La *Historia de la Biblioteca Nacional* de Groussac es la historia del pensamiento “moral e intelectual” del país. No por malévola, inexacta. Grela se recorta sobre la sombra de Castañeda, el gran publicista anarco-teologal, reaccionario y libertario a un tiempo, demonio periodístico del ábside convertido en chiste teológico y de la educación encarada con goce de saltimbanqui. Groussac le atribuye a Grela —palabra cuya pronunciación le recuerda al vocablo francés *granizo*— la forma payasesca de un credo del que él, como nadie, se declara enemigo: el jacobinismo, un jacobinismo de opereta presbiterial. Grela hace transcurrir sin pena ni gloria su cometido. Según Groussac, apagada ya esa cuerda de cura plebeyo, con maneras de agitador callejero y sellos del credo apostólico.

Cuando se haga cargo el clérigo Terrero, canónigo de la Catedral y portador de un apellido surgido del corazón del rosismo —Juan Nepomuceno Terrero es el antiguo socio de Rosas en los negocios de ganadería; Máximo, su hijo, esposo de Manuelita Rosas—, la Biblioteca se halla al parecer en ese estado en el que todo ciudadano que se precie comienza a exclamar contra el ejercicio de la función pública adocenada, tomada por anémicos burócratas y avispados personajes pertrechados en sus insanas liturgias administrativas. Una de las tantas ocurrencias del caústico Groussac, que inaugura en el país el “arte de injuriar” (que luego mejoraría Borges, hasta hacerlo definitivamente el acto esencial de gobierno de su propio espíritu), memora que una comisión que visitó la Biblioteca dirigida por Grela aconsejó la realización de “un gran catálogo general bibliográfico basado en la exacta clasificación de los conocimientos humanos” y proponía *cerrar el establecimiento* hasta el logro final de ese objetivo. Comentario groussaquiano:

El gobierno lo aprobó todo; felizmente no se cumplió la última disposición que habría mantenido cerrada la casa hasta nuestro tiempo. No ha podido encontrarse el plan de clasificación que la comisión remitió al oficial mayor Garrigós; sería probablemente la de Brunet, cuyo “Manual” figura entre las obras compradas al señor Bonpland.

¿Historia de los directores o historia de las fórmulas de catalogación?
 ¿Historia de la cultura nacional o historia del arte de relacionar *les mots et les choses*? Groussac se empeña en un modo de historiar complejo, pues ejerce en simultáneo las dos cuerdas expresivas: la historia aparentemente factible de los nombres biográficos y la época como historia de la duración inalcanzable de los hechos. Cuando parece fincar su tarea en una de ellas, es de la otra que está hablando. Ese constante disloque de lo biográfico a la escabrosa temporalidad general, lo permite su sarcasmo como verdadero instrumento metodológico. Cuando habla así, convierte a la historia en víctima y al historiador en una clase especial de malhechor, un humanista encubierto que no quiere aceptar una benevolencia sin capacidad crítica, sino ver al hombre en su latitud realmente desesperanzada pero envuelta irremediamente en sus propias consecuencias (“sin burlarse de las acciones humanas, sin lamentarse por ellas y sin denostarlas”, como enseñara Spinoza, en el decir de Diego Tatián “a los militantes de todas las épocas”). Groussac, sin embargo, se burla. Pero es burla resignada, sin denuesto, aunque lo parezca, sino como ejercicio de un proyecto de lucidez que asigna una esperanza renaciente a todo trato humano.

La historia de los catálogos es historia borgeana. Hace desaparecer los nombres propios de olvidables muertos, las mínimas entidades que procuran la gloria en un mojón de la memoria humana sin saber cuán fácil se disipa una oración fúnebre o de qué modo todas responden a una retórica fija, que no es la de ningún hombre sino la de todos. Las instituciones oratorias no están al servicio de las vidas extintas sino estas al servicio del bronce y de la retórica de palabras sepulcrales. Hasta que los procesos que desafían el tiempo, encuentran un punto único de condensación, un hombre en especial, un hecho notable, un guijarro excepcional en la historia, una minucia que atrae todo sobre sí.

En la Biblioteca Pública, durante la gestión de Terrero —“pacífico varón” lo llama zumbonamente Groussac—, se le hace entrega a Rosas del *Officium parvum gothicum*, el libro de horas de Guillaume de Montbleru, iluminado con preciosas viñetas salidas de las artesanías europeas del siglo XV. Al parecer, sin que haya constancia directa, es el cónsul inglés Woodbine Parish quien se lo entrega. Hasta hoy es uno de los ejemplares más valiosos de los tesoros de la Biblioteca Nacional, cuidado por varias generaciones de bibliotecarios. Eso significa que con ese libro estamos ante una historia, en primer lugar, del libro. El *Officium* ve la luz en los umbrales de la imprenta, y adjunta a la idea de libro un mundo total de lecturas sacras e inspiradoras de conductas prácticas. Son para todos los momentos del día, amparadas en el santoral. Los libros que hoy leemos no son sino un desglose y diversificación dramática de todos los significados ficcionales, éticos y pedagógicos que compilan obras como esta gran pieza artesanal. En segundo lugar, su existencia en la Biblioteca Nacional habla de la historicidad propia de estos establecimientos. Se pueden ver también en relación con el modo en que ingresaron en sus anaqueles ciertos libros, cómo fueron catalogados e interpretados a lo largo del tiempo.

La historia de una biblioteca es varia y surtida: la de los énfasis con que fue pensada o dirigida, las metodologías con que fue reuniendo y ordenando su material, las formas administrativas que se fue dando, la existencia de sus ejemplares más antiguos que atraviesan calladamente las épocas, las donaciones y el modo en que se efectuaron, la historia de la lectura tal como surge de la vida social colectiva, sus luchas facciosas internas, etc. El *Officium parvum gothicum* es un libro medieval, un libro de la cristiandad. Y es también un libro del período de Rosas. La Biblioteca Nacional, que como memoria lectural se halla imaginariamente ligada a todos los períodos históricos, publicó en el año 2009 una versión facsimilar del *Officium*.⁴⁸ No hacía otra cosa que mostrar los estratos de historicidad de los que un libro forma parte y el modo en que un establecimiento

bibliotecario resiste al tiempo, es fruto del tiempo y a veces, *contrario sensu*, inmoviliza el tiempo. Un lector no lo sabe, y es mejor que no lo sepa, pero él mismo puede cargar en su extremo a todos los lectores de la humanidad.

El próximo turno administrativo, a cargo del sacerdote Felipe Elortondo y Palacios, contiene avatares más problemáticos. Le regalará a Rosas un diccionario. Groussac, el historiador sardónico, no ve dificultades en burlarse de ese exiguo modo de encarar la complejidad de la cultura. Pero no es tan así. Rosas es lector de viejos textos ultramontanos y de ciertos clásicos, alguna vez ha citado a Burke y a De Maistre, se sabe que cuida una valiosa edición de la *Ética a Nicómaco* y se guía por pasmosas encíclicas papales. Además tiene una concepción del absolutismo político que no es floración espontánea sino que proviene de textos sobre el Príncipe, escritos por consejeros finamente reaccionarios, entre otros —como lo prueba Arturo Sampay— el teórico de las monarquías del siglo XVIII, Gaspard Réal de Curban.

Precisamente, el hombre de *Los Cerrillos* fue autor en 1825 de un diccionario sobre las lenguas pampas, ejercicio de un paternalismo que emana sin más de las tesis absolutistas. Tarde o temprano estas buscan reflejo gramatical. ¿Qué tenía de extraño que se le regalase a Rosas un diccionario, y más lejos aún, el *Officium parvum gothicum*? Rosas, como lector, es un diccionarista. El libro gótico de horas es también un diccionario de gestos, oraciones y creencias. Por otra parte, la vida política de Rosas tiene el filo enumerativo y clasificatorio de una libreta de vocablos alfabetizados. Rosas cuando piensa, diccionariza.

En cuanto a Elortondo, el director de la Biblioteca, lo roza el trágico caso de Camila O’Gorman. No es, pues, que nada haya ocurrido. Sucede que el clérigo Uladislao Gutiérrez estaba destinado a la parroquia Del Socorro, situada en las actuales calles Juncal y Suipacha. Aquella vieja construcción eclesial ha sido reemplazada por la que existe actualmente. El sacerdote Elortondo y Palacios, a cargo de la Biblioteca Pública, también tiene jurisdicción sobre esa parroquia donde el cura Gutiérrez conoce a la veinteañera O’Gorman, a la postre su compañera en el paredón de fusilamiento en aquel año de 1848. Rastrero, Elortondo se ve obligado a escribir una plañidera disculpa ante Rosas. Ante el secreto amorío, el director de la Biblioteca Pública dice que no se sentía “obligado a realizar la denuncia”. ¿Denunciar qué? Esta es la carta infame que dirige al Restaurador de las Leyes, nombre que no se eligió en vano. Así habla el pusilánime hombre de la Curia y de la Biblioteca:

Tal vez era un error, pero yo no creía que por ser secretario de la Curia estuviese obligado á hacer la denuncia. ¿Tendría yo ánimo bastante

para engañarlo? ¿Habrà quien lo tenga dirigiéndose inmediatamente á V. E.? Lo juzgo imposible. Se ha dicho en esta Ciudad que yo fui el que influí en la colocación del reo prófugo. Es falso, Señor Exmo. El Clérigo Gutiérrez se colocó en el Socorro por solo la aspiración del Sr. Obispo. He demostrado que yo no lo coloqué en el Socorro. ¿Pero le he protegido? Sí, Sr. y mucho. Mas ¿en esto hay algo que me perjudique? ¿Por esto seré acreedor á ningún reproche? Desde que fue al Socorro, ambos hemos vivido a mucha distancia. Cuando tuvo lugar su fuga había corrido cuatro meses de la más absoluta incomunicación. Nuestra amistad si no estaba rota, estaba completamente interrumpida. Conozco que lo hay, y muy decidido por algunos para extraviar la opinión, haciéndome responsable de hechos que he reprobado y repuebo como el que más...⁴⁹

Un oculto destello de horror recorre la sociedad rosista. El fusilamiento era el resultado de un oscuro dictamen que Rosas había aceptado como intérprete de un aleteo siniestro que brotaba de ambas orillas del Plata. Era el hundido estrato en el que actúan los deseos colectivos. Una sociedad real es la que surge del anhelo de castigos ejemplares. Así son las sociedades y nunca han dejado de serlo. En esos momentos, sus fábricas, medios de transporte, plazas y bibliotecas, son protoformas de esa *sin-razón* profunda, de contornos bárbaros. No por barbarie sancionada en grandes tomos literarios, no por barbarie existente en la escena inteligible de las acciones políticas. Sino por barbarie secreta, anidada en el corazón de las instituciones civilizadas desde un tiempo extenso que no parece haberse originado nunca ni nunca tener fin. Es lo que surge cuando el diagnóstico de apostasía, blasfemia o ultraje se emite desde gobiernos, domicilios privados y bibliotecas públicas. Y cuando excediendo a las propias instituciones que vigilan la execración con lentas torturas inquisitoriales, una sociedad bucea por debajo de sus conflictos esenciales, que parecen irrevocables, para imponer otro corte más profundo que nace de una codicia súbita de practicar una atrocidad ilustre. Se pedía purificar instituciones y había que bajar hasta el confín siniestro en que ellas se implantan por la sangre inocente. Está en el manual de procedimientos de toda instauración, sucede en todas las épocas y bajo todos los gobiernos. Se escucharán descargas de fusilerías y en consonancia con ello, quedadamente, también hablará la Biblioteca Pública del lugar. No hay otra cosa que decir de esa época, con peinetones sometidos a la elegante burla de los grabados de Hipólito Bacle, o de cualquier otra época, que aun pareciendo menos luctuosa, emite también preceptos y proclama vencimientos, desde reclinatorios, plaza de armas y

consistorios con paredes cubiertas de libros. No es entonces que no pasaba nada. Pasaba todo. Y la Biblioteca, como en cualquier época suya, podía recibir sin indignarse algunos de los calificativos que había preparado Borges para cualquiera de sus avatares: “solitaria, infinita, perfectamente inmóvil, armada de volúmenes preciosos, inútil...”.

Pero otro episodio, estrafalario, ocurrió en el tiempo de la estadía del señor Elortondo en la dirección de la Biblioteca. En cierto momento del año 1850 este director recibió una indicación del ministro de Relaciones Exteriores, Felipe Arana, disponiendo que se cumpla una encuesta sobre bibliotecas que había emanado de la Cámara de los Comunes —seguramente de su comisión de cultura—, y que había llegado al Río de la Plata por intermedio del “Ministro Plenipotenciario de Su Majestad Británica, Honorable Caballero Henrique Shouthorn”. El pedido, traducido, dejaba leer entre otras cosas lo siguiente:

¿Cuántas bibliotecas abiertas al público hay en Buenos Aires y la Provincia? ¿Bajo qué denominaciones son conocidas? ¿Cuáles son las fechas de su fundación? ¿Bajo qué reglamentos o restricciones se hallan abiertas al público? ¿Cuántos días del año, cuántas horas por día, si los domingos o feriados?

Hay esas y otras preguntas en el cuestionario que había que llenar. ¿Quién no llenó alguna vez un cuestionario? [*Si de algún modo nuestras bibliotecas los siguen llenando ante las requisitorias de los grandes organismos bibliotecológicos mundiales!*] Parte importante de nuestra vida, más de lo que creemos, yace en formularios que atestamos sin que luego los recordemos mayormente. Formarán parte de nuestros prontuarios, currículas, relaciones con instituciones jubilatorias, estadísticas, policiales o médicas. Un cuestionario es un acto que llama de inmediato al olvido. Y sin embargo allí estamos sepultados en letras de molde, como suele recomendarse que se respondan los casilleros, no meras cursivas despatarradas. Las tiene que leer la autoridad, que no descifra, computa. Y si lo hacemos en minúsculas, quizá sirve igual, pero algo de menoscabo se le inflige a nuestro espíritu si persistimos en esa rebeldía. No estamos facilitando la tarea del censo o de la teneduría.

¡La Biblioteca Pública de Buenos Aires había recibido un cuestionario de la Cámara de los Comunes!⁵⁰ Se trataba de indagar sobre sus existencias, funcionamiento y posibilidades. ¿Convicción de los Comunes de que esa forma de interrogatorio cultural era un instrumento menor —pero al fin un necesario recurso— de la presencia y dominio de Su Majestad, de su

idioma y de su cultura en el vasto mundo sudamericano? Eran remotas factorías, sí, pero desde hacía mucho, procurar intervenir en ellas era “el pensamiento favorito de Míster Pitt”. Sin embargo, las preguntas son quisquillosas, cuitas fastidiosas de tinterillo. No obstante, un legislador de los Comunes o un lord, señores, no es un cagatintas cualquiera.

He aquí algunas de las respuestas de Elortondo, en un documento precedido por las obligatorias exclamaciones: “¡Viva la Confederación Argentina! ¡Mueran los salvajes unitarios!”. Consignas que tienen la misma abrumadora discordancia espacial de aquellos referidos peinetones de Bacle. Y así, en el documento —que resumimos— leemos:

Hay una sola biblioteca pública en Buenos Ayres, antigua capital de la República Argentina; es conocida con el nombre de Biblioteca Pública; se fundó el día y seis de marzo de 1812; las horas para el público en verano son de las nueve a la una de la mañana; en invierno desde las diez hasta las dos; no se abre a la tarde; en los primeros años de su establecimiento se sabe que era notable la concurrencia de lectores, hoy regularmente acuden dos o tres; mientras los concurrentes eran admitidos a leer en una de las salas donde se guardaban los libros, se echaban de menos algunos, y se hallaron señales de haberse arrancado estampas; solo se entregan mensualmente de los fondos del Tesoro público cincuenta pesos en cada mes para gastos de escritorio, alumbrado, aseo de la casa, etc.; la Biblioteca está dividida en seis salas según las materias siguientes: jurisprudencia, literatura, Acética, Escritura, Concilio y Santos Padres, Historia, Ciencias exactas; cada una de estas salas tiene un catálogo por orden alfabético de apellidos de los autores; la Biblioteca solo tiene derecho a cada uno de los periódicos que se publican en esta ciudad.

Ilustres respuestas; parecen salidas, por un lado, de una Patrística de color punzó, y por otro de los inquisidores ojos del Imperio, que nada desdeña a los efectos del escrutinio planetario. El espíritu del documento es chorroarinesco —se da como fundada la Biblioteca el 16 de marzo de 1812, en verdad, la fecha de su apertura— y no tiene empacho en declarar la decadencia de la Biblioteca, al paso que brinda informaciones sustanciales sobre catalogación, salas y hábitos de los escasos lectores. Biblioteca aldeana que abre crudamente su decaído corazón para que el futuro historiador de la vida cotidiana extraiga sus mendrugos. Para los Comunes sonaría a un informe proconsular en una remota filial de ultramar. Pero a esa Biblioteca un baboso hilo apenas percibido la está uniendo a los grandes fragores, pues es con ese espíritu meticuloso de contaduría real

que Rosas enfrenta a las grandes potencias europeas en Obligado —cinco años antes de que los Comunes le pidan detalles sobre una dependencia bibliotecaria pueblerina— y decide ejecutar a la pareja del sacerdote y la chica de buena familia embarazada invocando leyes coloniales, mientras el director de la Biblioteca, el cura Elortondo y Palacios que era fama que vivía amancebado, protestaba que no tenía nada que ver con O’Gorman y Gutiérrez, los jóvenes fusilados en los paredones de Santos Lugares.

Algo más arrojan los viejos arcones documentales sobre la época bibliotecaria de Elortondo. En el Archivo General de la Nación se halla un documento (citado por Levene) con el *Reglamento* firmado en el mes de diciembre de 1850, poco después de la investigación de la Cámara de los Comunes y sin duda influida por esta —vía embajador plenipotenciario inglés en Buenos Aires—, en el que Elortondo, entre otras cosas, dice: “... habrá en las bibliotecas mesas, atriles, salvaderas, reglas y plumas y dos estuches matemáticos [...], si necesitando hacer cotejo o verificar citas y trajese alguno (se refiere a libros propios); deberá a su entrada manifestarlo al dependiente más inmediato para que este lo inspeccione [...] y Todo el que de otra suerte introduzca libros en la Biblioteca, no podrá sacarlos, y habrán de quedarse en ella precisamente, si el gobierno no manda lo contrario [...] Ninguno de los concurrentes podrá señalar en los libros donde haya concluido la lectura, doblando las fojas de él; sino solamente con la cinta u otra cosa que no maltrate su interior [...] Nadie podrá absolutamente pasar bajo ningún pretexto, de la sala de lectura a las interiores de la biblioteca y si algo quisiese visitarlas, lo hará en compañía de algo de los dependientes”.

Ante estas reglamentaciones, que hasta hoy resuenan, podríamos decir que nos encontramos frente a una piedra basal de todas las lógicas institucionales. En primer lugar, hay una historia de objetos, modo macizo de la historia (“salvaderas, reglas y plumas”) a la que gozosamente atiende la historia tecnológica y hasta puede ser un modelo de temporalidad morosa, en cámara lenta, halperiniana quizá, para alertar al historiador de no entusiasmarse tanto por “las tempestades visibles de la historia”. Estos reglamentos no han variado mucho en la actualidad y definen cualquier ámbito de servicio público como un acto del poder público, sometido a procedimientos ritualizados que posiblemente provengan de oficinas de administración medievales o del foro romano, como sea. El contacto del servidor público con el concurrente a la utilización de algún servicio está reglado seguramente entre los reyes visigodos o los *missi dominici* de Carlomagno. Desde estas remotas épocas hasta lo que ocurre hoy en el edificio de Agüero 2502 en el barrio de Recoleta, mucho no han variado esos reinos de estipulaciones, sensatas restricciones y celosos cuidados siempre desmentidos poco a poco por las obligadas prácticas.

El rosismo componía una interpretación ceñida de esta tradición administrativa. Y sería mucho mejor interpretada por un medroso sacerdote, que podría perfeccionarla ante la vigilancia del Parlamento inglés, curioso por saber los hábitos de lejanos habitantes de las pampas y que con sacrosanta actitud se expediría ante expedientes, por cierto muy distantes de aquellas historias espléndidas escritas por los numerosos viajeros de esa nacionalidad hacia el Río de la Plata, desde comienzos del siglo XIX. Si hubieran leído los relatos y vivas descripciones de los hermanos Robertson, del propio Woodbine Parish o de Robert Cunninghame Graham, para decir lo mínimo, hubiesen tenido ante sus ojos lo que querían: la expansión del imperio junto a una literatura fundadora, el comercio implacable de los ingleses hecho por sutiles literatos. Incluso Guillermo Henríque Hudson, que años después será elogiado por el mismo Lawrence de Arabia y el Círculo de Bloomsbury, escribía sobre su estadía pampeana con exigencias literarias que desde luego excedían notoriamente las prácticas del lector londinense de la época, sobre todo si perteneciente a aquellos dudosos cuerpos legislativos. Por lo demás, ya alguien con mejor humor, pluma desconcertante para coquetear con historias graciosas y sensibilidad hacia curiosos detalles marginales, podrá escribir la historia de las salvaderas bibliotecarias.

A la caída de Rosas se produce una mutación político cultural que hoy es difícilmente imaginable. No faltan escritos y testimonios sobre el cataclismo y ecos que se arrastraron hasta mucho después de ocurridos los hechos. Alberdi y Sarmiento debatieron sobre cuál había sido la fuerza más efectiva en el derrocamiento del sistema rosista: ¿el periodismo o el ejército que logró armar Urquiza? Rosas también tenía equivalentes ejércitos, corte con bufones, subido color propio, misario especial, lenguaje que semejava gritos, leyendas extraordinarias, minuciosos papeles de control, combates de Obligado, fervores plebeyos, despotismos barrocos. Si Alberdi no se equivocaba al presuponer que la historia se movía alrededor de fuerzas de combate con sustento social, Sarmiento retrataba la dimensión gigantesca del cambio al pensarlo como otro tipo de combate de igual magnificencia, pero ocurrido en el campo de las ideas. Por eso lo tienta mencionar un movimiento de carácter intelectual y periodístico como autor principal del eclipse de Rosas. ¿No había dicho en el *Facundo* que su libro iba a ser leído en los ranchos, los campamentos de soldados y “llegaría despachurrado al mismo despacho del tirano”?

Ese libro era una organización social alternativa y también el flechazo final que se producía cuando el propio Rosas lo leyese, incauto. Símil de la “máquina infernal”, sería más efectivo que ese engendro fallido, pues un explosivo podría fallar, pero la lectura de su retrato provocaba una

fascinación aciaga y lo llevaría a su propia destrucción. Destruirse leyendo, era lo más osado de una teoría del libro viviente que lo que podría imaginar la época y ponía a Sarmiento no solo por encima de la idea bibliotecaria existente en el país sino también de las ideas “sociológicas” de Alberdi, que con agudo sentido común llevaba su comprensión hasta el límite de las fuerzas materiales y morales necesarias para que una época cambie de rumbo. Sarmiento en cambio se sentía atraído por la fuerza de los signos, en los que encontraba el resumen agitado de las relaciones sociales. Cuando inmediatamente después de la caída de Rosas entra a la casa de Palermo, revisa el escritorio del gobernante depuesto —quizá donde Rosas hubiera debido leer el *Facundo*, en grandiosa escena autodestructiva— y al salir montado en su caballo ve con espanto a otro ciudadano triunfante, pero este lleva los colores federales. Era urquicista, también federal, pero Sarmiento no podía comprender que ese “ejército de Alberdi” fuera necesario para la victoria. ¿No usaba similares distintivos, antes que colores diferentes? La diferencia surgía de otro ejército, pero armado solo con periódicos y panfletos, desprovisto de cañones.

La generación del 37 y también Mariano Moreno habían pensado casi exclusivamente la relación de las armas con la poesía, del fusil con la literatura. Los primeros, como alternativa sufriente: había que tomar las armas si era necesario, abandonando provisoriamente el privilegio de las ocupaciones del espíritu; el segundo, como requisito táctico ante la demora o precariedad de lo que realmente importaba: la Ilustración popular. Llamáramos de buen grado “el problema de la biblioteca” al tratamiento en el máximo nivel de este tema. El pensamiento de Alberdi o de Sarmiento no es “bibliotecario”, aunque frecuentan y fundan bibliotecas; el de Moreno sí. Pero en el fondo ese pensamiento todos lo tuvieron. El corazón del pensamiento bibliotecario, por titilante apenas que lo parezca, es el que dice que las bibliotecas son la continuación por todos los medios posibles de la batalla, de la refriega armada de los sistemas culturales y políticos. No lo parece porque hay sacralidad inducida en las bibliotecas y esto suele ser respetado, hasta que algo cede y —como en las catedrales— la manera en que son alcanzadas por el siniestro —la fusilería, la ocupación, las bombas— revela hasta qué punto estaban en el centro de la lucha y su interior mismo era la propia lucha.

Luego de Caseros: Sastre y Tejedor

Ya sin Rosas, las instituciones sufren una reversión, y en las pobres administraciones culturales suena la hora de los hombres que habían sostenido

la resistencia santa frente al habitante de San Benito de Palermo. La Biblioteca Pública es confiada así a Marcos Sastre, nombrado el mismo año de la batalla de Caseros. Hija de esta conflagración, parecía nacer otra Biblioteca, si es que aceptamos que el ciclo de la historia lo mueven no las acumulativas realidades culturales y tecnológicas sino los hechos resonantes, las grandiosas escaramuzas bélicas. Marcos Sastre es también un “federal”, más precisamente un urquicista, un pedagogo, un librero notable, un educador que hubiera quedado sin esfuerzo conmemorativo alguno en los anales de la escuela argentina si no hubiera existido Sarmiento.

El tempe argentino, el libro de Marcos Sastre —más recordable que su *Anagnosia*, que enseñó a leer a miles y miles de párvulos argentinos hasta los mismos inicios del siglo XX—, es una obra educativa basada en la armonía mística entre la naturaleza y los hombres. Fauna y flora del Delta del Paraná establecen un diálogo con el lenguaje humano y muestran que una sociedad organizada no difiere mucho de los líricos derroteros del mamboretá o el camuati. Paul Groussac, en su *Historia de la Biblioteca Nacional* —que es una no muy encubierta historia de la Argentina forjada por la aristocracia intelectual pero con una mordacidad que no deja a nadie en pie, salvo a sus pocos amigos, lo que también hace a este escrito una impresionante historia crítica, extremadamente ácida, de la vida cultural argentina—, trata a Marcos Sastre con un fino desaire, que vierte distraídamente con los que parecen ser corteses elogios a su bondad de naturalista improvisado. Pero cuando no disimula, sabe ser vitriólico. Dice Groussac de *El tempe*: “Este solo de gaita tuvo más ediciones que el Facundo —argumento supremo para un autor que había sido librero—, y en el candor de su alma ‘sencilla como una canoa’, el rival de Santa Olalla pudo creerse colega de Sarmiento”.⁵¹

En mi opinión, Sastre había sido uno de los autores más claros, desde luego no el más profundo, de los discursos que se escuchan la célebre noche de 1837 en su librería de la calle Victoria 54. Echeverría, Alberdi y Gutiérrez no son pedagogos sino románticos agitadores de sociodiceas, de nociones orientadoras del alma y las credulidades colectivas. El futuro autor de *El tempe* no teme a la didáctica, y así como postula la hechura de un libro total como obra de la generación —un libro que contenga el método de lectura y el reconocimiento de las ciencias naturales y sociales—, su ideal americanista lo lleva a defender una cultura sin modelos de ultramar. No se exilia como sus compañeros de generación, sino que su federalismo interiorano le permite convivir mansamente con Rosas y echar relaciones con los federales entrerrianos. Es precisamente esta adhesión lo que le cuesta el cargo en la Biblioteca Pública, en oportunidad de que los

porteños —“unitarios” y “federales”— desconocen a Urquiza y este pone sitio a la ciudad. Sastre es encarcelado al concurrir a la comandancia de los sitiadores y debe entregar la Biblioteca desde la cárcel.

Un nuevo capítulo se abre en la Biblioteca Pública, a cargo del abogado penalista Carlos Tejedor, a quien se le deben códigos de redacción esmerada y para muchos, lúcida. Se abre una época de informes regulares sobre las existencias y actividades de la institución. De 1853 a 1858 Tejedor intenta penosamente —si hemos de creer a Groussac— restaurar algunas colecciones que se perdían por la polilla, iniciar incipientes catalogaciones y tratar de aumentar la concurrencia de lectores, que solían no llegar a diez por día. En verdad, Tejedor no se haría conocido por su paso no tan breve por la futura Biblioteca Nacional sino por su participación principal en los acontecimientos de 1880, la guerra que decidiría la federalización de Buenos Aires. Hechos que asimismo darían sustento al cambio de nombre de la Biblioteca, para pasar casi de inmediato a llamarse *Biblioteca Nacional*. En el referido año, en las batallas de los Corrales, Puente Alsina y San José de Flores hubo sangrientos combates y miles de muertos. Eran los puntos neurálgicos de entrada a la ciudad. El de Belgrano estaba ocupado por el gobierno nacional en la municipalidad de esa ciudad, convertida ahora en el actual Museo Sarmiento de la calle Juramento.

Carlos Tejedor sería en aquella oportunidad el gobernador de Buenos Aires y había decidido remar contra la corriente, desvalorizando las fuertes evidencias que en los años anteriores anunciaban que estaba madura la federalización de la ciudad de los porteños. El juicio de Groussac sobre Tejedor es parte de la historia de la Biblioteca Nacional. Ahí está el maniático juego groussaquiano de elegante lapidación, donde por una parte retrata —en un medallón implacable— el anacronismo de Tejedor, y por otro lado pide un homenaje para el hombre vencido y olvidado. ¿No es esa la suerte que siempre concierne a todos? Quienes no apetecen vivir en una sociedad volcada a homenajes y conmemoraciones, no verían necesario el rasgo de conmisericordia de un Estado que consuela a sus heridos, que al final lucharon y se malograron por sus propios actos. Sería apenas una condecoración dictada por un profundo conservatismo, pues se profetiza el fracaso de los mediocres y se establece luego el secreto sarcasmo de agasjarlos. “Reciba el hombre anciano este testimonio respetuoso...”, exclama Groussac. Es que Tejedor aún vivía cuando se publica en 1893 la historia groussaquiana de la Biblioteca. No parece creíble el respeto por tal menester de ancianidad cuando en verdad se lo despreciaba a ese hombre.

Donaciones de Segurola y Balcarce

En tiempos de Tejedor se realizaron dos importantes donaciones al acervo de la Biblioteca Pública. La primera de ellas fue de la familia de Saturnino Segurola; la otra de Mariano Balcarce.⁵² La primera donación, que ocurre a fines de 1855, es uno de los tesoros escriturales más importantes de la historia argentina, y proviene de un cura erudito y benefactor —ya hablaremos más de este fundamental personaje— que estaba ligado a la historia iniciática de la Biblioteca, de la cual había sido director durante el año 1821. Segurola había fallecido, longevo, un año antes.

La donación contiene manuscritos de Félix de Azara, de Tomás Falkner, de Luis de la Cruz y de José Cardiel. Se trata de un legado fundamental que representa buena parte de la memoria territorial, geográfica y moral de la formación argentina. Por una grave y errada disposición del gobierno —cien años después de la donación, en 1955, con la Biblioteca Nacional bajo una intervención ocasional, pocos meses antes del golpe de Estado de ese año—, esos papeles cruciales fueron enviados al Archivo General de la Nación, con mengua para ellos mismos, pues algunos han desaparecido (volveremos a considerar, más adelante, este tema).

En cuanto a la donación de Mariano Balcarce, yerno de San Martín, se trata precisamente de numerosos volúmenes que albergaba la biblioteca del general en Boulogne-Sur-Mer. Como se sabe, San Martín era afecto a la lectura de Beaumarchais, Diderot, Plutarco, y de libros de exploraciones y viajes del siglo XIX. La Sala del Tesoro cuida hoy de estos libros, muchos de los cuales tienen anotaciones marginales de puño y letra del Libertador.

La Biblioteca de *Amalia*

Que pase el que sigue. José Mármol, el próximo director, permanecerá un buen lapso de tiempo en la Biblioteca, de 1858 a 1871, alternando en algún momento con su condición de diputado. Con él, Groussac continúa ejerciendo su artística demolición en serie. “Administrar la Biblioteca no fue la peor de sus aventuras”, pontifica. No le ve mayores logros Groussac a la gestión del autor de *Amalia*, la célebre novela antirrosista. Sus informes no tenían sustancia ni cohesión, y llega Mármol a querer desprenderse de la sección teológica, colocando en su lugar a las de artes, ciencias y literatura. Groussac pone el grito en el cielo, con razón. “Pero lo que no parece sospechar el autor de *Amalia* es que ese fondo despreciado contiene, precisamente, además de muchas otras cosas, la ‘ciencia y la literatura’ de

la Edad Media; de suerte que en el auto de fe liberal imaginado por ese poeta, lo que iba a desaparecer era la historia documentaria del espíritu humano durante cinco o seis siglos”. Grave, en efecto. Pero la historia es dadivosa, bastando para ello con que su mecanismo más trivial, el del mero paso del tiempo, haga su tarea. Así, la subsistencia en la Biblioteca Nacional de un álbum de fotos de Esteban Gonnet, donado en el período de Mármol, se nos ocurre que es una intercomunicación entre un tiempo y otro, dándonos las fotografías una imagen de la ciudad de Buenos Aires hacia 1860 que no por tener un sabor a lo extinto, dejan de desafiarnos con la invitación, y la imposibilidad, de imaginar también aquella biblioteca que mantuvo tantos años estas fotografías. Una forma extraña de vida —rescatada de una ciudad ya muerta—, nos permite pensar también cómo nuestra mirada actual lucha entre las imágenes de cosas que ya están desaparecidas. Hojeando este álbum, tan fechado, tan incrustado en su tiempo —y con tanta precisión—, imaginamos al propio Mármol realizando ese mismo acto, y si no fuera él, algún anónimo empleado que en ese momento se funde ilusoriamente con nuestros propios gestos.⁵³ Una foto antigua encadena miradas extinguidas de quienes la miraron y la mirarán.

Pero algo vamos a decir a favor de Mármol, algo que brota inesperadamente de una memoria juvenil lectora, aunque es evidente que fue un escritor que se acercó mucho más a la pobre diatriba que a una relación excelsa entre el arte y el compromiso social, como sin duda él quería. ¿De qué se trata? Poca, pobre cosa. Pero cuando leemos párrafos de *Amalia* —descartando su previsible programática política y sus indigentes remedos de Víctor Hugo—, no podemos dejar de rozar el remoto sentimiento de una zona de la ciudad que se presenta ensoñada, como irrecuperable:

Daniel hacía marchar al paso su caballo. Llegó por fin a la calle de la Reconquista, y tomó la dirección a Barracas: atravesó la del Brasil y Patagones, y tomó a la derecha por una calle encajonada, angosta y pantanosa, y en cuyos lados no había edificio alguno sino los fondos de ladrillo o de tunas de aquellas casas con que termina la ciudad sobre las barrancas de Barracas.

Está la ciudad antigua, desaparecida, con nombres de calles que aún subsisten y con perseguidos que recorren parajes que hoy transitamos o imaginamos. Para acercarnos a ella hay que acudir a los restos de la ciudad que quedaron en la escritura ficcional política, que no podía saber que ese mundo ya inaccesible podría revivir viendo eternamente lozanas a sus actuales ruinas, y una de esas ruinas son las escrituras menores revalorizadas

por el tiempo. Como siempre, esos restos son escritos, papeles mustios que hablan como si estuvieran a punto de proveer una resurrección del pasado que nunca se produce.

No solo eso. Está la famosa descripción de los aposentos de Amalia, que tantos han examinado como logro literario inesperado, esencial, y que David Viñas, en su *Literatura argentina y realidad política*, lleva al punto cúlmine de un ejercicio exuberante e irreversible para descubrir el compromiso que asume un estilo frente a una existencia social de clase. Leemos a Mármol, capítulo 2 de *Amalia*, citado aquí con una extensión que el lector será llamado a disculpar, porque siempre es reclamo pretencioso que se atiende cita tan espaciosa. Preparaos:

Toda la alcoba estaba tapizada con papel aterciopelado de fondo blanco, matizado con estambres dorados, que representaban caprichos de luz entre nubes ligeramente azuladas. Las dos ventanas que daban al patio de la casa, estaban cubiertas por dobles colgaduras, unas de batista hacia la parte interior, y otras de raso azul muy bajo, hacia los vidrios de la ventana, suspendidas sobre lazos de metal dorado, y atravesadas con cintas corredizas que las separaban, o las juntaban con rapidez. El piso estaba cubierto por un tapiz de Italia, cuyo tejido verde y blanco era tan espeso que el pie parecía acolchonarse sobre algodones al pisar sobre él. Una cama francesa de caoba labrada, de cuatro pies de ancho, y dos de alto, se veía en la extremidad del aposento, en aquella parte que se comunicaba con el tocador, cubierta con una colcha de raso color jacinto, sobre cuya relumbrante seda caían los albos encajes de un riquísimo tapafundas de cambray. Una pequeña corona de marfil, con sobrepuestos de nácar figurando hojas de jazmines, estaba suspendida del cielo raso por una delgadísima lanza de metal plateado, en línea perpendicular con la cama, y de la corona se desprendían las ondas de una colgadura de gasa de la India con bordaduras de hilo de plata, tan leve, tan vaporosa, que parecía una tenue neblina brillantada por un rayo del sol.

Entre la cama y el muro de la pared, había una pequeña mesa cuadrada, cubierta por un terciopelo verde, sobre la que se veían algunos libros, un crucifijo de oro incrustado en ébano, una pequeña caja de música sobre una magnífica copa de cristal; una caja de sándalo, en forma de concha, con algunos algodones empapados en agua de Colonia, y una lámpara de alabastro cubierta por una pantalla de seda verde. Al otro lado de la cama se hallaba una otomana cubierta de terciopelo azul, marcado a fuego, y delante de la cama, estaba extendida una alfombra de pieles de conejo, blancas como el armiño, y con la suavidad de la seda. A los pies

de la cama, se veía un gran sillón, forrado en terciopelo del mismo color que la otomana. Luego una papelería con incrustaciones de plata; y en los dos ángulos del aposento, que daban al gabinete contiguo a la sala, se descubrían dos hermosos veladores de alabastro en forma de piras, que contenían dentro las luces con que se alumbraba aquel pequeño y solitario templo de una belleza. Y por último: una mesa de palo de naranjo apenas de dos pies de diámetro, colocada a la extremidad de la otomana, contenía, sobre una bandeja de porcelana de la India, un servicio de té para dos personas, todo él de porcelana sobredorada. Otra cosa, la más preciosa de todas, completaba el ajuar de este aposento, y era un par de zapatitos de cabritilla oscura bordados de seda blanca, de seis pulgadas de largo apenas, y de una estrechez proporcionada: eran los zapatos de levantarse Amalia de la cama, colocados sobre las pieles blancas que estaban junto a ella.

El retrete de vestirse estaba empapelado del mismo modo que la alcoba, y alfombrado de verde. Dos grandes roperos de caoba, cuyas puertas eran de espejos, se veían a un lado y al otro del espléndido tocador, cuyas porcelanas y cristales había desordenado Daniel pocos momentos antes. Frente al tocador, estaba una chimenea de acero bruñido, guarnecida de un marco de mármol blanco completamente liso; y en continuación a ella, una bañera de aquella misma piedra, cuya agua era conducida por caños que pasaban por los bastidores del empapelamiento. Un sillón de paja de la India, y dos taburetes de damasco blanco con flecos de oro, estaban, el primero, al lado de la bañera; y los otros, frente a los espejos de los guardarropas; y un sofá pequeño, elástico y vestido del mismo modo que los taburetes, se hallaba colocado hacia un ángulo del retrete. Dos grandes jarras de porcelana francesa estaban sobre dos pequeñas mesas de nogal, con un ramo de flores cada una; y sobre cuatro rinconeras de caoba, brillaban ocho pebeteros de oro cincelado, obra del Perú, de un gusto y de un trabajo admirable. Seis magníficos cuadros de paisaje, y cuatro jilgueros dentro de jaulas de alambre dorado, completaban el retrete de Amalia, en el que la luz del día penetraba por los cristales de una gran ventana que daba a un pequeño jardín en el patio principal, y que era moderada por un juego doble de colgaduras de crespón celeste y de batista. Al lado de uno de los roperos, había una puerta que se comunicaba con el pequeño aposento en que dormía Luisa, joven destinada por Amalia a su servicio inmediato.

Son infinitas texturas de materias preciosas, de oro y plata, de terciopelos y empapelados que contienen una nota de lujuria, como si lo hubiera escrito en broma el mismo David Viñas. El exotismo de marfiles y alabastros

conectan ese cuadro con viajes y exploraciones. El sueño vaporoso que expelen la otomana, las mesas de nogal, los jilgueros, la mención irrup-tiva de un desorden hecho por Daniel en ese barroquismo clasificatorio, todo indica que estamos ante un aposento mítico, expulsado de la novela como una pesadilla con pureza de nácar. Es la obra maestra de un encu-brimiento. La porcelana de las jarras coincide con la calculada descripción de las maderas, a modo de un concertino barroco de materiales y objetos. De alguna manera, estamos ante un catálogo de una tienda de ultramar, con los objetos todavía rebosantes por haber llegado a un puerto exótico. Mármol posee el mismo principio clasificatorio que luego debería cuidar en la práctica interna de la Biblioteca Pública, y si lo hizo con las defi-ciencias que señala Groussac, no es verdad que no poseyera el arte clasi-ficatorio, como lo revela el párrafo que estamos recordando. Este párrafo marmoliano que posee toda clase de esmaltes, es un grandioso inventario. Forma empírica y primera de la catalogación, el inventario tiene el enorme poder de abalanzarse sobre una masa bruta para desglosarla una a una en sus unidades. Enumera afiebrado. Como lo revela el aposento de Amalia, la enumeración debe luchar contra un caos de situaciones y objetos que la hace estallar. Se origina así la literatura. Esto es, un inventario de situa-ciones sometidas a la heterogeneidad de las cosas, el lenguaje y el tiempo.

Muchos años después, la gozosamente desatinada clasificación de Jorge Luis Borges en el ya célebre *Idioma analítico de John Wilkins* demostraría hasta qué punto el sostén del mundo catalogacionista reside en el reconocimiento del punto de fuga. Pero no solo en ello, sino también en la imposibilidad de las categorías para contener el sistema lógico de los objetos. Por el contrario, las clasificaciones se recuestan continuamente sobre el hecho singular, revelando que sería imposible contener dos hechos en el mismo concepto. La pugna de las acciones por mantener su singula-ridad compleja, es decir, por ser contempladas en su irreductible identifica-ción secuencial y temporal (“perro que recién acaba de romper el jarrón”), es un foco de resistencia a las categorizaciones genéricas. No es que estas no se impongan, pero si lo hacen es con el sacrificio de la individualidad nominalista de cada acto del mundo. Tal sacrificio es una elección que puede o no hacerse, y que eso ocurra pone el pensamiento clasificatorio como un proyecto de orden siempre inestable, al que una rajadura espacial o temporal que se presente, coloca en suspenso. Se tensa y desploma todo el régimen de ordenamientos, pero ese es su destino. Foucault había escrito en el pórtico de *Las palabras y las cosas* que la *monstruosidad* de esa classifica-ción no surgía de la profundidad de extraños poderes del lenguaje sino que esa transgresión de lo imaginario se realizaba por la intromisión de la serie

alfabética —a, b, c, d, e— que le daba a la ennumeración una supuesta comunidad para ejercer la diferenciación, pero en verdad era la posibilidad de arruinar el “lugar común” a partir del cual disponerlas.

Lo que este idioma clasificatorio —esta matemática arruinada— revelaría sobre el arte catalogador de las bibliotecas, puede apreciarse finalmente en los 18 años en que Jorge Luis Borges será su director. Del aposento de Amalia a *Otras inquisiciones* tenemos el mismo problema bibliotecario, filosófico y literario. El de la conciencia crítica del catalogador, existente en las formas literarias que desarman las categorías establecidas y dan origen al proyecto literario de convivir en un mundo deshecho y sin formas. Se explica que el orden literario se contraponga al orden bibliotecológico, pero de un modo que permita que las bibliotecas —y sin duda, la historia de la Biblioteca Nacional— los contenga simultáneamente. Esta contraposición es la esencia de las bibliotecas, no su enemiga.

Bibliotecología bismarckiana

Y en medio de estas digresiones, alcanzamos el tiempo en que el abogado, diplomático e historiador Vicente G. Quesada asume la dirección de la Biblioteca Pública por fallecimiento de Mármol, “el hombre sin genio”, según el dictamen de Groussac, al que ve promoviendo un antirrosismo de vulgares anatemas, como el célebre *A Rosas*. “Ni el polvo de tus huesos América tendrá”. Vicente Quesada fue abogado, meticoloso historiador, celoso diplomático y cronista del pasado que supo urdir una grata melancolía. Junto a Miguel Navarro Viola fundó la influyente publicación *La Revista de Buenos Aires* en 1863.⁵⁴ Groussac la juzga revista importante, cercana de la *Revue des Deux Mondes*, en el sentido de la profesionalización y si cabe, la remuneración de los colaboradores. Quesada, en esa revista, desplegó una febril actividad que recorría temas de historia colonial, crítica literaria, historia de la diplomacia latinoamericana, indigenismo, derecho y educación. Allí escribe las notas que formarán luego sus *Memorias de un viejo*. Allí se publicará en 1871 el cuento de Echeverría *El matadero*, que hacía más de tres décadas yacía entre los papeles reverencialmente custodiados por Juan María Gutiérrez. Allí publicará Vicente Fidel López sus artículos sobre etnología peruana, lo que lo llevaría a una resonante polémica con Mitre en torno al drama *Ollantay*. Entre Vicente Quesada, polígrafo apegado a la empiria y al terreno, y Vicente Fidel López, un porteñista dueño de una escritura de gran vuelo y señorío, se creará tal vez la escena de un remota celosía entre contemporáneos con iguales aspiraciones y reconocimientos. Pero es evidente que

tal cosa habría fallado, al punto de escribir Vicente G. Quesada en su testamento que sus obras completas deberían ser editadas por el Senado, tal como se había hecho con las de Vicente Fidel López. Se verá cómo el fracaso de este resentido reclamo y otras desavenencias con las instituciones argentinas motivarán que la gran biblioteca del hijo, Ernesto Quesada —incluyendo los papeles del progenitor—, vaya a parar a Berlín en 1928.

Quesada padre y Quesada hijo visitarán a Rosas en su exilio de *farmer* en Southampton. Rosas ya es octogenario, defiende con memoria aguda su gobierno autocrático y observa ofuscado la actualidad europea, sobre todo la Comuna de París, trágico suceso que había ocurrido apenas dos años antes de aquella visita. De la impresión de ese encuentro queda el libro *La época de Rosas*, de Ernesto Quesada —el hijo es tan erudito como el padre pero posee vuelo teórico, sesgo de polemista activo y escritura argumental—, todo basado en fuerte documentación como en vivas interpretaciones donde la época y el proceso colectivo adquieren un nuevo nervio historiográfico. También Bismarck, reciente vencedor de la guerra franco-prusiana es avisado en Berlín por padre e hijo, dejando en ambos un sentimiento que Ernesto plasmará en una viñeta de buena forja, pero fundamentalmente en sus convicciones histórico-políticas, donde no es difícil ver proyectada en Bismarck una problemática a la altura del drama de Rosas y viceversa: gobiernos fundadores de una mentalidad de orden a la que hay que socorrer con “verdaderas” instituciones del mismo tenor ordenancista, en contra de los “pequeños caudillos” que amenazan las grandes confederaciones y los hombres “ilustrados” que solo buscan su satisfacción de “idéologues”.

Vicente Quesada se ocupó realmente de la Biblioteca Pública en su período de dirección, de 1871 a 1879. Quizá por primera vez, un poco más sistemáticamente, hubo informes periódicos, inventarios, construcción de catálogos y al mismo tiempo, donaciones de importancia.⁵⁵ También ampliaciones edilicias en el viejo edificio de la Manzana de las Luces, ya casi vencido, aunque este nombre de fantasía casi no se empleaba y solo resurgió con los afanes museísticos de la segunda mitad del siglo XX. El *Manual* de Brunet se aplica quizá por primera vez en la catalogación de los fondos bibliográficos, y se les da a las salas los nombres temáticos que surgen de esa propia catalogación.⁵⁶

Quesada era un personaje filiado en el bibliotecarismo profesional, uno de los primeros en practicarlo sistemáticamente en el país. Quiso llevar a la Biblioteca un replanteo de sus atribuciones, métodos y funciones que no era insustancial.⁵⁷ No obstante, Groussac se lanza a su juego preferido: mantiene una superficie de respeto por el hombre y sus pasiones, pero al mismo tiempo se burla oblicuamente de lo que considera un pasionalismo estrecho.

El doctor Quesada “cumple con el deber” de exponer al señor ministro todo lo que acerca del tamaño y formato, suscripción y justificación de los impresos han asentado los “tratadistas”. Es inagotable en citas de Brunet, Constantin, Cousin y demás profetas de esta teneduría de libros trascendental.

Viajó a Europa para reunir experiencias en otras bibliotecas y efectuar compras de libros. Construyó otro salón central en el edificio de la calle Moreno y ordenó los depósitos. Quesada era un memorialista del territorio nacional, de los límites territoriales y la historia considerada como un testimonialismo ceremonioso y amable. No es de lectura desdeñable su *Memorias de un viejo*,⁵⁸ aunque no llega a tener la minuciosa dedicación de José A. Wilde con su *Buenos Aires desde 70 años atrás* ni mucho menos la gracia fresca de *La gran aldea* de Lucio V. López, con su sugerente toque a lo Machado de Assis.

En uno de sus viajes, dos secretarios de la Biblioteca Pública ocupan la dirección. Uno es su joven hijo Ernesto Quesada, que —este sí— es un escritor e investigador en regla. Es conocido luego el episodio de la donación de los ochenta mil volúmenes de su biblioteca particular —más el archivo— al Estado de Prusia. Corría el año 1928. Quesada hijo había hecho gestiones para que esa formidable batería intelectual quedara en la Facultad de Filosofía y Letras, pero desazonado, en su pecho prusiano surge el deseo, quizá la vindicta, de entregar todo a Berlín. Esos libros serán la base de la creación del Instituto Iberoamericano de esa ciudad a comienzos de los años treinta, que luego agregó la magnífica colección etnográfica del profesor Lehmann-Nitsche,⁵⁹ que durante varias décadas a comienzos del siglo XX había dado clases e investigado la cultura popular argentina en la Universidad de La Plata. Ese Instituto, hoy parte de la Biblioteca Nacional de Berlín, mantiene bajo custodia valiosos documentos del acervo argentino, y de alguna manera sigue ejerciendo su actividad en el interior del ácido veredicto de Quesada sobre las instituciones documentales argentinas.

Ernesto Quesada, como luego Lugones, fueron los “directores” que la Biblioteca Nacional no pudo o no supo tener. Ambos pensaron *desde* la Biblioteca, Lugones en tanto dictamen mítico, Quesada en tanto fervor erudito y científico. Los temas que abarcó la devoción de Quesada son vastos y elocuentes: la lengua nacional como compromiso con el castellano universal, en crítica hacia el criollismo que él contemplaría con disgusto en las poesías de Soto y Calvo; la sociología en sus amplios alcances económicos y sociales pero sin conceder a la “literatura sociológica” que anun-

ciaban novelas como *La Bolsa* o *Quilito*; y la teoría de la cultura como grandes colectivos orgánicos que tanto le servía para contemplar a un Juan Manuel de Rosas como gobernante no desdeñable, así como a un Oswald Spengler al que consideraba uno de sus grandes amigos a la distancia. Precisamente, José Ingenieros, que estimaba no sin un dejo de ironía a Quesada, realizará una amena crónica, firmada con uno de sus seudónimos,⁶⁰ sobre el arte de la proliferación que exhibe el polígrafo argentino al comentar en un libro de seiscientas páginas *La decadencia de Occidente* del teórico alemán..., libro que también tenía seiscientas páginas.

De Biblioteca Pública a Biblioteca Nacional: 1884

Damos otra vuelta de hoja en lo que parecen historias de una fábula extraviada. Pero es la historia de la Biblioteca Nacional a través de sus momentos biográficos, ligaduras de época y subsistencia de idénticos problemas a lo largo de sus tiempos heterogéneos. En 1879 asume Manuel Ricardo Trelles. Lo podríamos definir como un archivista, y de hecho había dirigido el Archivo de Buenos Aires, contribuido a organizar el Museo Histórico Nacional y se había ocupado de los inicios de los registros estadísticos sistemáticos del país. Las estadísticas son la forma enérgica de los archivos, y cuando son estadísticas del pasado, son también la manera de resguardo de una forma de vida que se dejó archivar bajo sus dimensiones numéricas. Trelles, lo intuimos, es de esa clase de personajes que habitan la circunstancia total de las bibliotecas y a los que solo les faltaría la filosofía, pues generalmente esta es nota interdicta en el seno de la actividad archivera. Groussac lo consideraba un anticuario, y como de costumbre, dejaba entrever en ese juicio aparentemente salutífero, una punta de sarcasmo.⁶¹ Quería decir: un tipo de burócrata ocupado en escarchar el pasado, pegarlo como coleóptero reseco en las paredes del laboratorio.

Trelles está ligado especialmente a la *Revista de la Biblioteca Pública de Buenos Aires*, que comienza a salir en el mismo año de 1879, continuación de la revista que él mismo sacaba como archivero general. Se inicia aquí la tradición de la revista de archivo bibliotecario, que continuaría con los *Anales* de Groussac y la *Revista de la Biblioteca Nacional* en la época de Martínez Zuviría. La más recordable hazaña de esta revista la constituye la publicación de algunos documentos en torno al descubrimiento del Río de la Plata, mérito este que según Trelles no había que otorgarle a Solís sino a Diego García, otro navegante que había realizado un viaje distinto al que notoriamente practicó el primero.

Por consiguiente, mientras no se demuestre con documentos que García se atribuyó, sin objeto un descubrimiento que no había hecho, es García y no Solís quien debe ser considerado como verdadero descubridor del Río de la Plata en 1512, tres años antes de que Solís viniese a morir en él, y a darle su nombre, por razón de su fin trágico y no de ser su primer descubridor.⁶²

Todo el escrito de Trelles está fundado en una argumentación casuística, carente de la emotividad que de otra manera podría tener el asunto (en efecto: ¿los nombres los da una tragedia del mando o la forma técnica del evento?). Se trataba de mostrar que el documento destila un zumo de veracidad que nunca escapa a la interrogación del erudito. Es cierto que esta idea no adorna mal ninguna actividad historiadora. Pero contribuiría a acrecentar los alcances de la comprensión histórica si el documento y los contradocumentos no fueran un límite, antes que una sobrevivencia casual en el océano de preguntas irresueltas del mundo histórico.

Durante esta administración se inaugura la sala de lectura ampliada, que hoy es posible reconstruir por la existencia de una fotografía de época, e imaginar fácilmente que dicha estancia se encontraba sobre la actual calle Moreno. Groussac, en una breve descripción, recuerda “sus estantes abiertos y su mesa maciza”. Trelles proyectó una colección numismática y acrecentó la hemeroteca con mayor atención hacia las publicaciones extranjeras y nacionales. Llegaba así a su fin el período de la *Biblioteca Pública*. Con la federalización de Buenos Aires se iniciaba su sucesión bajo el nombre evidente de *Biblioteca Nacional*. Lo mismo ocurre con el Archivo y el Museo. Una comisión nación-provincia integrada por Mitre, Andrés Lamas y Amancio Alcorta por la primera y Aristóbulo del Valle, Francisco P. Moreno y Juan José Romero por la segunda estableció una módica separación de bienes, siendo fijado el nuevo nombre para la vieja institución. Es así que entregado a la Nación el establecimiento, la dirección recayó en 1884 en el médico higienista y memorialista quilmesense José Antonio Wilde, autor de *Buenos Aires setenta años atrás*, crónicas de la ciudad que Groussac elogia pero a su manera delicadamente cruel, destacando en ella la “ausencia de pretensión en el estilo”. Wilde no pudo hacer pie en la Biblioteca y falleció apenas entrado el año 1885, a la edad de 72 años. Había sido colaborador de Pedro de Angelis en el *Archivo Americano*, y esta circunstancia no puede disimularse del balance parco de sus contribuciones. Comenzará pues la época de Paul Groussac. Son los mismos tiempos en que —si los consideramos un breve pero intenso ciclo— surgen o se fortalecen instituciones como el Archivo General, la Junta de Numismática, el Museo Udaondo de Luján, la

Revista Nacional impulsada por el fundador del Museo Histórico, Adolfo P. Carranza —contemporáneo al momento en que Ricardo Palma es director de la Biblioteca Nacional del Perú—, y coronando provisoriamente el ciclo, el Museo Mitre.

¿Continuidad o ruptura? El mismo edificio, los mismos cansinos métodos de catalogación, el mismo establecimiento que carga el “símbolo lectural” del país, pero con otro nombre. Los nombres, a no dudarlos, proponen una cesura. Por alguna razón se procede a un rebautizo, que no pasará indiferente en los tratos con que la memoria intenta hilvanar los tiempos. Podemos decir que era la *misma* Biblioteca de Mariano Moreno pero interceptada por los avatares políticos, los cambios de cuño actualizante, cuando ocurrían, y los diversos estilos administrativos. Por eso Groussac apenas asume debe hacer su historia: es consciente de que debe asentar una ruptura, pero también precisa de una continuidad, que presenta bajo una pesada capa de ironía. Preguntamos más atrás: ¿historia de los directores o historia de las formas de catalogación?, ¿historia de la literatura asociada a la memoria de las direcciones bibliotecarias o historia de las mudanzas en el arte de la acumulación, preservación y clasificación de libros? La respuesta ni es fácil ni dejamos de encontrarla en la pretensión con la que Groussac escribe la *Historia de la Biblioteca Nacional*, en 1893. No podríamos hacer cabalmente una historia ornamental de las vicisitudes lineales que van de administración en administración. Pero no despreciamos este rumbo, siempre propicio para el descanso de la mente, que así evita momentáneamente el trato con las historias privadas, tecnológicas y sociales, reconocidamente más trabajosas. En esta relación, nosotros estamos siguiendo la sucesión lineal de los directores, pero la entorpecemos bruscamente con un sistema de digresiones que hienden la marcha visible de la institución. La historia invisible aparece así como una fuerza inusitada, con su tiempo quebradizo e ilimitado. Es la fuerza del lenguaje, que en su natural apostura lineal —citamos oblicuamente a Borges— debe estar preparado para pensar otras formas de la realidad, la que se da por simultaneidad, vaguedad, traba, freno, dispersión, cese o ruptura. ¿Qué es una biblioteca? Precisamente ese enredo contrapuesto entre la historia cronológica y el tiempo que se expande en superposiciones inesperadas, en el desquicio de un acontecer inextricable, superpuesto, simultáneo.

La historia general parece cómoda. Como las bibliotecas, en sus máximas exigencias sabe dónde colocar un evento, cómo dejar a un acontecimiento en la correcta compañía de corrientes y contracorrientes interpretativas. Pero no hay un catálogo de formas para juzgar finalmente esos planos superpuestos de guerra, vida privada, tecnologías de la vida diaria

y creencias que resisten al tiempo. En cambio, las bibliotecas llaman catalogación al proyecto intelectual de ordenar ese caos y liberarlo para su uso constructivo.⁶³ Ninguna historia, al querer evitar la incomodidad de los hechos desnudos, deja de descubrir la dificultad de encuadrar los eventos. A diferencia de las bibliotecas, la historia general no es constructiva y busca siempre perseguir el hecho que resiste a la interpretación, inexorable e inútil. Bajo estas banderas prosigue nuestro relato. Quizá ya estemos preparados para entrar a los tiempos de Paul Groussac.

Capítulo 3

En tiempos de Groussac: la cuestión morenista

El extranjero

En 1885, cuando Paul Groussac es nombrado director de la Biblioteca Nacional en pleno período roquista, el diario *El Nacional*, a la sazón uno de los más importantes de la historia periodística argentina, publica unas notas anónimas pero muy bien informadas en contra de su nombramiento. Detrás del hecho está, sin duda, la indignación de Sarmiento, a quien tampoco Groussac quería, como lo muestra la magnífica y severa estampa que le dedica luego de su muerte. Habrá algo más: la posterior discusión con Rodin, en París, sobre la estatua de Sarmiento emplazada hoy frente al Monumento de los Españoles. ¿No implicaba esa increíble intervención de Groussac sobre la fidelidad con la que acogía el bronce el rostro de Sarmiento, una sutil manera de ejercer un dictamen superior acerca de la sobrevida pública de un ilustre pero problemático difunto?

Pues bien, ¿qué le reprocha *El Nacional* a Groussac?

Dicta nuestra protesta un sentimiento de argentinismo, algo más grande aún: un sentimiento de americanismo que se exalta ante una irritante injusticia de que se pospongan nuestros hombres á los extranjeros, cuando en realidad no valen más estos que aquellos, si es que no valen menos, pues en materias bibliográficas tenemos eruditos que poco tendrían que envidiar a los más renombrados que de fuera puedan venirnos.⁶⁴

Los maestros del flujo inmigratorio, los augures de la Argentina que era expresada por la Constitución que ellos mismos habían escrito “para todos los hombres del mundo que quieran habitar nuestro suelo”, ensayaban un encubierto aire de xenofobia —que no se quería tal— ante un hombre que nunca cesó de considerarse un francés emigrado, pero dedicó su vida a pensar la circunstancia argentina con una originalidad mortificada, una irritación reaccionaria cuyo distante ascetismo lo llevaba a descubrir el oscuro revés de la trama histórica nacional. Por supuesto, la crítica no pretendía ser “hostil a los extranjeros”, pues daba el ejemplo de Burmeister, Gould o Waldorp, sabios europeos al frente de institutos científicos argentinos —y

el mismo Groussac dirigiendo la Inspección Nacional de Escuelas.⁶⁵ ¿Pero también la Biblioteca Nacional? No, allí no. Pero además el anónimo comentarista insinuaba que en Groussac existía el obstáculo de su partidismo político —fue primero seguidor de Bernardo de Irigoyen, luego un pellegrinista— y más grave aun, que sostenía un naturalismo literario. El diario menciona reprobatoriamente a Émile Zola, y bajo su influjo, quien lo recibiera —Groussac sería uno de esos entusiastas— se arriesgaría a promover una versión pornográfica de la literatura. Este curioso y equivocado escrito —por lo menos en cuanto a sus juicios literarios, Groussac siempre reprobó a Zola— se convierte en un alegato al general Roca para que no efectúe el nombramiento.

Los amigos políticos de Groussac sostienen su apetencia, quizá bajo la no infundada sospecha de que en el rechazo al francés se ocultaba la candidatura de eruditos como Calixto Oyuela. El escrito de *El Nacional* menciona también a Estanislao Zeballos, hombre mitrista mas no roquista, autor del célebre *Viaje al país de los araucanos*. En cuanto a Oyuela, era un hispanista, un crítico que pagaba su tributo a la capitanía literaria de Menéndez Pelayo y que con el correr de las décadas sería presidente de la Academia Argentina de Letras. Era evidente que la elección de Groussac, para los intelectuales del roquismo, mantenía una tímida cuerda antihispanista que permitía considerar que aún no había muerto la ácida advertencia de la generación del 37 contra la “lengua del colonizador”. Groussac no gustaba de Émile Zola —prefiere, lo dice bien claro, a Alphonse Daudet—, pero representaba el ideal francés de la literatura que sonaba con distintos matices desde Echeverría hasta el gesto de renuncia de Juan María Gutiérrez como miembro correspondiente de la Real Academia Española, una década antes de los acontecimientos aquí referidos en torno a la dirección de la Biblioteca Nacional. Pero otra curiosidad se enlaza a esta: cuando un connacional de Groussac, Lucien Abeille, principiado recién el siglo, ensaya una defensa del castellano en su *Idioma nacional de los argentinos*,⁶⁶ basada en la circunstancia del “singular trasfondo anímico argentino” —y esto también con apoyo del inquieto Carlos Pellegrini—, Groussac se expedirá terminante en contra del “patriotismo lingüístico”. Solo que en este parecer coincide con el anticriollismo de Ernesto Quesada, que —en su versación y trabajos— portaba en sí mismo el significado simbólico de una “Biblioteca Nacional” en las sombras. Ernesto era hijo de Vicente G. Quesada, que también había dirigido en tiempos anteriores a la biblioteca verdadera, la de la calle México. Ernesto Quesada, un bismarckiano argentino, despechado hacia el fin de sus días, había llevado su erudita colección histórica a Berlín y ahora ella es parte del Instituto Iberoamericano de esa ciudad, un anexo de

la Biblioteca Nacional alemana. De alguna manera, es hoy nuestra Biblioteca Nacional en el exilio.

Paul Groussac, por lo demás, era un adversario de Marcelino Menéndez Pelayo, su contemporáneo director de la Biblioteca Nacional de España y orientador de la crítica literaria hispanista, ámbito intelectual del que Oyuela formaba parte. Groussac, con su libro *Une énigme littéraire. Le Don Quichotte d'Avellaneda*, publicado en 1903, se enredó un tanto desafortunadamente en una polémica con Menéndez Pelayo, de la que no salió indemne. Pero está claro que se quería, por la vía de una erudición cervantina —presentada por un francés desafiando a reconocidas autoridades españolas—, proseguir con el más perseverante duelo que encontró la clase intelectual argentina para rozar los índices de su identidad colectiva: presentar un desvío respecto a la literatura española y al encarar la hipótesis cosmopolita, no poder evitar el itinerario del simbolismo o el naturalismo francés.

Por supuesto, la Biblioteca Nacional, para Groussac, fue también una convocatoria para hablar de administración bibliotecaria, número de volúmenes y formas de clasificación, tema sobre el que deja no pocas apreciaciones sagaces. No estuvo desapegado de los vericuetos y arcanos de la gestión. Pero hay que considerar que Groussac define a una Biblioteca a través de su intervención en debates públicos esenciales,⁶⁷ como el de la autenticidad del *Plan de Operaciones* de Mariano Moreno. Trata este episodio de un gran torneo de lucha filológica, archivística y bibliotecaria. Representa en gran medida lo que *también* queremos decir cuando hablamos del archivo como evidencia tácita de una teoría de la cultura. Del mismo modo hay que preguntar si las modalidades de intervención en un debate definen también la perspectiva e incumbencia de una Biblioteca Nacional. Se verá que Groussac tensó los límites especialmente en este terreno y lo hizo pensando que las polémicas eruditas fijaban la lengua y el terreno en que se definía la vida intelectual. En suma, se elaboraba allí la forma misma de la figura del intelectual nacional. Pero al mismo tiempo, ese sentimiento de profesionalismo estricto en la esfera intelectual, lo llevó a elaborar el primer *Catálogo metódico* (1893) de la Biblioteca Nacional —cuyo prólogo lo constituía una severa e imaginativa historia de la institución— publicado en varios volúmenes y hoy una pieza esencial de la memoria bibliotecológica argentina, de excepcional carácter por su concepción historiográfica, basada en una ironía implacable muchas veces oculta, de efecto retardado, que el lector demora en percibir. De inmediato vienen las grandes donaciones de Amancio Alcorta —rica en documentación musical—, de Ángel Justiniano Carranza —cuyo acervo más importante, sin embargo, está en el Museo Histórico Nacional—, de Martín García Mérou y de Eduardo Madero,

el ingeniero que construyó el puerto de Buenos Aires y que se convirtió en coleccionista relevante de los documentos relativos a su historia, siendo también el que había removido los papeles del caso, hallando por azar una copia del *Plan de Operaciones*, pieza destinada a larga polémica. El coleccionista que dona sus papeles: he aquí una figura lateral, pero de gran importancia en el programa de rigor intelectual que promueve Groussac, con fervores tales que parece injuriar al conjunto de la vida cultural del país, en su afán de encaminarla con el gobierno de la ironía hacia la *intentione recta* de una práctica fundada y responsable.

Durante los primeros años del siglo XX, Groussac envió en misión extraordinaria a España a uno de los oficiales bibliotecarios más destacados, el español Gaspar García Viñas, a fin de copiar y descifrar los principales documentos de los Archivos de Indias referidos a la evolución de las sociedades coloniales en relación a España.⁶⁸ Estos cuadernos, cuidados hoy en la Sala del Tesoro, resultan imprescindibles para el investigador, pues son fruto de un meticuloso trabajo erudito de descodificación. Voces actuales del mundo bibliotecológico —la de Mario Tesler— insisten en que el lucimiento historiográfico de Groussac se basó en el trabajo invisible, y no reconocido, de García Viñas.⁶⁹ Por otra parte, Groussac lleva a la Biblioteca una imprenta alemana fabricada en 1903, con la que hasta mediados de los años cuarenta y aun más, se imprimieron distintos folletos y libros de la Biblioteca Nacional. Esa imprenta todavía funciona, precariamente, y se encuentra en el subsuelo de la calle México 564. Es probable que en ella haya trabajado como tipógrafo Joaquín Alejo Falconnet, nombre real de Pierre Quiroule (“piedra que rueda”, autor de *La ciudad anarquista americana*). Según la investigación de Néstor Restivo, por quien sabemos este significativo hecho de contornos legendarios, Paul Groussac sentía simpatía por su compatriota, el anarquista Falconnet, aunque no debía compartir su inicial propensión al anarquismo individualista antimalestiano —con derivaciones violentas—, pero en contraposición lo debían tranquilizar las numerosas pero también llamativas colaboraciones de Falconnet en el diario *La Nación*.

“Campo intelectual”

Vamos ahora a la siguiente pregunta groussaquiiana, que abona una larga y conocida meditación:

¿Por qué no penetra en los países de habla española esta noción, al parecer tan sencilla y elemental: que la historia, la filosofía y aun esta

pobre literatura son “especialidades” intelectuales, tan difíciles por lo menos como las del abogado o el médico, y que no es lícito entrarse por estos mundos como en campo sin dueño o predio del común?⁷⁰

¿Era posible mantener este programa en Argentina? Quizá nunca ocurrió ni ocurrirá esta distribución de terrenos firmemente acotados de la labor intelectual o científica, y que eso fue así en gran medida porque una sospecha invisible recorre siempre los artilugios del conocimiento. Es la sospecha de que si se delimitaran profesionalmente las áreas del saber, el saber mismo adquiriría formidables lenguajes específicos pero se desplomaría en su momento más virtuoso, el que pertenece al *punctum* esencial que irradia su aventura. Allí no valen los géneros ni las categorizaciones. Si desea ser sorprendente ante la vida, eso siempre equivale a anonadar los límites y tabiques disciplinarios. Groussac quizá no pensó ni deseó esto, pero afanoso catalogador también, se debatió entre el punto etéreo donde todo se condensa por única vez y el árbol bien archivado y apuntalado de conocimientos. ¿Pero esa irresolución de las cosas no es finalmente una biblioteca? Groussac encarnó como pocos, quizá sin llegar al extremo borgeano — aunque lo anticipa—, este corazón perturbado de las bibliotecas.

Sin embargo, cuando demuestra en su análisis del *Plan de Operaciones* que una cultura nacional debe basarse en la depuración filológica de los documentos, encuentra la cumbre de su perspectiva sobre los saberes: estos deben ser purificados —a la manera de una *catharsis* documental—, para que las instituciones cognoscitivas se enraícen en la crítica, el expurgo y la necesaria condena a la falsía. ¿Pero si este procedimiento, desde luego aceptable en todo momento, creyese contar con sus atributos de verdad sin poseerlos enteramente? ¿Si se hubiese dejado ganar por la “ideología” sin percibirlo, aquello mismo de lo que acusaría a los “ensayistas”? ¿Si a fuer de alisar las crines del mito nacional heroico crease una filología universalista sin pasiones? En suma: ¿la crítica a la *via scelerata* del jacobinismo podía aplicarse a la hermenéutica nacional?

El *Plan de Operaciones* fue en la época de Groussac, y lo es también ahora, el más importante texto de la historia política argentina sobre el cual ha de probarse la eficacia de cualquier crítica documental, junto a todo lo que desee invocarse de la crítica a la filosofía de la historia. Que sea un texto fraguado, si esta hipótesis se impusiese, le daría aun más importancia, aunque si no lo fuera, habría que poner en un lugar relevante el deseo de *escribir* una realidad prohibida por parte de un espíritu pleno de astucia y vindicta, apreciador de la sangre y el engaño en nombre de la idea de revolución. Pero, mantener la tensión con argumentos adecuados

será la prueba máxima por la que debe pasar una ética historiadora argentina. ¿Este recetario groussaquiano que propone un cuadro de disciplinas trazado con rigor y afiliado según competencias que no se yuxtapongan, sería lo adecuado para abordar el análisis de tal documento?

Es imposible no estar de acuerdo si se trata de cuestionar tanto al que practica las humanidades ignorando que está en el terreno de un conocimiento estricto, como al poseedor de saberes clásicos —de leyes, de artes médicas—, que pensase que todos los saberes se acoplan a ciertas distinciones doctorales tan vagas como sentenciosas. ¿Pero si lo que subyace a estas quejas —el fondo de la lucha entre el verismo documental y la falacia de las atribuciones— desactiva el núcleo vivo de la interpretación, que es la inmersión primera en la incerteza de los orígenes y la autorías?

En cambio, el especialista intelectual que patrocina Groussac desde su sillar de la Biblioteca Nacional, cuando libremente toma lo que fuere del jardín de amenidades de las filosofías y conocimientos más desarrollados, pone señales inequívocas de su arte citador, a fin de que su propia contribución quede formulada sin la vergüenza del solapado inquilino de las ideas. Por eso indica lo que toma con austeridad de juicioso arrendatario.

En la versión de esta modernidad intelectual fundadora de cuerpos nacionales, estos solo se emancipaban si acudían a modelos de citación rigurosos. Se llegaba a la mayoría de edad reconociendo estrictamente los débitos y legados correspondientes. No fue el caso de Moreno. Por eso para Groussac era relevante comenzar su evaluación de la historia nacional en un doble aspecto: criticando la vía desatinada —los fusilamientos “jacobinos”—, como así también el arte *scelerato* de la cita sin aquellas protecciones adecuadas del rigor clásico que pedían los laboratorios intelectuales bien temperados.

Quizá cometemos un exceso entusiasta, pero debemos probarnos en estas afirmaciones: el problema de Groussac es Moreno; el problema de Groussac es la fundación de la Biblioteca Nacional; el problema de Groussac es la veracidad intuida de esos tiempos y de esa evanescente figura fundante; el problema de Groussac —filólogo— es el sustento veritativo de lo que se escribe y de quién lo escribe.

Moreno había firmado el orden de la Junta de fusilar a Liniers y tal hecho no era admisible para Groussac, pues surgía una nación con la inmoción de un héroe en desgracia. El hecho no solo era inaceptable, sino políticamente cruel y absurdo. Pero la figura de Moreno reclamaba comprensión y disculpas, y Groussac las concede. Como intelectual, Moreno posee la incierta modalidad de arrebatar rápidamente los frutos del saber. Eso se justificaba por su talento natural obligado a cultivarse en medio de las urgencias de una ardua revolución. Repitamos: Groussac pedía rigor en

los países de “habla española”, especulaba con una crítica textual como plataforma de una emancipación intelectual, *pero no instituía una policía contra plagiaríos* sino la ironía del refutador que escarnece a los presumidos doctores rioplatenses a los que finalmente adulaba después de la golpiza: Groussac era un fino estilista del desprecio pedagógico (“el arte de injuriar”), pero no dejaba de cuidar su delicado tinglado de pontífice cultural establecido en el primer piso del oscuro edificio de la calle México —la Biblioteca Nacional—, casquivana atalaya en la que vivía con su familia.

Administraba sabiamente el espíritu de su crítica, sacudiendo la inadvertida vanidad de los improvisadores —hombres aventurados, y sin duda, tiernamente necios—, pero nunca le impidió una salida elegante a ningún letrado que sancionaba con su acre veredicto. Finalmente era indulgente y él mismo los rescataba. Puede verse su gran “medallón” sobre Alem. El taciturno jefe radical citaba a Renan sin referencias directas, por mera e imprecisa proximidad con los ambientes obligados a mentarlo asiduamente. Pero Groussac es condescendiente, y cuando habla con el fundador del radicalismo lleva la conversación hacia zonas políticas donde ese trágico jefe civil se sentiría más cómodo y él también.

El programa rigorista de Groussac luego será evidentemente tomado por Borges, pero disponiéndolo bajo los efectos de una gran maniobra. Borges fue un fanático de la cita tomada como perla fresca, recién rescatada de los mares. Pero su idea de que en cada cita hubiera el desliz de la atribución errónea, el deliberado espejismo sobre el tiempo o la precisión engañosa, muestra de qué modo solicitaba a Groussac en su arte de injuriar y luego lo ponía de cabeza, para ir de la enciclopedia al apócrifo y no, como en el “imperceptible” francés, desmontar el apócrifo para construir, en *légitimiste*, la nueva *Enciclopedia suramericana*.

Que Groussac no cree en el poder del apócrifo lo demuestra su reserva frente al sabido corrimiento verificable en la célebre citación de Sarmiento: aquella frase de Volnay, “las ideas no se matan”, que fue “americanizada” por Sarmiento otorgándose a Fortoul. La palabra *americanización*, que es expresión groussaquiiana, tiene aquí un aire mordaz. Groussac no cree en ese traslado. Al gracioso (o deliberado) descuido en la cita, no lo ve como un rasgo de “desvío creativo” sino de precariedad en el viaje de los conocimientos.

Años después, sobre ese desvío descubierto por el director de la Biblioteca Nacional, pondría Ricardo Piglia una de las vetas de su novela *Respiración artificial*. En ella, sin embargo, no hay una visión cordial de Groussac. Se extrema lo que en Borges es una lejana insinuación para hacer de Groussac un blanco de befas, en especial a través del Pierre Menard, inspirado —sin duda— en esa resbalada, por cierto grave, que comete Groussac en el

mencionado *Un énigme littéraire* y como resultado del cual recibe un gran vapuleo argumental de Menéndez Pelayo, que lo deja en ridículo respecto al supuesto descubrimiento del autor del falso *Quijote*. Un personaje de *Respiración artificial* llama a Groussac “erudito pedante y fraudulento”.

Escribe Piglia:

¿Cómo no ver en esa chambonada del erudito galo, el germen, el fundamento, la trama invisible sobre la cual Borges tejió la paradoja de *Pierre Menard, autor del Quijote*?

Más allá del contundente juicio pigliesco, sometido a las modulaciones de una ley ficcional, el descubrimiento de la relación de Pierre Menard con las investigaciones quijotianas de Groussac ha abierto una senda en la crítica. Entonces, es factible abonar también la idea de que Groussac puede ser visto como “precursor” de Borges, aun en sus errores, o precisamente por sus errores. Piglia ve a Groussac como “un europeo legítimo que se divertía a través de estos argentinos disfrazados”. Pero la cuestión admite otros matices, sobre todo el del empecinamiento de Groussac para arriesgar, en apuestas entusiastas y aventuradas, una hipótesis sobre la cultura nacional que no implicaba postular “afrancesamiento” ni una “americanización” a través de la cita mal ejecutada. Estos rasgos —como de algún modo también lo insinúa Piglia— podrían ser vistos como estilos involuntariamente emancipadores.

Pero descartada para Groussac la *aclimatación* o *americanización* rigurosa, quedaría sin resolver cómo se ejercería la facultad de autoafirmación de los textos de la “cultura argentina”, que no fuesen el ejercicio de la mera literalidad o legitimidad del enunciado cultural que Groussac reclamaba. No se equivoca al postular la necesaria fundación cultural precisamente en la crítica de textos. Pero no parece imaginar la existencia de un modelo adecuado, salvo sus propias obras y hasta cierto punto las de Alberdi, Wilde o Juan María Gutiérrez, escaso elenco, levemente melancólico. Sobre todo si se tiene en cuenta que intimidó a Lugones o a Rubén Darío con severas admoniciones y adustos correctivos.

Pero la sempiterna indolencia del “citador nacional”, Groussac la percibe especialmente en José María Ramos Mejía, pues en la desmesura y voracidad del autor de *Las multitudes argentinas* cree ver los demonios de una incuria espontaneísta, y quizá de un inútil tono churrigueresco. Groussac, al prologar *La locura en la historia*, la formidable y despatarrada recensión que hace Ramos Mejía de un tema que décadas después arrebatara los fervores de las nuevas historiografías, dedica párrafos de ácida crítica al libro que prologa. Ramos se recostaba sobre lecturas heteróclitas,

Lombroso, Moreau de Tours, el más interesante Max Nordau o Paul de Saint Victor, y a partir de ellas arrojaba parrafadas repletas de ímpetu expositivo y de hedonismo literario, pero desposeídas de todo rigor. Groussac hace observaciones interesantes sobre los errores de Ramos Mejía, atacando su concepto de locura hereditaria, pero ni el frenético ensayista se inmuta —pues publica en su libro el prólogo que lo ataca— ni deja de advertirse un tejido último que poco a poco surgirá alrededor de una discordancia nunca muy bien explicada. Se trataba de la crítica groussaquiiana al fusilamiento de Liniers y la implícita respuesta que da Ramos Mejía en *Las multitudes argentinas*, reponiendo el lugar que tenía ese episodio en la memoria porteña. Ese fusilamiento era necesario, pues estaba en juego la revolución, que hubiera fracasado sin esa medida extrema. Liniers, hombre de pocas luces, hubiera podido ser el primer caudillo revolucionario, pero prefirió la causa del Rey. Respondía así Ramos Mejía. No hay aires científicas ni lo habita el rigor del historiador en lo que escribe. Es simplemente uno de los primeros grandes ensayistas argentinos y toma todos los préstamos posibles, haciendo de su obra de segunda mano, una muestra extrema de la politicidad del lenguaje de la época, que coquetea con la lengua del científico, a la par que admira la locura como el otro nombre de lo político.

Groussac no advierte que esa falta esencial —más allá de la superficie— de aires científicos en la exposición de Ramos —*científicos*, ya que no *positivistas*, pues no es Groussac alguien que los deseara de esa última manera— no podía afectar las bases de un pensamiento intempestivo e inclasificable, a pesar de su biologización positivista de la historia, a tono con las alegorías biológico-sociales que nunca cuesta trabajo encontrar en los horizontes intelectuales de aquellos tiempos. Sin embargo, en el autor de *La locura en la historia*, esas maneras pertenecen mejor a una extraña saga simbolista, casi esotérica y rabelesiana a la vez.

Entonces, la escritura de Ramos Mejía ilustra, más que ninguna otra cosa, sobre la tragedia de la “escritura científica” que desmorona sus presupuestos en el mismo acto de enunciarlos. Es extraño que Groussac sometiera a este escritor a un examen implacable, que aun con la cortés intención de no humillarlo en el mismo prólogo de su libro, lo disminuía implícitamente al considerarlo un escritor imaginativo pero traicionado por su exuberancia literaria. Sobre todo porque en su interesante y visionario artículo sobre “La paradoja de las ‘ciencias sociales’” —publicado en *La Biblioteca* en 1896—, recogerá con inusitada perspicacia el dilema de un saber que se quiere generalizador pero logra sus mejores resultados en el reconocimiento *singular* de sus motivos y en los objetos *únicos* de su pasión cognoscitiva, y por lo tanto, en la lúcida conciencia de que estamos frente a conocimientos “indeterminados”.

Poco puede entenderse entonces por qué fue tan impertinente con Ramos Mejía, como si hubiera elegido en él un ámbito para la gran reprimenda a esos estilos de los lenguaraces aparatosos de la cultura argentina, o una probanza fundamental sobre cierta fiebre literaria que, aunque seductora, podría frustrar cualquier pensamiento científico. No se le ocurre a Groussac que esas escrituras gárrulas pero dadivosas, eran gajes del duelista de las ideas —marca retórica nacional que después nunca se perdería—, y que no hacía necesario alertar sobre el peligro de locura anidado en la propia obra de Ramos que trataba *de modo personal* sobre el tema que él mismo encarnaba: la locura en la historia.

Al final, la locura de un escritor con el “alma en ruinas”, según Rubén Darío le atribuye al estilo de Lautréamont, no es sino el fruto extremo de la “paradoja de las ciencias sociales”: buscar la universalidad fecunda, pero al fracasar, recaer en la posibilidad poética del objeto singular. Y esto traducido por el juego salvador de la literatura dramática. A su vez, esta pasada por el ensayo social.

Hay un barroquismo hedonista en el científicismo argentino. Mucho más como eco del simbolismo francés que de la ciencia de Darwin y Lombroso, es el equivalente al mundo presurrealista de Rubén Darío en *Los raros*. Libro que sin embargo Groussac desmerece al considerarlo enfermo de *seguidismo* por la cultura francesa. Así como en el otro polo, percibe que sería igualmente incorrecto *acriollar* la prosa o el verso para simular ancestros que no se tienen. ¡Ya está formulado el tema que algunas décadas después toma la forma que le dará Borges en “El escritor argentino y la tradición”! No podemos entonces pensar la Biblioteca Nacional sin estos textos o como si estos textos no hubieran existido.

La criticada cuestión del localismo literario como estructura del pensamiento literario nacional está en la base de la teoría cosmopolita de la Biblioteca, y a la vez, ombligo de cada mundo cultural en el cual se sitúa. La admonición a los localismos tiene el respaldo de una investigación filológica, o por lo menos, se inspira en la filología como forma legitimista de la imaginación cultural. El filólogo Groussac, lanzado a la lucha contra el “color local” (por eso prefiere la tragedia exótica de Liniers antes que la mascarada de los últimos días de Victor Hugo), se complace en demoler las formas más literales del criollismo, asentando ya las bases del posterior programa borgeano respecto a la gauchesca, ese “género como cualquier otro”, en el que se rechaza toda vinculación literal entre el sujeto real encarnado y el lenguaje poético que lo invoca.

El procedimiento de Groussac puede ejemplificarse a propósito de la palabra *achura*. ¿Vocablo raigal de la lengua argentina? No, dice Groussac.

Si seguimos por el método filológico —el verdadero hilo de la autenticidad en la historia—, no nos encontraremos con el gaucho paladeando las vísceras asadas del animal, al costado del camino, en un alto en huella, sino con los sacrificios de antiguos sacerdotes. Es que *achura* no proviene del quechua *achupalla* sino del castellano clásico, de *asar*. Se asan las vísceras por parte del arúspice, que así se ayuda en sus presagios. En la cita de Groussac lo dice Virgilio: *et solida imponit taurorum viscera flammis*.

Y Groussac termina su reprimenda con un elegante toque de timbal:

La historia de la palabra nos llevaría mucho más allá, hasta las hecatombes de la *Ilíada* y los holocaustos del *Levítico*; de esta suerte veríamos el acto rústico del gaucho derivarse de un rito religioso, y el análisis del supuesto americanismo evocaría las escenas más augustas de la antigüedad griega y bíblica.

He ahí su respuesta a *por qué* era necesario un francés amante de la filología para dirigir la Biblioteca Nacional Argentina, de donde saldría la averiguación pertinente sobre la ruta genealógica que habría formado el país, mucho más certeramente que la que después indicaría Lugones localizando el núcleo vivo de la forma humana y artística de la nación en la herencia de Hércules y de los trovadores provenzales.

En este mismo escrito (“A propósito de americanismos”, en *El viaje intelectual*) comprueba Groussac que la poesía gauchesca nació en el mismo lugar donde el gaucho “tuvo su pobre cuna de tientos y jergones” y que los diálogos gauchescos de Bartolomé Hidalgo preceden a los poemas “apenas más artificiales de Ascasubi”. Con lo cual, “sufre el colorismo local al tener que confesar que el primer *payador* del Plata fue un simple barbero”.

Nuevamente: aquí están los primeros síntomas reveladores de lo que luego sería el manifiesto borgeano de “El escritor argentino y la tradición”, que no es sino un eficaz comentario de aquella frase de Groussac sobre los *payadores barberos*, con ingeniosos aditamentos del “arte de injuriar”. Puede agregarse que Groussac no poseía el completo desciframiento de la cuestión, por lo menos hasta el punto al que la lleva Borges rechazando la “influencia del medio”. Este rechazo era la garantía borgeana para pensar los rituales literarios, convertidos entonces en la modernísima noción de “género”. Groussac es sin duda amigo de la impugnación al colorismo local, cifra que explica su literatura y su filología. Es en verdad un filólogo cuyo análisis de la sociedad argentina lo condujo a una porción más de historicismo, que le impidió equipararse a ese verdadero grado cero de una filología insaciable como lo es la obra de Proust.

De todos modos, no parece Groussac muy convencido de independizar brutalmente el *artificio* ficcional (que entonces lo sería completamente) de las condiciones del medio, que su lectura de los historiadores franceses que él respeta se lo hubiera impedido como remate terminal de toda su visión literaria e histórica. De alguna manera la poesía gauchesca algo tiene que ver con el *medio* gauchesco, que adquiere forma de “tientos y jergones”, catre mitológico que encarnaría, quizá, la voz primitiva de la tierra. En su expresivo escrito que titula *Calandria*, Groussac logra una página de sutil gracia nostálgica, abandonando por momentos el rudo tema de la crítica al *color local*. La formulación le pertenece, pero será Borges quien la convierta en doctrina —apresurémonos a decir, en extremista y deslumbrante doctrina—, aunque no sería Borges enteramente fiel a ella, ya en el inicio de su misma enunciación.

Por su parte, en *Calandria* Groussac se inclina por cierta sociología romántica extraída de las condiciones del ambiente cultural y de su capacidad de gestar personajes dramáticos, destinados a sucumbir ante un “ejército sombrío” que pone al planeta bajo la coacción civilizada de sus técnicas y reglamentaciones. *Calandria* es un bandolero rural, antecesor de Isidro Velázquez y tantos otros. Su desaparición trágica no anuncia nada bueno para la cultura, que a partir de ahora podrá ser un conjunto de “celdas geométricas de la vasta colmena social, donde no hallarán cabida aventureros ni ‘calandrias’”. Oblicuamente, insinuaba el terreno agrietado, la discusión incesante que sería la falla orgánica que recorrería toda la historia de la Biblioteca Nacional.

Liniers

Puede entreverse aquí la manera en que Groussac evocará, aún en una pócima casi imperceptible, el itinerario de Liniers.⁷¹ Políticamente equivocado, el *conde de Buenos Aires* acaso en algo representaba una cultura tradicional cuyas absurdas lealtades podían ser, increíblemente, un alerta contra los jacobinismos civilizatorios y sus aletas tecnocráticas. Es que estos podían producir también funámbulos, cortejantes reglamentarios de la celebridad, como aquellos que en cierto momento irrumpían en la casa victorhuguesa —templo vencido—,⁷² lisonjeando a un escritor precioso, pero ya muerto en vida. No tuvo olvido Victor Hugo. Lo tuvo en cambio Liniers. El Héroe de la Reconquista tuvo un olvido pesado, lapidario. En los tiempos que siguieron a Mayo. Groussac observa que “los cadáveres olvidados estuvieron en Cruz Alta más de medio siglo sin que Belgrano los

invocase al pasar por allí nueve años después ni los caudillos de las discordias civiles se dieran cuenta de la atracción magnética que señalaba aquel campo de Cruz Alta”. Se entiende adónde desea llegar. Habla un laico, un hombre de la ilustración, un escéptico enciclopedista.

Groussac cargaba en su mochila un breviario de humor que mezcla severidad y condescendencia. Pero no desprecia coquetear con un destino de cenizas y de subterráneas sentencias morales. Osaturas que si fuesen bien interrogadas le guardarían un buen destino a la humanidad. Así interpreta los cadáveres de los fusilados en Cruz Alta, en 1810, extraños para la historia argentina que sobrevendría en las cuatro o cinco décadas posteriores. ¿Pero qué hubiera sido la historia nacional si esos huesos no le hubiesen sido ajenos?

Esta grave pregunta, implícitamente, Groussac la formula. ¿Pero por qué habría de pasar por ahí un Belgrano *interesado*, o bien los caudillos mostrándose memoriosos? No podía existir ese sentimiento, porque Liniers no era reclamado por ninguna facción, por ningún discurso, por ninguna emotividad de la hora. Pero hay que dar la razón a Groussac en algún punto. Él es un funcionario de la memoria, un psicólogo que se sumerge en los capítulos más hundidos de la vida de las personas y las naciones, un gentil hombre escéptico que juzga la honra de los austeros, la vanidad de los insustanciales y la decrepitud de la gloria.

Piensa que las cenizas de aquellos fusilados leales a un rey anacrónico hubieran debido despertar emoción o desencadenar las fuerzas ocultas del destino, en unos guerreros que como él mismo lo hubiera dicho, se calzaban rápidamente la chaquetilla militar luego de salir improvisadamente de sus bufetes o de escribir su módico artículo en algún diario.

No se equivoca al suponer que el soterrado altar laico donde reposa la osamenta olvidada de unos inmolados podría ser una señal propiciatoria y reflexiva para otros hombres errabundos entre las entrañas de una larga guerra. ¿Pero eran aquellas, las de Liniers, las reliquias apropiadas?

Imagina Groussac que esos restos arrinconados interpelaban y enjuiciaban a la Revolución.

Un estremecimiento de horror corrió por el cuerpo de los próceres del pacífico Mayo [...] el prestigio de Moreno no resistió a la repercusión del atentado (y luego) la Junta procuró desandar la *Via scelerata* por él abierta y que ¡ay! dos generaciones argentinas estaban condenadas a recorrer.

Como se ve, estamos ante una interpretación completa del largo ciclo de la revolución argentina. Pero en Groussac nunca está segura la figura de

Moreno. Por momentos, es el atolondrado e improvisado jacobino, que acelera la historia sin tener sustentos reales en la hondura del evento francés de 1789. Por otro lado, es el joven político que en medio de la guerra se detiene a fundar bibliotecas, y que, nada desdeñable escritor, debe resignar lo que pudo ser una brillante profesión jurídica por los llamados de una revolución justa, de las que nunca dejan de poner a los hombres en los torbellinos que suelen confundirlos. No les quitan belleza, pero pueden dificultar su sabiduría.

Cuando Groussac se lanza a escribir su *Santiago de Liniers* —obra histórica, no superior, pero más amigable con el lector que su *Mendoza y Garay*—, debe aclarar el propio concepto de documento que invocará.

La historia es ciencia, es arte, es filosofía: todo el mundo lo sabe y repite; pero quiere la desgracia que ocurra a muchos confundir esa ciencia con la documentación vacía de crítica, ese arte evocador con la fraseología suntuosa, esa filosofía con generalizaciones vagas y arbitrarias que poco ganan con apellidarse síntesis.

Eso dice: se entiende entonces que la apelación al documento, a la evocación artística y a la filosofía moral proponga una articulación dificultosa, pero sin la cual no habría escritura histórica. Aquí no se halla Groussac lejos de Vicente Fidel López y de Ramos Mejía, aunque a este último le propinará un fraterno castigo en el prólogo a la *Historia de la locura universal* por la impropiedad científica de sus argumentos.

De todas maneras, su espíritu científico lo acercaría más a Mitre —por más que disputa bravamente con él respecto a los hechos que se sucedieron en la defensa de Buenos Aires contra los ingleses en 1807— y aunque critica a López por impreciso —“cultivaba la inexactitud como un don literario”⁷³— sin decirlo, espera de la crónica histórica la misma vivacidad literaria que le infundía el hijo del autor del Himno. Pero lo que agrava todo es que debe discutir con el conjunto de esos escritores argentinos sobre lo que considera la *sinrazón* del fusilamiento de Liniers, lo que hace de este libro tan sutil y a la vez contundente, una suerte de *Operación Masacre* conservadora.

Las fuentes documentales utilizadas en el *Liniers* groussaquiano fueron consultadas en el Archivo de la Nación y en la colección de manuscritos de la Biblioteca Nacional, muchos de los cuales serían publicados en los *Anales*, revista que le sucede a *La Biblioteca*. Pero en la posterior polémica con Mitre, Groussac —que no vacila en citar a Tácito o Platón en su libro—, se atiene escrupulosamente al *Proceso* que en Londres se le sigue al fracasado general Whitelocke. La polémica Mitre-Groussac es menos

relevante que la polémica Mitre-López, porque lo que aparentemente está en juego es apenas la posibilidad de un descripciónismo más preciso de las batallas de 1807 dentro del perímetro de la ciudad de Buenos Aires, pero más allá del acuerdo de ambos con la *histoire bataille*, se percibe la lucha por el control de la esfera historiadora del Estado.

Ramón Doll, que desarrolló un tipo de crítica cultural de connotaciones agrias pero de una sorprendente agudeza, cierto que ensombrecida por una agresiva intemperancia contra la tradición progresista ilustrada, plantea muy bien el problema de Groussac. Pero las intuiciones felices de Doll, agobiadas por su rencor por las retóricas literarias más encumbradas de la época, no lo llevan a extraer conclusiones justas. Es cierto que Groussac podría ser considerado el escritor que basado en su amplia autonomía ante los medios culturales oficiales —en los que actuaba realmente—, rompía con una tradición declamatoria, recubierta de inanes afectaciones.

Pero Doll podía conceder lo primero sin aceptar que Groussac hubiese fundado un estilo brillante y a la vez vernáculo, pues lo ve con las mismas vetas insustanciales y cosmopolitas que afectarían al que, sin duda muy lejanamente, podía ser considerado su sucesor, el mismísimo Borges. Es que la forma imperativa y abrumada que Doll propone para su ética de lectura, que sin embargo mantiene una gracia cachadora muy reconocible, es llamada por él *policía intelectual*. Para el lector de los años treinta, podía no llamar la atención el extravío de esta humorada, pero varias décadas después ya no le servirían a Jauretche, que toma no pocos motivos y chascarrillos de Ramón Doll, que puede llamar a lo suyo *filosofía de estaño*, ajeno entonces a toda insinuación persecutoria por involuntaria que fuera.

Pero todas estas formas ensayísticas y caracterologías imaginativas del drama cultural, son el verdadero rastro viviente al que debemos contraponer el debate sobre el archivismo nacional, esto es, el debate sobre el peso existencial de la documentación efectivamente interrogada para formular una teoría de la cultura contemporánea. Que será la teoría de la Biblioteca, posborgeana, que verdaderamente nos falta.

El irigoyenismo toma la Biblioteca: 1905

Mientras tanto, podemos regodearnos con un episodio no muy conocido sobre la relación de la Biblioteca Nacional con las insurrecciones nacionales. Lo vamos a considerar ahora de la mano del artículo de Leandro Querido titulado “La Biblioteca y la revolución”.⁷⁴ Está involucrado, desde luego, Groussac. En 1905, comenzando el mes de febrero, los insurgentes

yrigoyenistas toman comisarías y nudos ferroviarios de la provincia de Buenos Aires y también ocupan el edificio de la Biblioteca Nacional, en la calle México.

El autor del artículo se pregunta:

Pero, ¿por qué la Biblioteca y no por ejemplo la Casa de Gobierno, el Ministerio de Economía o el Arsenal de Guerra? Nadie ha dado una respuesta a ello. Ahora bien, si avanzamos hacia una comprensión más amplia, si superamos la barrera de lo político, nos encontramos con que en realidad se trató de un enfrentamiento dado sobre todo en el plano cultural. Los liberales no podían coexistir junto a la “barbarie” radical y viceversa. El yrigoyenismo reabría, entonces, el conflicto civilizatorio. Así entendido, la Biblioteca no era por lo tanto un lugar cualquiera. Era el lugar en donde todo el “régimen” se reproducía; era la sala de máquinas. De allí surgía la idea de progreso; era la sede de la embajada de la cultura occidental en nuestro país, en cuyo nombre todo debía redimirse. El grito desesperado de la tradición retumbaba de modo dramático en el interior del solemne edificio, en donde también funcionaba la sede de la revista *Caras y Caretas*.

Buen interrogante, buena respuesta, y sugestiva información, con una chispa elocuente de actualidad: en la Biblioteca Nacional funcionaba la redacción de *Caras y Caretas*. Sin duda, el hombre insurrecto siempre se ha preguntado cuáles son los objetivos militares de su acción partisana. En la historia de esta pregunta, acopiando imaginariamente las acciones de captura o apoderamiento revolucionario de los diferentes espacios de la *polis* —en la Revolución francesa, la rusa, la cubana, la vietnamita, la china, la nicaragüense, en las insurrecciones radicales, en las movilizaciones peronistas—, es posible considerar objetivos como ministerios, cuarteles, escuelas, radios, prisiones, canales de televisión, correos, plazas públicas, embajadas, nudos ferroviarios, casas de gobierno, etc., y asimismo, *bibliotecas*. En efecto, los yrigoyenistas de 1905 tomaron la Biblioteca Nacional, “por algunas escasas horas”, dice el autor del artículo, que interpreta que el acto contenía un gesto de crítica hacia la “cultura ilustrada liberal”.

El papel que le toca al director, Groussac, no es de los que permiten mayores lucimientos. Claro, él no es yrigoyenista ni nada que se le parezca, aunque alguna vez reconoció el gesto de hidalguía de Hipólito Yrigoyen, en otra intentona revolucionaria anterior, la de 1893. Se trataba del hecho de que había dejado seguir viaje a Carlos Pellegrini, detenido en una estación ferroviaria por los revolucionarios. El sutil político conservador, desde

siempre un amigo y respaldo básico de la actividad de Groussac, había sido interceptado en la estación Haedo, en ese momento tomada por los milicianos radicales. Por orden del mismo jefe insurgente, don Hipólito, el tren puede seguir su marcha.

En la fugaz toma de 1905, Groussac terminará haciendo una “denuncia de robo”. Según el artículo de *La Nación* citado por L. Querido:

Don Pablo [Paul] Groussac [...] ha manifestado a la Comisaría 2ª que el grupo revolucionario que penetró a aquel establecimiento [...] le llevó además del reloj de oro, valuado en 360 pesos, \$600 en efectivo. Agrega que su sirvienta, Encarnación García perdió \$25 y algunas ropas que les sirvieron de disfraz a varios fugitivos.

El articulista insiste en ver en este episodio la contraposición entre el plebeyismo yrigoyenista y uno de los máximos emblemas del santuario ilustrado liberal, la Biblioteca Nacional. Remata su escrito diciendo que Groussac, como “funcionario público de la época no tenía empleados, sino ‘sirvientes’”, pues “la Biblioteca, como apócope de Estado, era considerada como una prolongación del espacio doméstico. La revolución, entonces, aparecía como una ocupación indebida de una propiedad privada”.

La Comisaría 2ª sigue estando en su lugar, a la vuelta de donde durante un siglo estuvo la Biblioteca Nacional. La nota del diario es rica en la especie de detalles de los que usufructuaría un historiador de la vida privada: intimidad del servicio doméstico, valuación de relojes, el nombre hispano-criollo de la sirvienta, Encarnación García, que quizás antecede serenamente a la *Fanny* de Borges, que en verdad era Epifania Úveda. ¿Una historia de las vidas domésticas, los modos de comportamiento de la elite cultural en el *oikos* familiar? Puede ser. Pero también un pormenor de las vicisitudes épicas de la revolución: los ocupantes salen disimulados por las vestimentas tomadas a la mujer, lo que no deja de ser un capítulo punzante de las insurrecciones fracasadas, del que el mismo Groussac pudo haber sacado un partido socarrón si no hubiera estado tan ocupado por el robo de su reloj de oro. Los jacobinos eran sus enemigos. En Francia y en su país de adopción. Tomando el Hotel de Ville, o más modestos, la Biblioteca Nacional de un país de extramuros.

Durante todo el período del gobierno de Yrigoyen, Groussac perduró en la Biblioteca, su domicilio privado y templo desde donde arrojaba fulmíneos apóstrofes contra la cultura nacional que juzgaba en permanente estado de improvisación.⁷⁵ No poca de su severa alquimia, burlona, esquiva, terrible, está en el Lugones combatiente y en el Borges ironista. Una

elegancia en la crueldad al servicio de un velado lirismo los une. También los une la Biblioteca Nacional, que al cabo fue la vida de Groussac y que en poco más de dos décadas después recaería Borges. Lugones apenas habría rechazado la dirección de ese establecimiento. Se la ofrece el golpista general Uriburu en 1930, según es fama. Borges afirmó muchas veces la realidad del gesto lugoniano. Lo honra: Lugones es un golpista de la lengua, otras añadiduras no son inverídicas pero no hacen al fondo de su verdadera presencia literaria. Pero a su vez esa renuncia impidió que la mencionada Biblioteca —la que ahora estamos historiando— hubiera contado con el trípode que quizá justificaría aun más plenamente que cualquier grupo de revolucionarios la copara *manu militari*. Groussac, Borges, Lugones: directores del establecimiento. En cualquier ensoñación que les elijamos a esos partisanos, debieran optar siempre por tomar de antemano la Biblioteca Nacional antes de balbucear más nada, sea la ley del socialismo científico o la expropiación general de la burguesía. El trío más mentado los hubiera obligado a que los actos y palabras insurrectas sintieran la necesidad de consultar la esfinge: *ese edificio oscuro*. Se hace cuento que debido a esa circunstancia los yrigoyenistas de 1905 quisieron tomarlo, pero el reloj de Groussac no era el botón adecuado.

Plan de Operaciones

Es que ese edificio oscuro siempre albergó, inconsútil, la gran polémica. Ningún *casus belli* argentino ligado a la querella filológico-bibliotecaria tuvo y tiene más alcances que el que atañe al ya varias veces mencionado *Plan de Operaciones*, de Moreno o atribuido a Moreno. Allí se juega el drama de la autoría documental en la historia y el sesgo de una historia tal como teje sus hilos de violencia entre los hombres. Tema eminente de Groussac y como sabemos, aspecto íntimo de la fundación de bibliotecas, especialmente lo que tiene en cuenta Moreno —redactor seguro del artículo “Educación” pero muy improbable del *Plan de Operaciones*— para pensar una biblioteca en medio de las guerras. La polémica Groussac-Piñero es la historia misma de la Biblioteca Nacional al terminar el siglo XIX. Pero aún continuamos envueltos —lo sepamos o no— en esa polémica.

Porque el *Plan de Operaciones* es una pieza maestra de la historiografía argentina. Quizá no resta problema más importante que ella en el debate sobre nuestros textos fundadores. El solo hecho de que podamos interrogarnos si lo escribió Moreno, nos pone en apresto de historiadores. Sin serlo, lo somos por el solo hecho de que este texto nos sigue inquiriendo

y solicita nuestra opinión sobre él. Pero ya existen muchas opiniones de la investigación erudita. Lo sabemos: Groussac, Levene, De Gandía, Piñero, todos ellos se inclinaron sobre la letra del *Plan*. Fueron filólogos, arqueólogos, gramáticos, archiveros científicos que extrajeron del texto arcano su palabra por sí o por no.

Pero el *Plan* es importante porque muestra también que la historia es una clase especial de ciencia, que no evita, y hasta reclama, ser guiada por las visiones que van agitando profundamente, en la conciencia del historiador, los trozos incómodos de su ideología diaria. La carne soterrada de su pensamiento. Ninguna ideología va al dormitorio general de las ideas, aunque la objetividad histórica quiera imponerse sobre esas penumbras necesarias del espíritu. Una ideología, en parte, siempre duerme, y demasiadas veces simula hacer las veces de una razón objetiva. La objetividad en el caso Moreno está pendiente. Como subteniente de la historia, estando ausente el mundo objetivo, actúa la ideología. Por eso, los graves talentos que rechazaron el jacobinismo, quisieron a Moreno para sí, incontaminado de violencias, inmune a la mimesis robespierreana por fugaz que haya sido. En cambio, los espíritus agitados, inquietos al buscar antecedentes a las formas más enérgicas de los cambios sociales, quisieron ver en Moreno el precursor atormentado y lúcido, el joven secretario capaz de las palabras más audaces y los actos más crueles para proteger a la revolución de sus enemigos. Pero el último trasfondo de la historia, que acaso sería el texto perfecto que obedece a una autoría nítida y transparente, se opone a dar rápidos fundamentos a una u otra posición. ¿Existen esos textos? El *Plan de Operaciones* ocupa el lugar del texto incierto, con sus nexos reales perdidos en el tiempo, vagando en tinieblas en las que el ojo del historiador acabado no puede penetrar a ciencia cierta. ¿Pero no es necesario decir también que hay una objetividad de lo incierto?

Por eso el historiador es más interrogado en su profesión por este texto, que todo lo que en persona hace para interrogarlo. Las escasas referencias que el *Plan* tuvo en el siglo XIX; su encuentro fortuito en archivos españoles; su caligrafía que no es la de Moreno, las jornadas violentas en la época en que fue escrito, que le dan veracidad efectiva; la existencia de otros escritos aldeaños que lo hacen sin duda verosímil; su tono conspirativo habitual en los ejercicios de imputación que practicaban facciones que querrían desprestigiar a sus rivales atribuyéndoles supuestos juegos maquiavelistas —en efecto, sobrevuela el *Plan* la sombra de Maquiavelo y su visión amarga y turbia de las pasiones— que por el contrario lo ponen en el gabinete de los grandes apócrifos de la historia universal; la intencionada observación sobre espionajes y triquiñuelas que posee el propio *Plan*, como

si un posible autor anómalo hubiera querido dar una pista “borgeana” a la posteridad sobre su superchería; y al contrario, ciertos climas vibrantes que recomiendan una violencia efectiva contra los contrarrevolucionarios —lo que en efecto ocurriría—, le dan una luz de verdad que el lector le consiente en su entusiasmo, aunque a poco podría dejar que flote una pequeña duda —que en todo caso aumenta el interés de lo escrito—, al comprobar que el *Plan* es el inverso simétrico del *Decreto de Supresión de Honores*, donde desde luego la firma de Moreno está bien asentada.

Si el *Plan* recomienda encubrir la acción verdadera, el *Decreto* dice que hay que transparentarla, si el *Plan* finge inflar honores para los amigos de la causa, aunque no los merezcan, el *Decreto* los suprime en favor de un igualitarismo sin pompa futura. Este texto, no menos esfumado que la propia figura de Moreno, en el nacimiento de la propia nación ya mismo bicentenario —y de su Biblioteca Nacional, que acompaña con su sombra esas cifras aniversarias—, obliga a sutiles ejercicios de historiografía de coraje, muchos más que los que a veces invocamos. Nos conduce a un nivel de compromiso con la verdad que no le quite su aureola oscura, indecible, pero que ponga la preocupación por la historia en el primer plano, no como figuras develadas sin esfuerzo, sino como el verdadero esfuerzo de una develación. Estos viejos papeles encontrados en el Archivo de Indias de Sevilla por Eduardo Madero, quien buscaba documentación que sirviera para la construcción del puerto de Buenos Aires, son una alusión permanente a la controversia de la historia nacional, a la manera en que hay que leer los textos y al utopismo de la historia que hace que sin él nada sea la tarea del historiador.

Equivalencias. Este texto, cierto o no, *es* el Puerto de Buenos Aires; alienada o no, *es* la Biblioteca Nacional. Es posible que lo haya escrito Moreno. Es posible que haya tenido extrapolaciones posteriores. Es posible que la historia argentina haya querido ser así, como lo demuestran otros “Planes de Operaciones” escritos al promediar el siglo XX, pues esta misma expresión es militar, es jacobina, es patriótica. ¿Podemos decir algo más que eso? ¿Algo más que *sea posible...*? Bien se quisiera tener escritos con autores a la vista, señeros e inviolables. ¿Pero quién escribe esos textos? ¿Qué historiador querría tenerlos exclusivos ante su vista sin espasmo ni mácula? El historiador que sabe del estremecimiento ante la verdad, debe agradecerles a Moreno y a este texto, debe gratificarse de estar ante estas cuartillas revolucionarias —escritas por el revolucionario o por sus enemigos—, en las que la historia aparece en su objeto descarnado bajo velos que no quitan sino acrecientan interés, pero antes que eso nos obliga a estar permanentemente situados como pobres alumnos ante su verdad, tan deseada como

esquiva. La Biblioteca Nacional, en el año 2008, ha reeditado este texto,⁷⁶ con muchos de los escritos que lo tomaron por objeto de una crucial polémica, y que hace de la historia un acto irreversible de actualidad. Es nuestra vía filológica para el entendimiento del hecho bibliotecológico argentino.

Georges Clemenceau: amistades del Centenario

La visita de Clemenceau se realiza en el año del Centenario. Georges Clemenceau de muy joven había participado en las filas de la izquierda comunera en los acontecimientos de 1871 en París. Cuando llega a Argentina en 1910 es un político maduro del orden conservador y probablemente la figura más fuerte de la política francesa. No se ha privado de reprimir huelgas mineras y la historia le reservará aún jornadas fundamentales. Nada más natural que quisiera conocer la Biblioteca Nacional dirigida por un coterráneo. El encuentro dejó vivas impresiones a ambos.

En cierto momento, Groussac y el político visitante van caminando por un pasillo y ven un ordenanza durmiendo. *Il est argentin*, se dice que ha exclamado Groussac. Parece anécdota maledicente. Porque la condición de francés de Paul Groussac pertenece no a alguien que pudiera ver con desdén la materia y la identidad argentina —como sea que se la defina—, sino que la hace ingresar como dato biográfico en su lengua francesa para forjar una oscura trama, de difícil acceso para él mismo, en la cual se percibe algo más que una amalgama franco-argentina, algo que se describiría mejor como el intento de forjar otra lengua posible en el Río de la Plata. Una lengua que sería una lengua argentina pero hablada con la definitiva torsión que le permitiría su emulsión con énfasis galicistas. En este estricto sentido, Paul Groussac, *il est argentin*.⁷⁷

Clemenceau no le era ajeno como lectura ni como vida política. Copiamos un trecho del ensayo de Patrice Vermeren sobre Groussac.⁷⁸

Groussac veía al director de *La Justice* [Clemenceau] como ministro. Pero en 1895, mientras que Clemenceau —en vacaciones forzadas de la política por sus compromisos con los panamistas y como cliente de Inglaterra— reúne en forma de libro algunos de sus artículos, Groussac hace del libro un comentario iconoclasta: “de ese famoso especialista en tirar abajo ministerios, al fin de cuentas, tenemos que confesar que no quedó nada de fecundo o de útil, que el país deba recordar”. Si el jefe reconocido de la extrema izquierda parlamentaria no publicó sus discursos en la Cámara, es porque su dialéctica cortante y sibilante

no tuvo más que efectos negativos, aun para sí mismo, como ocurre siempre cuando el talento real es inferior a la ambición. No queda nada. Y después de fustigar la necesidad incesante de dinero del ex diputado que lo condujo a su fracaso político, Groussac escribe: “No es porque estas páginas sueltas estén menos escritas que la mayor parte de las que hoy se recopilan; pero el escéptico se traiciona en ellas en el mal sentido de la palabra: el hombre con el aspecto de poder hacer malabarismos con las cuestiones dolorosas o trágicas que su título promete, y al que realmente le es fácil tratarlas con una imparcial comodidad, ya que parece considerarlas a todas con igual desprecio” [...] Groussac se sorprende de ver a un astuto como Clemenceau, exaltarse como un simple filisteo librepensador ante el grito revelador de Darwin: “¡La lucha por la existencia! ¡El combate por la Vida!”. Lo que Clemenceau ofrece como la última palabra de la Sociología contemporánea no es más que una novedad vieja de 3000 años (“Militia est Vita” decía Job). Y Groussac pone como anverso y reverso de una misma moneda a la intolerancia jacobina y a la intolerancia católica y realista: “Nada se parece más al polo Ártico que el polo Antártico. Uno y otro están idénticamente congelados, son inhospitalarios, infecundos, refractarios a las manifestaciones vitales”.

Prosigue Vermeren:

Los dos hombres terminarán por encontrarse en ocasión del viaje de Clemenceau a Buenos Aires —un Clemenceau prevenido por Juan Pablo Echagüe en París respecto de la *mordiente ironía* de Groussac que no se asemeja a ninguna, más que a la suya (de Clemenceau)—. En sus *Notes de Voyage* Clemenceau acredita a su compatriota con la calidad de hombre eminente que tendría señalado un lugar en los primeros rangos de su país, como lo hizo en Buenos Aires. Describe su trayectoria de guardián de inmensos rebaños de la pampa, hasta la continuación, como maestro de escuela en Tucumán, de la idea regulativa del proscrito francés del golpe de Estado del 2 de diciembre, Amadeo Jacques, dedicándose enteramente a la gran obra de la educación pública, retomada y desarrollada más tarde por el presidente Sarmiento. De la publicación de notas que le valieron al autor una notoriedad literaria de primer orden, a la fundación de un diario que acaba por consagrar la reputación del joven redactor en jefe como un raro obrero de la pluma y del pensamiento, y su consagración como el primer escritor en lengua española, lo que no le impide escribir algunos muy notables artículos en

el *Journal des Débats* donde se atesta un poderoso dominio de la lengua materna. Sin hablar de un curioso estudio sobre el enigma literario del *Don Quijote* de Avellaneda.⁷⁹ Y, en fin, de haber refundado una biblioteca nacional sin rival en América del Sur, a pensar hoy en abrir un liceo francés en Buenos Aires.

Pero Clemenceau agrega:

Por qué sería necesario que tantas fuertes cualidades queden horriblemente deslucidas en nuestro eminente compatriota por un defecto —casi tengo ganas de decir un vicio— de carácter, que le valió la reputación de un oso malhumorado, sólidamente establecida. Habiendo adquirido por mi cuenta un cierto renombre de amenidad, no temía a que, desde el vamos, comenzáramos por tomarnos de los cabellos. Además, dándome mi calvicie la ventaja, me arriesgué en el antro donde el monstruo más afable y sonriente me recibió, con sus patas bien abiertas, unos caninos de azúcar y unas garras de terciopelo. De esta manera, me volví prisionero de la amable fiera cuyo acento enérgico, guardado de Gers, no puede inspirar temor mas que a quienes son auditores de sonidos más que de pensamientos. No será difícil creer que combatí con todas mis fuerzas, prevenciones tan mal justificadas. Las encontré resistentes y, cuando busqué la razón, recordé una fuerte expresión de Tácito dicha con relación a su suegro agrícola: “Amaba más ofender que odiar”.

Prosigue Clemenceau su retrato de Groussac, traído a colación por Vermeren:

Es, en efecto, una especie bastante rara, la de los hombres que, para sustraerse a la indignidad de la mentira eligen, como Alceste, decir sencillamente su pensamiento. Puede ocurrirles (les ocurre frecuentemente), de ofender a un interlocutor ávido de halagos vulgares, mientras que ellos mismos, después de haber expresado su sentimiento, no conservan con relación al prójimo sino sentimientos de general benevolencia que, una tan grande sinceridad, no les provee muy frecuentemente la posibilidad de expresar. Y si se considera, por otra parte, el estado de espíritu que suscita en los hombres, el hábito de una palabra frecuentemente destinada a disimular el pensamiento, se reconoce muy rápido, que el primer castigo de esta debilidad (para no decir la palabra exacta que sería: cobardía), es el de llevarnos a no esperar del otro, más que lo que nosotros mismos ofrecemos: a saber, palabras de disimulación, fuentes

de esas discordias silenciosas y tenaces que son, para muchos, la más fuerte preocupación de la vida. Si es un mal menor el inspirar sentimientos de enfado, que sentirlos, absolvamos a esa buena gente, impotentes para hacerse amar de aquellos que no llegan a conocerlos, pero incapaces, al mismo tiempo, de hacerle un daño a quien sea.

Vermeren (*op. cit.*):

Y Clemenceau dice que cree saber que habiendo sido creada en París una cátedra de Historia de la República Argentina, no habría nadie mejor que él para ocuparla, aunque los lazos de Groussac con Argentina no son de los que se cortan de un día para otro. El hecho es que el tono de la correspondencia de Clemenceau, conservada en los Archivos de la Nación Argentina en Buenos Aires, atesta, si no de un enamoramiento, al menos de una fulgurante amistad. Después de un primer encuentro, Clemenceau escribe a Groussac el 21 de julio de 1910 —luego de expresarle que no tenía importancia el hecho de no haber encontrado la cita de Bossuet que él buscaba—: “Aunque no he tenido con Ud. mas que una corta entrevista permítame decirle que no hay nadie por quien yo haya sentido una tan viva simpatía intelectual. Estaré particularmente feliz por todas las ocasiones que me sean dadas para llevar más lejos esta aventura tan rara como feliz. Suyo, muy cordialmente, Georges Clemenceau. PS. Si ello no le molesta, iré a rendirle visita mañana por la mañana a las 10 horas 1/23”. El 29 de julio Groussac le dedica un largo artículo biográfico en *La Nación*, en forma de panegírico: “Al menor ‘déclenchement cerebral’, emoción o idea, se recobra el luchador, la voz vuelve a vibrar, el gesto a tornarse imperativo, desprendiéndose del conjunto el mismo efluvio de fuerza recogida y bajo presión, que hace treinta años, cuando su empuje terrible movía tempestades parlamentarias y derribaba gobiernos”.

[...] Groussac recuerda que Clemenceau estudiante no temía a desafiar el poder imperial hasta perder su inscripción en la Universidad. Pasó una excelente tesis de doctorado de medicina sobre la “Generación de los elementos anatómicos” que le valió, para su segunda edición, un prefacio de Robin. Que después de una estadía en los Estados Unidos y de la traducción de Stuart Mill, vuelve, tras la caída del Segundo Imperio, y es elegido diputado a la Asamblea Nacional e intendente de Montmartre, sospechado de conciliación con los Comuneros; que es el jefe de la extrema izquierda en la Cámara así como está a la cabeza de su periódico *La Justice* y que tuvo estas palabras con relación al drama reaccionario de Sardou, el

29 de enero de 1891: “La revolución es un bloque del cual nada se puede desprender ni rechazar”; que su retorno a la política, barnizada a nuevo por el *affaire* Dreyfus —es él quien puso el título *fulminante* de *Yo acuso* a la *Carta al Presidente de la República* firmada por Émile Zola y publicada en *L’Aurore*, del 13 de enero de 1898— resulta de su elección, esta vez como senador, del departamento rojo del Var. Pero que, sin embargo, cuando accede por fin al poder, a los 65 años, como ministro del Interior en 1906, es para mantener la apuesta radical a raya, en nombre del radicalismo, y fustigar, contra la demagogia de Jaurés, al colectivismo, en nombre del individualismo, oponiendo, el hombre que hay que reformar, a la sociedad que tendrían que transformar el realismo y la utopía. ¿No tuvo acaso el coraje de enfrentar a los huelguistas cuando descendía del tren en Lens, en un gesto que, para Groussac, evoca la *Vida de los hombres ilustres* de Plutarco: un verdadero ejemplo de la virilidad moderna? De la práctica política de Clemenceau —que lo lleva a usar el ejército para romper las huelgas o para mantener el orden al precio de derramar sangre, a perseguir en justicia y poner en prisión a sindicalistas y socialistas, a revocar a los funcionarios en lucha, y también a maniobrar en el secreto y la intriga hasta merecer el apodo de “primer poli de Francia”—, cavando la fosa entre el movimiento obrero y el gobierno, Groussac no retiene más que el heroísmo de haber resistido tanto a los colectivistas como a la derecha, habiendo pagado con su puesto esta obstinación, por la voluntad de los “mudos del Serrallo”, los radicales.

Continuamos explorando la relación Clemenceau-Groussac según el texto de Vermeren:

El 4 de agosto Clemenceau escribe a Groussac: “Estimado Señor, usted comprenderá que me sea imposible encontrar una fórmula de gratitud que traduzca con precisión la clase de sentimiento que siento por usted. Fue necesario, para ser mimado a tal punto, que haya podido encontrar en América del Sur a la única clase de francés que no me esperaba encontrar. El alto intelectual, que salió de su torre de marfil para reconciliar el pensamiento y la acción en la democracia llevando a la elite cultivada, de las vagas generalizaciones hacia las precisiones del pensamiento. Gran obra, que por sí sola es decisiva, aunque el vano tumulto de los hombres y de las cosas, le impide manifestarse con toda su fuerza. Permítame, estimado señor, de expresarle simplemente mi admiración y mi reconocimiento. Suyo, Georges Clemenceau”. Luego, no cesa de agradecer a Groussac, ya que le debe el “haber encontrado un hombre”

(carta de Buenos Aires del 10 de septiembre de 1910), así como el envío del texto en español y francés de la ley sobre la propiedad literaria (carta de Río de Janeiro del 9 de octubre de 1910). De regreso en París, le escribe que ha retomado sus ocupaciones con la firme voluntad de quedarse lo más lejos posible de lo que se llama el movimiento político diario. “Ud. no puede dudar que dedico más de un pensamiento a Buenos Aires y a los fugitivos momentos de charla desordenada en vuestro confortable despacho. Lo veo a usted animado, hablando entre todos sus libros, y encontraré largo el tiempo que pasará, hasta que reencuentre vuestro escritorio. Quise simplemente decirle que pienso en Usted por el placer, por la amistad, pero también por cierta empresa que tomé a cargo. Suyo, de todo corazón, Georges Clemenceau”.

Y para terminar:

El 6 de enero de 1911, le escribe nuevamente a Groussac para decirle que se representa en París su propia pieza, *Le voile du bonheur* (*El velo de la felicidad*) en el teatro de la Porte Saint-Martin y que le dio a *L'Illustration* doce largos artículos intitolados “Notas de viaje a la Argentina y Brasil”, para los cuales reclama enérgicamente la indulgencia de Groussac, y que fueron poco después editados como libro en Francia y en Argentina. Al momento de recibir el volumen, Groussac toma la pluma sin complacencia alguna, para escribir un artículo en la *Revue Bleue*, republicado poco después en forma de folleto por Honoré Champion. En *M. Clemenceau et la République Argentine*, donde explica, primero, lo que este libro, del que ofrece una reseña, no puede ser: la descripción, en el ideal científico de la integralidad, del medio físico y del hábitat, de la fauna y de la flora, de las razas y las lenguas, de las aptitudes y las costumbres —historia y sociología—, y hasta de los asientos profundos de la nacionalidad donde germinan las causas invisibles de las que, lo que aflora en el exterior, no son más que efectos, de una gran república sudamericana. Descripción ideal, tanto más irrealizable y quimérica, por cuanto su materia —la morfología de estas sociedades nuevas— es cambiante día a día, bajo el doble empuje de los resortes internos y de los aportes extranjeros: rapidez desenfrenada de la evolución, pero también progreso mediante la asimilación de la civilización europea, y absorción de los detritus humanos arrojados por el Viejo Mundo sobre el Nuevo, fenómeno pensado bajo el vocablo de la argentinización de los inmigrantes y bajo el paradigma químico de la acción y reacción”.

Como puede apreciarse, Groussac mantiene un conjunto vasto de intereses idiomáticos y culturales, en los que probablemente hace jugar una diferencia de perspectiva que hubiera sido “imperceptible” —la palabra es de Borges— en Francia. Pero sus juicios notoriamente conservadores —al igual que Clemenceau, que sin embargo, en 1871, había mantenido vínculos amistosos con los *communards* de París—, ni le impiden ir más allá del propio Clemenceau en la materia, ni dejar de criticar a este por sus observaciones en asuntos de ciencia y opinión social. Groussac, como queda dicho, se nos asemeja a un escritor de vanguardia en cuanto a sus utensilios expresivos, y de fuerte talante conservador en materia de juicios históricos. Así como compara a los represores del movimiento obrero con personajes de Plutarco, Groussac no puede dejar de lado su cuchilla crítica repleta de ingenio adusto y acidez implacable —Borges la retomará—, aun para quien lo elogia sobradamente. Quiere reformar la vida intelectual argentina, hacerla orgánica y severa. No científica sino rigurosa. Quiso crear una lengua argentina con nuevas asimilaciones y puso a la Biblioteca Nacional —la “suya”— como sede de los estudios sobre ese magno proceso social, del cual saldrían obras inspiradas en ese nuevo idioma de los argentinos. Sus obras. En esto fracasó, pero al catálogo de las variedades nacionales agregó un tipo de acritud intelectual y sañudas sutilezas de polemista que nunca dejarían luego de estar presentes en los más altos momentos del *pólemos* argentino. Pudo haber dicho esa frase sobre el ordenanza dormido. Pero si más que una anécdota, apócrifa o no, esta frase fuera un arquetipo, es a sus propios fracasos para tornarse verdaderamente argentino que la estaba dirigiendo. Al decirlo, exploraba la vía efectiva para ser lo mismo que estaba reprendiendo. Borges, al retomarla y refutarla, termina de hacer de Groussac un individuo absolutamente argentino, pero preborgeano.

Filología vanguardista y conservadurismo ilustrado

La filología de vanguardia de Groussac parecía solo caprichosa —y hasta cierto punto lo era—, pero no se percibían a primera vista sus rasgos renovadores. Hombre atrevido y riguroso, con un conservadurismo orgulloso, su pluma filosa producía el efecto de un revolucionarismo literario. Todo ello circulando a la inversa de su credo contrarrevolucionario. Groussac era demasiado desafiante para el ambiente de mediocridad reinante en los medios culturales y bibliotecológicos argentinos. Es cierto que las renovaciones profundas ocurridas en los años veinte —las invenciones de Arlt provenientes de trastiendas de la alquimia del idioma, las experiencias

de las poéticas de Gironde y Borges, salidas de un secreto estallido de la gramática heredada— le pasaron desapercibidas o fueron propicias para su cáustico desprecio. La revista *Martín Fierro* —que como *La Montaña* de Ingenieros y Lugones podía ser vista como el reverso irónico y político del mundo de Groussac— le dedica a mediados de la década del veinte una de sus famosas encuestas: “¿En qué medida la acción de Groussac como creador y crítico ha influenciado el desarrollo de la cultura literaria nacional?”. Las respuestas atraviesan un arco tornasolado. López Merino (el poeta suicida sobre el que Borges deja una meditación lírica sobre el tiempo) elogia al Groussac que habría fundado una crítica que busca evitar la construcción recíproca de virtudes como intercambio tribal entre personas o como “tintura de cabello que solo engaña a sus poseedores” (humorada también groussaquiiana); César Tiempo (será luego más duro, con razón, con Martínez Zuviría) ve su estilo de crítico como un rugido burlón que acobarda y espanta; González Arrili señala que hace cuarenta años Groussac habita en el primer piso de la Biblioteca Nacional y por eso la Biblioteca Nacional atrasa cuarenta años.⁸⁰

La sentencia que había caído sobre Groussac en el momento de su nombramiento, se tomaba periódicas venganzas. Recordemos el famoso episodio de la clausura de la revista *La Biblioteca*, pero por causa eminente: la polémica con el historiador Piñero sobre la condición apócrifa o no del escrito moreniano *Plan de Operaciones* tenía la forma de un duelo con el Estado. Recordemos muchas de las ácidas respuestas al cuestionario de la revista *Martín Fierro* que registra Mario Tesler. Recordemos los juicios emanados de oscuros burócratas que emiten periódicas descargas sobre su extendida labor bibliotecaria.

Es que es extraña obra la de Groussac. Tiene actualidad crítica, ficcional, teatral y bibliotecaria. Pero sin embargo, sigue pareciendo un monumento excelso hacia un atraso literario deliberado, si se opta por cotejarla con los vanguardismos que, en tanto, le inspiran un fino desprecio. Es cierto, esa obra no sabía que sobrevendría Arlt y sus bufones expresionistas. Sin embargo, el teatro groussaquiiano no sería irrepresentable hoy. Tuvo gran repercusión cuando presentó *La divisa punzó* en 1923 en el Odeón, el magnífico teatro de Esmeralda y Corrientes, lamentablemente demolido. En esa obra, Rosas aparece como un villano con debilidades humanas y gracejos que complejizan su personalidad. La escena final concede a un Rosas absorto y conmovido por el drama de Manuelita, a la que le toca la conspiración de Maza, como un reflejo de su escarceo amoroso con Jaime Thompson, joven vinculado tangencialmente a los complotados y que debe marchar al exilio.

La obra con el drama de esos jóvenes antirrosistas mueve marionetas a veces expresivas y otras con dificultades para librarse del potingue que las recarga. Está recubierta con lamparones de densidad aúlica. Pero allí está también *Rosas hablando*, tratando de desanudar la conspiración que se teje en su contra. No es un Rosas más conmovedor que el de *Amalia*, pero este sabe también cómo moverse en los pliegues de una conciencia confusa, que Groussac maneja en muchos pasajes con no poca destreza.

El autor de *La divisa punzó* toma un leve partido folletinesco con este “drama histórico” que explota la contrariedad amorosa de Manuelita Rosas, para lo cual no le faltaba agudeza sombría y mordaz. Se encarniza en desentrañar la historia argentina con su primigenio rencor antijacobino. Su obra trataba simultáneamente de la forma conspirativa que adquieren el juego político y el juego amoroso. De alguna manera, la conspiración amorosa fracasa, vencida por los compromisos visibles, públicos, familiares.

Podemos ver que en Groussac estaba planteada la ronda por los temas del amor como último vestigio de una civilización que hace esfuerzos de superior elegancia para ver a la historia de manera distante. Pero, historiador severo, el paralelismo entre historia y formas amorosas no le permite llegar a la conclusión mayor proustiana —y para eso un poco jacobino había que ser—, de sacrificar la historia como forma visible. No se animó a sumergirla en los usos del lenguaje. No quiso su filología sarmentosa como base de una poética secretamente historizada. Se interesaba, a la inversa, por la telepatía como forma de relacionar percepciones lejanas entre fenómenos dispares.

Groussac intenta hacer hablar a voces antiguas, retiradas de la memoria de los contemporáneos, voces muertas. Pero aunque no verá grandes resultados como dramaturgo, sin duda los verá como historiador. Y como historiador no se priva de intervenir en el debate sobre cómo poner al incierto pasado en estado de relato competente y de documentación bien utilizada. Sus piezas noblemente labradas, como el frecuentado prólogo a su *Mendoza y Garay*, de 1916, contienen consideraciones estilísticas a las que se las puede suponer fundadoras de la historiografía argentina de avanzada.

No se trata, cree Groussac, de aplicar metodologías que exijan una copiosidad tal de documentos, que llevarían al absurdo de que “cualquier historia, aunque fuese una monografía sobre una aldea o la biografía de un labrador, resultará siempre incompleta”. Está planteado el problema de Funes el memorioso, pero al revés, pues el completo registro de las particularidades inmediatas del mundo arruina la posibilidad del pensamiento abstracto por un uso nominalista, exhaustivo de la memoria. Groussac quiere evitar que la historia sea un tapiz de hechos infinitos, igual a la realidad acontecida que debe comentar. La diferencia debe cubrirse con

la imaginación artística, el relato elegante, la atribución de vida a las hojas marchitas del pasado. Era error grave creer que para describir una ciudad había que visitar todas sus casas.

Cuando en 1908 el historiador francés Seignobos “abjura de la historia científica de la que era apóstol”, Groussac ve con simpatía ese hecho. Seignobos acepta a Ranke, pero también menciona como bueno el “arte de la resurrección de Michelet”. Debilitadas las formas causales de la historia, Seignobos solo tenía que sentarse a esperar las críticas. Pronto llegan las de Durkheim, que ve graves síntomas de nihilismo en el viraje de Seignobos. Pero Groussac saluda un modo de la historia que evite asimilar la historia a las ciencias naturales —dilema que recoge del contemporáneo debate alemán sobre las ciencias culturales y las ciencias de leyes—, y que acepte que nunca habrá documento que alcance. Los hechos históricos son únicos y refractarios a formar series deterministas. Por eso expresan el documento pero asimismo el *más allá* del documento. Son lo que se presenta como excedente real del documento. Los documentos, ellos, siempre serán escasos. La historia parte del documento y de un modo escandaloso del que hay que dar cuenta, lucha contra él.

Quedan sentadas las bases de la “historia narrativa, justiciera y docente”. En fin, una historia moral y dramática. Con ello, Groussac dice atenerse, como es obvio, mucho más a Taine, Renan o Foustel de Coulanges, que a Michelet, este con su *resurreccionismo*. Sin embargo, hay no poco de Michelet en Groussac, que mantiene una confluencia inevitable con la “historia expresiva”.

En el mencionado prólogo a *Mendoza y Garay*, Groussac dice que las “fichas y extractos documentales” de nada valdrían si no reciben “el hálito vivificador del genio que reanima y fecunda el polvo de los siglos”. Será Taine, pero a la luz de Michelet. Ya desde el comienzo del libro se percibe en el movimiento de la frase el caracoleo de un pensamiento que va y viene, un zigzag donde se juzga la base moral y utopista de la empresa conquistadora en medio de una lanzadera que hace que el tejido del texto se quiebre a mitad de camino y vuelva a empezar de nuevo.

Pues así comienza *Mendoza y Garay*:

Ni por el concurso dramático de las peripecias, ni, mucho menos, por la atracción fascinadora de los metales preciosos (pues a pesar del nombre deslumbrante, se supo luego que aquí no existían), es asimilable la pobre conquista del Río de la Plata a las fabulosas empresas de Méjico y el Perú que, con su derrumbamiento de imperios al empuje de un puñado de heroicos forajidos, diríanse compuestas a designio para herir

las imaginaciones, ofreciendo, en su marco natural de exótica magnificencia, el interés anhelante de la novela de aventuras, junto a una suerte de grandeza abrupta no indigna de la epopeya.⁸¹

¿No vemos en este largo período que comienza por una disyunción denegatoria, que anticipa los muchos que se reiteran en el libro, un uso intencionado de varias capas superpuestas, trozadas por numerosas comas, sosteniendo en un hilo delgado un sentido del tiempo, y un catálogo sobre estilos narrativos, sea novela o epopeya, significando un completo programa de escritura histórica? En la frase ya está el programa de la historia documental y artística al mismo tiempo, apropiada al drama de los hombres actuantes pero incapaces de tener conocimiento del conjunto de cosas que hacían.

Es de 1924 *Los reyes taumaturgos*, el gran estudio de Marc Bloch. Ya estaba en marcha, hacía tiempo, la nueva historia de las “mentalidades”. Groussac la había ensayado con instrumentos menos profundos, con intuiciones que deja trucas o propósitos bien formulados a los que les falta el acompañamiento de una escuela general de pensamiento y de un mundo intelectual acostumbrado al debate exhaustivo. Pero a poco que revisemos algunos de los capítulos más seductores —uno se menciona siempre, “La vida en la carabela”—,⁸² notamos qué cerca se estaba de la concepción de la historia de la *vida cotidiana*, o de lo que poco después se llamó *historia de la civilización material*.

Leamos un tramo elocuente de “La vida en la carabela”:

Y era entonces el brincar de los grumetes a los obenques, el correr de la marinería a los cabos de labor, soltando en las tinieblas un sordo reniego en vez del rítmico salomar que alivia el esfuerzo, aferrando a tientas la vela o cambiando la amura, luchando a brazo partido con el salvaje huracán —todo ello, y mucho más, para atrapar una soldada mensual de ochocientos maravedíes, y comer dos veces al día, sentados en cuclillas, la escasa ración de bizcocho averiado, y rancia mazmorra con algunos vestigios de lardo o añeja cecina—. Tal era el régimen diario, salvo los viernes en que aparecían las habas o garbanzos guisados con agua y sal; y para las fiestas recias, estando bien provistos los pañoles o cercano el surgidero, asomaba el arenque curado o el seco abadejo, remojado con una taza de avinagrado líquido.

Esta crónica novelada del viaje precario y aventurero, que en principio nada tendría que envidiarle al estilo de los historiadores máximos del siglo XX,

como Braudel o Pirenne, queda capturada por el exceso literario de Groussac, que en cierto modo dificulta percibir que se trata de una elaboración muy delicada, donde se han consultado muchos documentos. Solo que estos se docilizan al sabor de una narración teatralizada, con una dramática unidad de tiempo y lugar, que hace del arquetipo de los viajes marítimos del siglo XVI un hecho único, cargado de contingencia y singular emoción.

La tendencia a la teatralización es una constante en Groussac; él se deja atraer por el principio del *hypocritès* —entendido como actuación, como teatro social del yo—, si bien propone una vacilación sobre los alcances del histrionismo, del que duda como principio moral para el juego humano. Siendo así, este hombre y esta obra, ¿cómo debía de juzgarse al frente de la Biblioteca Nacional? Surge como servido en fuente de plata el juicio sobre el intelectual empecinado en su obra y en su vanidad de polemista, que desoye el cauto llamado de las artes administrativas, cuya nobleza rutinaria desprecia íntimamente y obliga al Estado a su suprema meditación metafísica: ¿debemos confiar tareas en los altos elencos del funcionariado nacional a escritores que sobre el pupitre estatal hinchán su obra y se distraen de la ingloria pero meticulosa tarea del preboste, numerario o administrador?

Sombrías razones de la administración nacional: 1930

Cuando Groussac concluyó su tarea —falleció siendo director de la Biblioteca Nacional, en 1929—, se levantaron contra él las sombrías razones del administrativismo nacional, servido por legiones de cagatintas fileteados y redactores de informes, esmaltados de incisos y fraseos enigmáticos. Descifrados, son los escritos de la pedestre saña conspirativa, vulgarmente amenazadores. El Estado los cuenta siempre en su interior, entonces y hoy. Estos textos premoldeados, por provenir de escritores que liquidan la literatura en la liturgia citadora de la norma, equivalen a una claridad final de lambeteadas amenazas. En este caso se trataba del doctor Carlos F. Melo, reemplazante de Groussac, radical antipersonalista que acepta el nombramiento de director de la Biblioteca Nacional por parte del general Uriburu. Leopoldo Lugones, el golpista desdichado y agónico no había aceptado el cargo. Es a Melo pues, a quien ya escuchamos lanzar estas arvejillas de almacenero:

No sé si sabe que me he visto obligado a aceptar por empeño de amigos personales como acto de patriotismo la tarea de reorganizar la Biblioteca Nacional casi muerta desde hace algunos años para el servicio público. Nada tiene que ver con la política: se necesitaba mi nombre y acción moral

en la Biblioteca muy venida a menos. He resistido porque no quería que nadie me confundiera. Estoy dedicado a un trabajo material incómodo: sin libertad para realizar todavía el espíritu a que aspiro [...] Groussac concibió la Biblioteca Nacional como un organismo en reposo, destinado más bien a ser una reserva para la República, que esta aprovechase por medio de sus trabajos personales, y en este sentido, su labor ha correspondido a su modo de ver [...] La Biblioteca no fue en su pensamiento un sitio de acceso al gran número, ni un foco de irradiación directa sobre la masa social [...] La puerta central estaba cerrada y no había placas indicadoras de ser esta la Biblioteca Nacional. Solo a un lado, a distancia, una que indicaba el acceso al Depósito Legal. El público, penetraba en la casa por una puerta lateral, defendida por un tambor, y por estrechez de la Oficina de Entradas y el estado de los catálogos en uso, los pedidos de libros se hacían molestos, a lo que se agregaba, a veces, la falta de información y de acción inteligente del público y deficiencia de parte del personal.⁸³

¿No hemos leído estos párrafos innumerables veces, bajo otros ropajes y circunstancias? Y los leeremos muchas más veces aún. La necesidad no cesa. Y el propio Groussac, cierto que con un sarcasmo superior, se encargó de faenar del mismo modo a casi todos sus predecesores. Por mi parte, espero resignado que llegue el momento de atravesar las horcas caudinas. El formato de injurias ya practicadas está siempre listo para garantizar que un nuevo capítulo institucional se inicie —siguiendo el consejo de Maquiavelo— cuando se reniegue de toda memoria de lo anteriormente realizado. Pero en el caso de Melo, solo la espuria idea de que su presencia en la Biblioteca Nacional nada tenía que ver con una arrogante dictadura, lo podía llevar al ensueño de que sería el juez de los *años Groussac*, en los que la puerta estrecha de la Biblioteca albergaba sin embargo —y a este juicio en nada desmiente el carácter personalista de la empresa— una febril capacidad crítica sobre el conjunto de la documentación nacional. Melo creó una sala de lectura infantil. Sea. Pero su pensamiento no era infantil sino que pertenecía a la madura vena de recelos antiintelectuales y truculencias políticas que encarna quien desea socorrer a los ciudadanos por medio de un golpe de Estado.

Los que pasaban: Pellegrini, César Tiempo, Ernesto Palacio, Martínez Estrada, Halperin Donghi, Juan José Sebrelí

Lo que no comprendió Melo es realmente difícil de comprender. Es que la Biblioteca Nacional es un mito, la reiteración oscura de una consulta

fallida, el encuentro sorprendente del libro que faltaba. Un mito de reniego e inutilidad de las bibliotecas y de la lucha permanente en torno de ellas. Lucha entre corrientes bibliotecológicas y perspectivas intelectuales, lucha entre modelos de investigación y culturas autonomizadas de cualquier a priori investigativo, lucha entre el personal sindicalizado, en sus diferentes estilos de proceder, lucha entre el servicio ilustrado y la amenaza de destrucción cultural. El Mito de la biblioteca es antiguo. En el artículo “Educación”, de Mariano Moreno, se lo escribe por fin entre nosotros, a la luz de la desgracia y loor de la Biblioteca de Alejandría.

Se percibe esto, claramente, al ir a la Biblioteca. No ahora. No me refiero a los tiempos presentes, de los que luego hablaremos. Para los de mi edad, hombres medianamente caprichosos, surgidos de maltrechos pero empeñosos aparatos culturales, y que hemos atravesado utopías y crudezas que no quisimos dañosas sin saber bien qué clase de dormitados demonios suscitábamos, cruzar el umbral de la calle México 564 —al final de las más demoradas adolescencias de entonces, finalizando los estudios secundarios en los primeros años de la década del sesenta— era una experiencia misteriosa. En nada, todo esto dejaba de tener el turbio encanto de las burocracias estatales, pero luego de una espera que siempre era larga —como puede serlo hoy—, con un inverosímil sistema de avisos que consistían en unos números prominentes colgados de alambres al frente de la sala de lectura, sabíamos que un libro nos esperaba. Lo habíamos rescatado del vientre de la máquina del tiempo y era a nosotros que nos estaba llamando desde ese tendadero barrial, en la sala donde Groussac había escuchado los conciertos organizados por Alberto Williams.

Así, cuando había que ir a la calle México, la Biblioteca Nacional estaba cerca. O parecía estar cerca. Me refiero a la memoria histórico literaria que de tanto en tanto, en modestas bocanadas, recibía a algunos jóvenes que sin arriesgarse mucho sobre sus posibilidades vitales, serían médicos, abogados o sociólogos, una carrera nueva que estaba a la espera y que no sospechaba qué clase de frustraciones colectivas podía contener a cambio de las promesas que ahora impartía. Estaba, pues, la Biblioteca Nacional ofrecida, como diría Groussac, a *los que pasaban*.

No creo que haya ahora ese sentimiento. Refiero algunos momentos de esa emoción de transcurso, visita, permanencia y lecturas ancladas en la cultura crítica de cada momento nacional. Cierta vez, Carlos Pellegrini entró a la Biblioteca para discutir con Groussac un discurso que debía dar por la noche. Se trataba de pulir los últimos detalles para un banquete con sus amigos políticos. ¿Era el año 1901, 1902? Para ingresar, había que atravesar aquellos ficheros del vestíbulo, esos

elegantes armarios de largos cajones empotrados, con cartones de esbelta caligrafía —muchos de puño y letra de Groussac— que actualmente se hallan en la sección referencias del edificio de la calle Agüero. Son los que consultará César Tiempo en 1935 cuando entre tantas serias cuestiones, le reproche también a Martínez Zuviría ciertas ausencias en el catálogo, como la del cuentista ruso Andréiev, autor que puede consultarse ahora. Por lo menos, el catálogo en línea ha resuelto ya ese punto de la polémica entre César Tiempo (Israel Zeitlin) y Gustavo Martínez Zuviría (Hugo Wast). Sus respectivos seudónimos, nombre sobre los nombres, quizá les marcaban a cada uno esa cita para el gran debate irresuelto y terrible. Se discutía el lejano desgarro en la civilización. Siempre podían encontrarse capítulos nuevos, sofisticadas injusticias, teorías salidas del protocolo de los inquisidores, todo ello debatiendo sobre bibliotecas y conspiraciones.

En 1931, el escritor nacionalista Ernesto Palacio escribe su sugestivo *Catilina*, libro que dice ver surgir de una “revelación” y que es una crítica despechada a los golpistas del año anterior. En su prólogo a la segunda edición, leemos:

Yo estaba condenado a la inacción y a la conspiración. Encerrado en una biblioteca, cuando todo mi ser me pedía guerra, la tarea de rehacer el episodio catilinario fue para mí una forma de liberarme, una válvula de escape, una compensación psicológica. Varios meses de trabajo febril, en la Biblioteca Nacional...

La Biblioteca Nacional aparece aquí como un lugar palpitante, una encrucijada entre la agitación política y el retiro del escritor a su gabinete inspirado. No estaba Groussac, sino el presuntuoso Melo. Pero el sentimiento de Ernesto Palacio es válido siempre.

En 1940 Ezequiel Martínez Estrada escribe *La cabeza de Goliath*, y en uno de sus comentarios, observa el busto de mármol de Moreno, que presidía la antigua sala llamada Mariano Moreno del edificio de la calle México; al busto se lo puede ver ahora en la sala del mismo nombre, en el 5° piso del nuevo edificio. ¿Cuál era el comentario? Linda con un sublime animismo, muy a su manera de alegorista atormentado: que si era cierto que ese busto concentraba cierta energía nacional reparadora, sería muy posible que en esos tiempos que corrían, se lo pudiese ver entonces como si estuviera puesto de cabeza. Hoy, la sala de lectura de la antigua localización de la Biblioteca en la calle México 564, rodeada de altas estanterías vacías —rebautizada Alberto Williams—,⁸⁴ permanece muda. No se pueden retirar las estanterías desnudas ni llenarlas de otra

cosa que no sean libros. Acaso es buena idea que la Biblioteca Nacional considere ese local como su reconstruida sección en el centro de la ciudad, retornando a él, invocando el recuerdo de Borges y Groussac, recreando aquella sala de lectura y consulta, frontera y destacamento avanzado de la Biblioteca hacia otras envolturas de tiempo. Envío de actualidad hacia su historia lejana. Ese vacío que podría ser reconstruido es imperativo cultural que nada cuesta emprender ahora. Otras bibliotecas nacionales del mundo así lo hicieron cuando se mudaron, dejando detrás un activo resto suyo.

En 1955 Borges es nombrado director de la Biblioteca Nacional. En el maledicente y perverso libro titulado *Borges*, de Bioy Casares⁸⁵ —pero que también es un libro extraordinario—, se lee en una nota correspondiente al 17 de enero de aquel año. Escribe un irónico Bioy:

Borges me cuenta que Manucho Mujica Lainez apareció en su coche oficial, con secretario, llevando una caja con una etiqueta en letras doradas que declaraban: *Biblioteca Nacional, Manuscritos de Escritores Argentinos, seleccionados y donados por Manuel Mujica Lainez, Buenos Aires, 1956*. Contiene la caja manuscritos de todos nosotros y de otros talentos como Girri y Murena. Por carta y verbalmente, Manucho insistió en que convenía que los diarios comentaran la donación, para que otros lo imiten y haya más donaciones. Borges: qué le importarán las otras donaciones, lo que quiere es que se hable de él.

Esta anotación revela un ejercicio agresivo de banalización y sospecha degradatoria sobre las intenciones edificantes. Es Borges de cuerpo entero. Pero señala los movimientos culturales de ese tiempo movedido, en el que el mundo cultural rodeaba la confirmación de Borges en la dirección de la Biblioteca Nacional. Esos manuscritos —ha pasado más de medio siglo—, se hallan hoy en la Sala del Tesoro, en el tercer piso del edificio construido por Testa y Bullrich sobre la ex residencia presidencial. Pero es necesario decir algo más sobre ellos. Responden a un movimiento de los intelectuales que apoyan a Borges y al gobierno militar del 55 para restaurar el prestigio de la Biblioteca Nacional, dotándola de manuscritos de escritores, pues en los meses anteriores, una desafortunada decisión de las autoridades de ese momento determinó que el riquísimo acervo documental que se atesoraba desde sus inicios, pasara a formar parte del Archivo General de la Nación.

A propósito de aquella vieja residencia presidencial de la calle Agüero y Libertador, su último ocupante escribirá en 1956, en *Del poder al exilio*:

Buenos Aires estaba todavía adormecida y despoblada. Las casas se veían apenas en la luz incierta del amanecer. Llovía siempre; era una noche ventosa; el agua que caía sacudía los árboles del parque con la violencia de la tempestad.

Un desacostumbrado Perón escribe estos párrafos sobre los árboles del parque que él vería por última vez. Quedan de ese parque algunos árboles y ciertas construcciones laterales, que conviven ahora con el edificio construido por Clorindo Testa y Bullrich en el solar ocupado por la antigua mansión Unzué.

Una extraña melancolía retiene esa prosa, que pasa muy rápido por una inesperada zona de incipientes metáforas. Son seguramente unos dictados que hace Perón en Panamá a un periodista italiano, que se toma la libertad de impregnar con algunos arabescos literarios las memorias del líder exiliado. Borges, menos lírico, había señalado “las épicas lluvias de septiembre”, pero sugería también la violencia de la tempestad. Eran las mismas lluvias. La relación de la Biblioteca Nacional con la ex residencia presidencial sigue viva aunque quedan apenas algunos cimientos de la vieja mansión y una parte no demolida por la calle Austria, el casino de oficiales donde realizaba su esgrima matinal el derrocado presidente que vivía en ese edificio vencido. La última manifestación de estos lazos en el tiempo es la historieta *El atajo: la batalla de la Biblioteca Nacional*, con guión de Juan Sasturain y dibujos de Solano López, que le agrega un gran episodio apócrifo a *El Eternauta*.

En 1985 el historiador Tulio Halperin Donghi asienta en el prólogo de *José Hernández y sus mundos*: “En 1984 la intercesión del profesor Gregorio Weinberg, director en ese momento de la Biblioteca Nacional, anticipada por los buenos oficios de la señorita B. Fernández, me abrió acceso a volúmenes de la colección de *La Tribuna* retirados de la consulta al público (a la espera de una restauración cuyo costo la Biblioteca no puede afrontar) debido al deterioro que han sufrido ya”. Hoy, una de las salas de lectura lleva el nombre de Weinberg y los ejemplares de *La Tribuna* —no fue poco el tiempo que pasó— están en restauración.

En los últimos años han sido publicadas dos memorias autobiográficas, muy diferentes entre sí pero que abarcan semejantes períodos históricos: *Son memorias*, de Tulio Halperin Donghi, y *El tiempo de una vida*, de Juan José Sebreli. La Biblioteca Nacional tiene su módico protagonismo en ambas. Una visión de lector muy vivaz sobre el papel formativo de la Biblioteca Nacional se le debe a Juan José Sebreli, que comenta la estación sentimental que significó la sala de lectura de la calle México, entre la pequeña biblioteca del padre en el domicilio de Constitución y la calle Corrientes.

Eran los años del peronismo —escribe Sebreli—, dirigía la Biblioteca el escritor fascista Gustavo Martínez Zuviría (Hugo Wast), quien ejercía gustoso la deleznable tarea del censor; así, muchos libros eran de lectura restringida, o lisa y llanamente, prohibidos. Los había también perdidos por la desidia del personal, mal pago, que no restituía al correspondiente estante. Estos problemas burocráticos se agravaban por mis aprehensiones: veía a esos empleados indiferentes y aburridos por la rutina como inquisidores críticos, burlones, haciéndome sentir en falta por leer novelas que nadie pedía, y no los textos de estudio, única lectura supuestamente adecuada a un adolescente o joven formal. La sala de lectores de ese edificio del siglo diecinueve era imponente, con sus estantes de madera oscura, sus paneles con los nombres clásicos grabados y la alta claraboya que dejaba pasar una tenue luz cenital, cuyos dorados empalidecían al caer la tarde, sustituidos por la luz mortecina de las pantallas de opalina verde sobre las hileras de mesas. El ámbito silencioso y severo adquiría la dignidad de un monasterio con monjes inclinados sobre manuscritos. Sin embargo, la biblioteca, casi siempre semidesierta, era solo frecuentada por algún estudiante pobre o por unos cuantos ancianos lunáticos, algún teósofo en busca del enigma del universo o jubilados sin otra aspiración que pasar el tiempo leyendo novelas de entretenimiento. Tampoco faltaban mendigos refugiados del frío invernal o del calor del verano y que solo simulaban leer. En cierto momento de depresión, imaginaba que los locos de la biblioteca señalaban mi propio futuro de miseria y fracaso, me veía con la ropa raída y la mirada ausente, inclinado durante largas horas sobre la misma página de un mismo libro que ni siquiera leería.

En cuanto a Halperin, su anotación es si quiere tan curiosa como la de Sebreli, pero no índole existencial, aunque quizá sí, de una manera muy indirecta. Recordando la “minúscula biblioteca nacional” de Turín, en los años cuarenta, en donde en su “modesto tesoro” realiza exploraciones “plácidamente gratas”, y donde lee a Gramsci, los luego famosos *Quaderni del carcere*, observa que “la entrega de los libros solicitados para lectura demoraba tanto como en la Nacional de Buenos Aires”. Hay una historia de la lectura argentina ocurrida bajo la cúpula hoy vacía de la calle México. Son testimonios que atraviesan cómodamente momentos de ironía, denuesto o aspeza, pero revelan la importancia que tenía ese *locus* urbano para la iniciación literaria, el refugio de los errantes o la melancolía de los sabios.

Este es apenas uno de los recorridos de la historia de la escritura y la lectura en la Biblioteca Nacional. Una historia que está escrita en libros,

memorias y documentos dispersos. La Biblioteca es también un personaje de la literatura nacional, sus dilemas irresueltos apuntan permanentemente a su propia ciudad ausente. Ricardo Piglia, cierta vez —su carta es personal y me la ha dirigido en forma de mail—, escribió que no solía concurrir a la Biblioteca Nacional, pero saber que existía actuaba como extraño respaldo de lo que hacía como novelista. En la república del silencio, decía Sartre, saber que existía un lejano puñado de partisanos mal armados y sin posibilidades a la vista, a todos los hacía más libres.

Si en todo país hay una historia de la memoria lectora, esta historia suele coincidir con la de su establecimiento mayor bibliotecario. Lo que él guarda no son solo libros, diarios, fotos. Guarda su propio mito. Una memoria de lo que como espacio arquitectónico significa en el interior del corazón literario del país. Por una extraña pasión intelectual, quedan las huellas de la Biblioteca como ente físico, como inmueble y como escena de un breviario profano, en el cuerpo de una parte importante de lo escrito en el país.

Es así que la historia nacional, en una parte pequeña pero no fácil de explicar, es la historia de todos los actos patrimoniales y escriturales que la Biblioteca ha amparado. Actos que luego aparecen como testimonio del estado de sus materiales, de la respiración de sus salas, del nombre de sus antiguos empleados. ¿Qué sería ahora de esa señorita B. Fernández que menciona Halperin? He preguntado por ella. No conocemos su destino. Ella puede ser un arquetipo, la sucinta evocación de simpatía hacia un augur desvanecido en la memoria bibliotecaria. Algo obliga al investigador a declarar un débito hacia esos que parecen pasillos apáticos y mudos mostradores que sin embargo no se hallan escasos de profesionalidad y filantropía. Con ella se pone algo de sosiego a la comprensible desesperación de los lectores por encontrar los ansiados documentos dormidos.

Muchas veces suele pensarse que una Biblioteca Nacional es un centro de documentación o una oficina de servicios a otras instituciones públicas o a los medios de comunicación. Todo eso debe serlo, pero si no fuera más que eso, tampoco daría adecuadamente esos servicios. Si no se considera que cada texto dejó recuerdos de lectura —sí, una obvia historia de su consulta, que se puede comprobar por cualquier vía interna estadística—, y que todo lo que se atesora en silencio, aunque sea una vez podrá ser aquilatado, se parecerá a esos personajes nativos que se encuentran en los relatos de los más importantes antropólogos del siglo veinte. Un investigador hace su pregunta clave, y los hombres autóctonos le repiten una lección sobre su tribu que previamente fue aprendida de otros imaginativos antropólogos. Así, una Biblioteca Nacional convertida en un museo preservacionista o en un mero servicio documentalista,

corre el riesgo de hablar con lo que previamente un hábito petrificado de investigación ya habría puesto en ella.

La preservación, la documentación, los sostenes automatizados y los procedimientos de agregación o expurgo de materiales solo pueden rendir su cometido exhaustivamente si encuentran en su camino el nombre verdadero que justifique su necesario dispositivo técnico, el que hunda su raíz en las más remotas historias bibliotecarias y en los métodos de catalogación que sin duda fueron contemporáneos de los iniciáticos rasgos del pensamiento abstracto, de la operatividad laboral sobre la naturaleza y del pensamiento sobre el espacio y el tiempo, que son evidentes ficciones colectivas del origen del pensar.

Ese nombre es el del libro completo cuyo encuentro, lectura y consideración crítica debería llevar a otro libro de esa misma índole, sosteniendo tanto la cadena de lecturas pedagógicas como de lecturas de descubrimiento. Las dos se retroalimentan hasta dar con lo aún inexistente, la pieza que obtenga en el interior de la Biblioteca la interpretación nueva. Así, la Biblioteca es de algún modo una Fábrica —fábrica inmaterial que agrega conceptos de ordenamiento y circulación a lo ya fabricado— pero en la que conviven los símbolos con un trabajo serial sin taylorismo, es decir, una serialidad mecánica pero no trasladable del acto laboral en sí mismo, que es (debe ser) trabajo colectivo libre, emancipado. La puntuación cultural constituye la característica que enhebra la cadena laboral, de modo que clasifica y libera. Es decir, cada pieza está en una serie y a la vez es única.

Se dirá que para todo esto no es necesario contar la historia de “los que pasaban” —de Pellegrini a la consulta de *La Tribuna*— ni sería adecuado suponer que es importante la historia que va de la calle México a la calle Agüero. Pero quien así dijera se sumaría a una interpretación meramente panóptica de la requisitoria de documentación, un mercado de objetos que yacen laboriosamente pero que ya están interpretados de antemano.

Ciertos conceptos de búsqueda llevan a encontrar en las cosas lo que previamente ponemos en ellas. Así, ideas como las que a veces se invocan mentando una supuesta “sociedad del conocimiento”, conducen a la ilusión pedagógica de un mundo plano sobre el cual decimos que interrogamos, pero ya lo sabemos todo. Es que conceptos como ese, parten del error fundamental de borrar de un plumazo los procesos históricos que hacen del conocimiento un conflicto necesario y no una sociedad que diluye las diferencias entre información y cultura, con una indolente metafísica de la transparencia. Los modelos de investigación entonces se resumirán en estudios de recepción o en excavaciones genealógicas gobernadas por un archivismo de iluminación uniforme, mero fetichismo sin profundidades ni vacíos.⁸⁶

Sin una historia de la lectura no puede haber políticas bibliotecarias nacionales y públicas. Y una historia de la lectura es la presencia del lector arcaico en el lector contemporáneo. Todo lector funda su actualidad en los lectores cancelados que alberga su conciencia. De esto, la “sociedad del conocimiento”, ente raso y monótono, mera superficie lunar de signos estáticos, nada sabe. Esta afirmación supone un debate largo. Es un debate que se verifica de modo excepcional en las bibliotecas nacionales. Para ellas, es una discusión radical, decisiva. Es que están en peligro.

El concepto de “nacional” en ellas está en discusión bajo la presión de las “redes telemáticas” y la formación de núcleos de oferta cultural concentrados en informaciones globalizadas tratadas como neomercancías. Objetos de un mercado de intercambios abstractos. Es precisamente la “sociedad de la información” y otros sofismas parecidos, que toman la forma de un entramado mercantil de simbologías. Todo ello se complementa con la construcción del lector remoto —necesario personaje a ser repensado desde el lector real y no a la inversa— que descuidadamente elaborado como concepto, puede tornar inanes las grandes fortificaciones bibliotecarias, que serían mausoleos cuidados por sacerdotes togados, interdicciones reglamentarias en mano. Mausoleos sin gente, sin murmullo en los pasillos, sin avizoramiento de libros o imágenes, todo sometido a un preservacionismo talmúdico. Nada de “señorita B. Fernández”.

Por eso mismo, también el concepto de “biblioteca” puede desaparecer así como el de “bibliotecario”, sustituidos por el de “oficial documentalista” o “trabajador de la información”.

Los peligros son así conocidos. Sabemos cómo sería la adecuada herencia de la decisiva revolución digital. Debe ser recibida en términos de una vigorosa recreación de la experiencia real, tanto existencial como lectural y de lenguaje. No hay creación civilizatoria sin que se articulen en un punto esencial —a ser descubierto— los planos de la práctica experiencial real —entre ellas, la lectura— con sus planos metafóricos y de reemplazo por niveles técnicos que amplían la imaginación pública. Se habla de las TIC. ¿Qué concepto es ese? Es como si en los tiempos de la nueva historia francesa —la que se denominó de las “historia de las mentalidades”— se hubiera hablado de *hismant*, *menthist* o algo parecido. Una mutación técnica que se establezca en su grado de verdad adecuado en un momento de la historia humana, no precisa cristalizaciones o momificaciones del lenguaje, pues esa es precisamente la forma de poder e incautación holgazanamente asociada a todo descubrimiento, lo que hace del *logos* de la técnica una forma de dominio y de descuido del lenguaje colectivo, cuando su destino es otro. Es el destino de una *tekné* que preserve los lenguajes heredados, fortaleciéndose en ellos.

Una tecnología a la escala del proyecto humano, no es una hipótesis de secuestro, dominación y de sustitución de legados ya probados. Ciertamente, trae palabras nuevas, necesarias y creadoras, pero en diálogo con el acervo disponible. Ni los preserva monásticamente para convertirlos en lingotes retirados del uso público, ni propone la superioridad de una lengua cosificada sobre la experiencia real conversativa. Esta última es la experiencia que debe sostener realmente los cambios en dirección a una cultura social crecientemente eximida de los poderes inertes y de las prácticas de burocracias curialescas. Tales poderes inmediatamente se consideran depositarios de las novedades cuyo destino es otro: no el de disecar el lenguaje sino el de recrear las potencias del conocimiento humano. No una “sociedad del conocimiento” que a cambio de una extensión hacia la supuesta infinitud del saber, lo cauciona en las reglas de un nuevo disciplinamiento.

Ahora, la Biblioteca Nacional no está en el centro histórico de la ciudad, pero es continuidad de aquella anterior figura urbanística y arquitectónica. No es que haya perdido cercanía. Pero debe crear una proximidad nueva, que es el vínculo con lo que ella haya producido en materia de símbolos del acervo universal. Nuevas menciones a las “señoritas B. Fernández” —la historia del buen servicio de la Biblioteca Nacional— que deberán sobrevenir, al amparo de la recreación del lenguaje bibliotecario a la altura de la época y de su propia historia conceptual. *Las Bibliotecas Nacionales pueden desaparecer*, decimos, parafraseando a Charly García. Pero los amigos del barrio podemos colaborar para reintegrarlas dignamente a la *vita activa* si su milenaria historia como lengua profesional y creación de las naciones modernas, se mide en condiciones de igualdad con los lenguajes de las lenguas artificiales, como Google y otros.

¿No es toda la obra de Borges un intento de enlazar las lenguas arcaicas con las lenguas artificiales? Es más “bibliotecológica” la lengua borgeana —incluso en el sentido efectivamente tecnológico— que muchos intentos de crear una nueva lengua LTI, una nueva “lengua del tercer imperio”,⁸⁷ lengua que pierde sus raíces cognoscitivas en nombre de conceptos meramente de dominio. Las bibliotecas nacionales del mundo son el ágora de este interesante debate: o bien recreación de técnicas de conocimiento con base en filologías del gran legado o bien superartificialismo de esas lenguas que con sus maravillosas realizaciones no evitan muchas veces poner en peligro el legado.

A pesar de que las virtudes creadoras de las lenguas artificiales son muchas, no escasean las oportunidades por las que en vez de triunfar el altruismo científico —del que potencialmente son portadoras— se prefiere cobrar el subido precio de unificar con desnutridos axiomas pedagógicos el lenguaje de la humanidad. Es posible evitar ese destino. La atenta señorita

“B. Fernández”, personaje de la historia de la lectura en la Biblioteca Nacional, interlocutora de los que pasaban, lo va a agradecer.

Hasta aquí, nos queda claro que la historia de la Biblioteca Nacional surge fácil y reiterativa si seguimos la trama de sus direcciones políticas y literarias, y se muestra enigmática y desafiante si seguimos sus vicisitudes tecnológicas. Así llamo, con término sin duda excesivo, a la historia de los gestos internos de posesión de la materia y el procedimiento clasificatorio. Una historia de los procesos de catalogación, desde 1810 hasta la fecha, es también una historia de la Biblioteca y una historia universal del pensamiento categorial en su capítulo argentino. Aquí no la hacemos, pero la insinuamos como problema. Groussac sí lo intentó en su *Historia de la Biblioteca Nacional*, y el resultado es significativo. Tenemos aquí uno de los libros de historia no desdeñables de todo cuanto se ha escrito en la historia de la historiografía argentina. En su colofón, hallamos una reflexión de gran interés sobre la catalogación compleja. Plantea un problema que está en el corazón mismo de la bibliotecología. ¿Cómo catalogar un libro como *Historia de los orígenes del cristianismo*, de Renan? ¿En que secciones figuraría? ¿Filosofía? ¿Historia? ¿Exégesis y lingüística? La respuesta de Groussac es que debería figurar en todas ellas, “porque contiene todo eso y acaso algo más”. Y concluye:

La constante manipulación de libros y catálogos me convence más y más de que es necesidad imperiosa romper con esas tradiciones de pretendido rigor bibliográfico.

Groussac disemina el libro en infinitas categorías. Es una posibilidad del discurso bibliotecológico avanzado. Otra más avanzada es presentar cada pieza como inclasificable por su singularidad, pero aun así someterla a la generosa reclusión en algunas de las categorías epistémicas de la catalogación.

Concluimos con estas breves reflexiones el capítulo groussaquiano de la Biblioteca Nacional y nos aprontamos para entrar en otra época, la de una figura que ya hemos mentado más de una vez, la del escritor católico Gustavo Martínez Zuviría (Hugo Wast), que suscita con su larga presencia en la Biblioteca la reaparición de la sombra del presbítero Chorroarín, pero ahora bajo formas ingratas que este cura en verdad no hubiera inspirado.

Capítulo 4

Bibliotecología y antisemitismo: la época de Hugo West

Protocolos de una biblioteca

Hugo West, que desde 1931 a 1955 ocupará con breves intermitencias la dirección de la Biblioteca, escribe buena parte de lo suyo a la luz del sórdido folletín *Los protocolos de los sabios de Sión*, célebres páginas incriminatorias cuya historia es conocida. Estos folios del canon antisemita universal son el engendro profundo de un tipo especial de conciencia conspirativa. A lo largo de los tiempos, muchos documentos invocados como salmo de batalla, son elaborados apócrifamente para atribuirlos como pieza infamante hacia quienes verdaderamente no los han escrito. Evidentemente, los *Protocolos* son un texto maestro en la contorsión con que se hace enigmática su autoría.

Como se sabe, tales *Protocolos* no han sido escritos por los miembros de ningún sínodo de conspiradores judíos, sino por quienes hicieron de la persecución a los judíos un acto exponencial que encontraba justificaciones en un escrito —fraguado *como prueba*— por los mismos que precisaban esa *prueba*. Un texto de esta índole le atribuye a un adversario la condición que querríamos verle a fin de hacer necesaria y admisible nuestra estocada. La técnica de forjar un plan conspirador imputándolo al otro que imagino que conspira, intenta develar los secretos de su mente con lo que ya conozco que tiene la mía. Es una modalidad de las cancillerías secretas del orden y de sus previsibles escritores. Almas clandestinas deleitadas con lo que literariamente suponen que es su propio trato con lo demoníaco, lo expulsan con una suerte de arte político de inculpación. Lo cargan como folletín imaginario en las alforjas de quienes de ahora en adelante serán considerados demonios. El argumento de cargo es casi siempre el mismo: se trata de aquellos que quieren apoderarse del mundo y este propósito no tiene origen ni fin. “Son oscuros intereses”. No pertenecen así a la conciencia racional. Pero, el que es capaz de imaginar que los poderes actúan de ese modo, se hace pasible de tolerar en su propia conciencia ese regocijo de oscuridad que le reclama un falso espejo exterior. En él mira una culpa que les atribuye a los otros y su júbilo por haberla inventado. Lanza hacia afuera sus imágenes recónditas para expedir el espeso poder que realmente él posee.

Sin embargo, la cuestión no es tan simple, pues no es una mera prueba falsa inventada en trastiendas policiales de poca monta. Es en verdad una atribución que contiene los elementos de realidad del mito de la conspiración. Este puede abarcar todos los significados políticos y vitales. Dentro de la facultad de fraguar el nombre, rostro o identidad del enemigo maldito —*satánico* en versión teológica y sacrificial, *bárbaro* en su equivalente cultural y filosófico—, el pensamiento conspiracionista les propone un nombre a los que no tienen nombre, pues expulsados de la razón, están solo destinados a organizar el mal y a simular que practican lo contrario. “Se infiltran”. Son hijos de una torsión espiritual enfermiza. Por eso, para devastar a los devastadores, es tolerable dar otra vuelta a la torsión espiritual, haciéndolos hablar de la manera en que previamente han sido concebidos, como anticristos que se encubren en togas de redención. Simulación que hace aceptable que se tramen apócrifos sobre ellos, para descubrir precisamente lo que los conspiradores quieren mantener velado. En la vida conspirativa —que es vida de supresión de mediaciones y nexos de ligación entre las cosas— lo apócrifo siempre será real y viceversa. Como tantas veces se dijo, el género de la novela, célebre creación dramática de la humanidad, proviene de una estilización de la razón conspirativa. Las grandes novelas son las que quieren develar los pasos de una conspiración —que es lo que hace progresar el pensamiento— coqueteando en forma crítica con esos mismos pasos, siguiéndolos en su sapiencia complotada.

Los protocolos de los sabios de Sión, atribuidos a los seguidores de Theodor Herzl reunidos en 1897 en Basilea, es un texto que emerge de un gran fraude que, realmente, se ha forjado en la misma ruta en la que se pueden estudiar los grandes mitos de escritura del siglo XX.⁸⁸ Notoriamente falso, se ha editado por millones y aún sigue leyéndose, no siendo su comprobada falsedad elemento contrario al de su vigencia y difusión. En sustancia, el texto está tomado de un libro de Maurice Joly, un reformista social, abogado y periodista antibonapartista, seguidor del diputado Gambetta, que se suicida en 1887. En 1864 había escrito un gran panfleto irónico, *Diálogo entre Maquiavelo y Montesquieu en el infierno*. Es curioso el destino de este finísimo libelo, que merece sin duda reparos por inscribirse en una prejuiciosa deformación del pensamiento de Maquiavelo, aunque revela en todo momento la sutileza de su observación sobre sistemas políticos, estilos de gobierno y procedimientos secretos.

Lo cierto es que lo que acrecienta su extraña relevancia es el hecho de haber inspirado muy de cerca *Los protocolos de los sabios de Sión*, escrito apócrifo debido a plumas que hasta hoy no pueden dilucidarse cabalmente, con la colaboración de la *Ojrana*, la policía del Zar. ¿Quién escribe entonces

un texto? Es el problema, en última instancia, de los archivos y bibliotecas. El mito de los textos consiste en que los lectores, las bibliotecas y los investigadores desearían que no se hagan evidentes las citas, transpolaciones, falsificaciones e impulsos apócrifos que están en la base de todo documento. Sin duda, la paleografía documental se lanza a estudiar los orígenes, vetas e incorporaciones que hacen a la idea de unidad de un texto. Pero esa tarea es imposible seguirla hasta las últimas consecuencias —pues extinguiría toda verdad textual— por lo que el conspirativismo de todas las épocas se ha quedado con la turbia tarea de pretender que tal cosa sería posible. A costa de gestos de reducción y causalidad rígida, que anulan la naturaleza dispersiva de la que surgen los hechos, la teoría conspirativa piensa que no hay heterogeneidad de textos. Todos se reducen a uno, el que fue escrito para decir lo que alguien imagina que sus enemigos no se atrevían a decir. Es el texto último, íntegro y final: el que crea una realidad imaginaria e inventa un autor inexistente. Y es también el que debe negarse en su verdadera autoría. Encuentra así el origen inconfeso de todo texto en la negación de su negación.

Los *Protocolos* son así el monumento fundamental de las escrituras de la “teoría conspirativista” del siglo XX, en los cuales se formulan los planes del “secreto revelado” por el que un núcleo conspirativo judío se apoderaría del mundo. Otras especulaciones clásicas diversifican la autoría que se le imagina a ese documento, atribuyéndosela a militantes antisemitas de ciertos círculos parisinos. No es necesario recordar hasta qué punto los *Protocolos* influyeron durante largas décadas entre las militancias antijudías de todo el mundo. Suministraron creencias de vasto alcance sobre la hipotética relación entre poder y conspiración y de alguna manera, se hallan en la base de la articulación de conceptos del nazismo, como espejo real e invertido. Hitler los menciona largamente en *Mi lucha*, diciendo que aunque fuesen falsos, revelaban relamente el alma judía y el estado de la cuestión política que con ella se presentaba. Se percibe así la intensidad del problema. Por así decirlo, es un tema de la literatura de interrogatorio. El que practican las altas escuelas policiales. La ideología del Orden en su nutriente más caudalosa y alarmante. No está de más el empleo de la palabra literatura, no solo porque —similarmente al pensamiento del complot, como tantas veces lo ha mostrado Ricardo Piglia— su hilo dramático consiste en agrupar hechos distantes por una compulsión narrativa literaria, sino porque el tema conspirativo ha tenido tratamientos notables en la historia universal de la literatura. Un puñado escueto de nombres contemporáneos, Joseph Conrad, Dostoievski, Chesterton, Borges, resultan propicios para recordar el alma pavorosa del conspirador y el ejercicio complementario que a veces hace, simultáneamente como traidor y héroe respecto al orden vigente.

La atribución falsa de la verdad que el otro no dice o ignora lógicamente que posee, es el artificio de sofisticadas cancillerías policialescas e imaginativas cortes principescas. Así como existen los documentos fraguados que se destinan a imputar a enemigos a los que se les da un rostro ominoso —probablemente el *Plan de Operaciones* atribuido a Moreno entre dentro de esas características—, también hay en las filas de la resistencia un repertorio de prevenciones para crear un idioma reservado, apto para entendimientos libertarios. Así lo estudia en su gran escrito Leo Strauss, *La persecución y el arte de escribir*. Suele afirmarse una popular forma de conversación para obtener “de mentira verdad”, mecanismo inductivo del diálogo conspirativo, técnica novelística, psicoanálisis de bolsillo, estructura conversacional que está en la base de la dialéctica de la conspiración. Vista como gesto antropológico político, la conspiración es un ítem capital del pensamiento de derecha, pero la riqueza que presenta reflexionar sobre ella se refiere a que sus elementos esenciales se hallan en cualquier conversación cotidiana o política.

Los protocolos de los sabios de Sión —de ahí la larga introducción que hicimos— alentaron muchos de los proyectos novelísticos de Gustavo Martínez Zuviría con su popular máscara de Hugo Wast. Como director de la Biblioteca Nacional, ya lo dijimos, cubrió un largo período, desde el año 1931 hasta 1955, también habitando el primer piso de la calle México 564 con su numerosa familia. Martínez Zuviría en la década del treinta había publicado *El Kahal y Oro*,⁸⁹ firmados con el seudónimo de Hugo Wast. Este novelista, uno de los más traducidos a otros idiomas de la historia de la literatura escrita en Argentina —y que en escuelas norteamericanas era adoptado para la enseñanza del idioma español—, escribía novelas fundadas en las pedagogías del catolicismo tradicionalista. Su obra, que está fuertemente implicada en la divulgación de un ultramontanismo eclesial, no desdeñó la cinematografía, pues él mismo escribió guiones de sus libros transformados en films muy populares. Hugo Wast se llamaba en su operatoria nocturna, Martínez Zuviría se llamaba en su archivismo diurno.

Las novelas mencionadas, *Oro y El Kahal*, proponen una fuerte imaginería antisemita. Se trataba de un relato alquimístico, con el trasfondo de una conspiración del Gran Kahal. A través de la posesión del secreto de la transformación del plomo en oro, se trataría de impedir que “la Sinagoga” arrastrase a los gobiernos a una guerra universal. Manipulando el oro financieramente, los hombres que trabajaban por el “Superreinado de Israel” se disponían a “dominar el mundo”, si es que antes no triunfaba un sueño alquimístico redentor por el cual la diseminación del oro a través de cualquier otro metal haría irrisoria la base material del proyecto de dominación

universal. El laboratorio donde se realizaría la intriga alquímica estaba en Parque Lezama y lo dirigía el profesor Julius Ram.

En un capítulo titulado “En 1950 dominaremos Buenos Aires”, se lee una jaculatoria de uno de los complotados de los *Roschim* del Kahal:

Novecientos años antes de Cristo comenzó la conquista de la tierra por los hombres de nuestra raza. La Serpiente Simbólica, el Kahal, partió de Jerusalem bajo el reinado de Salomón. Cinco siglos tardó en llegar a Grecia, en los tiempos de Pericles. Pero cien años antes de Cristo ya no había, según el geógrafo Estrabón, un lugar sobre la tierra que no contuviese israelitas. La segunda etapa fue Roma, en los tiempos de Augusto. La tercera, Madrid, en los de Carlos V. La cuarta, París, bajo Luis XIV. La quinta, Londres, con los Rotschild, a la caída de Napoleón. La sexta, Berlín, con el imperio alemán. Siempre hemos aparecido después de una guerra de las naciones poderosas. El año 1880 dominamos San Petersburgo. En 1920 dominamos Nueva York. En 1940 dominaremos Tokio. En 1950 dominaremos Buenos Aires. Y 16 años más tarde, la Serpiente habrá juntado la cabeza con la cola, en las praderas de Moab, junto al Jordán de Jericó.

Se están novelizando aquí los *Protocolos*. No podemos sorprendernos porque ellos mismos tienen una nítida estructura novelística. La confesión del conspirador que proclama su impulso de dominio está trazada como un sueño demencial que no proviene de una voluntad confesional del propio agente conspirador. Esa acción le es atribuida. Y quien lo hace es alguien que, en la posición de enunciador, desea infamarlo. La atribución difamatoria es una de las piezas maestras de la acción conspirativa: la escritura apócrifa destinada a fraguar a un autor que quedaría hondamente desprestigiado si debiese cargar con ella. Pero el tema involucrado en todos estos casos —*Protocolos, Kahal, Oro*— es la “dominación del mundo”. Descripción trascendental de la mentalidad conspirativa, la confesión de que *se desea el poder* es la invariante narrativa que con recurrente evidencia sirve para retratar al conspirador que bordea la demencia.

¡Qué diferencia en el modo en que Hugo Wast concibe la “dominación de Buenos Aires” con la que casi simultáneamente se lee en el capítulo “La conquista de Buenos Aires” en el *Museo de la novela de la eterna* de Macedonio Fernández! Se trataba, en la conspiración macedoniana, de “dotar a Buenos Aires del misterio que nunca tuvo”.⁹⁰ La ciudad conspira en la medida en que está alerta a hechos de profunda significación, lírica y metafísica. La conspiración aquí no mantiene valores de dominación, sino de salvación utópica y manumisión cósmica.

Del mismo modo, en Arlt la conspiración obedece a una acción de autoaniquilamiento, pues parte de una modalidad insoluble de enredo espiritual en los sujetos. Y concluye en una catarsis de filiación dostoiésvskiana, en la que la confesión cierra la inverosimilitud de todo lo que se declara. Todo lo secreto es súbitamente revertido para el enunciado público de señorío absoluto. La conspiración se asocia así a un delirio explícito, sin pretensiones de veracidad y gravedad. Produce marionetas que expulsaron en sus pronunciamientos sobre el mundo, todo lo que sea una fórmula de dominio inmediateista y sin fallas. Es el temple realizado del desvarío, en sí mismo y en la completa manifestación de todos sus aspectos. Así es la crítica de Arlt al pensamiento conspirativo.

Debido a eso, la comedia o el apócrifo que presiden la conspiración arltiana consiguen apropiarse del propio órgano de la conspiración al convertirlo en un relato novelesco, que reconoce su condición de tal. En su misma presentación se halla su propio vacío, alienado de verosimilitud. “El conocimiento práctico de un dios maravilloso será el fin —dice el Astrólogo— ... el todo que rellenará la ciencia de las cosas, inútil para la felicidad interior, será en nuestras manos un medio de dominio, nada más”.⁹¹ El Astrólogo anonada en su propio nombre la cualidad conspirativa. La convierte en ilusión total. En el completo ser de su propia unicidad. En un arquetipo sin residuos ni escorias de la conspiración. Todo lo real se torna conspirativo. Así, la conspiración se torna utilería y mueca cómica; una alusión a su propia condición de espantajo vacío. El “nada más” del propósito totalista informa sobre el *totus* de la condición de los polichinelas conspirativos de Arlt. Conspiración, entonces, es el pensamiento entero que se agota en la reflexión sobre la desdicha personal; sola la imposibilidad de vivir, completa y enteramente concluida.

No puede tener el lector el mismo sentimiento leyendo las novelas de Hugo Wast sobre la conspiración. Cuando en nombre de “la Serpiente” se dice que “en 1950 dominaremos Buenos Aires” hay un movimiento en dirección a una postulación de verdad implícita en la propia escritura de las novelas *El Kabal* y *Oro*. Wast es inferior literariamente porque no elabora indicios de escritura respecto a cómo actúa una verdad en el seno de un texto. Y la ausencia de un trato con la verdad del texto, lo que lo hace raso, lleva en el camino de vuelta a la inferioridad de su literatura. Mientras Arlt es antipublicístico (todo su escrito se constituye en el interior de una moral de lectura que debe preguntarse “si todo eso será posible”), Wast parte de una publicística, y por lo tanto, *nadie debe preguntarse por la posibilidad de nada*, sino ejercer creencias directas en torno de lo que la novela hace discurrir.

En un libro ya clásico sobre el nacionalismo argentino, escrito por Cristián Buchrucker,⁹² se mencionan los autores que a mediados de los

años treinta, en los tiempos en que Hugo Wast hace conocer sus novelas, enfatizan los temas de la “conspiración universal”. Son el padre Filippo, párroco de Belgrano, diputado peronista y autor de pasquines anticomunistas no exentos de la locuacidad de trinchera del padre Castañeda; y luego, el sacerdote Julio Meinvielle y el ex socialista, en aquel momento en las filas del nacionalismo, Ramón Doll. Este poseía una lengua atractiva, había creado un tipo de mordacidad que empalmaba con las tradiciones satíricas de las culturas empiristas y progresistas, pero su trama argumental se encarnizaba en temas como la necedad de los doctos, la precariedad de las burguesías o el desmaño de las izquierdas. Doll sabía darle un aire erudito y burlón a su nacionalismo de señorío estatalista. Era un ironista moral que muy tempranamente había percibido, sin apelar a una lengua oficial, qué notas nuevas cargaba el peronismo.⁹³

Y que tiempo antes, según consigna Buchrucker, también había escrito:

Fuimos traicionados y arteramente espiaados por el enemigo inglés, masón y judaico [...] el imperialismo, anglojudeomasón en la Argentina es el instrumento inteligente, previsor, intencionado, de la política inglesa.

Aquí la conspiración también ocurre en la lava retórica por la que se conjugan los vocablos. Perdiendo su autonomía, presos en un determinismo radical, incluso sin la precaución de ponerle los guiones rapsódicos, los conceptos se presentan en un magma indiferenciado. Pero fuertemente alegórico, forjando figuras de un alta novelística reaccionaria, la *hidra tricefálica*, por cierto, que consigue cerrar con una fastuosa embestida mitológica las necesidades de un pensamiento que reduce la variedad a una dimensión monista, pero cuya condición pérfida no se revelaría si no encarna en un monstruo fabuloso. La mentalidad conspirativa empalma con la imaginación alegórica, con jornadas remotas de la ficción gótica.

Así, la mentalidad conspirativa llega a su obra maestra, haciendo que el lenguaje actúe en sus procedimientos prácticos según la consigna mayor de la intriga. *Hay que pensar desenmascarando*. Pero no hay múltiples máscaras que pueden caer en momentos diferentes. Sino que caen súbitamente. En la magia funesta de la lengua, en ese interior bullente de sílabas aglomeradas que forjan el concepto último que reúne lo disperso y lo pone a disposición de la última voz creadora del mundo. Teología siniestra, maldición que exorciza lo que se había desunido, esos vasos rotos que se miraban con complacencia, volviéndose a aglutinar todo en la revelación del plan demoníaco. Rompiendo los ámbitos en que se habían repartido las ceremonias separadas de la vida, al pronunciar en conjunto las personificaciones del ángel del mal,

se ejerce la crítica contra el alma conspirativa del universo. Solo que para hacerlo, en un avieso espejo teologal, el pensamiento del fiscal debe impregnarse de la misma fantasía que denuncia, sin saber si él mismo no es un agente revertido de lo mismo que combate.

En cuanto a Julio Meinvielle, también aparece en sus escritos el tema unificador de la *conspiración judeomasónica*. En sus ataques a la condición judía esgrimía la actitud del historiador sacro con graves fuentes históricas y una argumentación de ropajes canónicos. Pero en su retrato de Buenos Aires como una nueva Babilonia, en la carta de poderes que la riges encontrará: “[a] los judíos que controlan nuestro dinero, nuestro trigo, nuestras incipientes industrias y al mismo tiempo son ellos quienes siembran y fomentan las ideas disolventes contra nuestra Religión”.⁹⁴ Meinvielle y hasta Leonardo Castellani se habían pronunciado favorablemente respecto de la novela de Hugo Wast. Sin embargo, Meinvielle puede ser considerado no solo bajo el ángulo de su hipótesis conspiracional (como una estructura-mundo que pugna ocultando sus fines contra el Estado cristiano) sino también como el autor de una prefiguración del rostro que cobraría la política argentina cuando oscilaran hacia distintas escenas ideológicas las hormas del peronismo.

Se debe a la tarea ingente de Jorge Dotti⁹⁵ la exhumación de los papeles de la publicística meinvielliana, entre cuyos escritos se halla “Hacia un nacionalismo marxista”, de finales de los cuarenta, en el que argumenta que durante el primer período peronista existen fuerzas nacionalistas que aceptan un pensamiento proletario, mientras que el peronismo, por su abandono del integrismo económico cristiano, ha caído en prácticas marxistas. En esta dialéctica de la historia, ajena a la Ciudad Cristiana, apunta: “el peronismo puede resultar una incubadora, donde lo proletario, lo indigenista, lo pampeano, puede darnos una visión inédita de un nacionalismo marxista”. Tal como dice Dotti, estas reflexiones sorprendentes prefiguran un terreno esencial de la retórica política de los años sesenta y setenta. Quizás invirtiendo los planos, y poniendo el foco en la historia del nacionalismo y en una dimensión más atenuada el problema de los ejercicios de lectura, este libro de Dotti —*Carl Schmitt en la Argentina*— sería el más notable ensayo presentado hasta hoy sobre las ideologías escritas del nacionalismo argentino. De todas maneras, este libro resulta un gran archivo viviente de las lecturas de los textos schmittianos, y más ampliamente, de la manera de leer cualquier texto de un modo que ese itinerario colectivo de lectores prefigurase trazos completos y genealógicos de las ideologías nacionales.

Pues bien: podemos agregar que la opinión pionera de Meinvielle sobre el peronismo como dialéctica final que extrapola a marxistas

en nacionalistas y a nacionalistas en marxistas no nos deja olvidar que también mantiene un sello conspiracional. Claro está que, en este sentido, lo conspiracional hay que pensarlo más en el terreno de la oscilación entre las ideologías que en que sus respectivos y contrapuestos núcleos de intensidad componen un tapiz general que, así como ampara antagonistas clásicos, también encuentra cíclicamente mutuas articulaciones. ¿En qué momento aparece la bisagra necesaria?

Meinvielle la ve en el peronismo, que como gran circulador, readaptador y amalgamador de ideologías estaba transformándose en el conector de las grandes alas de la modernidad mundial, el nacionalismo y el marxismo, a costa de rebajar los espolones más enojosos de ambos. ¿No podríamos pensar aquí que estamos ante un movimiento parecido al de la conspiración, el modo en que ideologías nítidamente contrapuestas van tomando elementos de los respectivos campos de antagonismo? Conspiración, pues, en el sentido de *asumir en mí lo que no me atañe*, no solo para conjurarlo, sino para dar testimonio de los distintos modos de seducción que me absorbían cuando debía combatirlo. El drama del acoplamiento y la reversión misteriosa del enemigo es la sombra que persigue al conspirador.

¿Tienen estas reflexiones algo que ver con la historia de la Biblioteca Nacional, asunto en el que estamos empeñados? Ya observamos que una Biblioteca es en sí misma, en su teoría fundante, una trama conspirativa. El ideal científico investigativo suele tropezar en las bibliotecas con demasiados obstáculos que suele atribuir a la deficiencia de sus catálogos, las desidias funcionariales o la insuficiente existencia de colecciones. Se le pasa por alto que hay algo enredado en el sí-mismo de las bibliotecas que ningún canon de catalogación y preservación doblegan. Borges las consideró objetos vivientes en una dimensión casi antropomórfica. Las bibliotecas eran el espacio y el tiempo del mundo, su concepto y geometría, su orden moral y metafísico. En la época de Martínez Zuviría, en la Biblioteca Nacional se agudiza esta cuestión.

César Tiempo, el otro seudónimo, el seudónimo del otro

Pero Martínez Zuviría no pensó ninguno de esos problemas —es un anti-borgiano absoluto—, sino más bien concibió el *Orden* de la Biblioteca como un archivo animado por el propósito de conjurar la “conspiración liberal”. Una fundamental polémica ocurre en esos años, y queda de ella el escrito de César Tiempo (Israel Zeitlin) contra el director de la Biblioteca Nacional, dado a luz en el año 1935. El escrito⁹⁶ del poeta César Tiempo,

por entonces secretario de la SADE y que probablemente actúa con el conocimiento y respaldo de Leopoldo Lugones, es un perdurable ejercicio de un *pólemos* eximio. Irónico, insaciablemente mordaz, con un toque de abarrotamiento lugoniano, se inscribe en el debate sobre el creciente anti-semitismo de grandes capas culturales argentinas, a la sazón, comandadas desde el primer piso de la Biblioteca Nacional. Dice César Tiempo:

Precisamente en estos días un fiscal argentino ha pedido las penas más severas —prisión y reclusión por tiempo indeterminado— para los integrantes de la banda del revolcadero chauvinista que intentaron incendiar el teatro Cómico durante la representación de *Las razas* de Bruckner, colocaron explosivos en el *Argentinisches Tageblatt* y arrojaron bombas de alquitrán en las fachadas de los templos israelitas: una mínima parte, en suma, de lo que preconiza el libro del director de la Biblioteca Nacional, cuya propaganda comercial —y particular— circula con estampillas del Ministerio de Justicia e Instrucción Pública, según lo denunciara *El Orden* de Santa Fe.

Es el argumentador liberal y sarcástico. Las novelas *El Kahal* y *Oro* sugerían acciones semejantes a las que expresaban los grupos del nacionalismo de derecha al promediar los años treinta. Pero también César Tiempo exponía críticas al funcionamiento y realidad de la Biblioteca, semejantes a las que antes se escucharon y después se seguirían escuchando:

Por de pronto, la Biblioteca Nacional permanece cerrada de 16 a 18 horas. No se pueden revisar diarios o revistas que no estén encuadernados. Hay un solo libro de Andreiev. Cada vez que un lector pide la *Revista de Occidente* el ordenanza le informa que está arriba (arriba vive el director). Hay dos o tres revistas literarias europeas, pero no pueden consultar sino de cinco en cinco años. De las veintiocho obras de André Gide solo hay una, y esa sola en una traducción deplorable. De los once tomos de *Juan Cristóbal*, de Romain Rolland, solo existen dos, uno de ellos en francés y el otro en castellano. No tienen *La madre* de Gorki...

César Tiempo apela aquí a un recurso conocido de la crítica: los malos servicios de la Biblioteca, la sorprendente ausencia de lo que debería poseer. Pero su intención no es eficientista sino producir una crítica que duela al director. Y para un hombre puntilloso como Martínez Zuviría, nada peor que hacer notar la falta de algunos libros fundamentales, más allá

que eran los del gusto de Israel Zeitlin (que ya firmaba con el seudónimo de César Tiempo, y ya había publicado *Libro para la pausa del sábado*, en la editorial de Gleizer). Todo el panfleto de Tiempo destila una teatralidad de gran polemista. Está íntimamente vinculado a la grave dimensión que había adquirido el antisemitismo en la época —son los momentos de pleno ascenso del nazismo— pero al mismo tiempo arrojan una luz impresionante sobre la realidad de la Biblioteca Nacional y el modo en que esta revisaba las interpretaciones de la historia nacional a partir de un archivismo de vastos alcances.

En esos tiempos del prolífico Hugo Wast, la Biblioteca Nacional aún poseía su gran archivo de manuscritos, con lo que su función no estaba totalmente diferenciada de la del archivo, y permitía, en esa propicia equívocidad, que papeles del pasado nacional —abigarrados, a veces indescifrables— hicieran de péndulo necesario con los libros acopiados. Esta ambigüedad le es necesaria a las instituciones. La decisión, tomada en algún momento hacia el fin del período de Martínez Zuviría —que se separa unos meses antes de la caída del gobierno de Perón, en coincidencia con las duras querellas de la época entre el gobierno y la Iglesia—, llevó a que el bibliófilo, crítico e historiador José Luis Trenti Rocamora se hiciera cargo de la Biblioteca Nacional, breve lapso de tiempo en el que el valioso archivo de documentos fue trasladado al Archivo General de la Nación, a fuer de uniformización administrativa general. Precisamente, una interesante memoria de Trenti Rocamora, escrita muchos años después,⁹⁷ nos informa sobre el discutible acontecimiento que significó el envío al Archivo General de la Nación del extraordinario archivo de manuscritos de la Biblioteca Nacional, en el que se hallaban papeles de Miguel de Azcuénaga, Saturnino Segurola y Gregorio Funes, además de Reales Cédulas y otros valiosos papeles de la colonia. El ministro de Educación de Perón —gobierno que caería muy poco tiempo después—, Méndez San Martín, impartió la extraña orden de enviar esos documentos al Archivo, con un propósito evidentemente homogenizador de las funciones de cada institución, sin respetar el modo en que ambas agregaron o incrementaron su patrimonio. Sobre el hecho, Trenti escribe: “La medida fue criticada y hasta me parece que acertadamente [...] pero al largo plazo resultó beneficiosa porque —y por lo que se ve hoy—, también ese fondo documental no hubiese resistido el traslado de México 564 al nuevo edificio”. Uno de los críticos a la absurda medida fue el interventor en la Biblioteca que sucede a Trenti Rocamora, Raúl Touceda, quien cubre un breve período hasta el derrocamiento de Perón.⁹⁸

En cuanto a la opinión de Trenti Rocamora, no parece adecuada. Una sospecha apenas verificable en cualquier futuro etéreo —la conjeturada

pérdida de un archivo—, no puede dar inicio a una decisión de esa índole, que desguarnea patrimonios y ciega las fuentes históricas de una institución. Por otro lado, al revés de lo que sugiere Trenti, se ha perdido en el traslado al Archivo uno de los manuscritos más relevantes, la *Materia médica misionera*, del hermano Pedro Montenegro, fundamental trabajo médico-botánico del siglo XVIII, conocido hoy por las transcripciones que de él se han hecho.⁹⁹ En efecto, el traslado de libros de la calle México al nuevo edificio —en los años noventa— fue problemático, pero con ese argumento se debería haber deseado que todas sus colecciones bibliotecarias quedaran encalladas en lugares no sometidos a un evento como las mudanzas, que luego de extensos períodos, a veces de varios siglos, suelen ocurrir en las grandes bibliotecas. ¿Estas deberían quedar inmóviles en su sitio o nunca poseer tesoros de magnitud? Son eventos traumáticos esas mudanzas. Y tanto lo fue cuando ocurrió en la Biblioteca Nacional francesa “François Mitterrand” como cuando ocurrió en la Biblioteca Nacional de Argentina. Las bibliotecas viven vidas de riesgo.

Boleslao Lewin

Prosigamos, no obstante, comentando este pequeño trabajo conmemorativo de Trenti Rocamora. En cierto pasaje admitirá que la responsabilidad de reemplazar a Martínez Zuviría (este se retiraba por el conflicto de Perón con la Iglesia; faltaban pues pocos meses para la caída del gobierno) lo ponía en una incierta situación, casi después de un cuarto de siglo de absorbente presencia del obstinado folletinista en el primer piso de México 564. “Hasta hoy —escribe un preocupado Trenti— es un desprestigio haberlo sucedido por la vía de la intervención [...] y esto separadamente del grave error gubernamental de concluir así una de las gestiones más brillantes que tuvo la Biblioteca. Pero hay más, se hizo un daño mayor, porque esa intervención fue el inicio de la politización del cargo de director de la Biblioteca Nacional...”.

Esta declaración de Trenti Rocamora suma un número grande de errores de apreciación, pero supone dos problemas ciertamente diferentes: el modo en que la Biblioteca se liga a las armazones conceptuales de una época y lo que llama “politización”. Una nota más daremos a propósito de la interesante pero turbia rememoración de este bibliófilo. Ve un punto “apenas desacertado” en la gestión de Hugo Wast.

No brindó a los judíos ciertas facilidades que se concedían a los demás investigadores. Yo fui protagonista de uno de esos hechos. Un día, durante mi intervención, recorriendo el salón general de lectura,

encontré en uno de los pupitres a Boleslao Lewin, historiador reconocido en temas coloniales, especialmente en Túpac Amaru e inquisición. Le dije que para estudiosos como él, la Biblioteca poseía la Sala Groussac, ámbito de preferencial atención, amplio, con mesas individuales, y la franquicia de poder pedir libros sin límite y de conservarlos en su mesa durante días sucesivos de uso. Me agradeció, me dijo que sabía del lugar, pero que él, por judío, no podía concurrir a la Sala Groussac. En el acto, llamé a Armando Tonelli e hice que mudáramos todo lo de Lewin a la Sala Groussac. Recuerdo que allí estaba como jefe una persona de casual apellido Martínez, y que a mi breve presentación y requerimiento me confirmó que efectivamente era tal cual la disposición sobre judíos investigadores y que él la compartía. Martínez quedó inmediatamente separado de la Biblioteca, Tonelli lo reemplazó provisoriamente y Lewin continuó su labor en la Sala Groussac...

La situación, el propio relato, lo que emana viscosamente de este episodio, todo es insoportable. La Biblioteca Nacional estaba en esa situación de *pogrom*, que iba más allá de todo lo que había denunciado César Tiempo, y mucho más allá del sordo antisemitismo que habitaba en ambientes institucionales, desde luego no verificables en disposición alguna pues era larvado, sigiloso, excepto... ¡en la Biblioteca Nacional! Pero es asimismo grave que Trenti Rocamora, a pesar del reconocimiento de Boleslao Lewin, a quien se le deben investigaciones esenciales sobre el período colonial argentino, haya denonimado —meramente— “ciertas facilidades” a lo que se le estaba hurtando a Lewin. Era su propio ser. El gran investigador judío, en su pupitre de la Biblioteca Nacional, encarnaba al mismo Túpac Amaru que él estudiaba, era el perseguido universal, un hostigado por la Inquisición argentina, tema que también figuraba entre sus pasiones historiográficas.

Confiamos que con este recorrido vertiginoso se pueda enfocar, aunque sea con débil lumbré, lo que debieron ser esos años de Gustavo Martínez Zuviría en la Biblioteca Nacional, que abarcaron casi dos décadas y media, con la interrupción de algunos breves períodos en que cumplió otras funciones en el aparato político y educacional del Estado.

Una compra y un duelo (I): otro hombre de Toulouse

En especial, de este período, nos interesan *una compra y un duelo*. En el primer caso, mencionaremos el caso de la compra de la excepcional colección

documental Foulché-Delbosc, preservada hasta hoy por la Sala del Tesoro Paul Groussac de la Biblioteca Nacional; en el segundo, el duelo frustrado entre el director de la *Revista de la Biblioteca Nacional*, Felipe Barreda Laos, y Teodoro Becú, “bibliófilo y estudioso de la historia del libro”.¹⁰⁰

Comencemos por la colección Foulché-Delbosc. Es uno de los patrimonios homogéneos más importantes de la Biblioteca Nacional: se trata de una colección de vigorosa coherencia que proviene del trabajo de acopio que durante muchos años, más de tres décadas, realizó el hispanista francés Raymond Foulché-Delbosc, director de la *Revue Hispanique*. ¿Cómo definir a Foulché? Imaginemos un joven de Toulouse, que a finales del siglo XIX, abandona sus estudios comerciales y jurídicos y se lanza al estudio de las lenguas, sobre todo del castellano. Su fervor, su destino, es el del coleccionista. Reunirá la colección más importante de bibliografía histórica española, libros, documentos, cancioneros, proverbios, ediciones princeps, célebres escritos como *La Celestina*, libro del cual la colección contiene varias ediciones iniciáticas, una editada en Sevilla en 1502, romances moriscos y caballescros, en fin, el humor general de los estilos de la picaresca.

A la muerte de Foulché, en 1936, se rematan los fondos de su colección, en un episodio que convulsionó al mundo bibliográfico europeo. España había comenzado las largas tribulaciones de la Guerra Civil, y esos tesoros de la historia formativa del país, no estaban en condiciones de ser amparados o comprados por las entidades bibliotecarias y bibliófilas españolas. Desde luego, Foulché era miembro destacado de las organizaciones bibliográficas de ese país. Pero en la famosa subasta, la mayor parte de los valiosos documentos fueron comprados por la Biblioteca Nacional argentina, por iniciativa de Martínez Zuviría.

El agente de los tratos de compra fue Jorge Max Rohde, que en esos años residía en Francia. Era un escritor de cenáculos conservadores y eruditos, autor de libros de viaje, orientalista aficionado y especialista no desdeñable de la *Divina Comedia*. En su momento había sido discípulo de Ricardo Rojas. También Rohde practicaba la escritura de tratados de estética literaria. Borges no se privó de un comentario travieso y terrible a uno de sus libros de viaje. Quizá fuera una irreverencia de jovencuelo o una burla que equivalía a una teoría estética. Consideró el escrito de Rohde como “anticuado pero no todavía enternecedor”. La inspiración del denuesto es evidentemente groussaquiana. Borges escribía estas maledicentes reseñas bibliográficas en la revista *El Hogar*.¹⁰¹ Antes, en el estilo zumbón e ingenioso que se permiten las peñas literarias para simular o ejercer una destrucción, en un número de 1924 de la revista *Martín Fierro*, Ernesto Palacio había escrito sobre Rohde en burlesco género de epitafio:

Yace aquí Jorge Max Rohde
 Dejadlo dormir en pax
 Que de este modo no xode
 Max.

En Buenos Aires, en 1934 se había realizado el Congreso Eucarístico Internacional con la presencia de cardenal Pacelli, que luego será el papa Pío XII. El zeppelin alemán sobrevolaba orgulloso los cielos del mundo y también pasará por la ciudad gardeliana. Ajeno a viejos documentos medievales con anónimos y dulces romanceros, Gardel interpretaba sus películas en Nueva York, cantaba *Sus ojos se cerraron* y marchaba a la ignorada cita de Medellín. ¿Pero por qué escribimos estas impalpables concordancias? La historia en su bruto flujo real se nos escapa entre nombres que clavamos como estacas. Son necesarios pero no nos dejan llegar a la médula general de las pasiones. Debe haber una historia universal que permita un grado de abstracción que conjugue, con otro rango conceptual, un dirigible, un tango, una misa colectiva, la compra de los archivos de un francés en París. ¿Veríamos esto último a la luz de la tecnología aeronáutica nazi o esta a la luz de una melancólica canción gardeliana producida por la industria discográfica neoyorquina? Artaud había escrito en *El suicidado por la sociedad* que una exposición de un cuadro de Van Gogh —mencionaba a *Los cuervos*— establecía un mojón de época, cortaba en dos los tiempos mucho más que una guerra o un terremoto. ¿Podría tener el mismo efecto la compra de la colección Foulché-Delbosc durante tres días de octubre de 1936 en el Hotel Drouot de París, bajo la batuta del curador Georges Andrieux?¹⁰² Quizá sí para la historia de una biblioteca, pero no para la historia de una época. Solo con ímprobos esfuerzos, a priori fracasados, la historia de una biblioteca podría ser la historia de una época. ¿Pero al afirmar esto no estamos desmintiendo en algo el tono que le damos a estas páginas? Aquí jugamos con la idea de que la historia de una biblioteca puede significar todo lo que deseáramos saber sobre la historia de una época.

Hay cierto rasgo groussaquiano en Foulché, aunque más no sea por su nacimiento, también en Toulouse. El afán filológico —más vivaz e imaginativo en quien fue director de la Biblioteca Nacional de Argentina— se encuentra lógicamente en ambos. El cuerpo imaginario de Foulché (que falleció en París también en 1929, en el mismo año que Groussac) son esos formidables documentos y tesoros en libros y manuscritos españoles. Ese cuerpo convertido en archivo extático viene a parar casi entero a Argentina por la vía de una compra avalada por la diplomacia y las instituciones educativas del país. Hugo Wast había olfateado muy bien la ocasión y

movilizado los servicios exteriores argentinos. Groussac quizá no hubiera tenido la misma condescendencia con el selecto archivo de la memoria española. Foulché era un francés cuya flecha apuntaba a España, a su lengua, su gramática, sus romances, su *principia* literaria; el otro, Groussac, gustaba del papelerío antiguo, pero de una antigüedad moderna y dirigió su atención hacia los Archivos de Indias, a sus documentos viejos de varios siglos, aunque solo cuando los pudo hacer servir a la causa de establecer la historia moderna de Argentina.

Por otro lado, a través de la epopeya de un oscuro y empeñoso comisionado bibliotecario, Gaspar García Viñas,¹⁰³ hizo copiar todo lo que en ese acervo se refería a la historia sudamericana. No traía originales e incunables, sino la moderna copia ya descifrada por el bibliotecario erudito y perito calígrafo que había enviado a España en misión especial. Groussac no era hispanista, y bajo este título de fino resentimiento hacia una cultura de cristianismo barroco, romancero sensual, simuladores picarescos y héroes arcaizantes, prefirió matizar en el Río de la Plata una versión del modernismo sin vanguardias afrancesadas ni fósiles hispanizantes. Pierre Menard parece encarnar mucho más a un tipo humano como Foulché-Delbosc que a Groussac.

Martínez Zuviría podía ser considerado un discípulo menor de ese documentalismo preciosista, que ha dado y dará grandes fervores investigativos y asegurará un monástico cuidado de la memoria misma de la humanidad. En la *Revista de la Biblioteca Nacional*, que seguía mucho más el modelo de Trelles que el de Groussac —aun considerando el Groussac de los *Anales*— se publicaban de corrido y despojados de cualquier comentarismo o establecimiento de textos, interesantes documentos de la historia argentina. Sin embargo, sería ingenuo pensar que la revista no actuaba en la más cruda realidad política contemporánea y en su específico debate de ideas. En verdad, es el instrumento de Hugo Wast para proponer su tesis sobre la fundación de la Biblioteca Nacional. Al calor de esas escrituras que lindan con el modesto jeroglífico de las escribanías eclesiales, Martínez Zuviría intentaba mostrar que la Biblioteca no tenía raíz laica y jacobina, sino clerical, y que Mayo significaba un modo de cauta secesión política en el seno mayor de la hispanidad. Digamos que Hugo Wast era el instrumento de Martínez Zuviría para mostrar el documentalismo científico como obra facciosa y Martínez Zuviría era el instrumento de Hugo Wast para mostrar como meticuloso servicio archivístico lo que era una oscura pasión conspirativa. Por lo demás, entre el coleccionista y el conspirador hay más de un punto en común. El mito de todos los documentos recuperados en un sueño repentino de la humanidad que se vería a sí misma con total transparencia tiene un notable despotismo. El

archivista no siempre sabe evitar el destino del conspirador, que ve en sus colecciones la posibilidad de cierre de lo azaroso, la ruina de la causalidad compleja, un impedimento final a la pérdida de materiales y del olvido corrosivo. Pero lo que permite el verdadero sentido de las colecciones es precisamente lo contrario, son los vacíos y ausencias de la serie. Solo con este reconocimiento el archivista no se convierte en un obstinado y rutinario conspirador.

Volvamos a hojear la *Revista de la Biblioteca Nacional* de Wast-Zuviría. En uno de los números que tenemos a la vista¹⁰⁴ se publican documentos del cura Saturnino Segurola, que tienen interés pleno. Este sacerdote, que en su momento había sido nombrado segundo bibliotecario de la Biblioteca Pública y será su director en 1821, antes de ser reemplazado de inmediato por Manuel Moreno —hermano de Mariano: la ronda de nombres se adensa sobre un mismo *locus*—, expone interesantes consideraciones sobre diversos temas. Uno es conocido, la cuestión de la vacuna contra la viruela, que tiene a Segurola como principal estudioso y conservador. En una memoria del Protomedicato de 1810 aparece el tema de la vacuna con contornos dramáticos, a la vez que indicándose disposiciones para detener el “pestífero contagio”. Estos documentos inspiran la posibilidad de una historia de las ciencias, las pestes y los dispositivos científicos en el Río de la Plata, como parte de un gran fresco sobre las creencias de la cotidianidad y la organización de las tecnologías de la vida privada. Frente a esta dimensión, nada o muy poco valdría la cuestión de los héroes fundadores. La historia sería lo que reclamaría la construcción de otra temporalidad, la temporalidad “del neolítico” como diría Lévi-Strauss, y dejaría en reductos desdeñados el debate sobre la fundación de instituciones y el rastro de sus cuitas ideológicas. Como luego dirá Alberdi, el heroísmo sería científico y no político, heroísmos como los del ingeniero Wheelwright, constructor de ferrocarriles, y no como los de Bolívar o San Martín, constructores de batallas al pie de montañas o a la vera de los ríos. ¿Pero una vez que la historia universal se resuelva en la lenta elaboración de las mentalidades espacio-temporales, energéticas y tecnológicas, no volveríamos a sentir la urgente necesidad en nuestras vidas de retornar al cauce folletinesco y jacobino de los acontecimientos?

El otro documento de Segurola que publica el número que estamos comentando de la *Revista de la Biblioteca Nacional* se refiere a una memoria que creemos menos conocida. Se trata de un alegato “a favor de los negros, zambos, mestizos, cuarterones, etc.” que posee una rara originalidad. Decimos: “documento de Segurola”. ¿Será así? El texto es de gran importancia, y hasta cierto punto revulsivo en su llamado al igualitarismo de los

estamentos sociales de la América española. No tiene fecha ni firma. Estaba entre los papeles de Segurola, en la sección Manuscritos de la Biblioteca Nacional, por tratarse de un ex director. Para consultarlos ahora, es necesario hacerlo en el Archivo General de la Nación, donde fueron mandados por la Biblioteca, junto a todos los manuscritos que poseía, al promediar los años cincuenta. El documento es anterior a la Revolución de Mayo y, salvo excepciones, supera con creces todo lo que los políticos comprometidos con su clima de libertades pensaron y dispusieron en torno al problema de la servidumbre, el reconocimiento de los oficios, la honra profesional de los trabajadores y la igualdad social. Ciertamente, todo en nombre de fortalecer las instituciones eclesiásticas y el Reino terrenal, pero así es también Bartolomé de las Casas, que había emitido sus documentos famosos sobre las comunidades indígenas desde el oceánico mundo aristotélico, en el cual era difícil obtener referencias para una igualdad que no sea también el imperio del paternalismo. No obstante, lo que leemos en el documento atribuible a Segurola, es un programa sensible a lo que podríamos llamar un libertarismo monárquico patriarcal:

Sabemos muy bien que la condición de la esclavitud infama y envilece las personas y como que no son sui juris, tampoco pueden, ni tienen libertad p^o ocuparse en lo que fuese de su arbitrio. Mi pensamiento pues es, que los Sambos, Mulatos, Mestizos, Quarterones &ª hijos de Padres Libres, / Christianos y de lejítimo Matrimonio se tengan por gente de nacimiento honrado y honesto, y por lo mismo que les estorbe su color y nacimiento p.^a ser admitidos en todas las escuelas, Congregaciones y Comunidades de Españoles, alternar con ellos y ocupar los puestos y demás honores Eclesiásticos y Civiles si por virtud y méritos fuesen acreedores a ellos p.^a cuyo fin las ciudades Capitales del reyno supliquen esta gracia a Ntro. Monarca con la prevención de que nadie se atreva en público ni en secreto à llamarles por desprecio con el distintivo de su casta, bajo la pena de ser castigado con alguna multa pecuniaria, o con las que nras. Leyes previenen contra los que injurian à otro gravemente.¹⁰⁵

Segurola, el déan de la vacuna, aplicaba la antivariólica bajo un árbol del actual Parque Chacabuco, un hermoso pacará, que fue preservado de la tala por iniciativa de Alfredo Palacios. El líder socialista dedica un fervoroso discurso en el Parlamento —en 1939— para ensalzar al sacerdote. Es probable que el escrito contra las castas y la segregación de la población por su origen étnico sea de su autoría, lo que lo pone en un lugar encumbrado en cuanto a la lucha por los derechos civiles en América, capítulo

importante del liberalismo social y el socialismo liberal. Entre sus papeles de archivo, también se halla una memoria sobre el Riachuelo, fruto de su coleccionismo dirigido también a intereses técnicos, cuya autoría pertenece al ingeniero Eustaquio Giannini, datado en enero de 1804. Este informe es de gran significación como antecedente de la historia del puerto de Buenos Aires. Los problemas de la desembocadura del Riachuelo —la *Boca*, palabra que luego dejaría de ser parte de la remota geografía colonial fluvial para ser el nombre de una oscura pasión— surgen con un asombroso aire de actualidad. El autor del documento compara los problemas para la construcción de un puerto civil y militar en el Riachuelo con los que se conoce que hubieron en “Dunkerque, Maastrich, Flandes, Cherbourg, Calais, Havre de Grace”. La comparación con los puertos europeos no tiene nada que envidiarle a la leyenda del club de fútbol situado en esa desembocadura del Riachuelo, que mucho después, en los albores del siglo XX, dijo copiar los colores de su heráldica deportiva de un remoto barco sueco, como el que trajo al marinero de Emma Zunz; barco que hacía flamear cansinamente su bandera azul y oro en una proa oxidada. Abandonamos por aquí al muy interesante Segurola, personaje de la *Revista* de Martínez Zuviría y hombre de nuestro rico mundo colonial y poscolonial, a falta de un medioevo en regla.

Una compra y un duelo (II): se baten dos bibliófilos

Dijimos que nos interesaban *una compra y un duelo* para acercarnos al período de la Biblioteca Nacional atravesado por el sino de Martínez Zuviría. De la compra —los documentos de Foulché-Delbosc— ya hablamos. El duelo es el que protagoniza Felipe Barreda Laos, director de la *Revista de la Biblioteca Nacional* a comienzos de los años cuarenta. Mario Tesler cuenta esta historia. Barreda Laos había sido embajador peruano en Argentina y un cambio de gobierno lo deja varado en Buenos Aires. Sin duda, es hombre de credo antiliberal, y es de suponer que allegado al mundo de ideas de Hugo Wast. Nombrado en la Biblioteca, desde 1942 a 1955 dirigió la *Revista* destinada a publicar los valiosos documentos históricos que en ese momento guardaba el establecimiento. ¿Con quién se genera esta situación duelistica? El contrincante de Barreda Laos será Teodoro Becú, conocido bibliófilo del momento, que publica un folleto en el que expone distintas críticas que le merecen los servicios de la Biblioteca. Sus catálogos ineficientes, inservibles para los estudiosos, su personal desligado de cualquier interés por sus funciones. Y principalmente, la ausencia de una bibliografía nacional, que la

Biblioteca Nacional debería remediar, no fuese su inacción en ese terreno. Las revistas de la Biblioteca, en vez de dedicarse a esta función, se sienten llamadas a publicar documentos históricos o crítica literaria.¹⁰⁶ En esta crítica de Becú quedaban incursos los antiguos directores Trelles y Groussac, y ahora Martínez Zuviría, que impulsa la *Revista* que dirige Barreda, y que se sitúa en la serie anterior, pero con excepciones. Del período Groussac no considera a la revista *La Biblioteca* —por ser de investigación, crítica y ensayo—, pero sí nombra la también groussaquiana *Anales*, que se propone el cometido de dar a luz una vasta documentación histórica. Becú agregaba una nota xenofóbica, al señalar la condición de extranjeros de muchos de sus criticados, el primero de ellos, por cierto Paul Groussac, quien ya había sido observado por Sarmiento por esa misma condición.

Barreda Laos responde reivindicando la *Revista*, haciéndola descendiente de las tareas de Trelles, De Angelis y Groussac, modo imperfecto pero no extraño de postular una filogenia del archivismo y el documentalismo en Argentina. Al mismo tiempo, destaca su propia filiación “nacional hispanoamericana” y su “culto sanmartiniano”. Los respectivos folletos en que Barreda Laos y Becú cruzan lanzas, contienen distintas evidencias del arte de injuriar, pero sin la cumbre del género que supieron encarnar Groussac y Borges. Era el momento para un juicio material por la vía de la “retractación o una reparación por las armas”. Declarada la situación de duelo, los padrinos respectivos eran Matías Sánchez Sorondo y el coronel Ricardo Mendioroz por Barreda, y Alberto J. Martínez y Alberto E. Uriburu por Becú. Los nombres se pierden con la distancia y suelen dejar variadas resonancias que desmayan con el tiempo. Matías Sánchez Sorondo había sido ministro de Interior del general Uriburu en el golpe de 1930 y su más connotado impulsor de políticas filofascistas; el coronel Ricardo Mendioroz es probablemente el mismo que Perón cita con el grado de capitán como parte del Estado Mayor golpista del 30, y Alberto E. Uriburu, miembro de la Sociedad de Bibliófilos Argentinos que había sido fundada en 1928 en la sede de la Biblioteca Nacional de la calle México (Groussac era miembro honorario), y si no nos confunde alguna sinonimia, es el hijo del general Uriburu. Los dos duelistas tienen así padrinos allegados a la misma configuración histórica y mental. Es la derecha nacionalista argentina, enfrascada en un remoto debate bibliográfico y bibliotecológico. El duelo surgía de una quisquillosa confrontación erudita y cortesana, que emanaba del interior de los rancios ambientes intelectuales del antisemitismo y del nacionalismo militar que había coqueteado con los fascismos de época. Habían derrocado a Yrigoyen, otro duelista. El siglo XIX se había cerrado con el duelo a sable entre Hipólito Yrigoyen y Lisandro de la Torre en un galpón abandonado, frente al Río de la Plata.

Barreda Laos y Teodoro Becú concordaban en casi todo, pero una cuestión de procedimiento bibliofílico y el juicio divergente sobre la propia Biblioteca Nacional y sus tácticas editoriales separaba a los duelistas. El momento histórico aún toleraba la “política de honor”, singular manifestación del drama burgués de la verdad. La historia del duelo en Argentina no tiene muchos capítulos resonantes, pero cómo no recordar la muerte de Lucio V. López, apadrinado por el general Mansilla, a manos de un ignoto militar que se sintió ofendido por una investigación administrativa debida a irregularidades en la compra de tierras. El duelo era a muerte y se llevaría la vida del autor de *La gran aldea*, nieto del autor del Himno Nacional y niño mimado de las elites gubernativas e intelectuales de la época. El tema del duelo, como es fama, es un factor de división en el Partido Socialista argentino. Mientras Juan B. Justo lo considera un vestigio del orden feudal, que debía ser destruido por la verdad racional y argumental, Alfredo Palacios enfrenta la circunstancia del honor con la percepción de la caballería antigua. El socialismo moderno, a su juicio, no podía privarse de las figuras del espadachín, el dandy, el cortejante y el duelista.

¿Se equivocan los duelistas en la sociedad industrial y comunicacional? Todo momento histórico necesita un horizonte final para resolver la honda cuestión de la verdad. Como la ciencia presupone una verdad conquistada por la investigación ante lo desconocido y la fe nos lleva a una verdad que se conquista por un llanto interior que no vacila ante lo ignorado, no queda lugar para la verdad del sí-mismo vulnerable. El yo individual debe saber a cada momento —piensa el duelista— que es necesario reaccionar con su disposición a poner todo en juego ante una amenaza. Como el valor que está amenazado es un bien que ni la ciencia ni la fe abarcan en su significación última, solo queda la destreza para restaurar el sustento de la virtud personal mostrando que se la coloca en una situación extrema. Entonces, bajo ciertas reglas, se pone en equivalencia la propia vida y los actos necesarios para devolver la cualidad virtuosa de la existencia. El duelo es un juicio sin ninguna ley o con la única ley cuya esencia es la enigmática protección de lo que creo más valioso y vulnerable: mi vida. O mejor dicho, los signos y lemas que destila nuestra vida, siempre a punto de sucumbir y cuya única defensa la constituimos nosotros mismos. No hay vida, cree el duelista, sin la vigilancia extrema hacia todo lo que puede afectarnos. Y el vivir mismo es lo que nos afecta. El duelo es la existencia afectada, la conciencia de que está todo estropeado. Insólitos herederos de la ética de la caballería, para los duelistas del socialismo o del nacionalismo, ese estropicio podía ser transformado en felicidad pública o comunitaria, pero a condición de que el político surgiera de un duelo, de una noción de tragedia personal de defensor

de la vida amenazando la vida. La escena final de *La montaña mágica* de Thomas Mann concibe la guerra como la amplificación del duelo —lo que no es novedad— pero en los duelistas ve la confrontación entre el fanatismo teológico-político y el escepticismo racionalista que ya no hace descansar en el duelo la resolución de la verdad. Por eso, el jesuita Naphta transforma el duelo en su suicidio y el sabio metafísico Settembrini emplea sus fintas pero dispara al aire, intentando decir que en el mismo duelo hay algo superior al duelo. Sería la convicción de que su forma pura de confrontación dicotómica puede ser invocada metafóricamente para salvar al mundo con una fraterna conciencia colectiva.

Pero el duelo es sugestivo en su sucinta forma metódica: son dos hombres, con instrumentos de muerte y reglas para llegar a ella o declarar a salvo lo que estaba en riesgo, sin llegar a la muerte reglamentada. Ofreciendo el riesgo total o parcial de vida en canje por la verdad, ni la ciencia ni las creencias de cualquier otra índole resuelven lo que puede dar el infinito paganismo del yo desnudo y su brazo apuntando. Allí residiría para el duelista el sentido final que sustenta el estatuto de *persona*. Ahora bien, esta concepción, que parte de la vulnerabilidad absoluta del yo, es la intrincada fusión entre la política y la vida. Sin duda, el aroma que preside esta idea pertenece a las derechas honoríficas con raíces en una hipótesis de feudalidad en la conciencia pública. Tener derecho al habla involucra que en mi verdad hay un elemento de consistencia que reside solamente en mi fuerza de vida, que siempre pongo en juego al modo de una territorialidad feudal, de dominio de la vida basado en un trípode señorial entre fuerza, propiedad y verdad. Solo por motivos que las triviales teorías de la ideología no pueden concebir con sus instrumentos habituales, políticos de izquierda reconocible han juzgado como necesaria una ética honorífica de cuño arcaico. Es conocido el dilema en que se ve envuelto Marx ante la vocación duelística que tiene Lasalle, el más importante jefe de la socialdemocracia alemana en la segunda mitad del siglo XIX. Este político acaba muriendo en un duelo por cuestiones de cortesanía amorosa, sumiendo a Marx en una amarga reflexión sobre la suerte del socialismo en manos de héroes románticos que piensan en una sociedad nueva pero actúan con éticas personales aristocráticas.

Los duelistas argentinos abundan hacia fines del siglo XIX y los seguimos encontrando hasta más allá de la primera mitad del siglo XX, hasta que la estirpe decae ante la crítica ya no del proletariado sino de la verdadera sociedad de la injuria insustancial que promueve el estilo de los medios de comunicación. En las filas populares, fueron duelistas el ya mencionado Palacios, Scalabrini Ortiz, Jauretche, John William Cooke; en las filas radicales el virus del honor político alcanzó a Frondizi en sus

tiempos de diputado y entre las huestes conservadoras, el número de esgrimistas dispuestos a la “primera sangre” nunca fue escaso. Precisamente, el duelo que los padrinos pactaban como pasible de ser detenido ante el primer brote de sangre era el más habitual. ¿Cuáles son las gradaciones del honor? ¿También admite negociaciones y la intervención del sentido común! La sociedad utópica de duelistas intenta crear una comunidad de iguales que están dispuestos a cambiar una primera sangre en nombre de últimas verdades. La verdad del yo que se cree la medida de todos los valores y lo que siempre retiramos de toda discusión como forma ya probada y cierta de lo que no puede estar en discusión. La autocrítica, la duda o la perplejidad estética son enemigas del duelo. Sin embargo, como coreografía honorífica, el duelo percibe bajo el signo de la muerte, el pudor y el luto la pregunta esencial sobre la verdad de la vida desnuda. Enfrentar al otro con lúgubres reglas de martirio para que el precio más extraordinario sea la prenda de la triste existencia, consagra el patetismo del yo convertido en mero signo profano. Es aristocratismo taimado, la vida está en juego pero las reglas empujan hacia la resolución pactada. Sale así indemne el sentimiento honorífico haciendo más sólido el fino sentimiento de clase. Y más allá de todo, siempre algunos duelistas que llegan a la última instancia y pueden exhibirse en su sacrificio final, sostienen todo el andamiaje de la sangre como equivalente de la verdad.

Esto es lo que quiso evitar la política burguesa plebeya, con sus derechos a réplica, las cuestiones de privilegio y los artilugios del uso apaciguado de la palabra que contiene todo parlamento. En la era de los medios de comunicación, con mucha más razón, el duelo sería un principio de desmantelamiento de la injuria libre y la construcción provisoria y simulada del yo. Los duelistas piensan que todos sobran pero nadie está de más. En cambio, el principio de la supresión del duelo presupone que todos están “de más” pero también que todos “sobran”, en el límite del abandono a la conciencia que “se rompe pero no se dobla”. Las disputas del reino mediático, no obstante, poseen formas encubiertas del duelo, pero de las tantas que pueden mencionarse recordamos la manera jerárquica con que las tecnologías de la imagen forjan montajes y seleccionan las más apropiadas por medio de masivas eliminaciones y mezclas. Algunas sobreviven, otras sucumben en el duelo que les respeta la honra o las descarta por no contar con el arte darwiniano para sobrevivir. En un sentido amplio, la decisión artística y el arte en general es el ámbito pleno en donde perduran sublimadas las ceremonias de duelo.

De ahí que toda minucia, aun la más insignificante o anodina, sirva para presentar el principio del duelo. Volvamos a lo que ocurrió con el

duelo entre Barreda Laos y Becú. Se jugaban ahí los arabescos ideológicos del nacionalismo elitista argentino, en sus versiones más arbitrarias y vetustas. La cuestión era bibliotecológica pero la esencia de la querrela era la afirmación de una verdad superior a la filigrana de las catalogaciones o los estilos de recopilar papeles. Sin embargo, este episodio demostraba también hasta qué punto una biblioteca es la guerra. Guerra que según es fama debe conjurar con el poder del conocimiento, tan pleno como el poder del comercio y la tecnología. Mercados y bibliotecas se ofrecen como el cese de la guerra. Pero imperceptiblemente, la guerra se filtra en la biblioteca, en sus infinitos órdenes de libros catalogados en medio del debate incesante sobre cómo catalogar. Ese debate que nunca cesa sobre qué categoría del mundo le pertenece a cada significado, hace de la catalogografía la continuación de la guerra por otros medios, mientras el mercado no vive sin pronunciar palabras de guerra en suspenso, sin saber cuánto las transacciones pacíficas les deben a las metáforas de la beligerancia.

Siempre estamos tentados a la idea de que hay un paralelismo casi fulmineo entre las sucesivas direcciones de la Biblioteca y los períodos gubernativos del país, en especial cuando su comienzo o finalización se puntúan por el ruido de corceles y de acero, o de notorios bombardeos sobre una plaza pública. La paz y la guerra establecen los planos temporales para el juicio histórico, pero no hay que equivocarse respecto a que también las bibliotecas centrales, nacionales o universales, poseen la veta oculta de la guerra en sus decisiones internas, aun las de carácter técnico, las que más parecen alejadas de los vaivenes del mundo histórico. Gustavo Martínez Zuviría marca apretadamente la densidad cultural de un período ideológico, entre el momento en que queda exangüe el largo ciclo de Groussac y las luchas sociales y políticas que tienen su máxima ebullición hacia 1955. ¿Pero qué clase de ciclos histórico-culturales son los de la Biblioteca Nacional? Si aceptamos el concepto de “mito de la Nación Católica”,¹⁰⁷ un ciclo entero perteneció a esta denominación de raíz académica pero de alcances socialmente trascendentales. El presente que atravesamos debe hacer la crítica de aquellas formulaciones lúgubres de ultramonte.

El actual nombre de la sala hemeroteca de la Biblioteca Nacional es el de Gustavo Martínez Zuviría, colocado en épocas oscuras y recordando épocas oscuras. Reinó en la Biblioteca muchos años y fue un bibliotecario —emperero— cabal. Como vimos, envuelto en la ordalía de viles folletines que dejaron marca en una parte de la conciencia colectiva. Muchas veces como profesión de fe democrática se pidió retirar el letrero con su nombre para poner otros en su lugar. Como director de la Casa me debatí mucho tiempo

ante este tema, sobre todo porque organizaciones respetadas y amigos estimables me lo han presentado como problema.¹⁰⁸ No estoy seguro de lo que escribo, pero voy a citar una frase nietzscheana en *Así habló Zaratustra*, cuando presenciando la acción de los *communards* en 1871, juzga el derribo de la Columna de la Vêndome de este modo: “¡tiradla abajo, volverá más seductora a su lugar!”. Tomé en serio este profético razonamiento. En épocas más ardientes, donde está fresca la memoria de un desarreglo —y según cual fuera—, se procede a deponer símbolos y tirar estatuas. Así es la vida histórica en lo que tiene de alegoría. Con los nombres de las calles ocurre otro tanto pero también ocurre que en algún momento se convierten en un signo fusionado a la cosa, despojado de intención histórica. Como mera cifra inscrita en la piedra, significan otra cosa. No la historia sino el paso de la historia por el archivo inmóvil, y su conversión en toponimia indiferente. Su vida es la de la huella sin origen, que hace del paisaje un símbolo conocido, plano y sin memoria. O solo con la memoria del *locus* que él señala. Por eso, muchas veces en el afán de justicia histórica se desconoce la memoria o la huella impasible de los lugares, acuerdo pasivo entre los hombres. La memoria puede estar en las antípodas de la justicia.

En cuanto a la historia, puede tener un rostro de tolerancia calma y otro de destronamiento obstinado. Martínez Zuviría permanece en un cartel indicador, inactivo, y cada vez que se pasa por allí, el que conoce las formas aciagas de la historia, podrá memorar entre labios “Boleslao Lewin”.¹⁰⁹ Un reemplazo así hecho, musitado, ya es un juego crucial con los nombres, antes que se hagan propicias las inscripciones correspondientes, sin mengua de la complejidad de lo que el juicio histórico reclama como gesto de reparación.

1943: Nostradamus

Fervoroso editor de revistas,¹¹⁰ sin embargo Martínez Zuviría publicó también algunos libros. Eran libros curiosos y en algún caso, inesperados. Con pie de imprenta de la Biblioteca Nacional, en el año 1943 dio a conocer *Las profecías de Nostradamus*, en edición facsimilar¹¹¹ tomada del original francés de 1568 existente en el Tesoro. (La primera edición es de apenas trece años antes). ¿Qué podría haber originado esta extraña decisión editorial? Otros dos libros son publicados por la Biblioteca, en el mismo período. En 1940, el facsimilar de “La ida” del *Martín Fierro*¹¹² y *Toponimia patagónica de etimología araucana*,¹¹³ por el mayor Juan Perón, en 1948. ¿Qué podrían tener en común estos libros? La edición

de *Les prophéties* de Nostradamus reproduce un ejemplar que posee el Tesoro de la Biblioteca Nacional, de gran rareza y antigüedad, una de las primeras ediciones de este libro. Pero no ha sido eso lo que debió justificar la publicación. Hay muchos otros libros en el Tesoro en la condición de ser editados facsimilarmente por su rango de excepcional bibliográfica.¹¹⁴

Antes bien, pensamos que Martínez Zuviría estaba vinculado a este pensamiento, y lo demostraba frecuentándolo en sus novelas. Por otro lado, en los sectores de la ultraderecha de la época, esta astrología mística, que bebía de fuentes cabalísticas, era citada como el presagio anticipado de un cambio de época que en el siglo XX tenía el rostro del avance nazifascista. Interesaban pues las formas en que se hacía intervenir a estas predicciones en los pliegues de actualidad. El mismo Nostradamus, médico de Carlos IX, así lo hizo en sus enigmáticas y alegóricas rimas, de sabor alquímico y ocultista.¹¹⁵ Se trata de una de las variedades más reconocibles del pensamiento conspiracional, que este judío converso que fue médico personal del rey modelaba con gracia de nigromante. Nada autoriza que estas “centurias poéticas” que anuncian al Anticristo y su derrota, sirvan de pronóstico histórico, no sea su ingenuo alegorismo, siempre apto para traducciones imaginativas de augures, adivinos y cultores del impercedero género de los horóscopos.

Su derivación política es evidente: hay una concepción de la historia bajo el cuño del esoterismo. Es el lector de *Los protocolos de los sabios de Sión* el que publica el poema de Nostradamus, que le debía parecer el protocolo de la salvación de Occidente. ¿Y los demás libros? El facsimilar del *Martín Fierro*, “La ida”, podría asemejarse también a un protocolo encubierto de una protoforma del mando jerárquico, una gauchocracia salvacionista. No lo autoriza ese gran escrito, pero Martínez Zuviría debió pensar, ante el libro hernandiano —como también ante el diccionario toponímico de araucanismos de Perón—, que todo lenguaje debe ser cifrado y que de cualquier modo encierra profecías aptas para la reacción contra recónditos síntomas de perturbación. Así, esos libros podían ser vistos como reaseguro frente a las lenguas desbocadas, libertarias o no catalogadoras. Diccionarios, octosílabos y sextinas que iban de la sacrificada gravedad a la picaresca, todo podía ser considerado como parte de un lenguaje de acopio áulico de experiencias, una voz defensiva contra las “conspiraciones apátridas”. Martínez Zuviría y su alter ego Hugo Wast leían los textos como pasiones del bibliófilo y como advertencias de un ocultista combatiendo a otros ocultistas. Uno era la oscura imaginiería del otro, el otro la versión administrativa del santoral de jerarquías amenazadas que el primero denunciaba. Uno y otro rostro componían este Jano

bibliotecológico, mirando hacia la documentación arcaica como valor protegido a la entrada, y dando salida a una fantasmagórica guerra de razas en el interior de las bibliotecas. *Nostradamus* quizá se publica como parte de lo que se respiraba en ese momento político, y que Martínez Estrada, en *La cabeza de Goliath*, mencionó como una atmósfera de *putsch*.

1944: el proyecto del nuevo edificio

¿Hubo en Argentina un utopismo de la derecha arquitectónica neoclásica? También lo podemos encontrar en el proyecto de mudanza del edificio de la Biblioteca de la calle México a una plaza cívica de fantasmales características helénico-romanas. Se trataba del área actualmente ocupada por la Facultad de Derecho en su extensión imaginaria hacia la calle Tagle. La Facultad se había comenzado a proyectar en 1937 y se inauguró diez años después, en el gobierno de Perón, en 1947. El día de esa inauguración, se dieron las últimas clases simultáneas en el viejo edificio de la calle Las Heras y Pueyrredón, esa trunca casaseudogótica, y luego los profesores y alumnos se dirigieron caminando hacia la nueva Facultad de Derecho. Ahí los esperaba el general Perón con el discurso de inauguración. En cuanto al proyecto de Arquitectura Bibliotecaria de Martínez Zuviría y el arquitecto Arturo Ochoa (funcionario del Ministerio de Instrucción Pública), es audaz y llamativo. En 1944 se pensaba que la Biblioteca sería el centro de un sistema que incluiría a la Facultad de Derecho y un Palacio de las Artes. Lo leemos en un interesante folleto ministerial que sin duda ha sido escrito por Martínez Zuviría, que en otras publicaciones firmadas efectivamente por él, retoma esos mismos temas.¹¹⁶ Arquitectónica y urbanísticamente se trata de una plaza pública concebida como foro cívico colosal, al modo de un agrupamiento comunitario de las artes y el derecho, en cuyo centro se halla la Biblioteca. Es una ciudad del espíritu estatal descendido a la tierra, con un aire racionalista intimidante y una resolución ornamental algo pesadillesca. Es la arquitectura de la vanguardia estatista conservadora de la época. No vacila en contrastar las encajonadas fachadas gélidas y disciplinadas con columnatas impávidas y aditamentos inesperados de desarrollos contrastantes hacia lo alto. Es el caso de la proyectada Biblioteca. Esta presidiría todo el conjunto con su soledad de vigía neofascista y su frialdad de gigante aniñado.

En 1944, esta ciudad de la cultura erudita y altos sacerdocios del Orden, era la respuesta a la Manzana de las Luces que albergó la primera Biblioteca. En el lugar donde Martínez Zuviría imaginó el nuevo orden jerárquico

gobernado por el Estado Bibliotecario y flanqueado por las artes y el derecho (la Facultad es lo único que realmente se construirá a lo largo de una década) se encuentra ahora Canal 7, que coloca otro contrapunto a la Facultad de Derecho y a la Biblioteca Nacional efectivamente construida, pero algunas décadas después. No donde lo ensoñaba el proyecto de 1944 sino exactamente enfrente. Ahora, Televisión, Leyes, Biblioteca son un triángulo sin Estado. Pero a un año del golpe de 1943 el sagitario de la historia parecía señalar hacia esa área de la ciudad, entre Retiro y Recoleta. Este primer indicio lo había marcado la imaginación arquitectónica del corporativismo urbano de los Estados fuertes. Un futurismo egregio salido de una subjetividad que construye rígidos pensamientos jerárquicos, se permite apenas, en la maqueta de la Biblioteca, asociar bruscamente dos planos heterogéneos, una torre modernista elevada y un remedo de Partenón.

Luego, cuando Clorindo Testa y Bullrich construyeron el actual edificio, ni se trataba de espacios vacíos —hubo que demoler un símbolo arquitectónico explícito—, ni la Biblioteca podía imaginarse en el centro de una ciudad alucinada y vacía, a la que el maquetista del 44 ni siquiera le puso hombres de madera balsa.

En la observación precisa de María Pía López, se percibe aquí un ramalazo del estilo de Francisco Salamone, que en la planicie bonaerense de la década del cuarenta replanteó la Conquista del Desierto con las formas del Bauhaus y el *art déco*, traducidas al ideario de gobiernos fuertes. Eran construcciones concebidas como elegantes moles narrativas, entre el cómic y el espejismo que producen las vastas llanuras. Quizá la Biblioteca Nacional de Testa y Bullrich está aun más cercana al visionarismo de Salamone, con sus volúmenes desbordados, su organicismo telúrico y su expresionismo antropomórfico. Llamarla *brutalista*, como generalmente se propone, es solo una derivación del utopismo de Le Corbusier, en este plasmado en formas racionalistas que dejan saber su intención cósmica en el habitar, si bien todo ello, en el brutalismo clorindiano está resuelto hacia el interior de la tierra y la intranquilidad psíquica.

Arturo Jauretche alguna vez mencionó que no se debía ver una tradición criollista en la arquitectura de Clorindo Testa. Pero la vaga relación con la experiencia de Salamone —este trabajando con mataderos, cementerios y palacios municipales, es decir, el gobierno político del ciclo de la vida—, sugiere que la Biblioteca, verso y reverso de cementerios y edificios de faenamamiento, introduce lateralmente la cuestión del criollismo en la arquitectura. Involuntaria manera de ligar lo que el gran escritor neogauchesco no se decidió a comprender de Ezequiel Martínez Estrada, cuyos estilos literarios alegóricos se corresponden a ciertos espíritus de la

“radiografía de la pampa” que va desde Salamone a Testa. ¿Sino qué sería el criollismo en arquitectura que no fueran construcciones *en* la tierra, *con* la tierra y elaborando alegorías *sobre* la tierra?

Ahora bien, está la cuestión del fascismo de por medio. Me permito dos constataciones: cierta vez, en una visita de la filósofa brasileña Marilena Chaui a Buenos Aires, pasando frente a la Facultad de Derecho y luego frente a la de Ingeniería, preguntó “¿fascismo?”. En otra oportunidad, una filósofa francesa que venía a Buenos Aires a aprender a bailar tango —¿qué esperar de lo que ahora va a ser “patrimonio de la humanidad”?—, mientras tomaba café en la confitería de la Biblioteca Nacional miró hacia la mole clorindiana y también formuló: “¿fascismo?”. Desde luego, todo monumentalismo parecería tener un origen en esa desdichada experiencia histórica, pero hay monumentalismo arquitectónico en todos los momentos de la historia que requieren que la pompa y la norma estatal se impriman desmedidamente sobre ciudades apocadas. Todo gran edificio de formas sugestivas o intimidatorias permite esa pregunta: ¿fascismo? El aroma de ruinas del foro romano oprime lo que son también nuestras ruinosas representaciones. El peronismo apreció esas formas y las construyó, pero fue esencialmente ecléctico y tuvo un brazo tendido hacia bucolismos de campiña inglesa e ingeniería civil cuyo festejo tecnológico era netamente liberal.

En lo que aquí interesa, no creo que se pueda hacer la misma pregunta ante el edificio actual de la Biblioteca Nacional que ante el de la Facultad de Derecho. Este último es una evocación de la figuración helénica de los Estados latinoamericanos que en su seno albergaban un funcionariado propenso a las simpatías por los fascismos, simpatías resueltas luego de distintas maneras en los años de guerra, y la primera es claramente una elaboración que tiene mucho de renacentismo humanista, aunque sus volúmenes sorprendivos inducen formas anímicas ansiosas que llevan a preguntarse —en el caso anteriormente dicho de forma indebida— sobre la historia social transcurrida. El actual edificio de la Biblioteca Nacional puede considerarse expresión de un criollismo místico y de un liberalismo escultural. Lo caracterizan corpulencias cuyos contornos lo asemejan a una fantasía científica.

En cuanto al proyecto de Martínez Zuviría, hay que interpretarlo como una utopía bibliotecaria que intentó en el plano arquitectónico el ideal de una Ciudad Jerárquica con una Biblioteca en tanto *omphalos* racista, culterano y bibliofílico. El cuento de Borges, “La biblioteca de Babel”, también ponía la biblioteca como metáfora del universo y poseedora de la crónica sobre el tiempo infinito y los juegos entre el orden y

el desorden. Es obedeciendo estas consignas antes que las de los años cuarenta, que se construyó en nuevo edificio de Avenida del Libertador y Agüero, también en la “zona utópica”, pero no como experiencia política de la *civitas* autoritaria sino como llamado al universalismo y a la justicia literaria en tiempos de desorden.

Pero en esta historia hay otras alternativas que nos esperan con relación al entrecchoque entre arquitectura histórica y biblioteca pública, para lo cual debemos ahora dar una vuelta de página, e iniciar otra, también con ruinas y demoliciones. Entramos a la era borgeana.

Capítulo 5

La era borgeana

1955: demoler

Una nota en la revista *Ahora* del 22 de noviembre de 1955¹⁷ propone con titulado enérgico: “La Residencia Presidencial debe ser destruida”. Se trataba de la antigua mansión Unzué, donde habitaban el presidente Perón y su esposa, predio en el que ahora se levanta la Biblioteca Nacional. El palacete construido a fines del siglo XIX fue incorporado al Estado por el presidente Urriburu y destinado a residencia presidencial. Quedó unido definitivamente a la memoria política argentina en el momento de ocuparlo Perón y Eva Perón. En 1955 había sido considerado objetivo militar. Algunas bombas cayeron en sus inmediaciones. Luego del derrocamiento de Perón, se organizó en sus dependencias la exposición de las pertenencias del matrimonio: automóviles, motonetas, ajuar, joyas. Largas colas se formaron por la calle Austria. Los ciudadanos adversos al gobierno derrotado tenían oportunidad de comprobar la evidencia de lo que tanto se había hablado y manido: el lujo y disipación del poder. Las clases medias de la ciudad paseaban con estupor frente a collares de perlas, tapados de visón y coches de gran boato. Fue un acontecimiento del moralismo enceguecido, el modo en que se hacía política en Argentina, despertando el resorte pasmoso que habita en la entretela del pequeño burgués avaricioso y ofendido. ¿Bombardeaban plazas repletas de gente porque un gobernante usaba motocicletas Lambrettas? Hubiera sido absurdo aun en el caso de que las decenas de estos vehículos que se hallaban en la residencia hubieran sido para ofrecer como dádiva —crítiqueselo con buenos argumentos, si se quiere— dentro del sistema que tenía el presidente de construir la leyenda del gobierno pródigo.

El castigo que debían recibir los objetos imantados por el gran ludibrio debía ser ejemplar. La referida nota de *Ahora* decía que la propia revista se lanzaba a encabezar la campaña por la demolición del edificio, debido a que había sido una “cueva de ladrones” por espacio de diez años.

Allí se entronizaron los jefes del régimen nazi-peroniano [...], allí se urdieron las trapisondas más inicuas que repugnan a las conciencias libres, se maquinaron fraudes, se atesoraron fabulosas riquezas, y en altas horas de la noche, cuando el pueblo descansaba de sus fatigas

se escribieron capítulos de asqueante trámite, mediante orgías descabelladas de las que participaron las figuras principales del despotismo junto a mujeres de dudosa moralidad.

Se pedía demoler así ese “templo pagano”.

La idea de que los finales de un régimen social debe significar también el fin de sus símbolos se halla implantada en la imaginación política. No se considera que acaba un *ancien régime* si sus emblemas urbanos no son pisoteados. La Residencia Unzué, donde habitaban Juan Perón y su esposa, fue bombardeada en 1955 por aviones que se dirigían a descargar sus bombas sobre Plaza de Mayo en ese mes de junio. Los explosivos cayeron sobre Pueyrredón y Las Heras, a una cuadra de la casona. La demolición, un tiempo después, no hacía más que prolongar y corregir los efectos de ese bombardeo. Decía la revista *Ahora*:

Ningún presidente constitucional y democrático debe mancharse utilizando esta mansión de lujo y de oprobio, porque ahí se respira aún el ambiente hediondo y contagioso que sentó las ruindades del “rey de las pochonetas”.

En estos párrafos hay un programa moral que pudo ser la viga maestra del flujo de conciencia de las desventuradas clases medias argentinas, ese “medio pelo” que cree ser guardián del buen gusto político y de la fruición cultural al tono, y que está meramente encerrada en sus pobres resquemores. No se sabe nunca cuánta violencia encierra el alma del buen burgués pacifista, pero en el caso de estos silentes espectadores del escenario político, cuando creen percibir los “templos de oprobio”, ven suscitar con agrado en sus conciencias el deseo de vindicta, por qué no con sangre.

Demoler un edificio que conllevaba notorios emblemas hasta puede ser satisfacción menor y sustituta, y lo que otras generaciones verán como una pérdida testimonial para la memoria de las ciudades, los pusilánimes hombres y mujeres de ese presente lo podrán ver con el regodeo con que la plebe considera la caída de los panteones, aun los alguna vez habitados por los mismos plebeyos. El que esto escribe, siendo niño fue llevado por su abuelo, en el mes de octubre o noviembre de 1955, a fin de hacer la larga y serpenteante cola por la calle Austria para entrar a la Residencia. Allí contemplaríamos las joyas y vestidos de la esposa del presidente, entre el asombro de las matronas venidas de los barrios marginales de la ciudad a solazarse con el gobierno popular caído, que concebía las reivindicaciones sociales como un *ars política* que también incluía un lado onírico

de indumentarias de gala, algo principescas, pero inventadas por el sutil vestuarista Paco Jamandreu, que como Eva Perón, provenía del cine argentino de la década del cuarenta, destinado precisamente a aquellas señoras indignadas que ahora hacían la interminable fila para entrar a la maldecida Residencia Presidencial (futura Biblioteca Nacional). La nueva Biblioteca Nacional, tal como la concebían los hombres que daban cumplimiento al vengativo *diktat* de la revista *Ahora*, surgía para lavar una infamia.

Construir

En 1960 se llamó a licitación para la construcción del nuevo edificio, largamente anunciado. Borges será el encargado de hacerlo público, pero no se mostrará satisfecho con las decisiones arquitectónicas que sobrevendrán.

Mucho me temo que han de elegir como modelo para la Biblioteca el edificio de la Fundación Guggenheim, el más feo de Nueva York, que no parece de Nueva York [...] Uno de los arquitectos del jurado para el concurso manifestó sorpresa cuando le dije que era horrible. “No —contestó el técnico—, es un edificio polémico”. ¿Por qué un edificio va a ser polémico?¹¹⁸

El vicedirector Clemente, como se verá, era el más entusiasta con el traslado. Otra queja de Borges, de la misma fuente, proviene ya del año 1971, en el cual se coloca la piedra fundamental de la construcción que va a hacerse en Libertador y Agüero:

Paz Leston habla del nuevo edificio de la Biblioteca Nacional, cuya construcción se ha iniciado. BORGES: “Parece que tardará tres años en levantarse. Para entonces, espero estar muerto. Es un edificio horrible: se lo llama ‘funcional’, y en lugar de subir tres escalones para entrar, hay que meterse en ascensores, que no funcionarán. El arquitecto no ha pensado en eso. Este edificio funcional pierde un piso entero, porque está apoyado en cuatro patas, por donde suben los ascensores, y la planta baja no existe. Creo que ese arquitecto contó con la ayuda de otro que tiene el nombre increíble de Florindo Testa”. “Clorindo Testa”, corrige Paz Leston, pero Borges no hace caso.¹¹⁹

Demoró mucho el proyecto en concretarse, más de los tres años calculados por Borges. Habrían de pasar treinta hasta la inauguración. Su observación

sobre los ascensores fue profética (bien lo sé). Pero el aspecto injurioso que tienen estas opiniones borgeanas son fruto de un examen prejuicioso sobre la realidad y posibilidades del edificio. Es cierto que Borges tenía decisivos motivos para preferir el edificio de la calle México, perteneciente al tejido histórico del barrio sur y que sostenía en su imaginación un sustrato mítico, frente a la audacia modernista que implicaba el proyecto ganador de la licitación, firmado por Clorindo Testa y Francisco Bullrich. Juzgado como ajeno a las tradiciones arquitecturales criollistas (sobre esto coincidieron Borges y Jauretche), sin embargo mantiene un telurismo exquisito y volúmenes aéreos inesperados que quiebran los espacios tradicionales de la zona, de clásico corte francés de comienzos del siglo XX.

Tomamos del libro sobre la Biblioteca Nacional de Horacio Salas¹²⁰ algunas de las características del edificio. La lenta construcción de tres décadas de diversas vicisitudes permitió la inauguración en 1992, durante la presidencia de Menem, que se empeñó en su culminación, acuciado también por una campaña en los medios encabezada por el controvertido periodista Bernardo Neustadt. Durante el gobierno de Onganía no se avanza mucho y, contrariamente, el arquitecto Bullrich se quejaba en una revista profesional de que habían fracasado —por negativa del gobierno— unos créditos de la Fundación Ford para estudiar la adaptación del proyecto del edificio a las nuevas realidades informáticas. Se trataba de hacer una experiencia piloto con la Biblioteca Nacional de Argentina para aplicar las conclusiones obtenidas a la informatización de la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos. Durante el gobierno de la Junta Militar de 1976, tampoco se avanzó mucho, y los problemas presupuestarios llevaron al recorte del proyecto original, que incluía parasoles que balanceaban la vida térmica del edificio.

El estilo de Clorindo Testa se atiene, desde luego, al denominado brutalismo, con un giro expresionista que tiene la libertad de suscitar la imaginación arquitectónica a la manera de Piranesi. La preservación de la floresta del lugar¹²¹ —que le había merecido una contemplación al propio Perón, ya a punto de abandonar ese lugar hacia el exilio— permite aceptar que estamos ante un surreal monumentalismo en medio de una plaza pública que cae suavemente hacia la Avenida del Libertador. Los movimientos plásticos del edificio impiden el funcionalismo que quiso ver Borges, pues en verdad tiene aspecto de un animal fabuloso y por lo tanto mantiene un aspecto cómico que ya fue vanguardista. Ahora, al envejecer, conserva su fuerza extraña, tornándose un raro ejemplar arcaico modernista. Borges puso en 1971 su piedra fundamental como acto que implicaba una íntima resignación. En 2007, una historieta dibujada por Solano López y guionada por Juan Sasturain, titulada *El atajo: la batalla*

de la *Biblioteca Nacional*, posibilitó imaginar que el edificio ya estaba como ensoñación en la época en que ocurría la aventura de *El Eternauta*, del cual es una derivación o desvío. Verlo así hubiera permitido quizás otra valoración, incluso del propio Borges. Pero en nuestro relato aún el edificio no existe y debemos retroceder al momento en que Borges es nombrado director.

Nombrar

En 1955, Borges temió que algo se interpusiera finalmente en su nombramiento como director de la Biblioteca Nacional. En el voluminoso libro de memorias titulado *Borges*, Adolfo Bioy Casares escribe fantasmagóricas reminiscencias sobre eventos nimios de la vida cortesana —cenas en su casa con Borges y un pequeño núcleo de asistentes a esas tertulias— en los que se va desplegando una versión terrible (¿sarcástica? ¿irresponsable?) de la historia nacional. Este libro puede concebirse como un diccionario artero de la crítica; una sinuosa maniobra de Bioy para quedar con la última palabra en medio de una relación obligadamente tensa, aunque no lo pareciese; un manual de imprecaciones demoledoras; un conjunto de ligeros disparos de cerbatanas del que salen observaciones de Borges en las que se alternan la maldad sin límites y el arte sublime de la palabra implacable; y también como una crónica histórica de casi tres décadas de vida argentina —sin más—, que emerge por encima de las deliberadas acciones del autor del libro por hacer pasar la voz de Borges por la suya propia, generando un monstruo lingüístico de asombrosa exquisitez. Y además “perjuro”, como diría el propio Bioy.

En ese libro encontramos la crónica —tamizada de reniegos y chascarrillos— del nombramiento de Borges como director de la Biblioteca Nacional. El acto en cuestión había sido puesto en duda, al parecer, por un medroso Borges. Lonardi, presidente provisional después del golpe del 55, le comunica al propio Borges que lo van a nombrar director. “La alegría de Borges era sin matices; no podía uno hablar de otra cosa, porque parecía inoportuno”, anota con una pizca de maledicencia Bioy. Pero el decreto tarda en aparecer. Borges y doña Leonor, su madre, están ansiosos. La noticia sale finalmente en un diario y el ministro de Educación, Saravia, le dice que pase por el Ministerio. “*Malum signum* —exclama Borges—, me llaman para decirme que todo quedó en la nada”. Finalmente hay acto: Borges, director; José Edmundo Clemente, subdirector. El ministro Saravia, naturalmente un nacionalista del grupo de Lonardi (con apellido

mazorquero, desliza el flamante director), en el discurso equivoca el nombre de Borges: *José Luis Borges*. Luego todos recorren las instalaciones de la calle México. Anotación de Bioy: “Parece ideada en una pesadilla”.

Durante los “años Borges” no se puede decir que Borges en persona no haya dirigido la Biblioteca¹²² (no solo subsisten documentos administrativos firmados por él, sino que su presencia era el más fuerte encuentro simbólico entre el más significativo de los escritores argentinos y el máximo establecimiento librero del país), pero tampoco se puede ignorar el papel de José Edmundo Clemente, atento a la vida cotidiana de la Biblioteca y a la realidad de sus asuntos administrativos. Por otro lado, Clemente era un bibliotecario de raíz humanística y partícipe principal del proyecto de mudanza de la institución desde la calle México hacia el destino que ya se prefiguraba y al que la flecha del drama nacional iba señalando: el lugar que ocupaba la residencia de los gobernantes hacía poco derrocados. En el libro *Borges*, de Bioy Casares, destinado a juzgar a sus contemporáneos con infantil sanguinolencia y juguetera inclemencia (valga el visible retruécano), Clemente escapa por poco de la guadaña que hiende todos los hechos mundanos que se van derramando como migajas descuidadas sobre el mantel. Las cenas son sacrificiales. El libro *Borges* de Bioy es un profundo testimonio sobre los gustos y modos de enjuiciamiento de un puñado de personas pertenecientes al máximo refinamiento cultural de la época y la construcción del panteón de la amistad sobre una idea de ludibrio dirigido al resto de los escritores. Pero el inagotable sentimiento de superioridad que permite la degradación de las pobres vulgaridades y afectaciones del mundo —con agudeza sobrecogedora—, termina siendo el libro de la despedida de los dos amigos, apenas intuidos unos vagos reproches.

José Edmundo Clemente, personaje adventicio pero necesario —citado numerosas veces por Bioy—, había nacido en Salta en 1918. Estaba a cargo de la Biblioteca del Ministerio de Obras Públicas y trabajaba en la editorial Emecé como asesor literario. Había entablado una amistad con Borges, quien en los años cincuenta dirigía la afamada colección policial *El Séptimo Círculo*, en esa misma editorial. Es extraña la amistad y la relación que se genera entre esos dos hombres, sobre todo a propósito de la larga gestión de ambos en la Biblioteca Nacional. Se sobreentiende que Clemente era una suerte de *ghost director*, mientras que Borges, en las palabras del propio Clemente, era “la metáfora misma de la Biblioteca”.¹²³ No deja de ser perspicaz esta observación, pero se pueden extraer más conclusiones de ella. Efectivamente, nos enfrentamos al problema de cómo es juzgada la realidad en Borges y si para interpretar su presencia en la Biblioteca Nacional, habría sabido escindir lo real administrado de

la realidad de lo literario con su peso ontológico. No creemos que exista esa diferenciación. Pero no por ello Borges deja de ser un existente, un organismo dotado de vida y pasiones, una locuacidad actuante que no deja títere con cabeza. ¿Dónde situar ese plano de facundia histórico-política? Los contemporáneos de Borges quedaron desconcertados ante ese problema. Hoy mismo no tenemos las facultades para dilucidarlo.

Valga una anécdota que cuenta Clemente en el mencionado diálogo con Sbarra Mitre:

No teníamos para jabón ni para escoba. Entonces lo voy a ver a Borges y le digo, voy a ver a Alsogaray para que nos haga una partida especial. Esto era un viernes, y al día siguiente había una conferencia sobre Fausto [...]. Y le digo a Borges, usted va a hacer la presentación, no se le ocurra hablar mal de Alsogaray. Porque yo ya me lo veía venir. Y él, claro, me dice: “No, no se preocupe; no se preocupe” y me promete que no lo va a hacer. Pero la ironía en Borges era más fuerte que él. No podía evitarla. Era como los chicos que ven una pelota por la calle y por más que uno les diga que no lo hagan van y la patean. Entonces cuando empieza la conferencia, que estaba llena de periodistas, Borges habla naturalmente del *Fausto*, y dice que Fausto transforma mediante la alquimia una cantidad de tierra o de otros elementos en oro, y que naturalmente cuando pasa el sortilegio todo eso pasa a ser lo que fue. Y cuando ya estaba todo el clima creado agrega: “Esto es lo que va a pasar ahora con el ingeniero Alsogaray que ha sacado ese empréstito y nos está pagando con bonos, que nos dice que son dinero pero probablemente valgan mucho menos que esa tierra que tenía Fausto en la mano”. Obviamente eso salió al otro día en todos los diarios y se canceló la reunión con Alsogaray. Eso es lo que tenía Borges, porque él estaba por encima de todas las cosas.

Este precioso episodio dice todo cuanto hay que decir sobre las entidades de la realidad y la manera en que colocaba Borges su voz política de actualidad. Bien sugiere Clemente que “la ironía era más fuerte que él”. Ya los griegos, en especial Platón en sus diálogos, habían reflexionado sobre la paradoja intensa que significaba que una conciencia albergase el sentimiento de “no poder consigo misma”. *Fue más fuerte que yo*. Explorando un poco más la cuestión, es evidente que Borges se sitúa en esa *consciente imposibilidad* que el mundo clásico detectó muy bien. Siempre habrá un excedente yoísta que no puede ser alcanzado por la misma conciencia que lo invoca, de ahí que esa desesperación sea cubierta por la inevitable figura de la ironía. Lo que

Borges poseía en su conciencia era esa certeza de manera traslúcida; no se podía tener alcances espirituales de la misma extensión que lo pretendido materialmente por cada vida autoconsciente. Basta pretenderlo para ceder una porción inhallable en la propia conciencia. El juego para completar la ración imposible de autolucidez es puramente irónico y Borges hacía de eso una constante de desmaterialización de los actos, para “subirlos” al vacío del lenguaje.

Trasladando estos juegos y placeres a la noción de que Borges fue el “director metafórico” de la Biblioteca Nacional, se puede decir que es apropiada a condición de no distribuir lo real en dos compartimentos estancos, el que correspondía a “Borges” y el que correspondía a “Clemente”. Otro ejemplo ilustra perfectamente este dilema; se trata ahora de las discusiones sobre el traslado de la Biblioteca Nacional a otro edificio a construirse en la zona norte de la ciudad. Las tratativas correspondientes habían comenzado en 1957 con una suerte de campaña periodística en la que colabora Rogelio García Lupo. El diario *Noticias Gráficas* publica una foto en los pasillos de la Biblioteca de Borges, Clemente y García Lupo. El ministro Adrogue apoyaba la mudanza. Pero Borges no la quería.¹²⁴ Sus argumentos eran sólidos y a la vez impracticables. Decía: “Déjese de embomar, estamos aquí en el sur, mire que lindo es esto, el acordeón que tocan enfrente...”. En otra oportunidad, al ver la maqueta del proyecto Testa-Bullrich exclamó: “Es una máquina de coser”. Opiniones como estas, claro está, se siguen escuchando hasta hoy. Recientemente el artista plástico Daniel Santoro comparó el edificio con una “mesa de luz”. No suenan degradantes estas comparaciones, que el edificio, por su carácter expresionista y alegórico, tolera. Pero en el caso de Borges estaba el problema del viaje del Sur al Norte. El tema tiene envergadura territorial-metafísica. Otro pasaje de la conversación entre Clemente y Sbarra Mitre es develador. El primero acepta la oposición de Borges, con la convicción de que su “cuerpo inmaterial” opinaría una cosa y eso saldría en los diarios, y su “cuerpo terrenal” haría silencio. Entonces, Clemente dice:

Todo era muy querible y muy lindo, pero si Borges se hubiera opuesto, no en declaraciones periodísticas, sino por ejemplo, yendo al Ministerio a decir “yo no quiero esto”, yo me retiraba de la Biblioteca. No hubiera tenido razón de estar.

La realidad de los depósitos sobrepasados, del descuido edilicio, del hecho de que ya no resistían los entrepisos —que venían a remediar la altitud de los recintos— no podía ser salvada, por ejemplo, por la gran acústica

de la sala de lectura central, elemento líricamente curioso pero solo explicable por haber sido concebida para cantarse los números de la lotería por los “niños cantores”. ¿Pero la lotería no era otro tema crucial borgeano? Entonces estamos ante un dilema de pasaje entre los mundos virtuales y los mundos terrenales —problema de “Tlön, Uqbar...”—, que solo una doctrina de las traducciones adecuadas —de la historia al mito y del mito a la historia— podría resolver. Borges optó por no ingresar al mundo de lo real ministerial y se mantuvo en su cuerpo etéreo, como si fuera un discípulo de vastas doctrinas esotéricas o cabalísticas, que de alguna manera lo era. Pero era un funcionario, y en esa figura residen calcáreas resistencias que impiden convertirlo en un filósofo casualmente sentado en un escritorio con banderas nacionales a sus espaldas. Husserl imaginó un “funcionario de la humanidad”. No es el caso. Borges, podría decirse, dejó que Clemente creyera que él dirigía la Biblioteca y Clemente tenía razón en creerlo porque también poseía la argucia de ponerlo a Borges en una dimensión metafórica, que como funcionario lo introducía, nuevamente, *en su propia obra*.

Por otro lado, Clemente conocía bien la obra de Borges. Había editado sus *Obras completas* por Emecé y había tenido diálogos con Borges al efecto de hacer los numerosos cambios que contienen respecto a las publicaciones originales, sobre todo las de juventud. A la salida de la Biblioteca solían caminar por San Telmo y se metían en conventillos, donde a veces eran bien recibidos y a veces no. Borges aún no era un personaje público abrumador. Dice Clemente tener una filmación en 8 mm de esos paseos. Además había escrito un libro con Borges, *El lenguaje de Buenos Aires*, editado por Emecé, en el cual Borges aporta algunos capítulos de su *El idioma de los argentinos*. Contribuye Clemente con el estudio de acepciones locales y reutilizaciones idiomáticas que registran el estudio de casos concretos. En ese libro, el director real era Borges y el subrogante era el otro. En un prólogo a un libro con las reproducciones del pintor Dučmelić, quien traslada al óleo algunos cuentos de Borges, Clemente revela poder escribir a la manera de Borges y preguntarse a la vez qué clase de falsificación “borgeana” sería esa. Y concluye ese prólogo, luego de ensayar una pieza a la *manera* de Borges: “¿Seremos los lectores de Borges solo meros personajes soñados por Borges; etapas infinitas de su tenaz laberinto, astutamente premeditado?”¹²⁵

Como podemos ver, Clemente se incluye como adláter del universo borgeano y a la vez obtiene su derecho a que Borges no vaya al Ministerio en nombre de su realidad metafórica, a frustrar el real proyecto de mudanza bibliotecaria desde el Sur hacia el Norte. Como bibliotecario, además de su impulso fundamental para la construcción del nuevo edificio, a José E. Clemente se le debe la creación de la Escuela de Bibliotecarios en

1957, anexa a la Biblioteca Nacional. Fue luego director de la Biblioteca durante los años militares, aunque no en toda la extensión de ese tenebroso ciclo político. Con Clemente no pocas veces he conversado, y me permito retomar ahora una sucinta primera persona. Antes de jubilarse como rector de la Escuela bibliotecaria que fundó, pasaba algunas tardes por el primer piso de la Biblioteca donde se halla la dirección. Es el último representante de un linaje de bibliotecarios humanistas y de formación conservadora. Lo primero no le impidió tener una actitud concesiva con el gobierno dictatorial, lo que en efecto, era favorecido por lo segundo.

Entonces como director, Clemente se enfrentó a la realidad sin su *Otro* bibliotecario, sin su “Borges”, que ya no hablaba con los periodistas para frustrar con una *historia de la eternidad* los cambios modernizadores de la Biblioteca, aunque no por eso se consiguió que la institución fuera algo más que un triste destacamento disciplinario que subsistía oscuramente en los años del terror. [La impresión que me causó Clemente no es fácil de definir. Percibí su conocimiento de la obra de Borges, que con ser más que adecuado, si es que nos privamos de exigencias críticas desmedidas, se acrecentaba con las escenas rememoradas del trato personal que durante más de dos décadas tuvo con el máximo escritor argentino. Pensé en su vasto sufrimiento disimulado, en su astucia para descubrir el resorte secreto por el cual Borges dejaba abandonadas las riendas del gobierno institucional de la calle México 564 y las retomaba en su literatura, que declaraba que en la sala hexagonal repetida al infinito con interminables gabinetes, con dormideros y letrinas, vivían bibliotecarios que buscaban el catálogo de los catálogos, el secreto de la existencia. No es difícil comprender que esa es la descripción de la sala de lectura real de la calle México, por cuyas “galerías hexagonales” se paseaba Borges memorizando cuentos y poemas].

“Borges dejó hacer”, dijo después Clemente. Ahora la mitad de un libro de Borges sobre el lenguaje nacional le pertenece. Es pues un libro común sobre un esencial tema borgeano. No se puede desconsiderar esta situación, aceptada por un Borges etéreo que *hizo dejando hacer*. Esta consigna no puede ser interpretada fácilmente. Solo una extraña consideración política sobre el prestigio de un escritor que a su vez era propuesto políticamente por la ineluctable directora de la revista *Sur* —en su primer número luego de las “épicas lluvias de septiembre”, la tapa rezaba “Por la reconstrucción nacional”—, pudo poner a Borges en la situación de director real de la Biblioteca simbólica (y viceversa), y en la de un escritor cuya obra por fin encontraba la *physis* adecuada que fusionaba la historia urbana con una manera literaria basada en la espiritualización de las formas universales del destino. Se apartaban de la vida para conocer la propia vida.

José Edmundo Clemente practicó el ensayo y las reflexiones estéticas, publicadas con títulos sugestivos: *Estética de la razón vital*, *Estética del contemplador*, publicado en un número de la *Revista de la Biblioteca Nacional*. Siguió la senda de Ortega y Gasset. Como se sabe, Ortega obtenía sus temas de los que promocionaba la nueva filosofía alemana, que coronaría en *Ser y Tiempo* de Heidegger, en 1927. Pero Ortega abrigaba el propósito de medirse con ellos e incluso declararse un anticipador de temas spenglerianos y heideggerianos. ¿Podía cotejar con ambos? No con el segundo. Sus temas sin duda tenían evidente afinidad: los de la inautenticidad, la decadencia, el recurso al vitalismo, el problema de las multitudes, el análisis de las formas culturales para entrever los destinos civilizatorios, esto último tomado de Simmel. No podía, porque su galana prosa —no hay dudas en esto— pertenecía menos a un método intenso del pensar, que a las premuras del diestro ensayista que busca recrear la moral pública, las convicciones colectivas. Clemente se halla inscripto en las coletas de ese trazo, tal como se practicaron en el Río de la Plata luego de las evidentes visitas de Ortega a Buenos Aires en los años treinta. Borges calificaría de “patéticos” a esos tratos del espíritu.

Mirando los árboles añosos que quedaron en la plaza de la actual Biblioteca, mientras conversaba con un Clemente ya de 90 años, lejano a sus temas ensayísticos pero buen memorista de su larga experiencia bibliotecaria, borgeana y administrativa —con no poco de recóndita astucia—, recordaba que puso como condición de la construcción del edificio, la preservación de esos ejemplares arbóreos. Allí están y los contempla como parte de su obra, que incluía haber realizado la mudanza que Borges no toleraría, pues estaba absorto en la música que mandaban los bandoneones en manzanas míticas. La manzana de México, Perú, Bolívar, Chile, aunque segundona respecto a la que se menta en el poema sobre la *Fundación*, también lo era.¹²⁶

Las cenas herejes

Proseguiremos el itinerario de la Biblioteca Nacional en esos años borgeanos con el auxilio de muy pocas fuentes adicionales, pero una de ellas —ya mencionada— tiene una calidad excepcional. Se trata del libro de memorias que Bioy Casares titula *Borges*, y que es un libro de horas, de insidiosas cortesanas y tortuosos juegos retóricos, que transcurren alrededor de las tertulias que suceden a la hora de la cena “en casa de Bioy”. Como manual subversivo de la etiqueta del conversador de alcuernia, es un testimonio sin par para la literatura argentina. Como administración del sentimiento aristocrático de la maledicencia, es un extraño vademecum que contiene

por igual el refinamiento destructivo y observaciones de una teoría estética salvaje, imaginativamente cruel, repleta de sutilísimas observaciones, sobretodo de Borges, a las que Bioy, lateralmente, refuta en secreto.

No se habla mucho de la Biblioteca Nacional, pero se habla. Hay hechos de trasfondo que podríamos considerar propios de la historia del país, de las instituciones, de la política, de las elecciones en la Sade, de los concursos literarios del diario *La Nación*, etc., que aparecen en un plano subordinado respecto al peso vital de las conversaciones. Pero para el arte del conversador, la historia, el mundo que lo rodea, es un ámbito degradado y lejano que suministra informaciones desvaídas y sujetas al escarnio permanente. El juicio afrentoso con el que se somete al orbe social, histórico y literario es en lo que consiste esta obra capital de Bioy. Se festejan los fusilamientos de 1956¹²⁷ y se coloca la capilla literaria de la época bajo un fuego graneado que, a la par que traduce la destemplanza de Borges-Bioy, no deja de tener la forma de una aciaga justicia sobre las veleidades vanas y el fatuo despliegue de la fama.

En otra parte de este libro comentamos la donación que hace Manucho Mujica Lainez a la Biblioteca Nacional, como parte de lo que considera que debe ser el apoyo del mundo cultural a la significación política de que allí esté Borges, tras la caída de Perón. Leamos la entrada que corresponde al martes 17 de enero de 1956:

Come en casa Borges. Me cuenta que Manucho apareció en su coche oficial, con secretario llevando una caja. Con una etiqueta con letras doradas que declaraban: *Biblioteca Nacional, Manuscritos de Escritores Argentinos, seleccionados y donados por Manuel Mujica Lainez, Buenos Aires, 1956*. Contiene la caja manuscritos de todos nosotros y de otros talentos como Girri y Murena. Por carta y verbalmente, Manucho insistió en que convenía que los diarios comentaran la donación, para que otros lo imiten y haya más donaciones. BORGES: “Qué le importará de otras donaciones, lo que quiere es que se hable de él [...]. Después hicimos una recorrida por la Biblioteca y Manucho todo el tiempo mostraba su carácter. Me decía. ‘Pero che, este escritorio es muy bueno, por qué no lo subís a tu despacho. Tenés que llevar esta silla’. Llegó a descolgar un cuadro, quería que me lo llevara. Le dije que iba a llevarlo después. Te imaginás. Voy a sacarle a un empleado el cuadro que tiene en su escritorio para llevarlo al mío...”.

Borges había considerado la posibilidad de ir a vivir en la Biblioteca. Así lo habían hecho Groussac y Martínez Zuviría. Doña Leonor no coincidía y evidentemente se impuso su voluntad, fundada en la excesiva amplitud de

los departamentos destinados al director (que dificultaba la manutención) y el empeoramiento de la visión del hijo. Debido a eso, muchos caminantes de la ciudad de Buenos Aires, durante años, han visto a Jorge Luis Borges entrar en taxis y cruzar calles para dirigirse a México 564, momento en que surgía la posibilidad de ayudarlo a cruzar veredas erizadas o facilitar algunos de sus movimientos inseguros. En el barrio de Retiro, donde vivía, son muchos los que rememoran haberle servido de lazarillo, algunos con jactancia que no pasaría de una voluntad de participar en esta módica leyenda urbana.

Lectores de la época también pudieron ver su figura fantasmal —pues era verdadera pero a la vez fruto de un mero deseo de verlo— subiendo la escalera central de la Casa, ornada por los bolilleros de bronce que aludirían a su condición de casa de la Lotería Nacional. (Sabemos que ese edificio en principio estaba destinado a los juegos de azar). Así ocurrió con el que esto escribe, joven estudiante que cree haber visto a un hombre ayudado por una bengala (bastón cuya etimología Borges solía comentar), ascendiendo escalones de México 564 como si fuera uno de los prebostes de la Compañía de Babilonia. Muchos años después ese menguado estudiante, ahora eventual director de esa misma Biblioteca, creyó que era servicial a cualquier imaginación que fuese organizar un acto a los veinte años de la muerte de Borges en la antigua Casa y volver a publicar “La lotería de Babilonia”, un escrito que une dos hechos no tan distanciados, el azar y los libros. Se conjugan así la supuestamente caótica Babilonia y las virtualmente ordenadas bibliotecas, el orden de los magos como poder secreto y la falla paradójica de todos los andamiajes de la lengua, sostenidos sobre laicas matemáticas del azar.

Anotación de Bioy del 23 de agosto del 56:

Voy con Borges a la Biblioteca Nacional; allí pido para documentarme sobre mi reseña del *Journal Littéraire* de Léautaud, *Petit Ami*, los números del *Mercure de France* correspondientes a 1905, donde espero encontrar “In memoriam”, y un número de la *Nouvelle Revue Française*, en el que habría un retrato de su padre, por el mismo Léautaud.

Humor vitriólico de Bioy: en vez de todo eso le traen “un anuario de la producción de tocino en Portugal”. Otra cuestión: un miembro de la Academia de Letras tiene un cuarto en la Biblioteca Nacional. Es un personaje estrambótico, Borges le pide el cuarto y no quiere darlo.

Pero estos problemas cotidianos de una bucólica Biblioteca donde se celebran los cumpleaños de Borges —al del año 1956 asisten Bioy, que le regala Agua de Colonia Jean Marie Farina, Silvina Ocampo, César Dabove,

Mastronardi, Cecilia Ingenieros, Julia Peyrou, Norah Borges, Alicia Jurado—dejan paso al comité político que la sostiene y que periódicamente emite declaraciones a favor de la Revolución Libertadora. En el despacho de Borges se reúne la junta de partisanos. En esta oportunidad se trataba de responder a un manifiesto que contenía “sombrios reparos y reticencias” contra el gobierno de la Revolución Libertadora. Sabato y Beatriz Guido estaban entre los firmantes de esas advertencias. Había que responderles y Borges se lanza a escribir el contralibelo. Surge el problema de si lo puede firmar siendo funcionario, rápidamente zanjado.¹²⁸ La última frase del escrito es de Bioy y se la dirigen a Sabato sin nombrarlo. “Nos vemos obligados a repudiar a quienes no reprimen ambiciones y vanidades y perturban el afianzamiento de la Democracia”. “BORGES: ‘Suprimamos la *n* de *reprimen* así no habría dudas de que nos referimos a Sabato’”. Como se recordará, Sabato había denunciado las torturas contra los partidarios del gobierno caído.

En el despacho de Borges, en el primer piso, templo de los custodios de la pureza del golpe militar de ese año, solemnemente se lee el manifiesto. El relator es Bioy y escuchan Borges, Peyrou, José Edmundo Clemente, Ríos Patrón. Se hace lista de firmantes: serán de la partida los mencionados, más Cócaro, Ghiano, José Luis Lanuza, Arturo Marasso, Manucho, Silvina, etc. Momento crucial de la historia intelectual argentina y de la Biblioteca Nacional, que retomaba muy semejantes eventos anteriores—Pellegrini redactando sus discursos en el despacho de Groussac—, y anticiparía sucesos no demasiado diferentes décadas después, sin duda con entonaciones bien distintas a las que se leían en aquel escrito de los victoriosos del 55 que proclamará:

Juzgar y censurar la cosa pública es un derecho inalienable pero no podemos olvidar que el país sale de una zona de infamia y que nuestra discordia favorecerá fatalmente a los opresores de ayer.

Como en el grupo estaban el autor de *El Aleph* y de *La invención de Morel*, el manifiesto demora en opiniones sintácticas y sutilezas adjetivas. Que el pasaje de la tercera a la primera persona sugiere desprolijidad, que la palabra “zona” no es apropiada. Esto último dirá Borges. Quien remata:

Lo haría más efusivo, diciendo: si por un azar en este país de mierda un grupito de hombres decentes está en el gobierno, debemos apoyarlos.

En esa remota y descuidada oficina de San Telmo, un pequeño núcleo de personas reunidas suscitaba el ensueño conspirador por excelencia. El de

estar refundando el Estado desde la Biblioteca. Y en ese desfile de imágenes fanáticas del aleph antiperonista, iban a justificar fusilamientos y censuras.

El libro *Borges*, de Bioy, es una reserva documental irremplazable para juzgar, sentir o intuir un período histórico. Bajo el aspecto de una comedia cortesana, a partir de la crónicas de densa cotidianidad y la conciencia de que un ciclo de cenas domésticas puede reflejar todos los matices de una época, lo privado súbitamente se hace público. No sabemos cuánto revisó sus notas Bioy Casares, que parecen sostenidas en la espontaneidad de un decir borgeano. Lo prueban los juicios sumarios sobre la actualidad, sin temor de ser encarnizados o al extremo crueles en cuestiones de grave significación. En otros casos, juzgando a sus contemporáneos, surge un estilo juguetón, infantil e implacable, que a la manera de los sangrientos chismes privados que recogen los salones mundanos, funda una literatura de la difamación erudita y de estetizada capacidad de injuriar.

Sin embargo, el libro es una historia de una amistad, a la manera de los ensayos del siglo XVI pero sometida a un régimen de melancolía y escarnio. Su lectura permite ahondar de un modo grotesco y a la vez trágico en las relaciones intelectuales de la época, vista por un pequeño e influyente grupo literario, a la manera del siempre evocado grupo londinense de Bloomsbury. No se ausentan las picardías y los oscuros temores. En cierta oportunidad, mientras “comían en casa Borges y Wilcock”, se les avisa que la madre de Borges había recibido un llamado de *La Nación* diciendo que la Biblioteca Nacional había sido intervenida. Parecía algo *increíble* y efectivamente lo era. Siempre hay un hurraño o un habilidoso bromista en la gran ciudad. Aliviados los comensales, Borges sentencia con su talento para extraer consecuencias lingüísticas oníricas de lo que fue un temor hondo: “Cuando hay una noticia muy mala o muy buena siempre es increíble. *Increíble* es sinónimo de muy buena o muy mala”.

El libro *Borges* es además un manual proustiano sobre el absurdo de las reglas de etiqueta y el plano sumergido de ludibrio que explica todo acontecimiento social, toda forma de honor y nombradía. “Proustiano”. No, quizá sería su inversa. Sin la infinita mitología de piedad y holocausto que hay en las páginas de Proust. La idea del tiempo que contiene tampoco busca recobrar el pasado a través de una huella casualmente encontrada, sino que lo somete también a congelamiento e irrisión. He aquí una importante reflexión de Borges sobre los tiempos que corren, ya cumplido un año del derrocamiento del “hombre capaz de todas las infamias”. “BORGES: ‘Estuve pensando que tal vez haya una ventaja en esto de Frondizi, de Barletta, de Martínez Estrada y Sabato. Si fuera por nosotros solo se seguiría hablando de los robos del peronismo. Estos traen nuevas cosas y es como si la vida siguiera, como

si ocurrieran nuevos episodios en la realidad. Además, hay que ver cuántas cosas pasaban entonces: muerte de Evita, incendio del Jockey Club y de los Comités, incendios de las iglesias. Ahora tiene que seguir pasando algo, para que no parezca que la vida se ha detenido”.

Estas reflexiones, como diría el mismo Borges, son *increíbles*, ya sea porque traen una noticia muy buena o muy mala, aunque en este caso, también interesante. *Lo increíble como interesante*. Es que poseen la lucidez de la antihistoria, de la historia mítica. Todo lo que escribió Borges sobre el peronismo —una reflexión sobre el mal absoluto que se encuentra en “La fiesta del Monstruo” y en otros artículos menores, pero intensos, como la metáfora de la “ilusión cómica”, donde ve al peronismo como una doble historia paralela, criminal y escénica, ambas condenables—, todo lo que pensó y dijo aun con aire infantil, suponía un historia “de la eternidad”. Sin percibirlo, intentaba aplicar sobre “el Monstruo” las categorías interiores de su literatura “del otro”, sin involucrarse en un juego especular con él. ¿Lo lograba? Sabato, el hombre más repudiado por Borges —por lo menos en la versión borgeana que reescribe Bioy—, había percibido que podía contemplar a Borges con el juego menor de imputarle la complementariedad circular del tiempo como absurda medida para juzgar la “necesaria relación” entre el almirante Rojas y Perón, eventualmente su “otro”. Sin embargo, debemos tener en cuenta la antedicha observación de Borges: quizá fuese más interesante “un pasaje de época” —el nombre de Frondizi parecía prometedor—, que mantenerse en repudios al peronismo grabados en el mismo mármol de hostilidades de siempre. Pero bastaba reconocer este tema para admitir de inmediato que *eso no era para ellos*, los conjurados del primer piso de la Biblioteca Nacional. No, ellos seguirían en la máquina eterna del tiempo, donde constantemente el monstruo seguía incediando iglesias y clubes de la gente honorable.

No obstante, Borges desplegaba mucha actividad en la Biblioteca, no solo con su declaracionismo de combate y luego con los incesantes cursos de inglés medieval, sino que era visto por los empleados como un *real* director, lo que difiere de la visión de Clemente. En otra “cena de la eternidad” en casa de Bioy surge el tema del movimiento sindical en la Biblioteca. Borges:

He perdido la cabeza, no sé lo que hago. Me ha pasado algo tan desagradable en la Biblioteca... Unos empleados fueron a quejarse al ministro, a nuestras espaldas, de lo que ganan. Después uno de ellos nos ha insultado; me dijo que gano seis mil pesos, que me paseo en automóvil. Como todo el país, están esperando a Perón, o a sus hipótesis, en este caso Martínez Zuviría.

No dejaba de ser curiosa y excepcional la idea de la “hipóstasis” de Perón en Martínez Zuviría. [Es que Borges estaba más cerca de Ezequiel Martínez Estrada en sus pensamientos alegóricos que lo que decía y deseaba]. En cuanto a Martínez Zuviría, personaje del cual ya hablamos suficiente, también intentó colarse en las celebraciones por la caída de Perón, al que sin embargo había acompañado desde el reaccionarismo de las sacristías de la ultraderecha antisemita. En el libro *Borges*, que estamos recorriendo un poco al tuntún, el susodicho comentará a Bioy:

Me dice que Martínez Zuviría estaba interesado en todas las habladorías de los empleados de la Biblioteca. “Nada me es indiferente”, explicaba. Parece que un tal Trenti Rocamora, antecesor de Borges en la dirección de la Biblioteca, había instalado un sistema de hilos y grababa las conversaciones de los empleados. Borges también me cuenta que el mismo Martínez Zuviría, junto con Ibarguren, asistió a la ceremonia del establecimiento de las academias; ahí, sin inmutarse, los dos habían escuchado discursos en que se atacó a los tiranos y se exaltó a la libertad.

Ninguna habladoría que quisiese ser captada por los funcionarios derrocados que se acercaban a los derrocadores, podría haber superado el nivel de los pérfidos coloquios en casa de Bioy, reconstruidos por este con el verdadero simulacro de un “sistema de hilos” dirigidos ensañadamente hacia todos los rincones de la cultura de época.

En esos momentos, un contertulio frecuente era el gran escritor Juan Rodolfo Wilcock, exquisito poeta, selecto cuentista de finas tortuosidades, que murió dentro del idioma italiano en un hondo gesto de descenso a las profundidades del idioma “argentino”, haciéndolo finalmente “etrusco”.

Comen en casa Borges y Wilcock. Borges comenta poemas del Marino. Después, en un aparte, me dice que no sabe qué hacer con un poema que Wilcock le mandó para la *Revista de la Biblioteca*, un poema sin duda irónico, porque Wilcock sabe lo que hace, pero que deja una sensación incómoda —bueno, ¿y qué?— y que no parece adecuado para una revista oficial.¹²⁹

Evidentemente, Bioy Casares no tiene la misma idea de Borges sobre los alcances de una “revista oficial”. Incluso comenta el episodio de los empleados de la Biblioteca que realizan una protesta sindical ante Borges de un modo profundo:

Es la contraparte de la vida pública. Primero vinieron los honores. Inocentemente, los recibía con agrado. Ahora está perplejo. Pero esto fatalmente llega. Uno debe saber: si prefiere, con tal de no sentir esos odios, privarse de aquellos honores (tan vanos) y no salir nunca de la vida privada de escritorio.

Esta meditación de Bioy, que es amistosa y a la vez una drástica crítica a Borges —como acaso lo es encubiertamente todo el libro en el que la leemos—, descubre el drama que no se resuelve con la pócima morenista de “suprimir los honores”. Es el tema fundamental de lo político, que alguna vez todos percibimos, la fatalidad del ascenso y caída, el incierto amor que se diluye, el desprecio social que no se sospechaba y la imposibilidad final de distinguir si el desprecio o la ruina es un añadido no por lo que somos sino por los arbitrios que no sabemos que poseemos. Borges prefería la lectura de Gibbon, *Ascenso y caída del Imperio romano*, pero lo que en este libro está tan finamente tratado, lo eludió en el instante de tener que pensar sobre su propio caso.

Borges menciona la *Revista de la Biblioteca*. Efectivamente, durante el período de su dirección, se publicaron varios números —de 1957 a 1961— con las características específicas de una revista literaria. En la advertencia inicial del primer número, Borges traza una pequeña hipótesis sobre la biblioteca y las revistas, en las que contrasta una con otras, diciendo que las bibliotecas son pasivas, reiteran el vasto mundo con resignada indiferencia y son queribles por semejar sistemas filosóficos anacrónicos, mientras que las revistas pertenecen al lado activo del mundo, y “condescienden con simpatías y diferencias”.¹³⁰ Esta curiosa teoría, no exactamente propuesta del mismo modo por Borges en otros momentos de su obra, permitía entrever su entusiasmo por la revista, que saldrá esporádicamente —son apenas cinco números en más de una década y media—, con artículos que pertenecen al ámbito cultural en que se desenvuelve Borges. Explícitamente, se sigue la senda de Groussac, en el nombre y en sus contenidos, aspirando “a no ser indigna de quien la fundó”.

La deliberada alusión a Groussac se refiere más bien a la primera iniciativa de este, con sus énfasis vinculados al ensayo histórico y la crítica cultural. No obstante, el tribunal polémico que levanta Groussac no será el afán de Borges, y la revista contendrá el desagüe natural de mundo social de Borges, tal como es conocido y como lo muestra el registro minucioso y socarrón que hizo Bioy Casares en su voluminosa memoria. Por supuesto, están Bioy (encabeza el lote), Ghiano, Peyrou, Mujica Lainez, César Dabove, Jaime Rest, Alicia Jurado, además de un interés especial

por Ortega y Gasset, que sin duda corresponde más a las preocupaciones de Clemente que de Borges. ¿Qué queda de una historia institucional? Las revistas son inevitables, la sal del tiempo. En ellas después se verá el pulso de los días, aun en esta, que se ajusta a un molde de alta cultura, sin atención para las cuestiones de momento, aunque ocasionalmente aparecen, y ahora leemos en ella una visión del “incendio de la iglesia de San Nicolás”.¹³¹

La trama interna de una revista está sin duda un escalón más abajo que un libro en cuanto a la *empirie* de los días, pero aún debajo de la revista están las anotaciones sobre los eventos diarios, la coloquialidad, la conversación espontánea. ¿Cómo juzgar las notas de Bioy sobre las tenidas con Borges? Veamos esta, del 10 de octubre del 56:

Come en casa Borges. Hablamos de los problemas de la Biblioteca (descontento de empleados), de Bennet, de Wells y de Swinnerton, de autores que serán leídos y no serán leídos en la posteridad.

¿Quizá Bioy quería mostrar que en una conversación aparentemente casual tiene más fuerza existencial que la realidad de una revista o un libro? Este párrafo que citamos revela que hay planos bruscamente superpuestos, que atraviesan la realidad sublime —los escritores sobre los que se habla o se lee— y la realidad terrenal (la protesta de los empleados). De alguna manera, la literatura de Borges peticiona, reclama esos planos del mundo. Pero la “biblioteca” podría ser el punto de intersección. Una publicación que da cuenta del conjunto de libros publicados durante el transcurso de un año a modo de una *bibliografía nacional* —editada por un *Boletín Bibliográfico Nacional*— revela que Clemente y Borges, con el auxilio de bibliotecarias técnicas, no iban a abandonar una de las funciones de la Biblioteca, que es la de reseñar en extenso los libros publicados en el país. Este *Boletín* es hoy un documento invaluable de la actividad editorial durante el último año del gobierno de Perón y los dos primeros del nuevo régimen.¹³²

Borges escuchaba tangos en la Biblioteca. Lo dice Clemente al desgranar los recuerdos de esa época. Lo confirma Bioy. En la anotación del sábado 12 de octubre del 57, Bioy va a buscar a Borges a la Biblioteca.

Cuando llego están oyendo tangos, en un fonógrafo, en el salón de lectura: están, además de Borges, Clemente, Armani, los sobrinos de Borges, María Rebeca Peña, María Esther Vázquez y otra señora. Al rato aparece Gannon. Oímos un tango bastante lindo, *El ponchito*, del padre del amigo de Luis y Miguel; el muchacho dice que solo hay cuatro discos de ese tango.

[Yo he visto a Elvio Vitale ensayar, para la noche, algunos pasos de la danza tanguera en su despacho de la Biblioteca Nacional]. ¿Pero qué pretende decirnos Bioy? En primer lugar, la escena es refutadora de la función de una sala de lectura. Luego, la obsesión detallista sobre las personas que concurren, también sorprende por ser lo contrario de la intención borgeana que sobrevalora la capacidad selectiva de la memoria y convoca a hacer del olvido un acto de reparación de la realidad, dándole a esta otra oportunidad. Luego, el aire de falsa inocencia descriptiva no deja de tener un parentesco con el candor de Cortázar ante lo real, mera introducción a la fantasía y a lo extraordinario. Por fin, el tango *El ponchito* es como una moneda sagrada caída de Tlön. Hay solo cuatro ejemplares grabados de ese tango. La digitalización, actual tema bibliotecario por excelencia, derriba en un santiamén esta arcaica escena entre complotados, esta vez alrededor de los primitivos tangos sobrevivientes, los que le gustan a Borges, y no del consabido ataque a Sabato o a los crecientes críticos de los desafueros de la Revolución Libertadora.

Llegaban sin embargo los tiempos de Frondizi, que les sugería a los complotados de la Biblioteca Nacional la imagen de una continuidad de Perón. Era la “hipóstasis”, lo que por un lado tenía la gravedad de la reiteración y por otro de la diferencia. ¿No exigía la verdadera disposición mítica de repudio que la historia hubiera quedado fija a aquellas jornadas únicas del 55, con su aura épica? Lo cierto es que se produce el inevitable rumor de que Borges va a ser removido y vendrá otro director. El episodio lo cuenta Bioy:

Narciso Binayán apareció de visita en la Biblioteca Nacional, por una conferencia que debe pronunciar allí, y les dijo a Borges y a Clemente que parece probable que el gobierno nombre director a Arancibia, en reemplazo de Borges. “Se da cuenta la mala suerte —exclamó Binayán—, yo creí que a usted no lo tocarían, y no hice nada, aunque tengo muchos mejores títulos para dirigir la Biblioteca que ese Arancibia, que es un individuo de segunda categoría”. Clemente empezó a ver con odio a Binayán, como a un enemigo, y dijo a Borges que no deberían dejarlo dar la conferencia. Borges, en cambio, encontró que el episodio tenía todos los elementos de la buena comedia y por su candidez Binayán le resultó simpático.

Pero luego Binayán, además de traer un absurdo currículum para que Borges lo presentara como conferencista, dijo que pretendía invitar a Frondizi, a lo que Borges respondió que en su momento él no había

invitado ni a Aramburu ni a Rojas, y en cuanto a Frondizi, se negaba además por parecer una adulación o un intento de modificar su situación en la dirección, aparentemente incierta.

Pero en verdad, Borges está convencido de que Frondizi durará poco tiempo, y por lo tanto había que demorar la presentación de la renuncia. En algún momento aparece Ernesto Palacio, que le dice:

—Estate tranquilo, en el gobierno te miran con simpatía.

—Esa simpatía no es recíproca —responde Borges.¹³³

Finalmente se concretan los pronósticos de Ernesto Palacio. En abril de 1960 encontramos a Borges dando una conferencia en el salón de la Biblioteca Nacional a la que asiste Luis Mc Kay, ministro de Educación de Frondizi. Las cosas ya están claras, Borges prosigue en la Biblioteca, aunque opina que “Frondizi y sus hermanos son siniestros”. Mc Kay ha sido amigo de juventud de Mastronardi, pues juntos habían hecho periodismo en Entre Ríos. Los vínculos dentro de la gran familia estaban asegurados. El *Borges* de Bioy, libro de tramas y jocosos dictámenes, brevarios del sublime capricho estético y festejo de las cumbres atemporales de la literatura, es también un relato de conspiraciones juguetonas y urdimbres políticas que no dejan de tener su costado sórdido. Borges habla —quien lo escuchó hablar, e incluso quien escucha hoy a sus buenos imitadores, que no son pocos—, y se puede apreciar la modalidad intensa del balbuceo y un fino tartamudeo de tímido del que surgen las sentencias más penetrantes. Vale la pena transcribir la interesante observación que hace Bioy al respecto:

Qué equivocados los que afirman que no habla bien: no habla con elocuencia retórica, habla pensando y piensa con libertad, con profundidad, con riqueza. Nunca podría yo hablar así; pensar ante mucha gente que escucha, así. Quizá la ceguera lo aísla y lo ayuda.

En ese mismo año de 1960 se realiza el llamado a concurso para el nuevo edificio de la Biblioteca Nacional, acto que cuenta con un discurso de Borges. Ese mismo año, con una modesta fiesta de presupuesto austero, según lo determina Borges, se celebra el sesquicentenario de la Biblioteca.¹³⁴ A cargo de Borges queda la reflexión sobre el aniversario. Dirá que los hechos conmemorados suelen ser “menos imponentes y más chambones” que los actos que los recuerdan. “Equipara las revoluciones de 1810 y 1955”, anota Bioy, sin opinar al respecto. Ensalza a Mariano

Moreno como prócer liberal —ese año la polémica sobre el joven secretario de del primer gobierno argentino estaba en el aire— y luego habla el ministro Mc Kay, diciendo que Borges es el más importante escritor de la lengua. Bioy:

Felizmente, admirar a Borges es ahora un lugar común, como antes era ignorarlo.

Ya estaba consagrado Borges y ese rango de superioridad respecto al resto de la literatura argentina se había elaborado a través de eventos diferenciales muy contundentes. A comienzos de la década del sesenta la revista francesa *L'Herne* dedica un número completo a examinar sus obras. Ya algunos de sus cuentos habían sido dados a conocer en Francia por Roger Caillois. Por esa misma época, comienzos de la década del sesenta, el libro de Michel Foucault *Las palabras y las cosas*,¹³⁵ que trastoca muchos modos académicos de filosofar en Occidente, deja leer en sus primeras páginas que surgió como consecuencia de la lectura y de la risa filosófica que le provoca un escrito hasta ese momento poco mencionado de Borges: *El idioma analítico de John Wilkins*. Borges, un disconforme señoril con el funcionamiento normal de cualquier idioma, se molestaba cuando lo presentaban con “galardones” o un ministro le proveía laboriosos pedestales. Nunca se refirió a Foucault. Estaba cerca de la especie de los intocables.

Pero Borges había elaborado también un vasto frente de guerra con variados temas simultáneos. Ya venía sosteniendo la idea del peronismo como mal absoluto. Pero derivaba de inmediato hacia los signos de la lengua nacional que acentuaban rasgos de impostura y vanidad. Un poco más allá estaba su combate como profesor de literatura inglesa en la Facultad de Filosofía y Letras, donde se oponía al “giro sociológico” de la interpretación de textos y obras. Bioy da un ejemplo: Borges está tomando examen en la Facultad. Dice una examinanda: “Las novelas de Jane Austen son importantes porque describen la vida de la *landed gentry* en el siglo XVIII. Borges: ‘Por algo más, señorita’”. Era una lucha permanente que le granjea admiración universal y una vasta serie de obstáculos en una sociedad nacional agrietada, herida, insatisfecha, que al mismo tiempo había encumbrado a la ciencia democrática de la sociología. Atacar a la democracia, promover la censura, eran sus juegos de niño, un niño borgeano que coqueteaba con la creación ensoñada de una república intangible de la letras, cuyos congresistas espectrales fueran Stevenson, Coleridge, Swinburne, Johnson o Chaucer, mientras no se privaba de pedir aumento de sueldo en la Biblioteca Nacional.

Quien esto escribe, que participó como joven estudiante en un grupo que irrumpe en una clase de Borges para señalar que había un paro “por el asesinato de tres obreros, Mussy, Méndez y Retamar”, recuerda a un Borges espectral que hizo frente a quienes pronunciábamos esos nombres que le parecerían tan distantes, aunque podrían haber salido del *Martín Fierro* o incluso de un Joseph Conrad latinoamericano, aunque también resonaban desde el vasto puzzle de la inmigración argentina. ¿Pero en ellos no había una nota innegablemente criollista? Borges se nos acercó con rostro indignado —diría demudado— y con ánimo de combate, mientras un murmullo de repudio crecía entre las señoras de tapado de piel que lo escuchaban.¹³⁶ En ese tiempo Foucault lo encumbraba, pero en el país, los que en poco tiempo más íbamos a leer al sabio francés y al propio Borges, manteníamos severas dudas sobre él, aunque nos inquietaba el personaje, que ya intuíamos que entraría fuertemente en nuestro destino de lectores y que quizá lo comprenderíamos mejor que esas damas maduras que por el momento eran sus devotas.

Mientras tanto, los planos de brusca cotidianidad mantienen su contrapunto, por ejemplo, con las conversaciones sobre un poema de Leconte de Lisle o de Apollinaire. En junio de 1963 dice Bioy:

Hablo por teléfono con Borges. Me cuenta una pequeña miseria: “Blas González, director de Cultura, es muy amistoso con Clemente y conmigo; de diversas maneras nos ha expresado este sentimiento. Sin embargo, los otros días, cuando el ministro de Instrucción Pública propuso el aumento de nuestros sueldos en la Biblioteca Nacional, González se opuso. No hizo esto por mala voluntad personal, ni porque él ganara o perdiera algo con este aumento: se opuso para que Clemente y yo no recibiéramos un sueldo superior al suyo y para que su posición jerárquica no quedara comprometida. Mucha gente obraría así. Estoy seguro de que no tiene conciencia de haber obrado mal”.

Como apreciamos, mientras especulan si Leconte de Lisle había “intuido la pampa” en sus poemas (era una afirmación de Groussac), surgía un tema que pudiera haber estudiado un sociólogo lúcido como Pierre Bourdieu. Se trataba de la construcción de un “campo de poderes a través del conocimiento y los signos diferenciales económicos”, un terreno de relaciones sociales tensas y no declaradas, que por un lado traducían la *República de las Letras* a un sistema de producción social, y por otro elevaban al nivel de una producción simbólica las pulsiones meramente terrenales, de soterrada ubicación social. Bourdieu, que era un personaje querible,

hizo con estos utensilios conceptuales grandes reflexiones sobre la cultura francesa y su *paideia*, aunque no nos debemos privar de señalar el riesgo implícito de este modo crítico. El de perder el nivel de las significaciones autonomistas de la obra como acontecimiento moral soberano. Le ocurrió de alguna manera juzgando la obra de Heidegger y luego la de Flaubert. Le hubiese ocurrido si hubiera juzgado la de Borges, del que no hubiera podido extraer las consignas de risa, vacío y fuga del concepto como lo hizo el nietzscheano Foucault.

El período presidencial de Illia, que comienza en 1963, trae alguna tranquilidad a los dos amigos, que asisten más serenos a la caída de sus ídolos —Aramburu y Rojas—, y se acomodan escépticamente a una nueva combinación política que les parece insípida pero que aún mantiene alejado de la competencia electoral al peronismo. En algún momento, intervienen en la escena pública con un petitorio para que no se cambien los nombres de las calles, lo que equivaldría a extirparles el alma a las cosas heredadas. Aunque no lo dicen, entre otros casos, está en juego el cambio de Victoria por Hipólito Yrigoyen, que suponen que “al propio Yrigoyen no le hubiera gustado”. No obstante, hay problemas, reales o ficticios:

Como una mentira de Ghiano cuenta Borges: “Ghiano dice que no aceptó el nombramiento de director de Cultura porque le ponían como condición que exigiera mi renuncia a la dirección de la Biblioteca”. BIOY: “Pensaría muy mal del gobierno si te pidieran la renuncia”. BORGES: “¿Por qué? Los puestos no son para siempre. BIOY: Sería un pésimo indicio que te pidieran la renuncia”. BORGES: “Bueno, sí, de cosas mucho más graves”.

Podría ser una mentira, pero el diálogo pertenece al campo de las cosas reales y pone al desnudo la contradictoria relación que ese Estado Mayor literario mantiene con el gobierno de Illia. De todas maneras, en ese mismo tiempo se le ocurre a Borges reavivar la idea de ir a vivir a la sede de la Biblioteca, contenida en el mitológico Barrio Sur.

En 1966 llega el golpe de Estado del general Onganía y nuevamente se suscita la cuestión de la Biblioteca Nacional. ¿Podrá continuar el director? En principio, no había problemas. Onganía le manda un edecán a Borges proponiéndole conversar, lo que es tomado como un indicio de continuidad. Esta anotación del 7 de agosto del 66, sin embargo, revela la atmósfera de incerteza y nerviosismo que rodea todo lo que institucionalmente tiene que ver con la Biblioteca: Borges dice que Esther Zemborain le indica que deje todo lo que tuviese que hacer.

Vení a almorzar conmigo. Tu situación en la Biblioteca está en peligro. Solo te podés salvar si das tu adhesión al gobierno en este asunto de la Universidad.

El gobierno había entrado por la violencia policial en las universidades, en eso residía tal “asunto”. Era un hecho mundialmente repudiado, y Borges parecía dispuesto a firmar una declaración apoyando la intervención de Onganía. Era enemigo del gobierno universitario tripartito y, según se lee en el libro de Bioy, también de la “mafia de comunistas”. Por lo que era necesario, piensa, que alguien saliera a defender al gobierno. Ahora bien, la absoluta impopularidad de la causa, lo hace vacilar.

Yo hubiera firmado si firmaban otros, pero salir solo erigiéndome en juez de Israel, era un poco ridículo. Como si me pillara en serio, ahora Esthercita me sale con ese peligro.

Borges especula que igual era firmable un apoyo al nuevo gobierno militar por el tema en sí mismo, pues no cree en verdad que su puesto esté en peligro debido a la referida visita del edecán del presidente golpista. Además:

Si me echan, ¿qué me importa, si están decididos?; por hacer una declaración así, no voy a salvarme.

Compleja cuestión, que revela dramáticamente la materia cotidiana del mundo de Borges. Ya dijimos que el libro de Bioy, del que extraemos estas observaciones, es un memorándum excepcional en su retrato de los hábitos de una aristocracia literaria que vive la exquisita vida del espíritu. Hay en esas anotaciones asombrosas intervenciones de Borges, tomadas de primera mano pero seguramente cinceladas luego por Bioy, plenas de sutilezas retóricas y que conforman una original teoría estética casi “imperceptible”, que si la tuviéramos que resumir, postula la paradoja incesante, pues opta por un naturalismo de la lengua sin trabajo de añadidos “literarios”, pero busca en la literatura un rasgo sagrado nunca declarado como tal. Pues los dialogantes —Borges y Bioy— hacen gala de un deliberado espíritu asistemático, repentista y condenatorio de “afectaciones”, entre las cuales, obviamente, está la de las almas mesiánicas. Diálogos sobre la hipálage o la hipóstasis son verdaderas abreviaturas de una estética salvaje, espontánea, pero profundamente estremecedora.

Por otro lado, aparece Borges con su debilidad añiñada, seguida por sus furias políticas de inconcebible primitivismo, a no ser que Bioy —lo

que sería inverosímil— haya puesto en su boca exaltaciones insostenibles de sus temas favoritos. ¿Llevó a su consumación extrema opiniones que Borges daba en sordina? Atemperadas, muchas de ellas están escritas bajo su firma, aunque nunca sostuvo públicamente sus opiniones sobre los fusilamientos del 56. No es posible aceptar sin sorpresas el modo en que aparece el cuerpo cotidiano de Borges, en sus tribulaciones amorosas y sus zafadurías políticas, donde las afirmaciones más atrabiliarias proceden de su mundillo espeso de damas poseídas por caprichos de clase e insensibles fervores (de lo que él suele burlarse encarnizadamente). “Esthercita” le habla del “peligro” —en este caso, el de perder la dirección de la Biblioteca— pero él también reflexiona sobre la base de entidades prácticas, verdaderas hipótesis de la política real: una declaración a favor de la intervención de la Universidad no lo salvaría si los militares quisieran realmente echarlo; por otro lado, él no percibe verdaderamente ese riesgo. Sus pensamientos atraviesan todos los círculos del infierno.

Quizá sus ideas asociales fueran la condición para escribir sus relatos, todos ellos poseídos por claves secretas de las que emergen alusiones vivaces a los mismos temas que proscribió en sus opiniones políticas. Su arte de injuriar, indetenible, demolía la falsa consistencia de la realidad —como artificio estético—, pero también no dejaba estabilizar su pensamiento en una ética comunitaria. Todo lo conducía hacia un individualismo irónico, pero también miedoso, que quizá lo encumbraba como conversador terrible, pero no le permitía la felicidad. Esta severa escisión entre literatura e historia, puesta como precondition creativa, tuvo un indicio de resolución en algunos escritos de Borges posteriores, sobre todo en su comentario del día que asiste al Juicio a los ex comandantes, en el año 1985. Allí condena a los militares como sujetos de una burocratización del mal, pero hace entrar dentro de un delirio circular los respectivos lugares de la víctima y el victimario. Formula su idea de la imposibilidad profunda de juzgar, pero la corrige con una suerte de doctrina para casos particulares, y así condena los asesinatos producidos por el régimen militar. También recordará una frase bíblica, que está recogida en su obra (“un hombre es todos los hombres”) para condenar las desapariciones, no importando su número. Quería sancionar a los militares. Incluso les dijo cobardes. Pero no parecía convincente su empeño. Por encima de cualquier otra cosa, sobresalía su idea de que hay un *Mal* que se manifiesta fuera de la historia, pero que abarca a captores y capturados.

La década del sesenta había transcurrido hasta más de su mitad y en cuanto a la Biblioteca, no abundaban las novedades. Borges seguía emitiendo diatribas contra el nuevo edificio y su idea compositiva. A un

arquitecto que no nombra, quien le propone modificaciones importantes al proyecto edilicio que está en debate, lo increpa duramente:

El viejo edificio de la Biblioteca fue renovado y ampliado; por diez años por lo menos no necesitamos nada. Mire, le voy a decir algo: no me parece patriótico su proyecto.¹³⁷

Evidentemente, no quería mudarse. En otro chascarrillo, el director de la Biblioteca anota una frase que le dice una de las empleadas, María Antonieta Caram:

“El payaso es triste, señor director, porque se ríe cuando quisiera llorar la muerte de uno de sus familiares”. Comentario de Borges: “Esos aciertos estilísticos que tiene el azar. Una situación particular presentada como regla universal. Todo está bien: *señor director*, la palabra *familiares*, que es perfecta”. Así como castiga al proyectista, analiza con simpatía los arcanos de una frase popular.

Ya al finalizar la década, a las conversaciones descuidadamente eruditas se le agrega la primicia del film *Invasión*, de Hugo Santiago, cuyo libreto es de Borges y Bioy, resultando que con el tiempo esa película se vería con devoción como una de las gemas del cine argentino. Pero simultáneamente los dos amigos se encuentran redactando un manifiesto más. La situación nacional se acelera. El manifiesto, titulado *Declaración sobre el revisionismo y las montoneras*, firmado por el elenco estable —Borges, Bioy, Silvina Ocampo, Mastronardi, Pepe Bianco, Manucho Mujica Lainez, Clemente, entre otros—, dice:

Los escritores que firman esta declaración han advertido con justificado estupor la creciente glorificación de las montoneras, de los caudillos que las capitaneaban y del nombre de Rosas. Tales apologías contradicen todo el proceso democrático de la historia argentina y presuponen una extraña nostalgia de la barbarie, del delito y la crueldad. No es difícil adivinar detrás de estos anacrónicos arrebatos, el designio de instaurar, ahora y aquí, sistemas no menos opresivos e inicuos.

En noviembre de 1969 sale el escrito en los diarios, corregida la palabra *delito* por *despotismo*. Bioy concuerda:

Aunque prefiero palabras menos abstractas, la corrección me parece acertada.

El movimiento historiográfico llamado *revisionista* que provenía del nacionalismo de los años veinte había atravesado varios períodos y contenía heterogéneas líneas de trabajo a lo largo de su vasta extensión temporal. No era todo lo mismo: los eruditos académicos Saldías y Quesada, el pacato y estrecho Ibarguren, que las investigaciones atrevidas de los hermanos Irazusta, sobre todo de Julio, el documentalismo de José María Rosa, el telurismo metafísico de Scalabrini Ortiz articulado con sus meticulosas investigaciones de archivo y un modo interpretativo ligado a la teoría del imperialismo, y las investigaciones urgentes de la izquierda nacional, ya en fase de fuerte divulgación, de los trabajos de Puiggrós, Hernández Arregui, Jorge Abelardo Ramos sobre todo, y posteriormente Eduardo Luis Duhalde y Rodolfo Ortega Peña. Jauretche, por otra parte, era un autor festejado y aprobado masivamente en su gracejo gauchipolítico para comentar las vicisitudes culturales del presente, en cuanto a un frente de acción política contra “el estatuto colonial de la Argentina”.

El clima de aceptación social y juvenil que tenían estos trabajos que se habían amasado a lo largo del siglo XX e inspirado históricamente la trama política de la cual surgiría el grupo Montoneros era percibido y lamentado por el historiador Tulio Halperin Donghi como el notable triunfo cultural de un error, pero expresaba los síntomas de decadencia y de “larga agonía” en que se cifraba la lógica autodestructiva del país. De todas maneras, la gran película metafísico-política titulada *Invasión*, plena del espíritu irónico de Borges y Bioy, a la manera de un gran folletín histórico fantástico, tenía pigmentos importantes que evocaban alegóricamente las luchas sociales en la ciudad de Aquilea, pero no solo había allí la gran fábula de los invasores racionalistas contra los resistentes que defendían el dulce arcaísmo criollista de la ciudad con empedrado y payadores, sino una inesperada alusión, y con la misma palabra, a las acciones que el peronismo había llamado de *resistencia*. El film tiene un valor de anticipación inmediata a las formas de represión que sobrevendrían y aludía a grupos de militantes que sin dificultad podían asimilarse a los que formarían los grupos insurgentes precisamente condenados en sus periódicas declaraciones por los propios Bioy y Borges. No en vano *Invasión* había sido un éxito en 1970... ¡en Argelia!

Pequeño incidente: el nuevo gobierno militar quiere mejorar los sueldos de los empleados de la Biblioteca y efectivamente lo hace, pero se trata del sueldo de los jefes. Clemente concuerda con un argumento absurdo, pensando que así los empleados con remuneraciones bajas se aplicarían mejor en sus tareas para llegar ellos mismos a jefes. Borges, en

un momento de reflexión más atinada, extraída del sentido común sin más, no está de acuerdo:

No sé qué estímulo van a sentir si no les aumentan el sueldo ni la categoría. No veo cómo va a caerles bien que los jefes reciban aumentos. Vamos a ser capitanes de una tripulación amotinada.

Más allá de estas disquisiciones un tanto lunáticas, a Borges vuelve a presentársele el fantasma del pedido de renuncia a sus funciones de director. Onganía había renunciado ante la dimensión que cobraba el conflicto social y los acontecimientos trágicos vinculados al secuestro y muerte del general Aramburu. Lo sucede el general Levingston, agregado militar en Washington, nombrado de urgencia y que poseía un credo nacionalista desarrollista, con respaldos comunitaristas y veleidades de “reconstrucción del movimiento nacional” desde los despachos castrenses, habitados por nuevos iluminados.

Como sea, Borges quiere permanecer en la Biblioteca Nacional. Ya con el nuevo presidente en funciones, se presenta la misma situación de siempre. El flamante ministro Cantini cita a Borges en la calle Republicuetas, con lo que desata la conocida angustia:

Si era para pedirme la renuncia, le diría que no. ¿Por qué uno va a facilitar las cosas a quienes quieren echarlo? Si quieren echarme que carguen con el desagrado de hacerlo. ¿La renuncia salva el amor propio? Nadie cree en las renunciaciones. ¿Por qué citarme allí?

Finalmente no era nada de eso. En la calle Republicuetas estaba el centro de deportes que heredaba el predio de la famosa UES de Perón, y siendo ahora una dependencia del Ministerio de Educación, el ministro recién asumido quería agasajar a todos los funcionarios y empleados. Borges termina pasándola bien en el lugar: “Todo el tiempo le ofrecían empanadas y chorizos”. Sería vulgar, como surge de las observaciones maledicentes de Bioy, pero le interesaba demasiado conservar un cargo que en verdad no estaba en peligro.

Sin embargo, la época es inestable y los problemas siguen, de un modo sordo, trémulo. Hay un pedido de sumario a Borges por irregularidades administrativas. Se trata de acciones no tan anónimas encaminadas a producir la renuncia de Borges, que como se vio, está dispuesto a resistir. “No voy a facilitar las cosas a mis enemigos”.¹³⁸ Unas declaraciones de Borges sobre el peronismo, en su tono habitual —“la hipóstasis del mal”—, introducen el temor

en el pequeño pero influyente núcleo literario que se reúne en la casa de Bioy y en la Biblioteca. La propia Silvina Ocampo le reprocha sus incontinencias en un momento tan dificultoso, donde asoman los aires de una reposición del peronismo, con el que el nuevo presidente, el general Alejandro Lanusse, ya ha entrado en negociaciones, dificultosas pero ciertas. Borges presiente una época que no toleraría: “Mañana podemos despertarnos con la noticia de que Perón está de vuelta”. El país se le hace irreconocible, todo parece marchar en direcciones aciagas. El habitual rechazo a las formas vulgares de habla, podía incluso perder la ternura socarrona con que hacía décadas lo ejercían los dos amigos. Un homenaje a Lafinur en la Casa de San Luis, donde debió hablar Borges, arroja la siguiente comprobación: Lafinur no gustaba de gauchos ni de caudillos, apreciaba a Mozart. En el homenaje, en cambio, “tocaron esa música llamada folklórica y elogiaban todo lo que Lafinur veía como los enemigos” (agosto de 1972).

Al fin, se hallan frente a la realidad de las elecciones de marzo del 73, en las que triunfará el peronismo con la candidatura de Héctor Cámpora. “Tal vez haya que emigrar”, comenta Borges, mientras la infinita conversación en las cenas en casa de Bioy no sucumbe, alargándose en los temas de siempre, los concursos de *La Nación*, los mordaces juicios literarios, el yambo pentamétrico inglés, la ingeniosa burla a los contemporáneos, lo que fuere, a modo de manual escéptico sobre la existencia y repaso distraído de una teoría estética temible e inconclusa.¹³⁹ En esos días, Borges se cruzó con una absorbente manifestación peronista. “¡Borges y Perón, un solo corazón!”, le grita un numeroso grupo de jóvenes. Borges se lo comenta a Bioy en tono jocosos. Es que los manifestantes querían hacer notar un gesto amistoso en ese acto de junción de los dos nombres que encerraban y de algún modo explicaban la época. [Recuerdo haber leído sobre ese acontecimiento en el diario del día posterior, que para muchos de los que andábamos por las calles profiriendo las consignas de la hora, nos parecía que significaba las potencialidades de un parnaso que reuniría a las figuras que detentaban las simbologías mayores del momento: Perón con sus sentencias sobre el destino y el padecer sereno, y Borges sobre la eternidad y lo inhilable de las experiencias reales, sin embargo perseguidas obsesivamente].

Pero Borges parecía realmente atemorizado y pensaba en el momento de su renuncia a la Biblioteca Nacional. Conjeturaba que debería vivir en otro país dando clases. ¿Pero dónde?

Vida universitaria en Estados Unidos, a mí ese mundo no me gusta. ¿O pensás que hay otro país?

Bioy se pronuncia por “la otra Banda”. Sin embargo, no parecen estar muy convencidos. En esos días, en la confitería Saint James —estaba cerca de su casa, Borges solía frecuentarla—, se le acerca un mozo para decirle:

Dice el doctor Jauretche que tendría el mayor interés en que usted fuera a sentarse a su mesa.

Borges contesta: “Dígale al doctor Jauretche que el interés no es mutuo”. [Esta anécdota fue también comentada en aquella época, aunque creo que en otros relatos variaba la confitería, pues se la ubicaba en el Castelar de Córdoba y Esmeralda, donde solía concurrir Jauretche, que también vivía en las inmediaciones. Pero es más verosímil el Saint James: no sabemos si esas contestaciones airadas de Borges están demasiado subrayadas por Bioy, pero es probable que los hechos contaran con esas frases, que hacían al mito esencial de la literatura argentina del siglo XX: la conjunción, separación y desaire en la relación Borges-Jauretche. Hoy podemos juzgar que el gesto hostil de Borges representaba una obcecación que no era compartida por Jauretche, que admiraba la literatura de Borges aunque cuestionaba sus credos políticos, ni estaba a la altura de la relación que ambos habían tenido cuarenta años antes y que había dado como fruto el prólogo borgeano al *Paso de los Libres* jauretcheano. Al haber rechazado recomponer ese contrato espectral, Borges de algún modo estaba corroyendo odiosamente el otro hemisferio de sus lectores, y es posible que este fuera el que lo comprendiera mejor].

Al fin, con demoras, pues no debía serle fácil abandonar la calle México,¹⁴⁰ Borges presenta su renuncia en octubre de 1973, más de cuatro meses después de la llegada del peronismo al gobierno nacional. No se iba a sentar a una mesa a la que quizá lo hubieran convidado, tal como aquel cántico de los manifestantes lo permitía figurar, aunque en realidad *convive con los meses de la presidencia de Cámpora, permaneciendo todo ese lapso en su despacho de la Biblioteca Nacional*. ¿Pudo haber sido invitado a proseguir, del mismo modo que el yrigoyenismo había hecho con Paul Groussac? Se puede escribir esta frase solo contando el candor anhelante de ese apretado abanico de días que, como seguramente lo entrevió el propio Jauretche en la confitería Saint James, permitían pensar que el país atravesaría una reconciliación esperanzada, en la que los triunfadores electorales, pensando en sus propias heridas y cicatrices, debían tender su mano. Luego nada fue posible. La Biblioteca Nacional estaba preparada para otro girón de su historia.

Después de Borges

El historiador Vicente D. Sierra se encargará del período que corresponde al gobierno de Perón, y luego del fallecimiento de este, del de su esposa, Isabel de Perón. Sierra era un historiador eclesiástico, hispanófilo y que situaba su pensamiento al nivel de una cristiandad mesiánica, combatiente. Lector de Jaime Balmes y de Donoso Cortés, este hispanismo llevaba directamente hacia las doctrinas de Primo de Rivera, sin que extrajera del drama intelectual de Donoso ninguna de las observaciones y consecuencias que, cuestionables también, cuando eran retomadas por la aguda analítica de Carl Schmitt cobraban otro interés. Lógicamente, otro inspirador de Sierra era Menéndez Pelayo, pero el caso de este era el de un poseedor en nivel de eximia competencia, de las dotes eruditas del gran filólogo y retórico de la cultura hispánica, desde luego que puesta en términos de una antropología filosófica tradicionalista, cristiana. Groussac, que había sido director de la Biblioteca Nacional de Argentina en un tramo en que Menéndez Pelayo lo había sido de la de España, intentó desafiarlo también en el campo de los estudios genealógicos y filológicos, recibiendo, si cabe, la dura lección referida a cómo encarar los estudios sobre el *Quijote*. Vicente Sierra, en cambio, toma más ligeramente ese impulso pelayiano, anudando cristianismo, historias nacionales y combate de salvación moral. No lo hace, con todo, de manera improvisada ni es partidario de la folletería estridente o de combate cuando corresponde mostrar los frutos de una ardua documentación.¹⁴¹

Sierra escribe sobre la historia de América en el sentido de la fuerza misional hispana, volcada en una laboriosa *Historia Argentina* que cuenta con numerosos volúmenes, y es de mencionar, en lo que hace a lo que aquí nos interesa, su ya comentado opúsculo sobre la historia de la Biblioteca Nacional, en el que se suma a la tesis que rechaza el papel fundador que cumple Mariano Moreno.¹⁴² Copiamos una reflexión de los escritos ensayísticos de Sierra, en la década del cincuenta, que representan el sagitario de sus compromisos doctrinarios:

La Humanidad se encuentra dividida en dos campos ideológicos, mas se equivocan quienes creen que es el de la lucha del Proletariado contra el Capitalismo, entre los restos del Demoliberalismo y las formas absorbentes del Estado, o el del encuentro de las tantas formas bastardas con que el hombre procura esquivar la comprensión de ciertas cosas esenciales; la lucha es entre Cristo y el Anticristo, entre el Bien y el Mal, entre la Verdad y la Mentira, entre el Catolicismo

y el Comunismo materialista, entre la Hispanidad y esa falsa Europa que termina en los Pirineos, castigada por la gran herejía de la falsa Reforma y las desviaciones del falso Renacimiento. [...] Se acerca el final de los cuarenta días y las cuarenta noches en el desierto, donde el diablo tentó a los hombres, y es hora de decir: “¡Vete, Satanás!”. También está escrito: “No tentarás al Señor, tu Dios”. La siembra española del siglo XVI se abre en esperanzas, que dicen que América, en las luchas del futuro, estará donde le corresponde: ¡con Cristo Rey! Desde los muros seculares de El Escorial, así lo ordena la voz rectora de Felipe II.¹⁴³

Estas figuraciones sobre el Anticristo eran recogidas, una vez más, por el peronismo de 1973, con la llegada de la tercera presidencia de Perón. En la anfibología de ese movimiento, se suele convocar a intelectuales del cristianismo ultraderechizado, ligado a grupos franquistas, para ocupar cargos de los ámbitos culturales del Estado. Mientras, en las calles perduran las movilizaciones que cargan en su talega las finas elaboraciones que John William Cooke realizaba a partir del complejo espesor de la historia del peronismo. En las hornacinas del Estado, como en un pacto nunca escrito, se apersonaban los nostálgicos de Felipe II y los pastores laicos o asotados de la “nación cristiana”. Pero en el utopismo insurreccional argentino, subsistían los obrerismos reivindicativos y las leyendas socialistas que flameaban ahora bajo banderas peronistas. Mucho se dijo sobre esto, y siempre es bueno aclarar que algunos de esos hombres que vestían hábitos y que provenían del tradicionalismo confesional, en horas álgidas ofrecieron adecuadas visiones sobre los temas profundos del momento que se vivía, pero no es posible decir lo mismo de la mayoría de ellos, y en los casos de Vicente D. Sierra y Gustavo Martínez Zuviría, que eran eruditos, documentalistas o escritores áulicos, intelectuales de notables destrezas letradas u oraculares, no hubieran vacilado acaso en reproducir brumosas jornadas inquisitoriales.

Fue un oscuro período de la Biblioteca Nacional, que coincide con lo tupido de las luchas políticas por el dominio del Estado y por el sentido del peronismo. La Biblioteca Nacional se apartaba de los horizontes candentes sobre los que se desplegaba la cruda realidad de las conflagraciones. Al mismo tiempo que la memoria social independentista del peronismo popular cultivaba la memoria de Scalabrini Ortiz, con su énfasis morenista, la Biblioteca acogía a un notorio negacionista de la presencia morenista en la historia nacional.¹⁴⁴

La Biblioteca en tiempos de oscuridad

La renuncia a la dirección de la Biblioteca de Vicente Sierra se produce unos pocos meses antes del golpe militar de 1976. Luego, se hará cargo José Edmundo Clemente. Por fin, será Clemente en los términos reales de un decreto presidencial, el director de la Casa que conocía muy bien y en la que había acompañado dieciocho años a Borges, a quien había considerado “director metafórico”. Ocupará, entonces, casi tres años la dirección, inmediatamente después del golpe de Estado militar, desde 1976 hasta mediados de 1979. Estaba sin duda interesado en la proceusión de lo que consideraba su obra, la construcción del nuevo edificio, lo que por el momento era poco más que una metáfora. No se le escapaba que para cumplir con su viejo sueño, debía realizar un pacto con el diablo.

Los próximos cuatro años, hasta el cierre del período militar, estarán a cargo de Horacio Hernández, que era médico y al mismo tiempo bibliotecario graduado, con lo cual se podía entender que el gobierno surgido de 1976 sostuvo un cambio en el perfil profesional de los directores del establecimiento. José E. Clemente, quien también era bibliotecario, revestía a sí mismo de la condición de hombre de letras. Hernández había sido director de las bibliotecas de la Facultad de Medicina y de la Universidad de Morón. Había estudiado la historia social de las instituciones de salud en Argentina y publicado varios trabajos al respecto. Al parecer, privilegió finalmente su condición de bibliotecario.¹⁴⁵ Durante su permanencia en la Casa volvió a salir la *Revista de la Biblioteca Nacional*, cuyo modelo era el de Martínez Zuviría, aunque en la declaración de propósitos se mencionase elogiosamente a las revistas de Groussac. Compartimos la opinión de Mario Tesler¹⁴⁶ respecto a que si bien el nombre y el espíritu de la publicación aludían a los de la época de Martínez Zuviría, el intento en relación con los contenidos apuntaba a un amplio conglomerado de saberes, “Historia-Ciencias-Letras”, por primera vez así proclamados en la historia de las revistas de la Biblioteca, lo que inevitablemente remitía a Groussac.

El tema del nuevo edificio está presente, muy directamente reflejado en la *Revista*, no solo porque se evoca al artífice de la sede de la calle México (Carlos Morra, del cual ya hablamos, arquitecto italiano nacido en una ciudad en la región de Nápoles, curiosamente cercana a la ciudad natal de Clorindo Testa), sino porque se promueve la agilización de la construcción del nuevo edificio, lo que finalmente ocurrirá durante el período del general Galtieri, que da un empujón a las obras, aunque a costa de recortar el presupuesto asignado (el edificio se inaugurará, pues, sin los parasoles que habían sido previstos). A pesar de estos rasgos de

“actualidad”, la revista se ciñe al modelo áulico, cortesano. Su lectura es uno de los tantos ejercicios que pueden hacerse para percibir el clima cultural en la época de la dictadura militar, feroz evento histórico que desde luego contenía su propia vida cotidiana omisa, sus revistas atemporales, sus compromisos con la “alta cultura”, su saber sin saber, y revistas como la que estamos tratando, con artículos que valorizaban la figura de Ricardo Rojas y de Manuel Gálvez, que recuperaban escritos de Bernardo Canal Feijóo, las poesías de Santa Teresa, el diario de viajes de Bonpland, todos temas admisibles y suficientes.

Los autores, Raúl H. Castagnino, Celina Sabor de Cortazar o Ángel Mazzei, podrían haber escrito en cualquier otra época de esa revista, u otras, que cultivase las apacibles reglas del arte conservador en la crítica y en la escritura o el compromiso con las academias, como especialmente la que podía convocarlos, o como la Academia Argentina de Letras. Pero en esas turbias épocas dictatoriales —y no de cualquier dictadura, sino de una que lo fue en términos terroristas—, se plantean problemas de interpretación que no pueden superarse sin dificultad. Toda época tiene una cuerda de indiferencia histórica que a la vez mantiene los legados culturales sin incitaciones críticas, que no se ven ni perentorias para la agudeza reflexiva ni acuciadas para reclamar estilos intranquilos. Pero en este caso, no dejan de resonar de una forma artera las preocupaciones sobre la obra de Ricardo Rojas, por ejemplo, que sin embargo en cualquier otro momento podría ser tratada como un evento a ser revalorizado, como de hecho ha ocurrido tantas veces.

Por otra parte, los temas de esa *Revista de la Biblioteca Nacional* no promueven ámbitos doctrinarios que se excedan hacia el universo de las derechas confesionales, como ocurría con Martínez Zuviría y Vicente Sierra. Incluso pertenecen al elenco temático habitual de la que podríamos llamar “cultura liberal de salón”. Por eso mismo, no dejan de producir el súbito escalofrío que se siente ante un objeto inerte que irradia una versión abstracta e inocua de la cultura, aunque actúa indiferente sobre las arenas más siniestras que jamás se hubieran arremolinado en la vida del país, considerada bajo todos sus aspectos posibles. Durante el postrer tramo de los gobiernos militares comienza el traslado de los libros del antiguo edificio hacia el que Borges había llamado despectivamente “máquina de coser”. Algunos subsuelos estaban ya preparados para ello. La época más aciaga e infeliz de que se tenga memoria en toda la historia nacional estaba llegando a su fin.

Capítulo 6

El drama de la actualidad: archivos, sindicatos y tecnología

Los nuevos turnos políticos

Cuando por fin el país conseguía las llaves del reino para salir de la prisión de los años militares, la Biblioteca cambiaba también de rumbo y acentuaba un rasgo que hasta hoy mantiene. Sus períodos de gestión duran menos que el de los gobiernos nacionales, siendo que hasta Borges, esto ocurrió en general y a grandes trazos, a la inversa. Se consideraba que los directores tenían una suerte de intangibilidad que, como la del libro, los ponía un poco por encima de las coyunturas del país, aunque Borges vio peligrar varias veces su cargo y pensó que con la asunción de Frondizi —y también con las demás— debía quizá presentar su renuncia. Se entró al fin en el tiempo en que las coyunturas bibliotecarias tenían su puntualización dramática en el interior de períodos mayores de la política nacional, también sometidos a diversos agrietamientos. Si alguien pudo ver en el nombramiento de Trenti Rocamora el síntoma de politización de la dirección de la Biblioteca Nacional, no conoce verdaderamente su historia. Este síntoma es arcaico y fundacional, lleva también el nombre de Mariano Moreno, qué decir el de Groussac y Borges, pero en cambio es posible sostener que la politización antigua se conjugaba con la veta central de la literatura o filosofía social del momento, y luego, quizá desde los años de la democracia —afortunados en sí mismos—, la politización escogió escenas culturales menos ambiciosas para deducir a partir de ellas los modos de administración de la Biblioteca. El personal, los lectores, los periodistas se acostumbraron, como en todo, a emplear la expresión el “funcionario de turno”, aunque esta frugal disquisición despectiva no deje de ser esencialmente injusta con muchas personas.

El período de la presidencia de Raúl Alfonsín permitió que sucesivamente ocuparan la dirección de la Biblioteca Nacional dos importantes escritores, cultores del ensayo histórico y del trabajo de investigación sobre los documentos del pasado: Gregorio Weinberg y Dardo Cúneo. Ambos pertenecen a la gran cultura laica argentina, influida por el liberalismo social y el socialismo. Ambos, bibliófilos. En cuanto a Weinberg, que ocupó la dirección durante el breve período de un año (1984-1985), sus publicaciones sobre temas educativos, centrados en la historia de la

Ilustración americana, y su redescubrimiento del economista del siglo XIX Mariano Fraguero, lo habían dado a conocer como un ensayista del espíritu social y ligado a las herencias del universalismo humanista argentino. Quizá las publicaciones que emanaron de su fervor investigativo se consideraron de menor importancia que su tarea de editor de grandes textos argentinos rescatados del olvido. No es justo eso, aunque como director de la colección *El pasado argentino*, Weinberg sostuvo una obra que fue unánimemente elogiada, pues es quizás uno de los proyectos editoriales más importantes que se intentaron en el país en cuanto al afán de publicar el acervo bibliográfico del pasado nacional.

Weinberg era profesor de materias vinculadas al pensamiento argentino y latinoamericano, y bajo este título entendía una labor de rescate y un enfoque humanista laico en torno a una historia que hacen los hombres, a los que ninguna deidad salva del naufragio ni tampoco de la inevitable cuota de sublimidad laica que emerge de la oscuridad de las pasiones. [Es con estos trazos que recuerdo las clases de Gregorio Weinberg en el Colegio Libre de Estudios Superiores en Plaza Lavalle, en las que jóvenes que aún pertenecían a los colegios secundarios escuchaban las primeras palabras de lo que sería un saber consciente sobre el lenguaje de la historia, cuando deja esta oír su humanismo intrínseco: fue el caso de “el que esto escribe”].

No permaneció mucho tiempo Weinberg en la Biblioteca, sobre la que sin embargo tenía ideas precisas:

Persiste, a nuestro juicio, una grave confusión entre el papel que debe desempeñar una biblioteca nacional, las bibliotecas universitarias, las especializadas, las populares y las escolares. Es un criterio demagógico, por ejemplo, suponer que compete a la Biblioteca Nacional atender en especial los requerimientos de los estudiantes (que constituyen la gran mayoría de los lectores). Las grandes bibliotecas nacionales de los países más desarrollados cumplen otras funciones: conservar el patrimonio bibliográfico y ponerlo debidamente organizado al servicio de los estudiosos.¹⁴⁷

Se toca aquí un largo debate irresuelto. Nuestra opinión difiere de la que escribe Weinberg. Ninguna de las funciones esenciales de una biblioteca nacional deja de cumplirse por el hecho de que su público sea heterogéneo. Ningún proyecto de investigación que requiera sapiencias especiales de consulta y trato con las colecciones patrimoniales se vería alterado por el hecho de que, en otras secciones de la Biblioteca, exista la consulta corriente y el uso amplio de sus existencias destinadas al público lector general. El

partido que llama a recibir lectores heterogéneos, sin demagogia, es el que mantiene viva una biblioteca. Centros mundiales de cultura universitaria, como lo es París, pueden en cambio sostener la práctica de una biblioteca nacional debido a un incesante pulular de tesis y posgraduados provenientes de todo el mundo. Otra discusión fundamental, que en estas páginas apenas hemos esbozado, supone preguntarse por los modelos de investigación en curso, que imponen maneras unidimensionales de consulta, escritura y pensamiento.

Luego de Weinberg la Biblioteca Nacional recibirá como director a Dardo Cúneo, que ocupó el período de 1985 a 1989. Se trata de un ensayista, historiador y poeta que hasta fines de los años sesenta había militado en el Partido Socialista y al quien por esa época se le debían algunos escritos sugestivos sobre la historia americana y figuras esenciales de la literatura argentina. Se suele mencionar de su autoría, especialmente, un voluminoso ensayo biográfico sobre Juan B. Justo y numerosas semblanzas sostenidas en sutil y elegante escritura: Macedonio, Lugones, los libros de 1930, Martínez Estrada y el *Martín Fierro*. Un ligero semblante que lo asemeja al Murena americanista y por qué no, a las pulsaciones características de un Martínez Estrada, ponen a Cúneo en un lugar extremadamente apreciable del ensayo argentino. Lo que quizá sea su obra mayor lleva el título de *Sarmiento y Unamuno*, libro de 1955, en el que luce un ensayismo atrevido para su época, donde no están ausentes los mencionados rasgos de la gran tradición argentina, teñida con un poco de Ortega y Gasset y cierto aire que a veces desembocaba en un tratamiento de la literatura como suave aura y mística social encarnada. Dice Cúneo en ese libro: “Sarmiento procede a la resurrección de Facundo, de la misma manera que Unamuno procederá a la resurrección de Quijote”. El comparativismo no parece forzado, pues Cúneo lleva las dos medidas con pinceladas prudentes y un cierto aire ficcional, que se expresará luego en novelas plenas como *El último reportaje de John Reed*, que no figurarían inadecuadamente en el rol de las escritas en el seno de los llamados estilos del realismo mágico.¹⁴⁸

Como director de la Biblioteca, Cúneo propone una reflexión:

Un período difícil de labores —dicho sea de riesgo—, por carencia de apropiados recursos con que sostener y ampliar inmediatas responsabilidades, puede hacerse, precisamente, período de ampliadas expectativas, es decir, de enunciados sobre todo lo mucho que se debería hacer. Así se me hizo la experiencia de director de la Biblioteca Nacional desde mediados de 1985 a mediados de 1989.¹⁴⁹

[Todos los directores podrían comenzar escribiendo un párrafo así, donde la esperanza y la frustración son declaradas con prudencia anticipada]. Ya se aproximaba el tiempo de la inauguración del edificio nuevo, cuyo proyecto había comenzado varias décadas antes, y por lo tanto la gran mudanza, que se llamó “trasvasamiento”.

Tocó en el período de José María Castiñeira de Dios (1989-1991) iniciar y culminar ese trascendente acto de mudanza. Soldados conscriptos del Ejército nacional —que como la Biblioteca Nacional, es la “otra” institución surgida en 1810—,¹⁵⁰ llenaban cajas y jaulas de mimbre con los tesoros de la Biblioteca, y habían comenzado a depositarlos previamente en galpones de la aeronáutica en Ezeiza y luego los acomodaban, según una grilla que posibilitaba homologaciones topográficas, en las nuevas estanterías de la calle Agüero. Este acto de mudanza ya había empezado en las postrimerías del gobierno militar y los libros se iban acomodando progresivamente en los subsuelos del nuevo edificio. Ahí, tempranamente, se inicia la polémica que aún perdura. ¿Se hizo en condiciones adecuadas esa acción de trasvase, que quizá debió ser llamada de reubicación o transferencia? No era fácil hacerla de un modo irreprochable, y en un ambiente siempre cargado de desconfianzas, el tema dio motivo a comidillas incesantes. Los mismos problemas hubo en las reubicaciones que se sucedieron en la Biblioteca Nacional de Francia. Pero más de diez años después, aún pude escuchar críticas a ese trasvasamiento hecho por los conscriptos argentinos, prueba de que había dejado más heridas morales que juicios serenos sobre cómo evaluar esa difícil circunstancia, en la que millones de objetos son movidos de su yacimiento para destinarlos a otros tabernáculos.

Castiñeira es un poeta cristiano, de larga trayectoria y militancia. Había escrito en los años cuarenta en revistas del nacionalismo católico, como *Sol y luna*, y su relación con Manuel Gálvez, Leopoldo Marechal y Leonardo Castellani era propia del intelectual peronista en los orígenes de ese movimiento: discipular y amistosa. Ocupó cargos en las instituciones culturales del Estado durante los primeros gobiernos de Perón. Como poeta cultiva la forma alegórica, la pregunta íntima, cautamente desgarrada, y las apelaciones al llanto lírico, devocional. En el “Réquiem a la muerte de Perón”, publicado en *Clarín* el día después del fallecimiento del jefe político con el que Castiñeira había colaborado desde muy joven, se lee:

¿Acaso no supimos que su muerte sería como un tajo implacable,
partiendo en dos el tiempo?

¿O, tal vez, no quisimos pensar en este instante para cerrar los ojos al
designio del Cielo?

¿O, quizá, no creímos que Dios lo llevaría así desencarnado, como nos fue devuelto?

En la noche enlutada tan solo nos responden, con su idioma cifrado, los llantos y el silencio.

Aquí están, nuevamente, las antorchas de octubre quemándose en el llanto de los descamisados.

Y los héroes del Pueblo, mártires de su causa, vigías imperiosos de su claro mandato.

Es un apreciable jalón de la poesía cristiana escrita en el fragor de los días argentinos —aunque a la lejanía se nota en este réquiem una brevísima interferencia del poema que Maiacovsky escribe ante la muerte de Lenin—, como también lo fue la de Alicia Eguren hacia fines de la década del cuarenta antes de enfilarse hacia la escritura política de alto vuelo. Castiñeira inauguró el edificio nuevo de la Biblioteca Nacional, en medio de una campaña pública para, por fin, terminarlo. Gobernaba el país Carlos Saúl Menem, y un polémico periodista con afinidades hacia el gobierno, Bernardo Neustadt, se había convertido en paladín de esa causa.

Durante ese amplio ciclo se emplaza en la entrada de Avenida del Libertador la estatua de Juan Pablo II. La Biblioteca Nacional no es de naturaleza confesional, desde luego. Pero la polémica sobre su origen contiene el dilema de su laicismo radical o la presencia en ella, también con rango fundacional, de hombres del credo cristiano militante, sacerdotes o no. Martínez Zuviría acentuó este conflicto, dándole sesgo ultramontano. La querrela, como sabemos, solo puede resolverse a favor de la plenitud originaria en la voluntad laicista, casi helenística, de Mariano Moreno. De todas maneras, en doscientos años fue gobernada casi en términos parejos por intelectuales o sacerdotes vinculados a la fe católica —en todas sus variantes— o por intelectuales laicos, socialistas o agnósticos. Si nos abandonamos a un fácil pero un tanto absurdo cómputo, hubo casi un siglo de hombres eclesiásticos o vinculados de algún modo a alguna variante del pensamiento social de la Iglesia y casi un siglo de hombres provenientes de la crítica ilustrada conservadora, el *moderatismo* socialista o el ensayo de fuente moral profana.

Cuando Castiñeira se hace cargo de la Secretaría de Cultura de la Nación, de la que administrativamente depende la Biblioteca, lo sustituye tomando la dirección el historiador Enrique Pavón Pereyra. Ocupará con su gestión desde el año 1991 a 1994. Se puede decir que esa era la llegada directa del nombre de Perón a la Casa, pues Pavón era su biógrafo perseverante.¹⁵¹ La biografía oficial de Perón escrita por Enrique Pavón Pereyra,

Perón, preparación de una vida para el mando, es una conocida pieza apolo-gética, que contó con la autorización del biografiado. Contiene abundantes referencias a la vida militar de Perón en su juventud, con testimonios de muchos de sus compañeros de armas. En su inocencia abillantada, esta biografía nos propone, en primer lugar, el dilema de su propia existencia como tal. Es una biografía hecha a entera satisfacción del interesado. La “preparación de una vida para el mando” sugiere un punto de vista extraído del propio canon autorreferencial de Perón.

Es un escrito tautológico, redundante, estatal. ¿Por eso tendría menos interés? Al contrario, esta biografía interesa por ser ejemplo rudo de un género ditirámico. En eso, está muy bien plantada. Establece rumbos, marca límites, ordena un lenguaje, solicita respeto. En el período del primer gobierno y aun más allá de él, fue referencia obligatoria, no solo porque ciertos testimonios sobre la carrera de Perón ahora únicamente se pueden hallar ahí, sino porque establecía una lengua conmemorativa y un modo de apología que no era rústico sino fundido en la prosa de lo que el peronismo quiso para sí en materia de escritura ceremonial culta. Pavón Pereyra sigue la evolución intelectual de Perón con una admirativa mansedumbre, lo que no le impide percibir la importancia del material que tiene entre manos y la filiación de su biografiado en los dominios de la teoría de la guerra. Lógicamente, en la carrera de Perón hay sobresaltos y penumbras que Pavón no se lanza a esclarecer, pero no es ese su partido, y nadie podrá reprochárselo. El concepto de “preparación para el mando” —tomado del propio acervo de Perón— es suficientemente elocuente para interpretar que los obstáculos que se le presentan a Perón en su itinerario no pertenecen a un modo de lucha con tonos e inscripciones trágicas, sino que son formas del destino y, consecuentemente, esos obstáculos siempre serán vencidos por superioridad existencial.

Así, en vez de ser Perón el resultado de eventos donde el plan, el azar y el error conviven en terrible anudadura, se convierte su vida en un avance lineal que cancela automáticamente toda oposición a su figura. Incluso con más acatamiento al axioma del “hombre del destino” que lo que los propios relatos de Perón veían necesario enfatizar. Perón era un escéptico moral, un fatalista irónico. Pavón Pereyra, describiéndolo en tanto profesor, dice:

Tan vívidas eran sus exposiciones que optó por nombrar dos partidos, los “rojos” y los “azules”, que correspondían a los rusos y a los japoneses respectivamente, como un remedo de los clásicos motes de “romanos” y “cartagineses”. A unos asignó como tema la defensa de Liao-Yao; a

otros las operaciones ofensivas del río Tai-Tze-Ho. Cuando terminó el ejercicio se hizo la crítica general. A su iniciativa se abrió luego la discusión particular y circunstanciada, con intervención de todo el alumnado. Parecía si como figuradamente el propio Kuropatkin interrogara a Oyama, y con voz firme y segura inquiriese: ¿Cómo hubieran desarrollado ustedes la defensa de esta plaza?

Como sabemos, estas técnicas pedagógicas, sin que dejen de ser destacables, son patrimonio de los más viejos ejercicios réticos, ligados a la distinción dicotómica entre las fuerzas del mundo histórico. Un curso puede asumirlo en su representación alegórica del conflicto.

Pavón Pereyra interpreta cándidamente una experiencia que sin embargo posee otros matices. Este arquetipo analítico permitiría proyectar un manto de comprensión crítica de las luchas reales entre sectores del Ejército argentino, bajo la denominación de “azules” y “colorados”, en 1962, y la propia trayectoria del peronismo, que originó el régimen de comprensión binaria de batalla, “peronistas” y “antiperonistas”, en una mostración de que los salones del pedagogo arcaico saltaban a la arena completamente fáctica de la sociedad moderna. Y allí puede ponerse a prueba, en sus límites, una pedagogía y también una biografía escrita en la lengua oficial, en la letra del Estado. La de Lugones sobre Roca, publicada una década antes, aunque tenía intenciones escultóricas, no era la prosa del Estado sino del espíritu heroico que la épica militar le debía a la literatura.

Años después, cuando por diversos motivos la industria editorial puso esfuerzos en un género de libros autobiográficos ficticios, *Yo, Claudio* o *Soy Roca*, etc., al conjuro de la extraordinaria novela *Memorias de Adriano*, de M. Yourcenar, Enrique Pavón Pereyra dio su contribución con *Yo Perón*. El libro resultaba en un rehacer pletórico de entrevistas, escritos y documentos reasignados a una supuesta confesión de Perón muy poco tiempo antes de su muerte. Le faltaba el calma patetismo que suelen tener los ensayos como estos y una pizca de intuición respecto a cómo podría ser un supuesto Perón que escribiese —en supremo desdoblamiento cáustico— su propia autobiografía confesional. Siempre se tropieza con la redundancia para fijar la letra en un campo problemático que podríamos denominar la autopoiesis del *yo*.

Así, la flecha de la Biblioteca Nacional, esta vez apuntaba con sus escrituras hacia la figura de Perón, el ocupante del palacete demolido que había precedido al edificio de la Biblioteca actual. Tanto esfuerzo para extirpar un nombre, al punto de derribar un palacio, para que el nombre volviera a la casa sustituta por medio de historiadores y poetas. Mirando esos mismos árboles de la plaza, Perón había escrito algunas líneas sobre los

últimos paisajes que contemplaba de esa Buenos Aires que en 1955 debía abandonar.¹⁵² Con José Mármol, casi un siglo y medio antes, la flecha apuntaba a Rosas, que *hablaba* en la novela *Amalia*, novela que se presentaba como una ficción de combate contra ese gobernante. Pavón Pereyra dedicó casi enteramente su vida a escribir sobre Perón, salvo sus iniciales trabajos presentados bajo el cuño tradicional del revisionismo federalista. Cuando tuvo que hacer una revista de la Biblioteca, derivó esa facultad hacia una agencia privada, aunque quien coordinaba las tareas editoriales era el gran editor Arturo Peña Lillo. Contrastaba la elección de un grupo editorial privado —“Argen Group S. A.” para editar la revista— con la elección del director, Peña Lillo,¹⁵³ al que se le debe lo mejor de esa publicación, notas sensibles y agudas sobre Jauretche o Cortázar, firmadas con jaraneros seudónimos: Casimiro Decostado y Pitecántropo.¹⁵⁴

Luego, Héctor Yánover, poeta de acogedor lirismo y amable librero, se hizo cargo de la dirección de la Biblioteca desde 1994 a 1997. Será el tercer director en el período presidencial de Menem. [Cierta vez, en los años ochenta, estaba buscando un libro, *Sexo y carácter* de Otto Weininger. Lo había comenzado a leer mientras cursaba mis primeras materias en la Facultad de Filosofía y Letras. Luego de ocho años de estadía en Brasil se había producido un corte en mis lecturas e hice la prueba inocente de suturarlo, concurriendo a una librería de la avenida Las Heras. Se trataba de Librería Norte, atendida directamente por Héctor Yánover. En ese momento no reconocí quién era. Como quien pronuncia un nombre prohibido pregunté por el libro de Weininger y Yánover dijo, cauteloso: “Es improbable que lo encuentre, las ediciones hasta los años sesenta están agotadas, es un libro difícil, lo había editado Franciso Romero en Losada”. En la rápida respuesta informada, que no dejó de sorprenderme, parecía haber también una nota de advertencia. Luego lo vi alguna vez personalmente, no dejé de apreciar su programa de libros en la televisión y ahora, sentado en la oficina que él mismo ocupó en la Biblioteca Nacional, de tanto en tanto algún empleado pronuncia su nombre a propósito de algún asunto remoto, así, bien al pasar. De igual modo ocurrirá con el mío. Estoy seguro de la fugaz aprehensión con que Yánover puso una barrera escéptica a mi búsqueda. Leer en la Argentina de ese tiempo a Weininger —el joven vienes suicida, sugestivo y arbitrario— debió parecerle al experimentado librero una vocación lectural surgida como una sombra incómoda del pasado].

Durante el tiempo de Yánover prosiguió el impulso a la catalogación informática de la Biblioteca, a través del “Master Plan” que había comenzado con Pavón y ahora avanzó hasta mitad del camino, dejándose inconclusa tal catalogación. Empeño plenamente justificado, pero que se

realizaba bajo las consignas de la “tercerización” de los actos del Estado, que era lo que la época aconsejaba y promovía. De todos modos, la presencia de un proyecto vinculado al trabajo con nuevos soportes informáticos suele generar poderes paralelos a los de la institución preexistente, y eso fue lo que también pasó en esa oportunidad, si bien este conflicto entre la vieja administración y la administración de las tecnologías se presenta como un hecho previsible en las instituciones públicas, que no siempre han meditado ni están enteramente preparadas para actuar adecuadamente en esta situación.

Estamos ya ante el turno de Oscar Sbarra Mitre, que corre de 1997 a 2000, fin del período menemiano. Poeta, economista y militante de un peronismo de las vetas nacional-cristianas, Sbarra eligió animar la Biblioteca con un hervidero de actividades promocionadas en los medios de comunicación televisivos, de alguna manera asumiendo el estilo de estos, cercano a la fusión entre cultura y entretenimiento. Acercando de ese modo la Biblioteca a los lenguajes efectivamente dominantes en la sociedad, creció ostensiblemente la cantidad de asistentes. La idea de una Biblioteca popular, de fuerte acceso social, no la censuramos. Pero al mismo tiempo, Sbarra parecía moverse dentro de un círculo cultural tradicional, basado en prestigios que sostienen los medios de comunicación en su entrelazamiento con establecidas academias profesionales. En torno a ello, se producía una convivencia pautada entre intelectuales de las vetas partidarias populares, fotografiados ante los mobiliarios y poltronas estatales.¹⁵⁵ La estatua de Juan Pablo II colocada frente a la entrada que da a la Avenida del Libertador fue una decisión tomada por la Secretaría de Cultura en nombre de la Biblioteca Nacional, aceptando una propuesta de la comunidad polaca, acto de fuerte responsabilidad en el vuelco moderno de la Biblioteca hacia una interpretación confesional, que no cabía, a no ser que la verdadera indolencia de lectores y paseantes no permita ya hacer ninguna deducción sobre entusiasmos individuales en su relación con el paisaje urbano y sus silentes monumentos.

Sin embargo, el viandante que en el pórtico mismo de la Biblioteca Nacional percibe esa sólida estatuaría, carente de gracia en su cincelado, puede ser ganado por una desproporción y un desaliento. Salvaguardado el derecho a la heráldica y a los íconos de cualquier creencia o forma de religiosidad, aun las de temperamento iconoclasta, no era verdaderamente necesaria esa instalación en ese lugar, portador de otras cargas simbólicas vinculadas a la literatura y al debate político nacional. La actitud de prédica del papa Wojtyła en el objeto estatuario deja el sentimiento de que todo el carromato de la Biblioteca es arrastrado tras su báculo. La pesada figura

es desproporcionada e introduce cierto escepticismo ante quienes desearían ver en una biblioteca los símbolos del libre acceso al horizonte reflexivo y lectural. Criticamos aquí la mimesis escultórica elegida y su localización, no el hecho de la lectura emancipada en el ámbito de cualquier credo que fuese. Hablamos de una libertad despojada de arquetipos cristalizados y de efigies apriorísticas. El pudor y velamiento de los símbolos pastorales conviene a las instituciones culturales públicas. No es este el caso. Ni siquiera las grandes bibliotecas confesionales poseen tal exuberancia simbólica en su propio soportal.

Pero una vez más la Biblioteca Nacional demostraba su capacidad inagotable para ser receptora de los símbolos más heterogéneos y universales producidos por una sociedad movizada y alterada. Por otra parte, Sbarra sostenía una admiración entusiasta hacia la obra de Borges, lo que coincide con el modo en que el autor de *El Aleph* y ex director de la Biblioteca había penetrado, en su lento itinerario de aceptación total, en la conciencia del funcionariado cultural argentino de extracción peronista. No fue Sbarra un director inactivo. Tampoco lo había sido como decano de la Facultad de Ciencias Económicas, donde lo conocí en 1973, tratando de cumplir con las orientaciones vehementes de la hora, en tiempos complejos y tumultuosos. Ascético, había vendido los lujosos muebles del decanato de la Facultad para pagar becas a los estudiantes, y tal jacobinismo educativo fue seguido de una decisión que impedía seguir dando sus clases a los profesores que hubieran estado profesionalmente al servicio de empresas multinacionales. Años después, como prueba de que una generación tomada por el apretado compromiso que designa una época va a desgranarse en variadas direcciones, Sbarra escribía un artículo en el diario *Clarín* en torno al peronismo: se trataba de afirmar que había un tesoro identitario que permanecía como un legado permanente, mientras que sus políticas económicas podían adecuarse a la época que sea. Por esa vía se justificaba enteramente al menemismo, como picaresca social que podía mantener un panel fijo de simbologías, y en el resto de las cosas hacer lo que quería.

Sbarra intentó como director de la Biblioteca una revista que siguiera los lineamientos de la de Groussac y Borges: *La Biblioteca*. El resultado exponía una concepción cultural híbrida, basada en la idea de la cultura como prestigio, grandes firmas, artículos desconectados entre sí, avalados por el solo hecho de la celebridad de sus autores, y auspiciada por grandes empresas, entre otras, las que habían sido recientemente privatizadas. Pero es recordable, sin duda, la republicación de un escrito de Pepe Bianco sobre una visita suya a la Biblioteca Nacional. En una breve acuarela, comenta una peripecia de consulta en el edificio de la calle México, en

un día de desinfección, donde es atendido por el empleado Moisés Víctor Amón, que vulnera ciertas reglas para dejarlo entrar. Bianco estaba detrás de un artículo de Groussac sobre Romain Rolland —y el interés que había despertado en este el escrito groussaquiano *Un énigme littéraire*—, y finalmente lo que encuentra es el enigma de las trastiendas bibliotecarias, el denso subsuelo de la calle México con sus gatos en ronda y la amabilidad de Amón, viejo empleado recientemente fallecido, con su nombre fundado en lejanos desiertos de Arabia.¹⁵⁶

Libros jesuíticos

En un grave acontecimiento de la época —era el año 1999—, se trasladaron a Córdoba los libros jesuíticos que la Primera Junta de Gobierno había dispuesto trasladar a Buenos Aires. Sbarra Mitre se opuso. Era esta una de las políticas culturales del menemismo, referida especialmente a la Biblioteca Nacional y otros organismos de la memoria. Se trataba de devolver a sus ámbitos originarios los libros jesuíticos que en la fundación de la Biblioteca Pública habían sido traídos de Córdoba a Buenos Aires por imperativos revolucionarios. Una orden de la junta gubernativa de 1810 había determinado la entrega en Buenos Aires de los mencionados libros.¹⁵⁷ Roberto Casazza, en una memoria sobre el tema que gentilmente nos ha permitido consultar, relata los pasos mediante los cuales esas bibliotecas llegaron a Buenos Aires. Existe documentación por la que se comprueba que el tropero Juan Tomás Martínez, el 7 de noviembre de 1810, trasladó siete cajones de libros por orden del nuevo gobernador de Córdoba, Juan Martín de Pueyrredón. Luego, en el mismo año, el tropero Josef Paz condujo otros tres cajones, y una nota de Juan José Paso comprueba la llegada del envío. Es probable que el deán Funes pueda haber sido el inspirador de los traslados. En documentos conocidos —*La razón de todos los libros extraídos de las Temporalidades de Córdoba*, que data probablemente de 1810—, hay listas de los libros de aquellas cajas.

Un decreto de Carlos Menem del año 1999 ordena devolver a la Universidad de Córdoba esos libros, mencionando aproximadamente dos mil que se hallaban en la Biblioteca Nacional, además de los que existían en otras instituciones, como el Archivo General de la Nación.¹⁵⁸ La medida provenía de acuerdos que habían nacido de la diplomacia argentina junto al Vaticano. Como dijimos, Sbarra era adverso a la medida, pero finalizaba su período, y al comenzar el gobierno de De la Rúa, el director Francisco Delich cumplió con la determinación adoptada. No podemos decir que haya sido adecuada

esta medida, que afectaba la estratificación histórica que era el fundamento de los orígenes políticos de la Biblioteca Nacional. Se dirá que esos tesoros bibliográficos habían sido, en parte, incautados a los monasterios en que se hallaban. Pero resolver esta cuestión impone atravesar una polémica sobre la pertenencia final de los bienes históricos, en caso de que los patrimonios se vean afectados por conmociones sociales o guerras, en cuyo caso también habría que debatir si se trata de guerras de pillaje, de saqueo colonial o guerras de emancipación. La experiencia que trae la formación de los grandes museos dirige nuestra atención hacia la acumulación de tesoros mundiales por efecto de la Ilustración occidental, con sus libros de filosofía, sus cañones y sus textos sacros. O se trata de una obstinada convicción de superioridad amasada en siglos de vanidad cultural, o se trata de invasiones a las que les siguen intencionales raterías, como, por caso, el reciente desmantelamiento de museos y bibliotecas en Irak.

Otro caso, dentro de un vasto tema que llevaría a revisar los pilares mismos de los archivos manifiestos de Occidente, es el de los documentos referidos a la historia argentina de los siglos XVIII y XIX que posee la Biblioteca Nacional de Brasil —la formidable colección De Angelis, ya aludida— y los que posee la Biblioteca Nacional Argentina de la historia de España, la no menos formidable colección Foulché-Delbosc. En los dos casos se trata de compras realizadas por los respectivos países o bibliotecas, de documentos que estaban en venta (el propio De Angelis se los vende a Pedro II) o que iban a remate (la ya comentada subasta en París, en 1936, de la colección Foulché, comprada por Martínez Zuviría).

Un párrafo aparte para la “comprensión napoleónica” de los tesoros de la humanidad. Su posesión estaba regida por la suerte que cupiese a las armas de los ejércitos modernos en lucha. Sirve como ejemplo la célebre piedra de la Rosetta, existente en el British Museum, tomada por el Ejército británico en Egipto en 1801, en tiempos de la guerra con las tropas de Napoleón Bonaparte. Ese trozo de basalto con inscripciones jeroglíficas y demóticas permitió el desciframiento de las escrituras egipcias, según las célebres intuiciones y estudios de Champollion, un sabio bonapartista que prosigue los anteriores esfuerzos interpretativos del inglés Young. Hoy hay copias en similares materiales rocosos, en el Louvre y en el Museo de El Cairo. Podríamos decir que un mundo sin guerras sería un mundo arqueológicamente equilibrado. Un mundo conformado por un ideal de paz perpetua debería regresar a su origen todas las piezas usurpadas en nombre de un sentido de victoria.

¿Pero es posible volver las piezas de la historia como si fueran partidas de ajedrez mal jugadas? Una historia contrafáctica de esta índole debería

desmontar átomo por átomo todos los acontecimientos de las sociedades imperialistas que fundaron la mirada del colonizador sobre la base de una autodescripción de una supuesta superioridad cultural y legitimación de la violencia, a la que se le daba rango civilizatorio. En ese ámbito surge una ciencia auxiliar del imperialismo, como la antropología, que sin embargo, colateral a los movimientos de expansión mundial del capitalismo financiero con armazones militares y tecnológicas, siempre tuvo una cuerda ligada al Foreign Office y organismos similares, y desprendió de ella misma, también, una mirada reconstructiva y creativamente nostálgica de las civilizaciones neolíticas situadas al margen del dominio histórico del *logos* occidental. Es ejemplar en este sentido la obra de Claude Lévi-Strauss, a pesar de las críticas que se le dirigieron en las últimas décadas.

Años vertiginosos: de 2000 hasta nuestros días

El sociólogo cordobés Francisco Delich, de pública militancia en el radicalismo, fue el director de la Biblioteca en el lapso presidencial de Fernando de la Rúa, comenzado en diciembre de 1999. Ya había ocupado Delich cargos relevantes: rector de dos grandes universidades, la de Córdoba y la de Buenos Aires. Los vendavales callejeros, el desplome ruidoso de pilares fundamentales de la expectativa colectiva, que afectaba a vastos sectores populares, pequeños ahorristas, comerciantes, dieron a la época el signo arrebatado que conmovía a una sociedad que tenía sus recursos institucionales en estado de ceguera y de profundo cuestionamiento. Una fuerte iniciativa social, plena de novedades, recorrió entonces las ciudades del país, ante el fracaso de las políticas gubernamentales. Un sentimiento de autogestión productiva y cultural sacudió como inesperada novedad el cuerpo autocentrado de las ideologías políticas conocidas. En la Biblioteca Nacional, Delich había intentado una gestión de orden, estableciendo normas de disciplinamiento que pertenecían a una visión de la democracia que, como decía en sus trabajos académicos, debía estar munida de una “cultura de la gobernabilidad”. Fue una época de conmociones y utopías, de esas que no están destinadas a apreciar el precavido tema de la gobernabilidad.

Delich intentó aplicar un concepto de Biblioteca Nacional que la convertía en un organismo para la consulta especializada, tal como es generalmente en las bibliotecas nacionales de Europa, y poniendo algunas limitaciones a la consulta estudiantil, originando una de las recurrentes polémicas bibliotecarias que toman estado público. En una de esas

coyunturas en las que el drama de la Biblioteca Nacional adquiere relevancia en la polémica que tiene su sede en los medios de comunicación, se me pidió una opinión en el diario *Clarín*, que sin conocer enteramente el problema, escribí rápidamente, pues al mismo tiempo me había interesado siempre la cuestión de la Biblioteca Nacional. Allí decía:

El papel de la Biblioteca Nacional es el de recorrer animadamente y en ambos sentidos el camino que va desde el apunte circunstancial hacia el concepto mismo de incunable, entendido no como objeto misterioso sino como pregunta original sobre el conocimiento.¹⁵⁹

Era sin duda una concepción de Biblioteca masiva, libertaria, sin estamentos diferenciadores de la consulta, y con una hipótesis cultural que no postulaba problemas de continuidad entre una fotocopia y un libro especializado. No creo, desde luego, que esta idea resuelva las incógnitas que descubre este tema, a no ser que las propias bibliotecas tomen un papel más activo en las decisiones culturales sobre la lectura pública.

Fue un debate fugaz. Los sucesos de fines de 2001 desmantelan casi de un plumazo a la administración de De la Rúa, y en ausencia del vicepresidente, luego de varias secuencias institucionalmente dramáticas, se hace cargo de la presidencia el senador Eduardo Duhalde. Durante este período presidencial, el filósofo Silvio Maresca ocupó la dirección de la Biblioteca Nacional. Eran los años en que, como suele decirse, “el poder estaba en las calles”. Se sentían con contundencia los efectos de las grandes movilizaciones de 2001, que habían arrasado la inepta presidencia delarruista. Venía Maresca con una larga trayectoria en el terreno del estudio de obras como la de Nietzsche y sus proyecciones sobre los escritos de Lacan o Freud. Su vocación filosófica, ligada al pensamiento nietzscheano, y, por otro lado, su larga presencia en las corrientes peronistas ortodoxas darían como resultado una de las notas más sostenidas de sus intervenciones públicas: el ataque al llamado progresismo. Lo considera un manojo de decisiones culturales que afectan la trama de valores fundadores de la comunidad —con la promoción de la despenalización del aborto, la libre elección de la identidad sexual, el goce de la pérdida de la religiosidad, los consumos de elixires suprasensoriales—, que cree promovidos por los mismos capitalismo poshistóricos, que luego simulan ser mancillados por estas éticas personales. Con esa comprobación en la mano, sostiene que la centroderecha liberal, con su conservadurismo antiprogresista, tiene más chances que el progresismo de apartarse de las artimañas culturales del capitalismo. La transvaloración del acto cultural vinculante, el rechazo a la

“comunidad organizada”, es más bien el progresismo quien lo consume. Se siente no-capitalista, aunque en realidad fomenta la trama real del capitalismo con su racionalismo ingenuo. Ha escrito Maresca varios artículos con estos temas en el diario *La Nación*.

No estamos de acuerdo con estas opiniones. Desde luego, también tenemos críticas al progresismo desasistido de los poderes internos de la historia, de la aspereza, la indeterminación y muchas veces, el error y gratuidad de los acontecimientos. Pero Maresca lo caricaturiza a fin de poder dar rienda suelta a su reaccionarismo nietzscheano, con esos textos magníficos del pensador del *Übermensch* volcados a una lectura inesperadamente oscurantista de la historia. De todas las gestiones, en tanto, quedan frutos diversos y a veces inesperados. No se pasa en vano por ningún lugar y todo lo actuado se ofrece luego a una historia que dispone de versiones dadivosas y aciagas. Quien (como el que esto escribe) ha pasado en los últimos cinco años muchas horas de cada día en los pliegues interiores de la Biblioteca, sabe que solo esperando lo que sea necesario, aparecen siempre juicios sobre el pasado, que aunque no lo parezca, está fresco. En hilachas distraídas, en todo momento estamos corrigiendo un juicio con frases distraídas. En algún momento se escucha “fue en la gestión de Maresca que se construyó el estudio de radio”. Y ahí percibimos que un antecesor, que en forma espectral puede recoger ludibrios —nosotros estamos largamente preparados para ello: se llama *una estadía en la Biblioteca Nacional* esa preparación—, de súbito es asociado a una obra, a una realización. De esos sedimentos que surgen con la pereza del tiempo y el desabrimiento de la opinión, está hecha la historia. El gabinete de digitalización del establecimiento fue inaugurado en este período, y se creó una sección para el tratamiento de las revistas culturales.

Luego, Horacio Salas, desde el año 2003, se encargó de llevar adelante los asuntos de la Biblioteca Nacional durante el primer tramo del gobierno de Néstor Kirchner. Salas había escrito el libro institucional de la Biblioteca durante el período de Oscar Sbarra Mitre. En ese libro surgía una concepción de la Biblioteca Nacional inmersa en un mundo cultural formalista y tal vez abstracto, con escritores amigos abriendo libros y asumiendo actitud de leerlos, fotografiados en una escena cortesana en medio de nobles estanterías. No seríamos tan melindrosos como para lanzar alabardas sobre esos efectos de prestigio. Pero preferimos al poeta Horacio Salas con su manera melancólica, cantando a aquella Cruz del Sur que los exiliados argentinos no veían en Europa, memorando con sensibilidad y melancolía los bienes perdidos y los dones que desaparecen en el juego vano de la vida:

*Hace ya muchos años que comprendo
que la muerte está en mí,
que se apodera de mis menores gestos,
que me mancha las manos y la frente,
que me prohíbe parte de la vida.*

Así lo dice Salas en “Los viejos”, del libro *La corrupción* de 1969. Estudiante del tango, ha entregado Salas una sensible historia, desde *El Queco*¹⁶⁰ hasta el *Sexteto Mayor*,¹⁶¹ bien informada en los documentos musicales que presenta como en las poéticas con las que va eslabonando la trayectoria de las sensibilidades urbanas, nostálgicas y sensuales. Había sido Salas funcionario cultural diestro y preparado de otras administraciones políticas, y también había actuado en la sección cultural de la Municipalidad y en el Fondo Nacional de las Artes. Como director de la Biblioteca, se vio apremiado —como todos: damos cotidiana fe de ello— por la dura vida sindical interna, donde permanentemente cruzan lanzas formaciones sindicales contrastantes. En uno de esos corcovos, roto el delicado equilibrio entre las representaciones gremiales en disenso perpetuo, se produce el abismo conocido, ese en el que la Biblioteca contemporánea siempre está a punto de caer. En esos momentos una gota de agua desencadena lo impensado. Cuando Salas renuncia, nuevamente estaba emplazado el debate sobre la Biblioteca Nacional, sus funciones, posibilidades, y el peligro constante de su deterioro. Hombre probo, Salas fue presa del fuego cruzado entre sindicatos y quizá no tuvo paciencia para mantener la necesaria neutralidad —difícil vellocino de la gestión— en la ya larga guerra de posiciones que libran los gremios.

Elvio Vitali: un librero en busca de sus raíces

Luego de estos sucesos, se demora el nombramiento del nuevo director. De la flema sarcástica del secretario de Cultura, Torcuato Di Tella, surge un chascarrillo: “Somos 38 millones de habitantes, alguno tiene que haber para el cargo”. Di Tella proponía temas de debate algo dudosos y limítrofes, basados en su ironía directa, y sin duda en una señorial *nonchalance*, pero tampoco conseguía convencer que un modo de debate aceptable para la política argentina fuera el empleo de observaciones picantes y sobradoras, como las que había escrito en el *Diccionario del político exquisito*,¹⁶² construido con el lejano impulso que estos temas recibían de un humor de *gentleman* cachador como el que más de veinte años antes había practicado Adolfo Bioy Casares.¹⁶³ Finalmente, un habitante del vasto territorio nacional surge como candidato.

Se trataba de Elvio Vitali, que asumió a mediados del año 2004. Quedaba atrás, momentáneamente, la crisis institucional a partir de la cual Salas había decidido su renuncia. Elvio había sido convocado de urgencia por el presidente Kirchner, quien le informó en un pasillo, a la salida de un acto, la premura con la que tenía que tomar una decisión. Debió entonces hacerse cargo de la Biblioteca con una idea que guió toda su permanencia en ella: realizar el inventario de sus existencias y tesoros, ante los fracasos de los intentos anteriores para automatizar la Biblioteca. El partido que se tomaba significaba abandonar los clásicos criterios de catalogación exhaustiva, propios de una Biblioteca Nacional, pero los retrasos existentes en esa materia obligaban a optar por una catalogación disminuida —catorce campos informáticos para describir cada pieza— para la puesta en la red de consulta remota de todo lo que la Biblioteca contenía. Hacerlo de ese modo permitía que el trabajo se realizara en poco tiempo, lo que realmente sucedió. La Biblioteca volcó sus fuerzas a hacer ese inventario, que no significaba un hecho fundamental desde el punto de vista efectivo de una bibliotecología dogmática, pero que resolvía una demanda de los lectores e investigadores: la de contar con una base de datos veraz que llevase a conocer de inmediato todo el patrimonio de la Biblioteca.

Elvio Vitali era librero y había levantado en Buenos Aires la librería Gandhi, a imagen de la que con ese nombre funcionaba en Ciudad de México, de la cual había sido empleado y vendedor ambulante. Descendiente de italianos, nacidos en la ciudad de Recanati —en el centro de Italia, el célebre villarejo que era la cuna de Giacomo Leopardi—, Elvio poseía el espíritu de un verdadero ítalo-argentino, aunque entre nosotros no se emplea esta, quizás, inútil denominación, pues no concebimos paridad entre esas identidades, sino que presumimos que la Argentina moderna se funda con una inconcebible capacidad asimiladora, de la cual surge una dimensión nueva, indiscernible, no el “euro-argentino” que postulaba Ingenieros, sino un personaje no declarado, sin otro nombre que el misterioso de “argentino”. Estudiante de derecho que no llega a rendir sus últimas materias —la militancia casi excluyente, setentista, y las sensualidades varias diversifican su camino—, su saber obtenido en las altas pedagogías de la vida política, urbana, devota del cenáculo amistoso y en sus últimos años de los escenarios donde bailar bien el tango —con pudor insinuante— implica jugarse la vida, Vitali forjó una ética dura, cuya esencia consistía en una oculta ternura y cuya expresión viva exhibía un inexorable refranero que lo mostraba ascético y justo. De los años juveniles en el peronismo insurgente hasta las enseñanzas del maestro Gabito, Elvio hizo una *paideia* personal de las frases y sabidurías que afloraban de cada momento social y existencial.

Al seleccionarlas, las rehacía con una picardía no exenta de gravedad. Era su sello característico, la marcha hacia un refranero personal, estiletos verbales que ensayaba y perfeccionaba día a día.

Podemos considerar, como un apunte postrero, que Elvio Vitali siempre estaba a la búsqueda de sus orígenes o de ciertos orígenes. Tanto le interesaba la ciudad de Recanati, en Italia, como internarse en las profundidades del tango, tal como había recreado en las llamadas “milongas” que florecieron en la Buenos Aires de los años noventa. Sin duda, allí se encontraban formas casi ocultistas para estilizar el pensamiento y dotarlo de cuerpos danzantes, con maestros que casi se aparejarían a los del budismo zen —el mencionado Gabito—,¹⁶⁴ que impartían una enseñanza tácita y misteriosa sobre las formas del honor, de la que Elvio fue alumno implícito y a la vez maestro impalpable.

Como Yánover, Vitali traía a la Biblioteca Nacional su experiencia de librero; como Salas, su interés por el tango, que sabrá bailar con elegancia y sutileza. La convocatoria de dos consejos asesores honorarios —el de bibliotecarias y el de investigadores—¹⁶⁵ caracterizó también la presencia de Vitali en la Biblioteca. Ámbitos no desdeñables cuando está claro el modo y el sentido de la marcha de una institución, pero problemáticos cuando todo ello está en discusión, tornándose entonces dichos consejos un hervidero de conspiraciones. Dejó todos los libros de la Biblioteca a disposición del lector que quisiera consultarlos por las operaciones normales de las redes de la página web. Su retrato al óleo, en la Sala del Tesoro, junto a los demás directores, lo ha pintado el artista plástico Daniel Santoro, dándole un rostro inquieto, como en el preámbulo de una chanza.

Tecnologías

La insuprimible contraposición que abriga la historia de las bibliotecas nacionales llegó nuevamente con las nuevas gestiones. La renuncia de Elvio Vitali a la dirección obedeció a que, en la maraña de urgencias políticas, nuevamente se le había indicado otro destino: ser candidato a una banca de legislador de la ciudad de Buenos Aires, lo que sin duda no dejaba de interesarle. Este hecho llevó al máximo cargo de la Biblioteca al que hasta entonces era el subdirector: “quien esto escribe”, acompañado ahora en la subdirección por el historiador Horacio Tarcus. Hacía tiempo, como miembro del consejo asesor honorario de la Dirección, que Tarcus venía planteando políticas de modernización informática, preocupación por la adopción de nuevas conductas archivísticas y políticas culturales que surgieran de las

propias realidades y condiciones inherentes a la lógica bibliotecológica. Así planteados, estos temas no podían tener oposición alguna. Pero el tempestuoso dominio de los énfasis y los estilos demarcan muy luego el parainfo de una discusión. Me permití matizar entonces lo que parecía una interpretación estrecha y ñoña de instituciones multívocas, que sin perder su esencia no deberían ser acorraladas en una definición aminorada de sus competencias, tanto las amplias como las específicas. Sostuvimos al respecto una visión historizada y ligada al *pólemos* cultural. Todo lo cual chocó entonces, a la manera de escandalete de prensa, con una visión extremadamente ceñida de las atribuciones bibliotecológicas y una esperanza impecable en una suerte de *e-government* de las instituciones culturales.

Hubiera sido fácil imaginar que las corrientes técnico-informáticas de la bibliotecología debían integrarse, en algún punto esencial de su itinerario, con los legados y acciones culturales.¹⁶⁶ Pero, ¿cómo definir unas y otras? La dificultad reside en que las tecnologías reclaman masivamente su papel de “soportes” de la cultura, lo que suele presentarse como una “segunda naturaleza” de toda la producción humana subjetiva y objetiva. El propio soporte interpreta con inocencia inadecuada sus propias opciones políticas, que por un lado ve impenetrables a las vicisitudes de la hermenéutica cultural y por otro concibe que la materia que ordena son meros “contenidos” que luego se vierten en vasijas técnicas. Sin duda, involucran redefiniciones del legado cultural a través de lo que ya preexiste de *propiamente cultural* en las decisiones tecnológicas. No constituye esto un hecho inadecuado, pero no es conveniente este binarismo entre forma (soporte) y contenido (la organización de la cultura) que, a la par que introduce grandes sucesos en el espíritu colectivo al trabajar de modo revolucionario las formas del tiempo, el número y la propia materialidad de la existencia, retrotrae el pensamiento práctico que lo explica a una dicotomía inexpressiva.

En cuanto a lo que llamamos cultura —ejemplificándola en las “obras”, en un libro, un concierto, una conferencia—, tampoco deja de ser un ámbito que posee sus propias tecnologías de la palabra y la imagen, convertidas en rituales, estilos, géneros, arquetipos, mitos, retóricas, etc. Por lo tanto, no se puede decir que el punto de intersección entre las tecnologías y la cultura sea un hecho exterior a ambas, sino un énfasis simultáneo en que las dos vertientes anudan nuevamente los vínculos que históricamente caracterizan su mutua búsqueda de momentos compartidos u homogéneos.

El ideal contemporáneo de transparentar el patrimonio cultural heredado lleva a los masivos planes de traducir el arca que contiene la memoria humana artístico-literaria a través del pasaje a otros “soportes”. Notemos el interés que promueve y sostiene este traductorado gigantesco

de culturas (llamado a veces “migración de la base de datos”) y admitamos que no pueden darse por supuestas las dificultades que le son inherentes. La polémica con Horacio Tarcus presuponía por su parte que estos no eran supuestos a ser discutidos por una biblioteca nacional sino elementos naturalmente preexistentes en las nuevas plataformas de acción. Lógicamente, una posición que presentaba el archivismo como sinónimo del arte del historiador, junto a una sacralidad profana otorgada al ideal transparentista del dato informático, tenía un obvio eco en el modo en que se presentaban las propuestas vertiginosas de la globalización, cuyo sinónimo informático se mentaba como “sociedad de la información” o bien “gerenciamiento del conocimiento”.

Los modos de investigación histórica obtenían así una nueva metodología invisible, con cánones de homogenización cada vez más axiomáticos, que de hecho significaban una obstrucción del ideal clásico del historiador. Sin embargo, en lo visible, no parecía tener mayor peso el modo en que el investigador colocaba un “contenido” en el “soporte”, sino que se mantenían las grandes leyendas historiográficas que situaban al investigador frente al documento obtenido como fruto de la inmersión en los archivos y de la imaginación para encarar los “combates por la historia”. Sin embargo, había comenzado la investigación del tipo extractivo y no de sembradío. Llamo así a la configuración plana de la documentación de archivo, de la cual luego se acarrea y extrae material, frente al modo diseminador, en el cual se arroja una semilla previa a modo de levadura de todo el acervo, que entonces adquiere vida.¹⁶⁷

Había publicado Tarcus un interesante volumen sobre las trayectorias intelectuales de Milcíades Peña y Silvio Frondizi¹⁶⁸ en el que recogía el concepto que había divulgado Michael Löwy en su sociología de los intelectuales, focalizada tanto en el pensamiento de Georg Lukács como en las tesis redentistas del marxismo mesiánico de entreguerras. Los conceptos de tragedia, romanticismo y redención, tomados de categorías luckacsianas, benjaminianas y trotskistas, tratadas con una más que aceptable teoría sociológica del conocimiento, renovaban el estilo habitual de la historia de las ideas del siglo veinte, dándole un aire —un suave símil, digamos— *teológico-político*.

Tratando las figuras de Silvio Frondizi y Milcíades Peña con las consignas del marxismo trágico, Tarcus conseguía mostrar otra dimensión de estas figuras, y no sin algún forzamiento —pues estaban ambos muy lejos de ser figuras benjaminianas— escapaban de la cartilla política habitual para convertirse en personajes de un austero romanticismo agonal. El molde investigativo que rezaba por el catecismo laico de las

fastuosas bibliografías y exhaustivos acervos documentales se hallaba en equilibrio con el método de exposición del material, y con las biografías intelectuales de dos individuos que se reputaban como pensadores trágicos —habitantes de una época recorrida por sombras asesinas—, más allá de la naturaleza de sus obras. Un libro posterior de H. Tarcus, sobre José Carlos Mariátegui, ya dejaba que el cuerpo documental y bibliográfico ocupara la mitad del volumen, no menos.¹⁶⁹ Ese es pues el recuerdo que tengo de las proporciones entre el peso de la interpretación y el peso de las fuentes: estas subordinadas, primero, a la escritura interpretativa, y luego, compartiendo de igual a igual con esta la propuesta de organización del material textual. Se escribe así un “libro bibliotecológico”, donde la comunidad de lectores abierta e incesante convive con la apelación a la comunidad estricta de investigadores que agradecen la decisión bibliográfica exhaustiva, servicial, no solicitada ahí mismo por ningún acto de interpretación.

Una parte de la polémica se refería a la posibilidad de las bibliotecas para contribuir a la elaboración de índices de revistas y bibliografías específicas que auxiliaran la tarea de los investigadores. El ejemplo del caso consistía en la publicación del índice de la revista *Hechos e Ideas*, que en el *Informe* y renuncia que Tarcus esparció en miles de ejemplares a lo largo de las redes culturales de varios países aparecía como una grave desistencia de la dirección del establecimiento. ¡No habíamos publicando ese índice!¹⁷⁰ Ahora bien, nadie negaba la importancia de estas protoformas bibliográficas de servicio a los investigadores. Ciertamente, esa publicación estaba demorada y finalmente se hizo. El historiador Cattaruzza, que se había comprometido a prologarla, retiró su ofrecimiento en solidaridad con Tarcus —ni siquiera llegamos por ello al recurso último de un duelo a primera sangre— y nos hicimos cargo sin pena ni gloria de prologarla nosotros. Quiero decir que a veces resultan irrisorios los temas sobre los que se produce la conflagración, y esta solo requiere de su mera fuerza ensimismada para significar que hay hombres en lucha, cualquiera sea el subterfugio.

Nada desea el conflicto más que un pretexto, una chispa, de modo que cuando pasan los soplos del escándalo, quedan esos objetos arrumbados e inertes sin que puedan justificar que solo eran el pobre céfiro de una excusa. Una de tales excusas la tengo ante mis ojos. He aquí la bonachona edición del índice de artículos de *Hechos e Ideas*, ya publicado por la Biblioteca Nacional.¹⁷¹ La revista evocaba el nombre espectral de Yrigoyen y la práctica real de Alvear. Son temas de la primera etapa de *Hechos e Ideas*, que también coincide con la de la fundación de FORJA en 1935, grupo notoriamente antialvearista, que sin embargo contiene a un Scalabrini Ortiz que en la segunda etapa publicará precisamente en la revista de

Eduardo Enrique García, el extraño pero al mismo tiempo previsible director de *Hechos e Ideas*. Se trata de la conferencia scalabriniana sobre el pasaje continuo que se podía sobreentender entre las figuras de Yrigoyen y Perón. En este escrito quizá se halla todo lo que la revista quería decir, y sobre lo que hasta aún hoy se puede querer decir —con fortuna dispar— sobre este mismo tema. No es otro que el paso de lo político entre zonas fundadas por una heterogeneidad esencial, que se buscan conjugar en una única experiencia (y leyenda) sobre lo público. El *pasaje* —la catarsis gramsciana— es así el verdadero tema que *Hechos e Ideas* percibe e intuye, pero que raramente conforma como concepto.

Lo decimos no por haber leído adecuadamente los artículos de *Hechos e Ideas* —lo dejamos a los investigadores que ya la han transitado y a los que invitamos a que en el futuro lo hagan— sino por haber sopesado los signos que destilan de sus nombres esas biografías pasadas que sin duda hoy palpamos y las palabras que en taquigrafía evocativa, lucen en los titulados como diccionario remoto de la política y diagrama de los lenguajes antepasados realmente hablados por los colectivos políticos. Recorriendo la revista a través de su índice, podemos también recibir o evaluar otras experiencias. Hay discursos de Alvear en la “primera etapa” y de Perón en la “segunda etapa”. Enigma para historiadores: *Hechos e Ideas* propone el antiquísimo tema de la paradoja mayor del tiempo y la escritura. *Esto es, de lo que tiene de continuidad una ruptura y de lo que tiene de interrupción una permanencia*. Tema clásico, imposible de resolver por los modos convencionales de la investigación histórica y que no suele ser frecuentado por la manera habitual de investigar la saga de las revistas de agitación y ensayo.¹⁷²

Como sea, nada de esto podría haber dado lugar a ninguna polémica si no fuera que las polémicas se apoderan súbitamente de los objetos apáticos y no estos de ellas. Pero daba la impresión de que en el medio intelectual argentino se iba imponiendo un modelo investigativo basado en una ciencia extractiva que deseaba tener todo a su disposición, trocando el ideal de la pregunta abisal por el de la satisfacción sibarítica de los pormenores. En medio de la querrela, que durante un mes —enero de 2007— ocupó las páginas culturales de los periódicos nacionales, leí una declaración de Oscar Terán que me llenó de perplejidad. Oscar, con el que nos conocíamos desde nuestros lejanísimos trabajos juveniles y por no pocas jornadas del *pathos* político argentino en la Universidad, había dicho al diario *La Nación* que él reclamaba de las bibliotecas que entregaran el pedido de un libro *en no más de media hora*, cumpliéndose así el sino de lo que sería su servicio eminente.

Terán había escrito libros fundamentales para la memoria histórica nacional. Fino memorialista y literato, su procedimiento mayor consiste en

crear un sentimiento de temporalidad desfocada o escindida en la misma frase, trabajándola en diversas apariciones rapsódicas: se contorsiona en pasado, presente y futuro. La flexión del fraseo de Oscar era su mayor logro, inimitable en su causticidad y elegancia, y en lo demás era un investigador de la historia de las ideas que hacía puntillosamente su tarea. Y de repente, soltaba una chispa inesperada comparando —siempre con una cautela extraordinaria— dos momentos o situaciones que nunca hubiera parecido que congeniaran. Simplemente, Oscar no podía pensar que una biblioteca resumía sus dones en la entrega precisa de un libro, con aquilatada satisfacción horaria. El ardor de la polémica, el modo de captura de un trofeo lingüístico con el que actúan los diarios, quizá la secreta vocación que siempre arraiga en el espíritu de decir lo que no condice con lo que de todas maneras se esperaría de nosotros, condujo las cosas hacia ese *dictum*.

Es que se estaba discutiendo sobre los énfasis y estilos que debía asumir la investigación histórico-social en Argentina. O dicho de otra manera, sobre el peso del archivo en el despliegue de una investigación. Cuando se acusaba a la política de la Biblioteca de ser “culturalista” y poco entusiasta con la “modernización bibliotecológica” —dilema falso, si los hubiera—, se estaba atravesando una zona nueva de las tecnologías intelectuales en el país. Se confrontaban maneras distintas de interpretar el archivismo, una como instrumento de una teoría globalizada de la memoria, otra como íntima perspectiva de creación de nuevas preguntas sobre la escritura, el lenguaje de la historia y el consiguiente sentido engarzado en lo práctico inerte del pasado. ¿Seguía vigente la idea del investigador con una teoría del archivo “a su servicio” o bien se estaba dispuesto a considerar que el archivo (o las bibliotecas) adquiere vida cuando a su vez es interrogado vitalmente? Esto último, que nos parecía más adecuado, le retiraba al archivo su sesgo de yacimiento pasivo —o de pasado ya consumado, recorrido por un “buscador” que actuaba como un mero servomecanismo— para convertirlo en un drama del documento recobrado en el acto de ser pensado nuevamente. Y esa resurrección documental no era otra cosa que —laicamente— la restitución del investigador a la imaginación histórica, como en un juego entre lo irrecuperable y lo redimido.

El ideal del archivo y la biblioteca como acumulación racionalista de actos interconectados de consulta, transparentes y exhaustivos, iba en comunión con una idea del Estado como un orbe de actos eficientes, sin sombras ni opacidades. Ciertamente, esta es una discusión que a todos abarca y conmueve. Pero el Estado está cruzado por una incapacidad ontológica en cuanto a su capacidad creadora de motivos laborales emancipados. Su propio personal expresa un escéptica subutilización de sus capacidades

de aprendizaje, convirtiendo en un punto de oscura satisfacción la actitud flotante entre las casamatas y fortalezas estamentales que se van configurando. Tomando un tema de clara pertenencia a las zonas del predicador liberal-racionalista, Horacio Tarcus razonaba en términos de una asociación directa entre bibliotecas interconectadas a redes eficientes, investigación histórica avalada por acervos administrados traslúcidamente y Estado reformado en dirección hacia consignas de eficiencia y modernidad. ¿Qué tendríamos contra eso? La discusión pasaba por significados más subterráneos. La Biblioteca Transparente significaba un Estado expulsivo. Tarcus llegó a firmar que “la reforma estatal, o la hacemos nosotros o la hacía la derecha”. Pero esa reforma se parecía bastante —debo decirlo— a la que haría la derecha y concitó cierto apoyo entre un sector amoldado de investigadores, epistemológicamente lineales cuando se referían a sus instrumentos de trabajo, con independencia de lo que pudiera ser, y sin duda lo era, el buen fruto de sus trabajos.

La causa del archiverismo globalizador, que no discutimos en su aspecto más importante —el de crear una nueva conciencia alrededor de los patrimonios universales de la memoria—, carga sin embargo con un espectral neocolonialismo en los actos de acopio. Una nueva clase de profesionales que constituyen el derecho de archivo como un evento universalista, establece un válido compromiso con la preservación del hilo de la memoria humana y a la vez desean apartarlo de las conflagraciones con cierto aire sacerdotal, que sin duda termina afectando la consistencia histórica de esos documentos. Precisamente su procedencia: esto es, la misma historia conflagrada, de la que son testimonio material. Es interesante la opinión de Claude Lévi-Strauss respecto a que en general los acontecimientos no precisan de archivo por estar inscriptos en la trama de los comentarios que se trasvasan colectivamente. Pero su existencia física es necesaria, pues si bien los archivos no son la mimesis del mundo, resguardan como plataforma de encaje la verosimilitud fáctica de la memoria.

Por supuesto, no cuesta ningún esfuerzo postular la defensa de los acervos en peligro por el “drenaje cultural” que los acecha. Pero nada de esto se hará si la precondition son los niveles de preservación que poseen los países más avanzados tecnológicamente y si se juzga que las culpas recaen en lo que entre nosotros llamaríamos actitudes de “subdesarrollo cultural”.¹⁷³ El problema está aquí en el uso del concepto de subdesarrollo cultural, sobre todo cuando se participa de una concepción globalizadora en la teoría del conocimiento. En este punto, las bibliotecas son sustituidas por “centros de documentación” y la historia misma, no solo en su vivacidad presente sino en su pasado vivamente interpretado, pasa a ser un objeto de colección,

museístico y embalsamado. Vistas desde tales centros, los armatostes públicos —como la bicentenaria Biblioteca Nacional, compleja urdimbre laboral— son pasibles de ser reformulados con un fustazo racionalista que aplique un modelo laboral “transparente”. Este transparentismo es hijo de una hipótesis de eficiencia a la que no se llega por medio de manuales de procedimiento y la inyección exterior de un modelo de trabajo serializado a la manera de un “taylorismo de los investigadores”.

Sin embargo, el transparentismo institucional, hijo de una forma esquemática de la ilustración y producto ilusorio de un jacobinismo lineal (“derramar un poco de sangre jacobinamente”, me dijo alguna vez Tarcus para juzgar asuntos de administración), solo nos ofrece una versión de las instituciones tomadas por cierto despotismo productivista. Me opuse a eso. No me opuse ni a la modernización ni a las tecnologías, tampoco a convocar a las vocaciones laborales para una nueva jornada colectiva. Me atrae incluso el jacobinismo pero no en su versión filosa, con cuchilla de cristal. Los cortes que prefiero no deben provenir de un coacción racionalista, del *afilado cogito* de burocracias intelectuales, sino de gramscianas argamasas que surgen en el tiempo y cuando cortan, constituyen o facultan un brote asumido colectivamente. En materia de investigación, todo esto se traduce en estilos investigativos que parten de estacas previas llamadas “corpus”, que tienen el efecto de guillotinar las profusiones que exceden los límites del material. No podía ser que desde una idea de archivo entendida como la clasificación nítida del pasado y la custodia idólatra de los signos del tiempo, se forjase el ensueño de una institución cristalina, que podría ser definida con los adjetivos que eligió Borges en *La biblioteca de Babel*: “iluminada, solitaria, infinita, perfectamente inmóvil, armada de volúmenes preciosos, inútil, incorruptible, secreta”. Esta utopía arbitraria no era posible, como no fuese bajo módulos rechazados que devinieran realidad con simuladas indumentarias de izquierda.

En tanto, recibía llamados de *Clarín* inquiriéndome si iba a renunciar. Este diario, con consultas aparentemente basadas en datos inherentes a una supuesta realidad, tendía subcuerdas viciadas por oscuros supuestos que desencadenarían lo mismo que pretendían conocer. Falsa inocencia a cargo de jóvenes periodistas, en el ejercicio de un decir implícito que procuraba inducir las mismas acciones sobre las que con una involuntaria ficción de candor decían querer informar. No joven sino madura, una periodista de Radio Continental me preguntaba “si sabía que las personas cruciales del país estaban en mi contra” y el semanario *Le Monde Diplomatique* publicaba un artículo erudito, repleto de notas de pie de página, demostrando que la Biblioteca Nacional y el Estado no tenían remedio. El *Dipló* no puede ser

culpable de no saber imaginar esos remedios, pero la dificultad del tema no nos debe llevar a encubrir ciertos prejuicios en tiradas supuestamente académicas y distantes. Aquí no es necesario actuar con los preconceptos de ningún mundo diplomático, si el amigo Gabetta me permite esta ironía.

Pero si me la permito, tampoco escribo estas líneas con gozo y vindicta. No debe haber jactancia ante la evidencia de un conflicto y mucho menos cuando se lo rememora. No es sino con desconuelo propio y certeza de la amargura compartida que ahora lo evocamos, pues pertenece ya al cuerpo de memorias efectivamente ocurridas en el seno de un encrepado mundillo intelectual. A lo largo de la historia bibliotecaria del país, bajo diversas formas, ocurrió este mismo debate. Es el que caracteriza, pertenece y escinde el cuerpo de las bibliotecas nacionales como institutos excedentarios provenientes del ciclo anterior a la globalización. Sobran a condición de que se los transforme en máquinas operatorias de bases de datos que opera el “funcionario de la humanidad”. No se debería entrar a un conflicto de esta índole sin saber su historia, pero si se está ajeno a ella, no se hace otra cosa que protagonizar el momento de oro del conocimiento, vivir el mundo real de los conceptos sin percibirlo. “Lo hacen pero no lo saben”. Así suele ocurrir, y no dejamos de reconocerlo, incluso lo agradecemos como quien agradece hallarse negligentemente en una historia que no viviría mejor si la conociese.

Lo cierto es que ahora percibo en toda su intensidad la polémica en torno al archivo, la automatización y la creación de nuevas agencias de la memoria en un momento de vorágine tecnológica y social, donde no hay menos conflictos por la apropiación e interpretación del producido colectivo que por los instrumentos de concentración de datos. Se pretendía —Tarcus pretendía— la vigencia de un ideal de transparencia institucional, con el que estábamos totalmente de acuerdo. Pero no se puede actuar en nombre de él sin el examen de las condiciones efectivas de producción de la política en el Estado, donde ni es posible desconocer que muchas veces ese ideal está en manos de los propios agentes de la opacidad, ni que las artimañas inmanentes del tráfico de decisiones en el Estado podrían resolverse con poderes informáticos que destruyeran por su peso natural a la fauna y flora de las entretelas de la administración y sus oscuras ontologías. Esgrimía Tarcus que habíamos firmado un acuerdo en el propio despacho del secretario de Cultura en términos de una partición de la Biblioteca Nacional entre un sector cultural y un sector bibliotecológico, incluso cada hemistiquio administrativo con su presupuesto propio, a modo de una bicefalía explícita y operativa. Hubo sí, un acuerdo de buena voluntad colaborativa, a mi juicio innecesario por lo obvio, pero que no era algo que pregonase en ninguna

de sus líneas un empeño de escindir el cuerpo de una institución pública y su presupuesto, lo que chocaría por su arbitrariedad política, precisamente con todas las actitudes de transparencia proclamadas. Me opuse a semejante irresponsabilidad, que hubiera significado el triunfo banal de la omnisciente opacidad en nombre de la aporreada transparencia.

Subyacía en estos escauceos la cuestión del *gestionnaire culturel*, personaje central del proyecto que hace de la cultura una empresa museística. Su centro se compondría de estrategias nostálgicas e ideologías del *design*. Todo ello viene prefigurado desde ámbitos donde hace años ha surgido un gran proyecto de reconversión del espectador y el investigador, y por cierto, también del lector. Hace tiempo que la investigación social ha definido los museos, las cartografías, los archivos, las bibliotecas, la escritura pública de divulgación, etc., como órdenes conceptuales que se ofrecen con pilares imaginarios de la comunidad nacional.¹⁷⁴ El resultado de estas mutaciones permite entrever la figura del archivista como un personaje fundamental de la globalización. Es el oficiante de la justa ansiedad por el resguardo de los vestigios del pasado e intérprete de la preocupación por redimir todo lo ocurrido bajo una luz de custodia trascendental. Nos parece bien que sea así, pero podemos poner algunos indicios de disonancia con estos enunciados. Específicamente, se trata de cumplir con el amparo de las memorias de la acción y la obra humana —es decir, lo actuado en cualquier momento de la historia traducido en objetos que la figuran o significan— sin imposibilitar la autonomía de los lenguajes que se hacen la pregunta por el pasado de las sociedades. Demasiadas veces, el justificable impulso de resguardo de la memoria contribuye involuntariamente para generar una disposición monástica hacia los documentos y, en tal devocionario —repetimos: abonado por la natural empresa humana de tutelar sus pasajes pretéritos—, correr el riesgo de perder los poderíos enigmáticos del pasado en nombre de una hipótesis de documentación completa.

El pasado es la hendidura por la que se cuele la actualidad cuando es reconstruida. Lejos de ser una pasividad a ser llenada con figuritas que se pegan en un álbum con lugares previos ya fijados —la utopía de que finalmente aparecerá el “documento faltante”—, el pasado es el otro nombre del presente en el momento en que este comienza su proceso arcaico. Siempre lo arcaico está resguardando un presente vivo encerrado en su interior. Por eso, los meros actos de resguardo avalados por la hipótesis de que un pasado puede desaparecer y es necesario pasarlo a otros procesos de registro, con ser todos aceptables, parten de una concepción deficiente. Desde luego, son útiles, pero además deben trascender los gestos mecánicos, basados en la desesperación civilizatoria de las maquinarias. Estos gestos hay que

practicarlos como parte de la natural tendencia a perseverar en el ser de la cultura, pero no pueden ser impulsos ciegamente copiativos e indiscriminados trasvasamientos a cargo de especialistas en migraciones de datos. Se perdería la reflexión sobre ese mismo acto traductor, que es el que esencialmente las distintas formas culturales vienen haciendo cuando el crepúsculo llega a un tiempo de civilización y aún no termina de aparecer otra.

Por primera vez en la historia de la humanidad estamos ante una masiva traducción cultural de un sistema a otro. Aun bienvenida, sin embargo está carente de utensilios autorreflexivos sobre su propio procedimiento.¹⁷⁵ Cuando sin embargo existe, no deja de puntuarse por un lenguaje que toma sus metáforas de otros modos del movimiento: navegar, migrar, exportar. Se trata de transitar de un soporte a otro, y la propia idea de soporte ingresa bruscamente al mundo cultural, significando el optimismo de un pasaje y al mismo tiempo la relativización de las diferencias entre momentos culturales heterogéneos.

Arrojado retrospectivamente sobre la historia de la cultura, el concepto de *soporte* pierde las singularidades que separan, antes, ahora y siempre, las decisiones tomadas en la dimensión de la *physis*, y las que pertenecen al idioma virtual de la red. No es en verdad una pérdida, porque es posible la convivencia entre el mundo experiencial heredado y proyectado a nuevas sensibilidades, y las operatorias de reproducciones electrónicas universales. Pero no puede ser invocado de una manera trivializadora, pues se corre el riesgo de conferirles a los medios electrónico-informáticos la facultad de originar en forma determinista la mutación civilizatoria, mientras que luego solo restaría ofrecer los “contenidos” por parte de gerencias forjadas a tal fin, que solo solicitan vetas retóricas estereotipadas y que reducen todo el problema de lo real a una dicotomía entre forma-contenido, superada siempre que el pensamiento filosófico encontró itinerarios más creativos. Por otro lado, es evidente que la “forma” es en sí misma un modo peculiar del contenido y la ideología.

Las bibliotecas, los países, las instituciones, desde hace varias décadas pugnan por entrar a ese mundo productivo y simbólico, apropiándose a veces de su lenguaje prestado —es lógico que así sea, toda nueva tecnología surge de los moldes lingüísticos anteriores—, sin conseguir dominarlo más que de un modo fatuo y evocativo, esto es, de un modo estático y no emancipado. El ideal de controlar toda la producción del pasado con digitalizaciones que a la vez que lo preserven lo difundan ha triunfado como ideología oficial de las instituciones de la memoria: bibliotecas, archivos, incluso gobiernos. Dentro de esta generosa utopía, por un lado viable instrumentalmente, por otro lado desprovista de recursos pedagógicos propios, se encuentran sus adelan-

tadas derivaciones que operan de un modo comercial, pero también con un mensaje de optimismo educativo universalista, especialmente Google. En este último caso no solo tenemos la confusión específica entre cultura e información —una aplanada democracia informativa como ilusión igualitaria—,¹⁷⁶ sino que los legados culturales son puestos a disposición de un autómatas central que cumple con la utopía de contener todas las escrituras y darlas en ofrecimiento, pero además de crear un mercado sofisticado de conocimientos, a estos los retrae de su mundo vital. Los ofrece ya desnudados de sus vínculos, desprovistos de nexos de sentido y deshistorizados.

Suele llamarse *sociedad del conocimiento* a este movimiento de ideas. La expresión es atractiva pero cuando aparece en los discursos políticos está en el lugar donde se expresa un modo de evitar los conflictos, pensándose la historia al margen de los *mundos de vida*. Se alude con ello al sistema de preservación museístico del saber, habilitando modalidades de consulta que exigen una rediscusión de los derechos de autor (en un extremo, eliminarlos al servicio de la “muerte del autor” pero implícitamente confluyendo con un denso capitalismo inmaterial) y la construcción fabulística de una sociedad legendaria, de transparencia total y libre acceso a la ciudadanía: se consuma la sustitución del trabajo frente a la naturaleza por la noción de trabajo inmaterial. Por cierto, este ocupa un mundo de símbolos en los que el conocimiento se “produce” —la idea de *producción de conocimientos* proviene como mínimo del *estructuralismo*¹⁷⁷ de los años sesenta—, pero en contraposición a lo interesante que nos parece esta idea, bien explorada en recientes ensayos críticos, lleva a una situación predominantemente de control social, aun cuando las discusiones sobre los tipos de *software* —libres o propietarios— recuerden una vuelta al origen del sentido político: emancipación por las tecnologías inmateriales o sometimiento por intervención inadecuada de ellas. En resumen, la expresión “sociedad del conocimiento” como el “fin de la historia”, la “era tecnotrónica”, la “tercera ola” u otros ideogramas de esa índole, no cumplen sino con un papel publicitario en torno al viejo afán de anegar las verdaderas fuentes de vida social. Acéptese su rango utópico, no hay problema en ello; algo hay de Tomás Moro o de Fourier en estas especulaciones.

Pero como en todo fervor utópico, no siempre pueden evitar construcciones despóticas, fracasos morales y chilindrinas intelectuales. Juzgo una gran distracción respecto a estos temas de fondo que se jugaban en la polémica que tuvimos con Horacio Tarcus, que algunas de las personas que lo apoyaron —calificados profesores universitarios— pensaran que su *Informe*¹⁷⁸ marcaba un antes y un después en materia de políticas públicas. Yo también añoro y creo en un texto, presente o futuro, en que se plasmen

las necesidades y esperanzas de la hora en que se vive. Pero me temo que ese *Informe* no podría figurar en el número selecto de tal clase de textos. Receloso, desabrido y corrosivo, escrito por un temperamento pleiteante, ese texto evocaba las comisiones investigadoras que todo país sabe formar para darle encanto científico a la condena de los réprobos en base a una incauta idea de Estado. Quieren que nadie perturbe sus subsidios, y puesto que luchan por recibirlos, se sentirían menos culposos si emanan de Estados con funcionarios traslúcidos, hijos de la razón ilustrada, subsidiadora y científica. Sí, es la visión del rey filósofo en manos de “transparency international”. Pero el rey filósofo, de existir, debe extraer su sabiduría de la sombría razón en crisis.

Todas estas antevisiones se pusieron en juego en la discusión con Horacio Tarcus. Estuvieron en disputa distintas visiones del Estado, los archivos, los utensilios tecnológicos de la llamada “sociedad del conocimiento”, los modelos de investigación y escritura, y en lo extremo del debate, un modo de pensamiento sobre el mundo histórico, las ideas transformadoras y los entes vivientes del horizonte moral e intelectual. Damos por supuesto que las grandes transformaciones en las tecnologías culturales —desde cambios en la lengua corriente hasta nuevos sustentos para la difusión de caudales archivísticos y participación en nuevas comunidades intelectuales— están en la base de cambios evidentes en la conciencia intelectual de cada época. No obstante, aquí mismo se abre otro debate respecto de las hipótesis de adecuación mecánica a las mutaciones del instrumento tecnointelectual, que para algunos debería realizarse con la vertiginosa asociación a financiamientos que generalmente están veteados por ideologías implícitas sobre el procedimiento reflexivo y escritural. La posición crítica adecuada, en cambio, es el gran legado de las filosofías de la pregunta por las condiciones de lo real, lo simbólico y lo lingüístico de la imaginación teórica. Sin embargo, esto que parece obvio y comprobable a diario por cualquiera que se dedica a las prácticas intelectuales, puede no ser percibido de inmediato por la malla de prejuicios que acompaña la mera manifestación de duda sobre los métodos “blancos” y las rutinas “legalistas” en materia de pensamiento social, investigación histórica y políticas editoriales en el terreno filosófico cultural.¹⁷⁹

Sindicalismo de Estado

Es obvio que la Biblioteca es también un capítulo inesquivable del sindicalismo de Estado. Cuando habitualmente se emplea esta noción, se desea

retratar el período peronista y la creación de grandes sindicatos por rama de actividad capaces de congeniar con el Estado, obteniendo reconocimientos específicos a cambio de no enfrentarlo desmedidamente o de ninguna otra forma. Pero en este caso nos referimos al sindicalismo que ocurre en el interior del propio Estado, protagonizado por sus funcionarios y empleados. Son de alguna manera la segunda voz del Estado. Una voz que parece socialmente inaudible pero que mantiene en tensión y bajo dominio estricto los resortes de decisión sobre la vida laboral y todo cuanto ocurre en la administración. Para recurrir a una expresión consagrada, pero que la empleamos para relativizarla, son “un Estado dentro del Estado”. ¿Corporaciones? La expresión es dudosa y sus usos en las luchas políticas la nubla si se pretenden mayores explicaciones. El pequeño mito por excelencia de la política nacional es el de una “reforma del Estado” que, realizada bajo auspicio sindical, acerque al Estado a una feliz identidad de “eficiente y promotor”. El menemismo lo intentó y cundieron los despidos, las jubilaciones compulsivas y toda clase de arbitrariedades sobre los trabajadores estatales, sin que se hubiera resuelto el llamado hacia nuevos compromisos laborales ni cesara el imperio de los tratos particularistas o el despilfarro oscuro de los bienes públicos.

Los dos gremios fundamentales de la administración central del Estado son ATE (Asociación de Trabajadores del Estado) y UPCN (Unión del Personal Civil de la Nación). El primero es creación antigua y de origen libertario: a comienzos de los años veinte, dos décadas antes de la emergencia del peronismo, ATE recibía en su fundación flujos del anarcosindicalismo, tamizados sin duda por la condicionante realidad de ser los afiliados al gremio empleados estatales. Dos décadas después, un famoso afiliado, Libertario Ferrari, que enuncia en su propio nombre de pila la tradición familiar anarquista, hace unas conocidas intervenciones en el Comité Central Confederal de la CGT, reunido ante los episodios de octubre de 1945, influyendo decisivamente para la declaración de la huelga general —a la postre, para un día después de los acontecimientos del día 17, que sorprendieron a todos—, con discursos cargados de neta entonación *forjista*. En la historia de ATE, aunque en estos casos faltan documentos de períodos completos, puede establecerse el imperio latente de un ímpetu libertario-forjista, tamizado en épocas enteras por ocasionales pero no breves predominios de espíritus gremiales que asordinan lo que podríamos llamar componentes ideológicos de la acción sindical. Si la interpretación del Estado como un órgano de movilización popular es la cuerda última del pensamiento de este sindicato, hubo épocas en que la dirección de este gremio se atuvo a horizontes más cenicientos.

En cuanto a UPCN, es creado luego de 1945 y su sede central donada por el propio Perón —un edificio magnífico y singular del centro de la

ciudad—, quien a su vez se convierte en el afiliado número uno. Si bien UPCN registra antecedentes de agremiación antes de esa fecha, vinculados a la expresión de las capas funcionariales más encumbradas del Estado, con el reconocimiento explícito y mimetización con el andamiaje legal del Estado se convierte progresivamente en un pliegue interno del mismo Estado, con un peso primordial en la regulación de convenios y modalidades laborales dentro del archipiélago de complejidades propias de la administración pública. En los planos simbólicos —verificables en la materia real explícita—, UPCN es el sindicato de las capas directoriales de la administración, con una fuerte concepción de ser una comunidad contractual de beneficios efectivos y afiliación de resguardo, y ATE es el sindicato que reactiva un horizonte estatal heterogéneo con la malla jerárquica de la administración central. Expone lenguajes vinculados a la recreación de un Estado de bienestar plebeyo, animado por los flujos de precariedad y errancia que recorren las bases laborales de la densa trama estatal-pública.

Se puede decir que el Estado nacional vive de un conflicto esencial, una estructura última de controversias, que se establece alrededor del diferendo entre ATE y UPCN. Son dos familias cuyas lógicas difieren drásticamente y al mismo tiempo se complementan profusamente en tanto simetrías opuestas. Buena parte de la trabazón sustancial del Estado argentino obedece a la coreografía de antagonismos sucesivos, entrecruzados y suplementarios que protagonizan las dos formaciones. Por momentos, puesto que se conocen en profundidad sus puntos divergentes, los lenguajes asemejan espejos invertidos, con formas de desautorización mutua sostenida en, a veces, casi semejantes artificios lingüísticos, aunque dirigidos hacia un sentido u otro según el caso. No hay acción social en el interior del mismo Estado que no obedezca a la reproducción estructural de esta escisión fundante. Una sucesión circular de Otros rige el antagonismo, como órdenes de un mundo de afiliaciones monásticas condenadas a la añadidura inversa y a la alternativa incesante. Ciertamente, los estilos de trabajo y las posiciones en la arquitectura estatal difieren en mucho —con la consiguiente separación de modalidades valorativas sobre amplios aspectos de la realidad gremial y política—, pero en el juego suma cero de cualquier conflicto, todo se asemeja a dos órdenes estamentales que conocen profundamente los idiomas acuerdistas, pero siempre queda un resto inabsorbible sobre el que se monta el nuevo ciclo de discusiones.

Se dirá que interpretamos de una manera “sistémica” una lucha que tiene consignas perfectamente identificables en cuanto a sus divergencias. UPCN como sindicalismo homólogo a los procedimientos aglutinantes del Estado central y ATE como sindicalismo periférico, con tendencias

difuminantes hacia los llamados “movimientos sociales” y con una hipótesis permanente de igualitarismo del *popolo minuto* de la administración. Sin duda, son dos ámbitos de ideas y procedimientos reivindicativos de notorias diferencias. Son dos sindicatos heterogéneos en disputa sobre el mismo terreno del Estado. Los acuerdos entre ambos espacios solo son inestables, de modo que el remanente inasimilable permita el reinicio de la disensión sobre un nuevo desequilibrio. Un conflicto típico con estos perfiles es el que ocurrió en el Teatro Nacional Cervantes en el año 2008, donde en términos generales el conjunto de los técnicos pertenecía a ATE y los administrativos a UPCN. Así, pueden llegar a ser un fruto estamentalizado los avances salariales que se obtienen manifestando en reclamo reivindicativo, ante un horizonte de funcionarios gubernamentales, no necesariamente considerados una “patronal” —concepto más adecuado a una empresa privada que actúa en el seno específico de las relaciones entre capital y trabajo— pero vistos bajo el reflejo suspicaz del implícito halo burocrático que los recubre. En muchos casos, esos funcionarios son vistos por ATE con simpatías hacia posiciones normatizadas del Estado, que por un lado son las que suelen sostener los altos funcionarios de la gestión pública, aunque en otro sentido su neutralidad específica suele coincidir con el particularismo de UPCN fusionado en la ley general. No debe verse aquí una argucia preparada por espíritus marrulleros, sino el modo en que se dan los acontecimientos en la doble faz del Estado, con su gestión política en torno a sus propios procedimientos y la operatoria gremial en torno a ellos.

De tal modo que podría decirse que UPCN puede cumplir con el formulismo de ser “un Estado dentro del Estado” y que ATE, su contrincante interno, se apoya para sus tratos reivindicativos en un “afuera social” compuesto por medios de comunicación y opinión pública que, en un sentido general, reclamarían en el país un tipo de organización sindical “menos corporativa”. En la lógica, pues, de la trama rota del Estado nacional, dos concepciones sindicales se enfrentan y cada una de ellas atrae dos antropologías políticas diferentes, pugnando por reinterpretar las funciones del Estado y su presencia misma en la sociedad. No es una lucha a muerte, hegeliana, sino antigua y a veces macilenta. En determinadas ocasiones pueden paralizar a una institución pública. [He sentido, ocasionalmente, esta específica situación en tramos enteros de la disputa gremial en y por la Biblioteca Nacional]. Y en un sentido más general, todo el conflicto en el Estado se extiende hacia un debate muy conocido en torno a la agremiación de los trabajadores argentinos, respecto a la subsistencia de un solo sindicato por rama de actividad —lo que de por sí, es la estructura dilemática que rige el drama entre ATE y UPCN— o a un

pluralismo sindical que no fue albergado por la tradición peronista, que de algún modo baña de diferentes maneras a ambos nucleamientos.

Coronada en el primer caso por una CGT única, con sus diversas tendencias, o por centrales sindicales bifurcadas y reconocidas por ley —como lo propone el CTA—, esta realidad extremadamente movедiza es un campo agrietado que escinde el debate del mundo sindical del país. Pude apreciar en la Biblioteca Nacional, en cuanto a su difícil jeroglífico sindical, la urgencia de una resolución democrática e innovadora en este tema, pues en ciertos momentos, aun actuando con equilibrio y apreciación ecuaníme del conflicto intersindical, a la autoridad política del caso suelen cerrarse los caminos de autonomía en la gestión, bajo la indeclinable mirada de los gremios rivales —en la Biblioteca Nacional se le agrega un tercero: SOEME (Sindicato de Obreros y Empleados de la Minoridad y la Educación), que aglutina especialmente a sectores de la planta permanente—, pues cada uno verá tal autoridad, siempre potencialmente compartida, como siendo “del otro”. Y en el espejo de lo que realmente podrá decirse, esa interpretación significará también que cada uno, sin duda, se conducirá secretamente también en nombre de la parte del otro que niega abrigar en su propio seno.

Reflexiones sobre archivos y bibliotecas

Es así que nada hay, en la actualidad de la Biblioteca Nacional, que no pase por la vida sindical. Pero tampoco hay nada que deje de aludir a la realidad del debate sobre la memoria, lo que concierne especialmente a los archivos. Vimos ya que la crucial situación que se produce en todo el Estado por la fuerte presencia sindical merece una reflexión específica en el marco de un intento de replantear la proyección del horizonte de lo público en los compromisos laborales y reivindicativos de los trabajadores estatales. No es un tema nuevo ni fácil para quien ingrese en él desprovisto de los recursos conceptuales adecuados. No estamos seguros de poseerlos nosotros al hacer la breve recensión que el lector pudo leer más arriba. Ahora creemos que se puede iniciar mejor este apartado con una reflexión como la que acabamos de anunciar pero en relación a los archivos. A la par de la realidad sindical, que reproduce un conflicto fundacional de las representaciones gremiales estatales, una hipótesis archivística que siempre sobrevuela irresuelta puede conmovier el andamiaje entero de la tarea bibliotecaria y la historia misma de una biblioteca.

Comencemos por la separación o conjunción institucional entre archivos y bibliotecas. Es un viejo tema de Estado, de sus modalidades laborales y sus

compromisos activos. Primeramente, consideremos un dilema judicial. En nuestra opinión, toda institución viva debe contener partes contradictorias de otra, que pueden no serles afines. Así, una institución fabril puede tener una biblioteca y una biblioteca poseer un planetario. Y una pescadería puede tener algo de fiambrería y una zapatería algo de mercería. Los géneros se transfunden y en su incapacidad de completarse evitan una seudotransparencia institucional. Eso les insufla activismo. Claro que hay límites. La idea del “maxikiosco”, del “supermercado”, del “polirrubro” puede intervencionalizar multitud de géneros, al punto de la extenuación de las categorías. Mejor sería apelar a amplias clasificaciones vitales pero no atravesar ciertas fronteras definidas con claridad, como aquella que aparece, con su dulce primitivismo, en ciertos comercios de Brasil: “secos e molhados”. El aire lévi-straussiano que tiene esta categorización, similar a la de “crudo y cocido”, no puede diluirse a riesgo de que se pierda una noción propiamente institutiva de la cultura. Pero para géneros próximos con diferencias específicas, puede ensayarse la formación de instituciones que crucen su tema homogéneo con vetas que las tornen heterogéneas, tomadas de lo que es hegemónico o principal en otras instituciones de vecindad genérica.

Son todos problemas de Estado, cuestiones de “organigrama”, se dirá, pero en el fondo, traducen genéricamente sutiles problemas políticos respecto a los componentes de la decisión y los actos de sentido público. Liquidar tabiques es absurdo, pero no poder traspasarlos imaginativamente mata a las instituciones, al sumergirlas en el caldo empalagoso de su identidad cristalina. Así, un archivo debe tener “algo” de biblioteca y una biblioteca “algo” de archivo. Por más que la regleta del administrador intervenga con sus catálogos de rutinas homogéneas, las verdaderas instituciones resisten a la homogenización y siguen la ruta de la preservación de sus comienzos aluvionales.

Al seguir este razonamiento, preguntemos —aunque la pregunta parece obvia— *qué es un archivo*. Por un momento, sigamos la senda de las grandes reflexiones que Claude Lévi-Strauss le ha dedicado al tema. *¿Por qué tenemos tanto amor a nuestros archivos?*, dice el antropólogo francés. Leemos esta pregunta en *El pensamiento salvaje*, uno de sus magníficos libros. Hace cuatro décadas que se han escrito esas páginas y la propia respuesta del antropólogo resume la actualidad de un problema:

Los acontecimientos a los que se refieren los archivos son atestiguados independientemente, y de mil maneras: viven en nuestro presente y en nuestros libros; en sí mismos están desprovistos de un sentido que cobran, por entero, en virtud de sus repercusiones históricas y gracias a los comentarios que los explican vinculándolos con otros acontecimientos.¹⁸⁰

Pero si en un extremo utópico los archivos son innecesarios para el pensamiento histórico o los juegos de la memoria, en su propia existencia física son indispensables para otorgar una renuente verosimilitud al propio pasado que fluye. Esta verosimilitud nunca puede entregarse por completo, como desearían los archivistas que buscan en el archivo un símil completo del mundo. Pero la mera existencia del archivo permite resguardar los acontecimientos con el apoyo de una referencia palpable. Existen en él vestigios “encarnados”, retazos sobrevivientes que *podrían* simbolizar el conjunto de los hechos alguna vez ocurridos. ¿Y en una biblioteca?

No debe ser muy diferente. Es cierto que en los museos, archivos o bibliotecas nunca puede haber un estanco de objetos y piezas sensibles que por sí solas puedan significar la *totalidad* de los objetos del mundo a ser preservados. La mera existencia de estas instituciones ya supone de por sí el indicio sacrificial de todo acto de cultura. Estamos tratando en ellas no con la serie de objetos, enlazados a la vida real que los produjo, sino con los objetos *supervivientes* de la serie que componían. Como precio de esa supervivencia, tenemos objetos que al ser atesorados por la excepcionalidad de su sobrevida, reclaman una mirada especial como testigos del modo en que las culturas consumaron el tiempo.

De este modo, los objetos archivados, catalogados por bibliotecas o acopiados por museos, son *retirados* de su vida real como sacrificio necesario para su preservación. Realizan entonces una vida irreal, necesaria para el movimiento de la cultura. Esa irrealidad del archivo resguarda de alguna manera la realidad de la vida colectiva. La interpretación de archivo, a la vez, nos propone otros problemas. En primer lugar, una cuestión vinculada al “vitalismo” adherido a los documentos. Por supuesto, de cada pieza inerte a ser interrogada, no hay por qué deducir una vida.

Pero, distantes o imperiosos, en los documentos de archivo subyace una voz que sin duda *debe haberles pertenecido* en momentos en que esos documentos estaban vivos. Es decir, no apresados por las instituciones que cuidan del tiempo y ensueñan (como las bibliotecas y archivos) evitar que se desmantelen o dispersen los objetos. Si la forma de vida que subyacía a cada objeto capturado por los archivos (o bibliotecas) puede ser evocada, no es difícil encontrar allí el motivo último de un *desconsuelo por la tragedia de las culturas*. Y a la vez el camino de la investigación archivera que da lugar a las ciencias del hombre, sobre todo las vinculadas con la memoria colectiva.

Cuando decimos que hay una voz sepultada en los documentos, puede consistir en una explícita primera persona que despeja su intimidad en un escrito o, por el contrario, en un rumor acallado, una mudez que

reclama intérpretes, que puede haber tenido varias interpretaciones y llega a nosotros con esas alteraciones, esos balbuceos, la indescifrable resistencia a perder su impenetrable singularidad.

Documento doméstico en el primer caso, documento público, administrativo en el segundo. Aquí se nos presenta el problema esencial de la cultura: el tema de la palabra heredada, la conocida cuestión del legado cultural, siempre ensombrecido por un cúmulo de agregados y napas enraizadas que pueden encarcelar su sentido original, si fuera fácil determinarlo. Puede ser la carta íntima, el libro incunable, el acta de una reunión, el *pamphlet* revolucionario, el memorándum reservado, la minuta oficiñesca o todo aquel registro en donde la palabra que se ha dicho queda registrada por un tercero imbuido de la noción del valor colectivo, comunitario o político que posee. O ahora, las cartas electrónicas que el lenguaje diario llama *mails*, sometidas a procedimientos de borrado que les dan una instantaneidad que desafía a la propia filosofía del archivismo.

Surge de inmediato el problema de los aparatos de registro, que conscientes de su misión, intervienen precisamente como mediadores de la letra o la voz. Esa mediación no solo incluye un uso retórico (como esquema que ordena el flujo de sentido), sino que a veces es ese uso el que organiza todo el material sensible, dándole el significado del que carecerían. Sin embargo, el archivismo (o memorialismo documentalista de las culturas) puede hacer sus opciones. En algún caso, por una consecuencia ligada al coleccionismo de los restos de la cultura, bajo el implícito de que las ruinas preservadas museísticamente son un tributo oficial al pasado. En otros casos, por desarrollar alrededor de esos restos salvados de la natural devastación de la historia humana, una crucial teoría de la cultura.

Es evidente que en el primer caso estamos ante una situación absoluta de preservacionismo y en el segundo, ante un *preservacionismo situado*, es decir, una preservación que a su vez es portadora de una fórmula escéptica sobre el andar de las culturas y las instituciones. Este es el que preferimos. El poderoso recurso al archivismo —que en los despliegues filosóficos de Derrida aparece como la idea del origen de un poder oscuro, y también como el destino futuro de las culturas, forma inversa pero complementaria del acontecimiento— nos recuerda permanentemente que el puesto de las culturas es el lamento (disimulado en actos de protección) sobre las lógicas de su pérdida. Pero puede significar también el trato imaginativo con las ruinas del pasado para tomar sus aspectos vivos a la manera de una reposición del sentido oculto de las contiendas culturales.¹⁸¹

Es que hay en esos documentos arcaicos, sean runas, tablillas cuneiformes, cartas de navegación utópicas o epistolarios remotos, un conjunto

de voces irreales, atrapadas por la cerámica, el papel o dejadas por un incierto punzón, que en un futuro, acaso se puedan redimir. Puede decirse *interpretar* si es que no gusta redimir, pero en toda interpretación hay algo de rescate *in extremis*. Desde luego, pueden haber hablado los documentos a través de transcripciones o desciframientos que descansan en la certeza traductora que albergan los oficios de aquellos que bajo el llamado de cualquier ciencia o curiosidad, quieren imaginarse en un diálogo sensible con los acontecimientos del pasado. Pero es sabido que el pasado es sinónimo de incerteza, y en una insólita violentación debida a la soberanía de la actualidad —del tiránico presente que busca su infinitud—, puede llegar a pensarse que nunca ha ocurrido.

El pasado no lo será de cualquier forma (yace en sus encierros documentales, pero al liberarse por la interpretación *ya es otro*) ni podrán ser definidos trivialmente los ámbitos de los imprescindibles conceptos de interpretación. Hay documentos, es claro. Como todo, son signos mudos si son despojados de su cortejo de interpretaciones. Pero al decir interpretación, súbitamente se ven envueltos los documentos —con su fría mudez— en el horizonte inagotable de la imaginación histórica.

Aun leído de una manera despreocupada, Michelet indica las razones de un método de suscitación que supone una posibilidad de revivir el pasado por la imaginación historiadora. Del mismo modo, es posible mentar que José María Ramos Mejía, al igual que Jules Michelet, imagina que pueden levantarse como desafiantes espantajos los personajes que se mencionan en los papeles de los archivos que revisa. Es más, sin esa suscitación de vida, cree que el documento no valdría. Detengámonos un poco en este ejemplo. Ramos Mejía es un autor de inusitada relevancia para este debate. Su modo de historiar se liga decididamente a una problematización del trabajo documental. Estamos a escala de una acción dramática.

Atento lector de la polémica entre Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López,¹⁸² Ramos Mejía podrá llevar a una gradación si se quiere más elevada el recurso a una interpretación vitalista del documento histórico. Para López, en una anticipación asombrosa del pensamiento de Lévi-Strauss,¹⁸³ “nuestros archivos no contienen verdaderos secretos, ni encierran la solución de ningún problema histórico o social por resolver; contienen, cuando más, ínfimos o curiosos detalles sobre incidentes personales que en nada pueden cambiar la noción viva y general que todos tenemos de nuestra reciente historia y de nuestra tradición de ayer”.¹⁸⁴

Ramos Mejía, discípulo de López y de Sarmiento (difícil e interesante caso de discipulado cuya tensión podría ser insoportable), en la introducción y prólogo de *Rosas y su tiempo*, uno de sus libros más

extraordinarios, escribe un completo panorama de la historiografía argentina del siglo XIX. Las posiciones en torno a la figura de Rosas hacían propicio tal ejercicio. Asume ahí el método de la “resurrección dramática” de las figuras ocultas que subyacen en grises documentos, con una advertencia formidable al gran archivero Adolfo Saldías, cuyo linaje mitrista no le había impedido refutar las truculencias dichas sobre Rosas, lo que lograba con el auxilio de un enorme acopio documental en su poder, en gran parte cedido por Manuelita Rosas. ¡Saldías tenía los documentos del propio Rosas, que según es fama, este mandaba custodiar por las noches por un peón inglés!

El “Rosas” de Ramos Mejía, que durante mucho tiempo fue repudiado por los “revisionistas” del nacionalismo rosista, tiene una envergadura notable, fruto de una escritura historiográfica de esbelta resolución, de un pensamiento barroco extrañamente conviviente con una estetización biologista de los actos políticos y de una teatralización de la historia que se sobrepone sobre el acervo documental. No mantiene simpatía hacia el personaje, como de alguna manera tienen el mejor documentado Saldías y el cauto Ernesto Quesada, buenos pero nunca superiores a lo del loco Ramos, que construye una visión de Rosas que él mismo llama “shakespeareana”. La opondrá a la módica reivindicación “burguesa” que surgiría de un personaje apenas considerado como “buen administrador”, tal como se desprendería de las bases documentales en poder de los pacatos simpatizantes de Rosas. *El archivo, en esta acepción, sería un instituto burgués.* Al contrario, la literatura historiográfica a la Macaulay, a la Vicente Fidel López, aristocrática en su visión del mundo, resulta liberataria en su uso de los recursos documentales y archivísticos.

Es que Ramos Mejía significa un peculiar desafío para la ética historiográfica y documentalista argentina. Que es un personaje controvertido, lo sabemos. Que la controversia que debemos establecer con él está situada en las previsibles cuerdas de su tentación discriminativa y su empleo dudoso de los conceptos de locura, raza y simulación, no es difícil demostrarlo ni es aconsejable abandonar cualquier apresto crítico hacia su figura problemática. Pero no es posible encontrar en esos parámetros el fin de la reflexión sobre el “caso Ramos Mejía”. Porque su escasa disposición democrática en cuestiones políticas convive con una democracia radical en cuanto al uso de los recursos y métodos investigativos. Además, bajo el rostro de un elitismo de dandy, se halla una gran libertad y desenfado en el pensamiento, como lo muestra su aguafuerte sobre Yrigoyen, al que ve como un seductor esteta morfínmano en sus afanes de conspirador político.

Al aceptar la consigna de López y no la de Mitre, Ramos Mejía abre el cofre de las voces plurales de la historia y pone el ideal estricto de las fuentes históricas en un campo de inagotable polifonismo. El desafío que a la investigación histórica significa su figura, recién ahora puede comprenderse. Desde luego, estamos ante un personaje cuyas convicciones políticas lo encuentran decididamente en las filas del más nítido conservatismo. Bajo el influjo de Le Bon, teme a las masas inmigratorias; bajo el influjo de las doctrinas biologicistas del posdarwinismo, mantiene fórmulas como la de la locura hereditaria; bajo el influjo del libro de Édouard Drumont, coquetea con impulsos antisemitas, como también lo hará su contemporáneo Paul Groussac.¹⁸⁵ Nada de esto debe ser alivianado o disimulado. Pero es preciso ver que su estilo barroco y su espíritu cómico-decadentista en cada caso lo lleva a curiosas derivaciones.

Es evidente que su confusa aceptación del concepto leboniano de *multitud*, lo lleva a rozar aspectos de libertarismo pulsional en la comprensión de la acción política; que su esteticismo biologicista lo lleva a considerar la inmigración como fuente de un nuevo ciclo vital y que su culto simbolista hacia las signos esotéricos de la ciudad lo lleva a intuir una hermenéutica de la locura y una necesaria extrañeza en la alteridad humana, al punto de colocarlo mucho más allá de la psiquiatrización política o del racismo.

El modo de usar el archivo por parte de Ramos Mejía surge entonces de un vitalismo simbolista del documento. Su escritura misma, diríamos que proviene del modo artístico en que consulta el archivo. No es propiamente un ensayista —como podría considerárselo bajo otras cuerdas interpretativas— sino más bien un archivista barroco que termina siendo absorbido por una noción de documento en la cual el historiador debe comportarse como un escenógrafo.

Es que el archivo propone en primer lugar el dilema de enfrentar cada una de las páginas marchitas, en el trance de un presente vivo en el cual podrían engarzarse. Esta posibilidad es la posibilidad de recreación del archivo en términos de una dádiva que el presente le ofrece al pasado y el pasado a su vez concede realizar. Apelándose entonces a las cautas ficciones del historiador, ese teatro de la palabra podría descender trabajosamente a recuperar la experiencia vivida que alguna vez lo sostuviera. Y más que sostenerlo, ser lo que propiamente denominamos presente, experiencia real, acontecimiento colectivo que pudo haberse presenciado y estimulado en sus protagonistas. Y luego referencia persistente a la cual habrían de volver los protagonistas cada vez que las circunstancias posteriores obligaran a hacer los cálculos de potenciales actos no ocurridos y de palpables responsabilidades imprevistas de acuerdo a la dirección de ninguna manera vaticinada que tomaron los hechos.

En su *Crítica de la razón dialéctica* dice Sartre:

Se considerará que la Historia ya vivida muestra *resistencia* al esquematismo a priori; se comprenderá que aunque esta Historia esté ya hecha y sea anecdóticamente conocida, tiene que ser para nosotros el objeto de una experiencia completa...¹⁸⁶

Es decir, se debe comprender que el ejercicio de la reflexión histórica debe restituir el presente vivo de la situación y esta no puede encasillarse sin más. El archivo debe abrirse pese a sus propias resistencias. Pero ese presente vivo es una forma del ocurrir temporal; ya no es presente sino bajo la forma de una invocación reconstructiva que solo puede sucederse desde otro presente de naturaleza diferente al anterior. ¿Alcanza con la recomendación sartreana de la necesidad de afirmar la especificidad del acontecimiento histórico? Sartre subraya *acontecimiento*. Nunca se terminará de reconocer acabadamente hasta qué punto los pensamientos de la teoría política contemporánea que hoy se aferran a esa palabra nacen de una intuición propia de la razón dialéctica, de la cual el “acontecimiento” buscaría finalmente distanciarse y manifestar su propio canto absolutista a la *diference*.

Pero la experiencia completa de una especificidad no es otra cosa que el intento de “restituirle sus funciones múltiples” a los hechos que acontecen en la plena libertad de sus manifestaciones. Esa libertad, en tanto, se hace necesario reconocerla en el seno de las fuerzas que ella misma alberga y cuyo mero desarrollo permite saber que no habría libertad sin la proyección de esos dominios condicionantes, no habría fines sin contingencias. Como estas estipulaciones tienen rango metodológico, permiten delinear el acontecimiento sin idealismos arquetípicos que sometan la singularidad de los hechos. Así, los *sans-culottes* de 1793 no pueden ser asimilados o reducidos a la condición abstracta de proletarios modernos en ciernes. Sartre combate los fenómenos expresivos de lo social convertidos en “esencias eternas”, lo que décadas después prosperaría en los estudios culturales de finales del siglo XX impulsando un ataque al pensamiento ontológico e histórico.

Todos los grupos sociales —los *sans-culottes*, nuevamente— no podían dejar de ser grupos heterogéneos. Podían definirse como grupos despojados de condiciones de subsistencia, pero a su vez debían encontrar los instrumentos necesarios para su acción, y estos son artificios mentales (no lo dice así Sartre) que permitían forjar conceptos operantes en el terreno político. Estos conceptos son radicalmente ambiguos. Si por un lado los *sans-culottes* esperan de la monarquía garantías a la propiedad, por otro lado no pueden dejar de amenazarla exigiendo reparos para el hambre. El pueblo no podía

dejar de empujar la revolución pero “su miseria tenía incidencias contrarrevolucionarias”. ¿Y la revolución? No dejaba de serlo por el hecho de preparar las futuras relaciones burguesas. La burguesía, por su parte, debía combatir por la revolución pero tan solo esperar que todo acabara de una buena vez. Por su lado, los combatientes, los *enragés*, poseían el atributo más enérgico de defensa de la revolución pero por eso mismo sumergían al país en una situación de debilidad frente a la invasión extranjera.

En suma, se configuraba “un combate en medio de las tinieblas”. Los grupos sociales y políticos que participan de la revolución se ven inmersos en situaciones ambiguas, en medio de acciones revolucionarias que invocan recuerdos del pasado, o acciones conservadoras que escapan de sus propósitos originales. Por lo tanto —dice Sartre— hay que “reconocer la originalidad irreductible de los grupos social-políticos así formados y de definirlos en su complejidad a través de su desarrollo incompleto y de su objetivación desviada”.

Sartre está pensando en el *18 Brumario* de Marx, que le sirve para inspirar en él la idea de que los fines de la acción surgen de un conjunto complejo y variado de intenciones. Incluso, la ilusión ideológica es una parte del campo de los fines. En el famoso escrito de Marx, lo que está en juego son las condiciones de la acción y las formas anacrónicas que la asedian, desfigurando sus raíces inmanentes en la singularidad del presente. Esa desfiguración, en Marx, da lugar a una crónica tejida en ironías y en un tono farsesco que debe llevar a fundar la crítica histórica.

La adulteración, el disimulo y el sainete en la escena histórica motivan la denuncia de una leyenda del poder, denuncia que para ser efectiva tiene que ser narrada como lo haría un autor teatral con recursos de sátiras y graciosos escarnios. El desplazamiento de la verdad es tomado por el escritor crítico como motivo de sus afanes de develamiento. Y lo hace con la esperanza de llevar el sentido de los hechos a un aparejamiento definitivo entre las finalidades de cada personaje y los intereses de conocimiento que realmente agotan la significación de cada ente social.

Tanto Sartre como Marx evalúan las acciones cuya raíz está en la imaginación metafórica de los hombres, al revestir sus actos reales de apariencias de conocimiento que vendrían a sustituir lo que no logran examinar con su conciencia autónoma. Sartre, con el ejemplo de los amagues del boxeador, indica algo semejante. No dejan de ser acciones reales aquellas solo destinadas a mover categorías de la imaginación de los otros. Son falsas en sus fórmulas de eficacia verdadera. Todo esto en virtud de recrear para el conocimiento la *singularidad* de las manifestaciones de sentido político.

Ahora bien, esa singularidad está compuesta de lo que cada agente político no sabe de sí mismo. En el archivo yace lo que parece ya sabido pero clama por una interrogación presente que le demuestre lo que cada documento desea: no ser portador de conocimientos ya cancelados. Cada documento sabe de su ausencia de saber pasado, pues en ello, es un presente que dejó perder su contemporaneidad. Perdió la alteridad de los sucesivos presentes que sobrevendrán.

Los documentos aprisionados en el archivo no son una mera condensación de lo que luego se despliega forjando una totalidad provisoria automática, sino un manojo de libertades potenciales en medio de unas alternativas que se presentan con igual oportunidad de realizarse. El archivo precisa tanto de una custodia como de una disgregación en las preguntas del presente. Lo singular de cada hoja de archivo cuando era parte de los días vivos de su tiempo adjunto, es lo futuro que no será conocido. Lo presente puede ser conocido pero mantiene una carga de negaciones sobre sí mismo que le impide realizarse como mero presente. Todo presente llora invisiblemente frente al archivo teórico de la cultura. Y no porque pliegos y folios antepasados pueden perderse, sino porque aun atesorados, podemos no poseer la clave de lo que haya que averiguar en ellos.

En el *18 Brumario* de Marx se presentan casi del mismo modo las cosas. Marx postula que si pudiese haber un momento en que las acciones de los hombres se ofreciesen en total transparencia ante su propia mirada realizadora, ese momento no podría ser *ningún momento presente*. Siempre se cuenta con un conocimiento inadecuado o incompleto de lo que se hace. Los intereses últimos de la realidad son usurpados por sus mediaciones imaginarias. Por eso, era menester en primer lugar describir qué ocurría en ese plano imaginario. Parece tener vida propia, es la conclusión de Marx. La imaginación usurpa las notas inmanentes del reino de la realidad.

Ese presente imaginario, sin archivo metodológico pero engrillado en un pasado legendario, será entonces una imaginación que se declara a sí misma como coadyuvante de la historia en tanto obra ficcional, teatral o poética. Expresa una teatralidad obtusa y recelosa que apenas tiene una virtud sustituta respecto a lo que la acción humana debería asumir como su potencialidad singular. El mundo real comienza a operar así en términos de sustitución y disimulo. Marx quiere develar de esos encubrimientos —y rescatar— los núcleos vivos de la acción autogenerados en cada presente histórico. El único archivo necesario es aquí el de la memoria de las fuerzas de producción, de la razón crítica y de la materialidad de la experiencia viva de los hombres. ¿Pero esta negación del archivo de mitos escritos no condiciona pobremente el pensamiento histórico como multiplicidad de presentes pasados?

La crítica a la falsa actualidad es la materia del *18 Brumario*. Es la crítica a lo que producen los actos estatales como pasos de comedia, mascaradas con grandes disfraces y gestos que sirven para encubrir realidades miserables. Pura historia escénica. En un juego de sustituciones, las acciones políticas se revisten de simbologías del pasado para fortificar las pasiones del alma colectiva. Pero a esta mascarada Marx la entiende como fruto de ilusiones fantasmales que reemplazan el drama de la dialéctica por una conciencia temerosa y repetitiva. Esto lleva al espejismo del éxtasis; al dominio de los mantos sagrados, al imperio de la falsedad. Para describirla, sin embargo, había que comprenderla. El archivo de Marx parece estar menos en el British Museum —y vaya si ahí consultaba y fabricaba infinitos borradores— que en la memoria transparente de la humanidad dispuesta a recobrar todo su anterior transcurso alienado en la repentina iluminación de un presente sin máscaras.

El famoso aserto indicando que los hombres hacen la historia, pero no en condiciones conocidas por ellos, establece una trágica fisura entre las acciones y la posibilidad de conocerlas. Se presenta ahí un desajuste conceptual que pone en marcha el pensamiento y la misma existencia social. Sin embargo, la mera formulación del problema nos invita a considerar que lo acontecido en la historia tiene una dimensión visible, memorable y efectiva. En esa rara ductilidad objetiva, más allá de que la conciencia de los hombres sea ociosa para incorporar el conjunto real de las condiciones, hay una facticidad primera que implica ese inicial escalón del hacer histórico. Frente a ella el archivo histórico nunca es nada en el presente: condición para convertirse en la sombra de la historia luego, cuando se lo mire como un arca testimonial, que asusta si sus pruebas se pierden y secretamente nos condena si no lo consultamos para sacarlo del olvido. Sin embargo, de esa renuencia esencial está hecho el presente.

Pero todo presente, digamos mejor, está en posición de negatividad respecto a esa certeza objetiva. Sartre ve la propia práctica humana política como necesariamente ligada a la libertad de elección y por lo tanto a la producción de la incerteza en lo actual. Hay intencionalidad porque hay incógnitas en el corazón del presente. De modo que la frase marxista debe ser entendida de un modo más circunspecto. ¿No importaría que los hombres actúen en condiciones veritativas explícitas cuánto más se involucra en sus prácticas la idea de la penumbra constitutiva de los hechos? Hay hechos porque existe ese magma pendiente de aplicación que propiamente *los sostiene*. Y esa pendencia es la que permite dilucidar la misma idea de que *hay hechos*. Hay hechos pero no archivos del presente. Eso es la televisión. Hay archivos porque hay pérdidas del presente, que son pérdidas anticipadas que comprobará el pasado.

A partir de estas comprobaciones no se entienden los alcances encrespados de la crítica que en su momento dirigió Lévi-Strauss a Sartre. Tomando su mismo ejemplo de la Revolución francesa, en *El pensamiento salvaje*, Lévi-Strauss concibe que Sartre no escapa a las fórmulas del pensamiento mítico, aunque sin la ventaja de situarse con comodidad expresiva dentro de él. Las experiencias vividas no son el foco primero de la comprensión histórica, excepto si los esquemas de interpretación mítica así lo disponen. De lo contrario, sucumbiríamos en un trascendentalismo historicista. Es sabido el modo adverso en que Lévi-Strauss se ha expedido contra esta perspectiva, a nuestro ver con notoria injusticia, no fuese que en esa arbitraria refutación haya dejado el rastro de su propio pensamiento mítico, abrumado de una pesarosa originalidad.

¿Por qué imaginar que no hay realidad en este juego de totalizaciones inestables con las que Sartre interpreta la Revolución francesa? Lévi-Strauss cuestiona el modo en que actúa la totalización, como a priori trascendental, que sin embargo habría que canjear por un a priori sin sujeto trascendental (como se ha dicho). Pero que esta totalización sea un recorte entre tantos otros, no afecta la historicidad humana, en tanto se piense que los actos realizados bajo este título son homólogos a la conciencia relacional que permite todo presente histórico. El propio Lévi-Strauss, que considera los acontecimientos como deslindados de la estructura en el caso del totemismo (en una formidable anticipación a las filosofías de los años ochenta), no tiene otra posibilidad que oponer las series totémicas como superiores a la historia moderna autogenerada, esta sin respaldo de clasificaciones tomadas del mundo animal o vegetal.

Es que “una historia verdaderamente total se neutralizaría a sí misma”. Esta declaración lévi-straussiana es decisiva. Obliga al perspectivismo, a la elección de grupos y situaciones específicas o analíticas, como si se tratara de una clasificación totémica, pero sin el auténtico respaldo que esta ofrecería. Es la prueba de por qué amamos a nuestros archivos. Mostrando en este y en casi todos los casos la compatibilidad de su pensamiento con el de Borges, Lévi-Strauss no puede trascender las oposiciones simétricas, a las que sustenta a partir de la tensión con la forma del mito. En Borges no es nada diferente, excepto que el nexo entre partes de la estructura se verifica por la vía del destino y la muerte, cuando la totalidad se hace presente en su mera simetría absurda. De ahí que la totalidad sea un imposible teórico, pues no habría canon de interpretación, con todo lo acontecido pululando sin ton ni son en torno a su propia incapacidad de diferenciación.

Sin embargo, Sartre no debería caer en las mallas de esta enconada crítica. El proyecto de Lévi-Strauss de reintegrar la cultura en la naturaleza —esbozado con atrevida ductilidad— desprecia a la historia en nombre de

la etnología. Pone a la historia en estado de archivo trascendental. A poco que consideremos que la lengua de la historia y del historiador no tiene por qué operar en la dimensión ética de las *reducciones* levi-straussianas y que aceptemos una idea del mito más grata que la del autor de *El pensamiento salvaje* (aunque no menos contradictoria que la que él formula), la historia se nos aparecerá como un terreno animado de formas morales e intelectuales en el que el historiador o el pensamiento histórico debe escoger inevitablemente un punto de vista. En todo caso, la noción fenomenológica de *experiencia vivida* merece un tratamiento que nos interesa especialmente, pues involucra el modo fugaz de todo tiempo presente.

En el tiempo presente yace lo histórico —sin duda— pero el presente siempre está en estado real de inexistencia. Por eso, es tan dificultoso definir *lo presente*. El estructuralismo pensó la cruz del tiempo en términos de diacronía y sincronía, emanado de un esquema trascendental ajeno a los núcleos prácticos vividos. Sabía que el verdadero problema era llegar a ellos. Sin embargo, cuando lo vivido aparece, se diluye en cuadros que interpretan la acción humana presa a un diagrama de oposiciones, simetrías, oxímoros, quiasmas, metonimias, etc., esto es, una retórica nominalista que Lévi-Strauss presentó con una asombrosa maestría —lo que nunca se acentuará lo suficiente— aunque con una brutal destitución del sentido de lo histórico, como experiencia y como crónica irrevocable de las prácticas colectivas.

Tal vez en situaciones de fuerte historización, la etnología estructural y su pensamiento salvaje podrían ser un auxiliar agudo e irremplazable para descubrir los distintos órdenes de las composiciones temporales, quizá como lo presupone Lévi-Strauss. Ciertamente, anticipándose dos décadas al tono que luego adquirirá la filosofía acontecimental, juzga los archivos como un sistema clasificatorio que recrea quiméricamente la contingencia, hace de la historia un mero rito y genera una ilusión, acaso necesaria, de pura historicidad. Pero resulta sorprendente que Lévi-Strauss le atribuya a los documentos la mera cualidad de ofrecer apenas un “sabor diacrónico”. Es cierto que sin los documentos el pasado existe, *de suyo*. Imaginamos, en tanto, un partido levi-straussiano que solo desea enfrentarse a una forma tajante de la vivencia, a una radicalidad primera donde solo existiría la forma pura de la vida sin documentación intermediente.

Ya Derrida, en su momento, señaló con exhaustiva precisión el inconveniente de enaltecer la materia primigenia de la *phoné* sobre la mediación escritural o documental, cualquiera que esta sea. Es sabido que por la misma razón, este autor defiende el archivo en tanto forma de la memoria vinculada a la autoridad ancestral como querella esencial de las sociedades, fundadora del pensamiento sobre la escritura como cimiento de la noción

de tiempo social. Y también de la propia idea de memoria y de futuro. Nótese el interés que tiene este viejo debate, pues no es posible descartar el modo en que Lévi-Strauss busca la pócima esencial de lo *vivido* como materialidad final del sentido. Pero esta vivencialidad reside en formas mentales, rubros del pensar que en paralelismo con el *fabricar armarios* de Heidegger, se resuelve en Lévi-Strauss en fabricaciones concretas como la *alfarería*, en la que cohabita el pensamiento operante, y eso es realmente pensamiento y realidad del pensamiento. Pero no es esto a donde apuntamos nosotros.

Buscamos la experiencia vivida a partir de una idea de pérdida. Esta pérdida tiene que ver con la existencia de documentos que atestiguan en su letra o en su simbología la efectuación de hechos en los que quedó adherida una voz o los enunciados proferidos. Pero en una dimensión física de la que ahora no somos, fatalmente, contemporáneos. Aceptemos que la contemporaneidad de lo pretérito-ocurrido es mediatizada y menoscabada. Es lógico que sea así; pero en nuestro caso nos preguntamos por el método que nos lleve a recobrarla en la pregunta y el conocimiento. Recobrarla no en la semejanza efectiva de lo vivido sino en las maniobras reflexivas posibles que puedan llevar a reconstituir una escena reflexionante y un pensar.

El debate entre Lévi-Strauss y Sartre no puede quedar asemejado sin más al debate entre Mitre y Vicente Fidel López, pero remotamente algo los mantiene en un tenue y común hilo evocativo. Qué es un archivo, cómo hacerlo hablar, cómo habla la historia en él, cómo pierde sus tesoros no solo si alguien los incauta o los dispersa, *también si no los sabemos interrogar*. ¿No son esos los temas de estas polémicas y acaso de todo debate? No podría concebirse materia más poderosa para reencaminar a través de ella la formación de los bibliotecarios del futuro. ¿Bibliotecas con archivo y archivos con bibliotecas? Desde luego, las instituciones deben ser mixtas, en proporciones que las luchas políticas determinarán. La historia de las instituciones es una forma del archivo en lucha.

De una manera u otra, la genealogía archivera argentina no es la fuerza del documentalismo enfrentada al ensayo caracterológico. Al contrario, hay que verla como la cuerda interna de este último. Como su refutación nunca consumada y su contradictor necesario. Como compañero ineluctable de travesía. Del archivo como pasión incontenida y de su vástago ilegítimo, el ensayismo social-literario, surge entonces el balbuceo indetenable de la teoría de la cultura argentina, hasta hoy. Quizás el remate de este edificio inconcluso pueda percibirse cuando alguien intente conjugar ambos planos, archivo y ensayo, en un único relato histórico. Pero aquí será el juego del historiador el que reuniría todas las dimensiones, y seguramente el método investigativo de la historia rechace tal desafío.¹⁸⁷

Argentina ha surgido como país independiente no de un archivo sino *junto* a una biblioteca, su actual Biblioteca Nacional. *Junto* y no *de* una biblioteca. Aunque esta *no es simple derivación* de los actos políticos de Mayo de 1810. Una biblioteca como la que mentamos, no solo significa la actividad específica que ellas cumplen alrededor de la cultura del libro, sino también el recuerdo de los ciclos históricos del país y también de sus proyectos de emancipación. En verdad, siempre nace *junto* al acto emancipador. La Biblioteca es archivo inmaterial, museo imaginario, más allá de sus existencias visibles, de su naturaleza libresca y papelera.

Las nuevas culturas de la información no han trastornado esta realidad, aun con los cambios que introduce el concepto de “soporte informático”. Al adoptarse esa idea, fruto de una revolución técnica en las ciencias de la producción y representación del dato, queda el mundo cultural reinterpretado por un nuevo concepto que equipara distintos atributos de distinta presencia en la historia de los significados objetuales de la cultura, desde los rollos, la arcilla, el papel-libro y el CD. Este enfoque es rudimentario y está más acá de lo que la propia marcha de la investigación sobre la estructura de datos reclama. De algún modo reduce la totalidad del juego cultural histórico con el concepto de “contenidos”. Desde el punto de vista de las teorías de la cultura y sus viejos cultos archivísticos significa una vuelta a elementales fórmulas del conocimiento, a la mera división entre *forma* y *contenido*, que las culturas filosóficas más elaboradas habían problematizado y superado. Al homogeneizar las centurias de existencia del libro-papel como organizador cultural y la idea que lo asocia a un concreto objeto del mundo, se priva de pensar incluso los futuros pasos de lo que será la antropología del lector y su singular dramatismo como operador, que de hecho deberá ser entre distintas modalidades de lectura, y evaluador también de la heterogeneidad dádiva que puede producirse en la vida del conocimiento con la superposición y simultaneidad de diversos “soportes”.

Atravesar una discusión sobre el archivo será entonces el modo en que pueda develarse el compromiso de las bibliotecas con el de su memoria acumulativa (tiempo diacrónico) y sus tensiones del presente vivo (tiempo sincrónico). Es que el archivo puede entenderse como su esqueleto trascendental. La historia de los conceptos archivísticos y su discusión conceptual es un paso avanzado para la comprensión de las lógicas bibliotecarias.

Epílogo: la cuestión del Bicentenario

Este libro siente ya el momento de llegar a su fin. La ocurrencia conmemorativa, en ocasión de cumplir dos siglos la Biblioteca Nacional, nos pone

frente a un momento de significación singular: se abren los tiempos y es necesario dar cuenta de un ciclo. La palabra es obligatoria y el juicio renovado se hace materia de un trato cotidiano: la expresión “bicentenario” se ha impuesto desde hace bastante, como un imperativo memorístico y una coyuntura donde la reminiscencia debe extraer de sí su vocación de ilustrar el presente. Hay una historia de las bibliotecas en punto a su compromiso con las ciencias y atribuciones bibliotecológicas, en relación con sus ciclos políticos y en cuanto a una historia del servicio laboral en instituciones culturales. Los conceptos de gestión cultural que hace un cuarto de siglo están en la pauta profesional de administraciones políticas y grupos económicos conviven con el antiguo funcionariado cultural de los Estados, cuyos compromisos con la ética de la razón institucional inherente a los intereses públicos son siempre postulados y siempre forman parte de la zona de insatisfacción de las sociedades.

Ya tuvimos ocasión de apreciar la quebradiza historia política de la Biblioteca Nacional. La suerte del establecimiento es la de la nación cuyo nombre tiene. En las discusiones que intentamos referir, un tramo principal lo ocupa la cuestión bibliotecológica. Evidentemente esta debe ser resuelta con los utensilios técnicos que brinda el horizonte contemporáneo, en una nueva vinculación con los grandes legados culturales. Este vínculo demora en aparecer entre nosotros. Buena parte de la historia de la Biblioteca Nacional (en sus fuentes escritas: por ejemplo la provocativa y valiosa que escribió Groussac y que solicitamos constantemente en estas páginas) se ha juzgado en relación con sus atrasos metodológicos y técnicos. Groussac condenó por retrasadas todas las administraciones anteriores, aceptando aquí el gran consejo de Maquiavelo respecto a que el nuevo príncipe está siempre obligado a borrar la importancia de los antecesores. Sin embargo, es cierto que en la época del método Brunet había demoras en obtener un nivel de funcionamiento adecuado y la Biblioteca no era en su deficiente completud el lugar donde estaban todos los libros y donde se construía *in extremis* la bibliografía nacional. En la época de las bibliotecas digitales, ahora, también nos gobierna el mismo sentimiento de diferimiento, aplazo, demora. Estas deficiencias no solo abarcan la esfera primigenia de la catalogación exhaustiva, sino también la ambigüedad existente en relación con la construcción de la bibliografía nacional.¹⁸⁸

Actualmente existe en la Biblioteca Nacional un proyecto de informatización que es el largo anhelo de los trabajadores bibliotecarios y por extensión del público lector y los investigadores. Los hemos apoyado decididamente luego de atravesar las polémicas que son específicas de los dominios del *software*. En las últimas décadas, un largo debate entre espe-

cialistas ha proyectado sobre el mundo del *software* todas las orientaciones polémicas que pertenecen a las tradiciones de la teoría política. Se debate, precisamente, el tema de la libertad, el dominio o la apropiación de las fuentes del conocimiento y la producción de actos materiales de trabajo. Entendiendo que en el *software* se expresa el capital concentrado del trabajo humano, especialmente la condensación de las operaciones abstractas de los tráficos de información y gestión, al punto de poder ser concebidos como maquetas documentales y decisionales sustitutas de toda clase de hipótesis de ordenamiento social o de gobiernos.

La profesión del bibliotecario, comprendida históricamente desde los áulicos copistas hasta los ingenieros en digitalización contemporáneos, atraviesa toda la historia de las sociedades en lo que hace a la recopilación de sus signos sensibles, representativos de la memoria y la escritura. Ambas son acontecimientos vinculados a lo que toda sociedad humana tiene de proyecto ligado al horror de la desaparición del pasado. Conocemos la célebre fábula relatada por Sócrates en el *Fedro*: Theuth es la divinidad que había inventado los números, el cálculo, la geometría, la astronomía, así como los juegos del ajedrez y de los dados, y, en fin, la escritura. El rey egipcio Thamus recibe a Theuth que lo puso en conocimiento de las artes que había inventado, y le explicó lo conveniente que era extenderlas entre los habitantes del reino. El rey le preguntó de qué utilidad sería cada una de ellas, y Theuth le fue explicando en detalle sus usos. Cuando llegaron a la escritura Theuth dijo que esta invención haría a los egipcios más sabios y serviría a su memoria. Pero Thamus piensa todo lo contrario, pues no produciría sino el olvido en las almas de los que la conozcan, haciéndoles despreciar la memoria; fiados en la escritura como “auxilio extraño” abandonarían a sus caracteres materiales el cuidado de conservar los recuerdos, cuyo rastro habrá perdido su espíritu. Así solo se despertarían reminiscencias; apenas la sombra de la ciencia y no la ciencia misma. “Implicaría aprender muchas cosas sin maestros, todos se tendrán ya por sabios, pero acaso serían falsos sabios insoportables en el comercio de la vida”.

Este gran mito, que mereció tantos comentarios filosóficos en todos los tiempos, advertía que la escritura resumía el orden conceptual que venía a socorrer a la memoria, pero dejaba asentada ciertas reservas. La memoria no podía seguir siendo un gran océano sin signos, solo heridas y cicatrices en el alma de los vagantes por sus profundidades. ¿Pero la escritura no afectaría la fuerza vital y oscura de la memoria? La duda era necesario plantearla debido a lo que estaba en juego ante la proliferación de los signos de la escritura. Era el verdadero nacimiento del Estado, contemporáneo al cálculo y al ajedrez, y quizás a la astronomía. En cambio, el gran mito del

incendio de las bibliotecas resulta ser una advertencia paralela y asimétrica con la de la invención de la escritura. De ambas maneras, entre la destrucción de la memoria y la destrucción de las bibliotecas, cunde el sueño de la humanidad sobre las dificultades de construir su archivo. Si completo, parecería que la historia ya ha sido cancelada. Si incompleto, parecería que no es posible seguir frente a todo lo que se habría perdido.

Pero el archivo no es otra cosa que esa paradoja. Las redes archivísticas y museológicas que se han creado y recreado a partir de una valorización acentuada del mercado de bienes culturales conviven con toda clase de modalidades de trabajo. En el Estado, con sus viejos archivos, bibliotecas y museos, no se esperan revoluciones en los tratos productivos, sino que cunden agónicos esfuerzos para ponerlos a la altura de lo que se supone que son las consignas de modernización y los nuevos lenguajes de desarrollo.

Puesto el tema en términos del trabajador de archivos y bibliotecas, en alguna medida recrean, en un amplio sector de su división del trabajo, a los trabajadores parcelarios del siglo XIX, ahora en versión digital. La necesaria sindicalización del personal estatal posee rasgos singulares de un sindicalismo que actúa en el medio social de los empleados públicos. No son de ahora las historias sobre las burocracias estatales. Pero como las bibliotecas públicas, y con más razón las nacionales, son urdimbres que recuerdan en miniatura el procedimiento entero del Estado, todo pensamiento renovador en materia bibliotecaria no deja de ser un pensamiento perfectamente homologable a una recreación vivaz del Estado. Precisamente porque el ambiente bibliotecario es propicio a acciones de trastienda o a filigranas de oscuros partisanos —acaso como los funcionarios eternos de la Biblioteca de Babel—, toda actividad intelectual dirigida a pensar el mundo de los libros y sus ramificaciones —las bases técnicas siempre en mutación, los enfoques laborales que viven entre su arcaísmo y su modernidad—, se debe volver a una concepción libertaria de la historia de las bibliotecas. El empleo estatal y los archivos son entidades consonantes, y la paradoja es que a veces se piensa en un archivismo renovado, capaz de esquivar la naturaleza burocrática del Estado, cuando este es en sí mismo un archivo y hace de sus trabajadores involuntarios archivistas y sujetos también injustamente archivados.

¿Tenía necesidad de realizar estas últimas observaciones? Me fueron brotando espontáneamente, se me imponían naturalmente en la urdimbre de esta historia bibliotecaria. Traté de orientarme en la escritura de esta historia, la de la Biblioteca Nacional de la República Argentina, a través de todos los planos en que es preciso actuar en ella. Sus mitos originarios guiaron esta exploración, aquellos textos morenistas que tienen más

importancia de la que les daríamos si contemplamos el modo en que fueron publicados, en pobres periódicos rudimentariamente revolucionarios. En una era comunicacional que no parece serles propicia —aun si se actualizaran bajo un dictado fiel de las posibilidades que permite la evolución de las ciencias tecnoinformáticas y del conocimiento archivado por nuevos *clerics* de la automatización del conocimiento—, las bibliotecas hacen de su perseverancia no solo una muestra de adecuación a lo contemporáneo, sino que esbozan un camino posible para que esa adecuación no sea anodina. Es el camino de la reposición del presente en el futuro y lo pasado en el horizonte de actualidad. En ese punto dramático de convergencia entre las tres napas ilusorias del tiempo, quise ver a la Biblioteca Nacional y así pretendí dar una versión adicional, respetuosa de las anteriores, de su evolución, su razón establecida y sus significados críticos, oscuros.

En todos estos años, el horizonte de las técnicas y de las luchas sindicales en las que intentamos intermediar, no fue sino un estímulo para pensar muchas cosas y también *otra* cosa: el destino de un único libro de consulta, el que aún subsiste ignorado en sus anaqueles y pudo haber sido depositado allí algún ingnoto día del año 1810. Si al hojearlo sentimos la intriga y el vacío del tiempo, quizá percibiríamos que las bibliotecas son grandes operaciones de la memoria, que esta no se completa nunca a sí misma y que vive entre sus porciones perdidas y la promesa de recobrarlas. Un bicentenario convoca a una cifra necesaria e ilusa: ni las naciones ni las bibliotecas pueden dejar de conmemorarlo, pero las naciones y las bibliotecas se parecen en algo: exceden, por lo remoto de su *antes* y lo incierto de su *después*, a toda quimera que pretenda ponerle clavijas al tiempo. No obstante, no se hace más que pensar en poner sujetadores o contenciones al flujo de las cosas. El conocimiento no puede dejar de proceder así. Sin embargo, todo *encuadre*, *episteme* o *a priori* que se hace necesario en el espíritu de una civilización, no deja de ser un obstáculo inevitable a la materia histórica que rebose todas las marcaciones. He aquí una de ellas: la Biblioteca Nacional es un hilo interno del despliegue de la Nación Argentina. No siempre desfallece cuando esta decae o se agrieta. Siempre representa una forma anterior del tiempo que la nación en su conjunto cree haber superado.

Por eso, es posible decir que el pensamiento sobre un tiempo siempre previo, siempre antepuesto, es la característica de la Biblioteca Nacional. Aunque, al revés, su ansiedad modernizadora, el justo deseo que siempre la anima, es el exacto resultado de la sospecha de estar siempre situada en un momento preliminar, un momento que de inmediato reclama su polo contrario, esto es, la expectativa adelantada, la apuesta futura. Incierta

circularidad, como la que Moreno describe en su artículo “Educación” de la *Gazeta*. En eso consiste el tiempo que excede, rebalsa, rebosa. Le pasa sobre todo a los textos, esas clavijas de la cultura sobre la materia amorfa de la vida. Todo lo que un texto nos puede querer decir, es lo que de él se nos escapa o sobra. En ese rebasar quiso recostarse lo que hemos escrito.

La historia de la Biblioteca Nacional la sustentamos en esa cuerda paralela con la que sigue a la misma historia nacional, y en el modo que también la rebalsa. Este Bicentenario la encuentra con un proyecto y con viejas heridas, ceñida a aspectos generosos de la imaginación cultural pero también con acechanzas oscuras, que el mundo de la administración nacional produce como una segregación oculta, públicamente repudiada pero acaso consustancial a él. Un próximo capítulo más traslúcido de su existencia la debe ver desembarazada de estos atascos y es necesario seguir trabajando para ello, junto a una revisión de los tratos y procedimientos de la institución pública —tradicionalmente conspirativa—, para que reviva como un ente de realización cultural, laboral y humana. Recordando nuevamente a Thamus, concluimos este libro deseando que las nuevas realidades tecnológicas se aparten de las fórmulas de dominación, conquista cultural y robotización de la experiencia humana, cumpliendo de otro modo la utopía del conocimiento emancipado, de la que también son portadoras. Así se irá readquiriendo el legado del gran pensamiento crítico que a veces se ausenta de sus prácticas. De lo contrario, como pensaba Thamus, esas maravillas corren el riesgo de hacernos olvidar lo que sabíamos.

Colofón

Borgismo y tradición nacional-popular

Cuando uno habla, acuden a la conciencia distintas circunstancias anímicas y morales. Sabemos lo que hacemos cuando hablamos, pues ponemos en práctica acciones de las que somos conscientes, respecto a controlar o moderar sus efectos y consecuencias. Pero todos sabemos que hay un estrato final de lo hablado que no está sometido a una disposición de moderación, o como decían los griegos, de *catarsis*. Entonces salen las cosas que se presentan desde el subsuelo dramático, no reconocido, de la conciencia. El psicoanálisis —a su manera una teoría de la catarsis— llamó a todo ello acto fallido, derivación de los actos inintencionales que todas las culturas conocieron y estudiaron, y que en el lenguaje habitual aparecen con la expresión latina *lapsus linguae*. Socorrida expresión. En la era de los medios de comunicación, que son lo contrario a los medios de interpretación, aunque ellos seudointerpreten todo el tiempo, el *lapsus linguae* pasó a ser una forma de entretenimiento masivo, de ahí el *blooper* y el doble sentido, formas de retroceso cultural respecto al pensamiento significativo, pero base real del entretenimiento popular como herencia menor de las grandes ideas sobre el lenguaje. ¿Quién no se ríe de alguien que resbala con una cáscara de banana en un salón de fiestas?

En el mes de enero de 2010, a propósito del comienzo de las obras del Museo del Libro de la Biblioteca Nacional, concurrió al establecimiento la presidenta de la Nación, Cristina Fernández, produciendo con su discurso una discusión posterior que por un lado estaba sumergida en la guerra de posiciones que vive Argentina, y por otro lado, encerraba un problema referido a las características de la dicción pública de la primera figura gobernante. Todos los que estuvimos ahí percibimos de inmediato —la presidenta también— el uso que se le había dado a una palabra inocente —como todas— pero que entre nosotros está sobrecargada. (Todo lenguaje es inocente, pero apenas se pronuncia no puede jamás serlo). En la misma oración, donde se mencionaba la palabra *desaparecidos*, en el mismo tiempo del fraseo, la presidenta misma dio la vuelta para mostrar, sin explicitarlo, que había percibido lo que había sucedido con esa palabra. No había sido afortunado emplearla de ese modo, en el modo irónico inmediato que reclama la vertiginosa práctica política propia de la escena nacional. ¿No hubiera sido mejor aclarar en público que lo

dicho era inconveniente, admitiendo que todos sabemos que hablar es estar sometido a la tentación, siempre, de dar un paso hacia el desvío de lo que se dice? Esa es la naturaleza del lenguaje. ¿Pero no sería mucho pedir? ¿Sería eso políticamente aceptable? No lo sabemos.

La presidenta hizo lo que le dictó su intuición y el poderoso sentido de realidad, aun con la notable evidencia del modo en que está sometida a las intensas presiones del arduo trajín cotidiano de la política argentina. Pudo, sumergida en el océano del lenguaje, llevada por la necesidad de diálogo con la concurrencia que se agolpaba en la Sala Leopoldo Marechal, evitar el sesgo polémico, defensivamente irónico, que tiene como destino la réplica inmediata de las otras trincheras del combate por la interpretación de signos que ocupa al país. El lenguaje siempre tiene un puntito sacralizador. Algunos lo llamarán tabú, apelando a un viejo costumbrismo, otros lo considerarán niveles de significación tácitos, investigando la fuerza del implícito, y aun los de más allá dirán que se trata de un juego totémico con las palabras. Por un momento, en los días posteriores, la analítica de los medios se encarnizó con lo que parecía otro nivel de sofisma en el lenguaje del gobierno, que es la hipótesis mayor que hegemoniza la actividad política de los conglomerados del bloque opositor. Pero no se trataba de un “lapsus” que mostraba quizás una tozuda trama que brotaba abruptamente a pesar de querer ser encubierta. Se mostraban las dificultades inherentes a las prácticas del lenguaje político y la rara configuración metafórica que lo asiste, que nadie puede conjurar ni poner bajo dominio cauto, pues ella es rebelde para quedar siempre a disposición de la ultrainterpretación efectista (como fue el caso) o la natural omisión con que aceptamos las espumas imperfectas del lenguaje.

Lo político es en verdad el lugar donde el lenguaje ofrece una rompiente anómala. Ese día de enero de 2010 había ocurrido algo con el lenguaje que podía ser excéntrico o desafortunado, y al mismo tiempo era preocupante. Así pasa siempre. En la tensión que atraviesa la disputa política en este año bicentenario, la cuestión de un acto de lenguaje de nivel descuidado podía ser, por un momento, más importante que otras cuestiones de la facticidad fundante de lo político que estaban en discusión, como las orientaciones del Banco Central y el Fondo del Bicentenario. Los analistas de los medios lo tomaron como un indicio de un lenguaje oficial inventado para cada ocasión, sin rigor ontológico. Se acudía a uno de los temas favoritos del amplio bloque de rechazo al gobierno, consistente en señalar su origen adulterino desde el punto de vista ideológico y biográfico. La ideología de Néstor y Cristina Kirchner como algo meramente instrumental. No pensamos eso, porque en definitiva nada es instrumental, y

cualquier lenguaje es éticamente comprometedor de acciones, pero siempre es posible asociar de modos más intensos —lo que constituye el ensayo esencial de lo político— el impulso lingüístico, las ideas políticas y ciertas modalidades de expresión. Un reconocimiento de los planos de “sacralidad implícita” de la lengua nunca es inadecuado. Los temperamentos irónicos —tensamente forjados— pueden cometer a veces el uso desnivelado del lenguaje, en sus habituales discursos y dentro de sus habituales énfasis. A veces se gobierna un discurso, a veces el discurso gobierna a su autor. Es que el lenguaje es una incesante búsqueda del sinsentido creador, no tanto del sentido. El sentido ya lo tiene, lo sabe, lo maneja. Cuando comienza a desplegarse, es la extrañeza del sentido lo que busca, el vacío propiciatorio de una ausencia de *phrónesis*, que permite seguir adelante.

En el discurso de la presidenta en la Biblioteca Nacional al que nos referimos, se postularon otros temas de la historia cultural del país. La mención de que en el predio habían habitado Perón y Eva Perón —en aquella mansión Unzué demolida— significaba tocar un lugar transitado como tópico recurrente en la memoria política contemporánea. Justa mención esa, que es sabida por todos, y que recientemente, en un programa de televisión de Nelson Castro —que no se caracteriza por su indulgencia hacia la saga compleja del peronismo—, fue atendida con una reseña histórica que lamentaba, precisamente, que las formas de la virulencia política arrasaran con edificaciones históricas, parte esencial de la memoria urbana y ciudadana. Aunque en ese programa televisivo se hacía gala de los nuevos saberes preservacionistas sobre la historia arquitectónica de las ciudades, lógicamente, el tema es antiguo. Por nuestra parte, lo tratamos en este libro también desde el punto de vista del modo en que la historia escribe el ascenso y caída de los poderes, y el modo en que estos arrastran a sus creaciones simbólicas o a los objetos que contribuyen a imantar de simbolizaciones. El pensamiento combatiente se deja llevar en general por el inminente asociacionismo: los símbolos de un poder —porque el poder son símbolos— deben ser derrocados tanto en su aspecto inmaterial como material. Los liberales argentinos han acatado puntualmente este pensamiento cuando fueron victoriosos en la guerra, mucho más que los otros, recicladores de los bienes considerados “aristocráticos” que caen periódicamente en sus manos. Es la orquesta sinfónica del Colón acompañando a Hugo del Carril en la grabación de la célebre Marcha, que coronaba el ciclo de su origen carnavalesco con el modo hierático en que aparecía ahora rodeada de arreglos excelsos y una depurada intención operística.

Desde el punto de vista de los atacados en aquella oportunidad, de las víctimas, de los depuestos —tema de Marechal, lo “depuesto” como

el retorno cristiano de lo fundante recobrado—, siempre actuó como leyenda reparatoria, en lenguaje rememorativo, el caso de la *Residencia Presidencial*. Sin duda, los demoleedores de esa residencia “maldita” —en este libro comentamos la profusa campaña para derribarla— tuvieron una señal iluminada al destinar ese lugar a un contraste que traza una de las invariantes míticas de la vida argentina. La Biblioteca Nacional, aceptada plenamente, sin duda, por los hijos del “aleph” de lo nacional-popular —de hecho, desde la construcción del nuevo edificio, fue dirigida en la mayor parte del tiempo por ciudadanos que provenían de esa familia de ideas—, siempre se sitúa en los discursos de ese orbe temático como un arquetipo incómodo, con un reproche que, casi como susurrado, provendría del tálamo imaginario de Perón y Evita, acaso de las arboledas que el primero de ellos solía ver desde uno de los ventanales desaparecidos y a las que menciona luego como una de sus últimas visiones el día de su abandono del país. La presidenta Kirchner, en el discurso al que nos referimos, acudió a estas reservas del memorial argentino. La discusión que originaron sus palabras aludía a un tramo posterior de la historia del país, el que conduce su flecha tremenda hacia las palabras que se emplean para significar, sin más especulaciones, cómo denominar la siniestra coseidad del terrorismo de Estado. Esta cuestión nos seguirá como una cuerda de sombras a lo largo de mucho tiempo, pero también variará con el tiempo la manera de encararla en cuanto al peso de las palabras. Pero a propósito de ella, en los diversos comentarios que los excipientes hermenéuticos que caracterizan la historia argentina del presente, el editorial que correspondió al diario *Clarín* acudía a la vieja prosapia de un tema: civilización y barbarie.

¿Cómo en la Biblioteca de Borges ocurrían tales cosas, algarabía en un acto y posible profanación de un bien de vivencias culturales resabidas? Pues bien, ponemos tales comentarios en la generosa cuenta abierta por los juegos supernumerarios de la política argentina, que en su escogida inessentialidad también suelen ser profundamente evocativos de invariantes de todo tipo. No es entender a Borges intentar ligarlo a esas contraposiciones, y es sin duda una ingenuidad de improvisadas trincheras querer antagonizar a Borges con los fantasmales habitantes de la mansión Unzué. Claro que podemos elegir el plano que los contrapone, pero si en un verdadero ejercicio borgeano —que son los que ahora caracterizan los hechos y avatares de la Biblioteca Nacional, incluso más que en los demás momentos de su historia, aun considerado el período de la permanencia del propio Borges— elegimos bifurcaciones de tiempo que permiten raras convivencias. Allí encontraremos el nudo real de la obra de Borges, verificada en la posibilidad autoconsciente de la Biblioteca de hacerla, ahora, explícita.

Y en ese plano se encontrarán, desde luego, diferencias radicales en el cotejo con la tradición borgista —autora de los conocidos denuestos sobre el horizonte popular-nacional—, y también los núcleos temáticos afines, que Borges ni dejó de sospechar, ni de incluir en los pliegues soterrados de su obra. La cita de la Biblioteca Nacional es una pequeña centella de salvación de lo que podemos extraer de valeroso de la historia cultural argentina. Es un encuentro atípico y desafiante, no para habilidosas conciliaciones de circunstancia ni para torpes comparativas en el fragor del minuterio de las luchas. Es una cita que hay que saber aceptar con una consternación inspirada, de una razón crítica no menos preocupante por sus descubrimientos reales que por su mera existencia.

Notas

Prólogo

1. Dedico también este escrito a mis cercanos y dilectos compañeros de trabajo durante todo este largo tiempo en la Biblioteca Nacional, con los que hemos compartido y seguiremos compartiendo el drama de las instituciones, que es también el de un país. Fue un feliz encuentro de trayectos disímiles y experiencias generacionales diversas lo que llevó a que en un momento determinado coincidiéramos en la Biblioteca Nacional, por orden de aparición, Sebastián Scolnik, Cecilia Calandria, Juana Orquin, María Pia López, Adriana Savia, Ezequiel Grimson, Alicia Lamas, Alejandro Dottori, Ximena Talento, Margarita Ardengo, Gabriela Mocca, Horacio Nieva, Yasmín Fardjoume, Lautaro Escudero, Daniel Bruni, Carlos Bernatek, Daniel Campione, Luis Pestarini, María Rita Fernández, Ignacio Gago, Paula Ruggeri, Alejandro Montalbán, Graciela Blacat, Alejandro Truant, Axel Russo, Francisco Basualdo, Bárbara Maier, Gabriela Borgna, Marilú Barros Varela, Clara Guareschi y José Mujica. Todos ellos, y muchos más, son parte directa de la larga conversación que supone este libro, hablado de muchas maneras en las reuniones al caer la tarde en la Biblioteca Nacional. Quiero mencionar las largas conversaciones con María Pia López, con su singular sutileza e inteligencia, siempre cuidadosa, pudorosa y delicadamente elaborada; con Sebastián Scolnik, con su entusiasta escepticismo y su irónico, agudo análisis del mundo social, cultural y político; con Ezequiel Grimson, con una mirada que selecciona y conjuga los hechos hasta ordenarlos en un proyecto vivaz; con Cecilia Calandria, con su disposición y experiencia para tratar con las mayores exigencias los temas que nos sorprenden a diario; con Juana Orquin, con su crítica amistosa, y plena, de todo lo que parecen ser los naturales límites de una administración; con Alicia Lamas, con su amistosa convicción instituyente que aúna conocimiento de vericuetos administrativos y posibilidades de acción innovadoras; con Alejandro Dottori, que creó una administración eficaz sin abandonar una cáustica pedagogía; con Adriana Savia, con su compromiso constante, cuya dedicación va más allá de lo que naturalmente ya resultaría muy bueno. En todo este tiempo no ha cesado la dramática relación que tuvimos con las comisiones gremiales de la Biblioteca. A ellas también les agradezco, pues, a pesar de que abundaron las discusiones encendidas y los desacuerdos, ninguno de los que estamos involucrados en la espuma de estos días agitados dejamos de poner el destino de la Biblioteca Nacional por encima de las tentaciones particularistas. Por otro lado, es habitual que en la Administración Pública las corrientes sigilosas y subterráneas que la recorren, exponiendo secretos ludibrios e insatisfacciones lúgubres, se expresen muchas veces en envíos anónimos al multiplicado amparo, ahora, de lo que permiten las tecnocomunicaciones. En varias oportunidades he recibido esos ataques frente a los cuales algunos podían permanecer indiferentes, pero muchos percibieron que esos oscuros denuestos corroen la sustancia laboral y humana misma, haciéndonos a todos más pobres en convivencialismo e intensidades personales. Una minoría activa (a ellos les estoy muy agradecido) percibió que el predominio de esas técnicas mezquinas y cloacales hacían peligrar las instituciones por las que luchamos y la lucha misma, por lo que salieron al ruedo a impugnar a esos patibularios misivistas de las sombras.

2. En estos años, creo haber tenido un diálogo franco y comprensivo con todos los empleados de la Biblioteca, y si pudiera gozar de facultades más extensas de la memoria, debería mencionar esos nombres, que no obstante omitidos aquí, permanecen en mis recuerdos. Son las bibliotecarias y bibliotecarios, personal de administración, de la dirección técnica y de cultura, de adquisición, canje y donaciones, personal de cabina de sonido, de informática, de publicaciones, de la radio, de diseño, de mantenimiento, de caldera, de maestranza y seguridad, encargados, jefas y jefes de sección, preservación, digitalización, etc. Una institución fundamentalmente abierta y activa como la Biblioteca es asimismo un órgano reivindicante, donde trabaja medio millar de personas, conviven varias profesiones y se vive al diario el drama de la disparidad de situaciones laborales que la naturaleza heteróclita del Estado impone y que es menester superar con nuevas y adecuadas propuestas. En medio de estas vicisitudes, la subdirectora Elsa Barber inició proyectos sustanciales para el establecimiento. La directora técnica Elsa Rapetti y demás jefas

bibliotecarias se disponen a atravesar una nueva etapa que será regida por renovadas realidades de tecnología y convivencia. Asimismo, con Mario Tesler, Roberto Casazza, Ignacio Zeballos, Roberto Baschetti, Esteban Bitesnik, Roberto Arno, Miguel Raffaele, Mercedes Dip, Pablo Sanmarti, Susana Fino, Raúl Pano, José Luis Moure, Kato Molinari y José Luis Boquete, entre muchos otros, hemos intercambiado durante largo tiempo opiniones cotidianas sobre la marcha de la Biblioteca. Y, sin ponernos en ciertos casos necesariamente de acuerdo, siempre primó la opinión argumentada y respetuosa.

3. A la distancia, también agradezco a Eduardo Rinesi y Christian Ferrer su amistosa y profunda dedicación para tratar las cuestiones de la Biblioteca. En la misma situación contemplo y agradezco a los miembros de las cátedras que trabajosamente sigo atendiendo mientras paso casi todo mi tiempo disponible en la Biblioteca Nacional. El editor Aurelio Narvaja hizo suyo el destino y los problemas de la Biblioteca, y en jornadas difíciles, Daniel Freidemberg y Susana Cella, junto a tantos y tantos amigos, se hicieron presentes para colaborar en pensarla y defenderla. Marcel Bertolesi y Tomás Solari aportaron sus conocimientos de bibliotecarios activos. Del mismo modo, Luis Herrera, Guillermo Korn y Esteban Vernik supieron hacerse presentes en momentos difíciles, al igual que Gustavo Nahmías. Jóvenes profesores, prologuistas entusiastas de la colección *Los Raros*, participantes en los concursos de investigación de la Biblioteca rodearon con su entusiasmo las jornadas apacibles y también las más difíciles. Diego Tatián fue un compañero generoso para la opinión y los emprendimientos comunes desde la Universidad de Córdoba. Ricardo Piglia dio su voz de aliento cuando correspondía, al igual que tantos amigos que sería difícil nombrar aquí.

4. ¿Cómo se escribe la historia de una institución? Sabemos que lo instituido lo es a costa de sacrificar las corrientes pulsionales y conspirativas más sigilosas. La institución es la contracara del pantano enrarecido en que luchan los hombres contra los hombres y se desean o practican las más oscuras zancadillas. Pero muchas veces a la historia real la compone menos la escritura oficial de una institución que sus secretos combates y trastornos. Sabemos lo atractivas que pueden ser las historias que se basan en las perturbaciones antes que en la letra establecida. Podría decirse que siempre conviven varios planos en una historia: principalmente, el que acepta la palabra puesta en formato institucional, con sus normativas y sus memoranda, y el pozo de locura tenuemente insinuada que siempre deja sentir su bocanada. Pero esta que escribimos no es una historia del infierno. Si bien descreo de la mentada frase borgeana sobre la Biblioteca como “una suerte de paraíso”, sé que es frase dicha para llamar la atención sobre un don primigenio, que obtiene todo su interés de un arquetipo platónico —pido disculpas por esta atribución a Borges—, sin que el autor de “La biblioteca de Babel” haya dejado, precisamente en ese cuento, de considerar cierto aire de horror que sugieren los “infinitos hexágonos” en su corrosiva relación con el tiempo. De todas maneras, aquí hemos escrito una historia que se inspiró en documentos públicos y visibles, sin atender al accho mórbido que, sugere y fatal, ronda las instituciones.

5. Como se dice en otras partes de este libro, me inspiro en gran medida en la *Historia de la Biblioteca Nacional* que escribió Paul Groussac en 1893 como prólogo a un laborioso *Catálogo metódico* publicado ese mismo año. Esta historia compone un escrito fundamental, tan arbitrario como mordaz y lúcido. Así es casi todo lo de este autor. Más cercanamente, la publicación de *Los orígenes de la Biblioteca Pública de Buenos Aires*, de Alejandro Parada, como tendremos ocasión de ver, pone el debate sobre la Biblioteca en el plano de las mayores exigencias reflexivas y analíticas. Hace años que Mario Tesler —encargado del Archivo Institucional de la Biblioteca Nacional— viene publicando importantes libros y artículos sobre la historia del establecimiento, de los que me he servido ampliamente, además de contar con sus opiniones, indicaciones eruditas y folletería casi inhallable. María Etchepareborda, jefa del Tesoro, también ha tenido grandes gestos amistosos de colaboración, a partir de su gran conocimiento sobre la sala que dirige y sobre aspectos importantes de diversos períodos por los que atravesó la Biblioteca Nacional. En estos años contamos siempre con la seguridad de que la jefa del Tesoro sostenía su tarea —custodiar las máximas existencias bibliográficas que posee el país— con singular dedicación y sensibilidad. Con Laura Rosato y Germán Álvarez, funcionarios del Tesoro de la Biblioteca, hemos tenido largas conversaciones sobre el destino de los libros que Borges utilizó y comentó en los márgenes mientras estuvo en la Biblioteca. Queda el gran trabajo que ellos hicieron cotejando esas anotaciones con la obra publicada de Borges. Por lo demás, Laura Rosato, que atesora una memoria personal de gran calidad sobre la Biblioteca y percibe con gran sensibilidad sus más agudos dilemas, es siempre una interlocutora necesaria y sutil.

6. Una de las primeras publicaciones realizadas en las colecciones que ahora caracterizan la actividad de la Biblioteca Nacional fue el libro *El futuro bibliotecario: hacia una renovación del ideal humanista en la tarea bibliotecaria*, de Roberto Casazza (Ediciones Biblioteca Nacional, 2004), un ensayo de gran importancia para la discusión de la historia bibliotecaria, sus legados cognoscitivos, sus vínculos con la historia y la filosofía y, asimismo, con las artes de la catalogación antigua y moderna. Las necesidades de mantener la comunión de saberes complejos con los que siempre se vinculó la bibliotecología, con más razón en el seno, ahora, de las grandes mutaciones tecnológicas en el arte de reunir y proteger la memoria humana en la era de la “multiplicidad de los soportes”, están en la base de la reflexión de este libro de Casazza, que hemos tenido en cuenta en la elaboración del nuestro.

Capítulo 1

7. Tulio Halperin Donghi, *Revolución y guerra. Formación de una elite dirigente en la Argentina criolla*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1972.

8. Paul Groussac, *Liniers*, Buenos Aires, Estrada, s. f.

9. Alejandro Parada, *Cuando los lectores nos susurran*, prólogo de Susana Romanos de Tiratell, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, INIBI, 2007. Las investigaciones de Alejandro Parada se inscriben en uno de los avatares recientes de la historia de la cultura, ya transcurridos los años que pertenecen al reinado de la historia de las mentalidades, la historia conceptual o la historia intelectual. En este caso, se trata de un modo historiográfico que sostiene perspectivas afines a las de Roger Chartier, en el que la historia obedece por igual a una larga duración tecnológica pero los hechos readquieren dramática minuciosidad, al punto de estudiarse la *lectura* como un acontecimiento cuasi ontológico. Pasan así a formar parte del armazón de la época las decisiones colectivas alrededor del libro y las publicaciones periódicas, así como la red de lectores, las bibliotecas, la relación entre los artículos en la prensa y su posterior reaparición en libros, la decisión de publicar libros con las correspondientes tensiones entre la tecnología, el mercado y la cultura, etc. La idea de lectura pasa a ser entonces un hecho social capital, como antes lo fue el discurso, la episteme o la práctica social. En el caso de Alejandro Parada, sobresalen sus análisis sobre las primeras bibliotecas en el Río de la Plata, los modos de circulación de libros, las tipologías bibliotecarias, las donaciones, la relación entre bibliotecas privadas, catedralicias, circulantes, semipúblicas, como la English Circulating Library, que funcionó en Buenos Aires en la calle Chacabuco 61, antecedente inmediato de la de Marcos Sastre en 1837.

10. Se trata del caso del proyecto de fundación de una biblioteca catedralicia en Buenos Aires, estudiado asimismo por Alejandro Parada. El sacerdote Azamor y Ramírez había sido obispo de Buenos Aires entre 1788 y 1796, y su considerable biblioteca fue donada a la Catedral a fin de formarse una biblioteca pública. Daisy Rípodas Ardanaz ha estudiado con precisión estos acontecimientos y decisiones. Finalmente, los eventos de época llevan a que esos libros se convirtieran en parte de los primeros que contuvo la Biblioteca Pública fundada por Mariano Moreno. (Cfr. A. Parada, *op. cit.*).

11. Ricardo Levene, *El fundador de la Biblioteca Pública de Buenos Aires*, Buenos Aires, Ministerio de Justicia e Instrucción Pública, 1938.

12. En el capítulo correspondiente, comentaremos este episodio, que se toma de las memorias de Bioy Casares en las que reconstruye imaginariamente —pero también con realismo crudo— su relación con Borges. Libro sobre el que también proponemos algunas discusiones.

13. Hasta varias décadas después el libro de Hugo Blair es motivo de consulta y debate, como lo demuestran los artículos de Vicente Fidel López en su exilio en Chile, a propósito del debate sobre clasicismo y romanticismo. Cfr. Elvira Arnoux, *Los discursos sobre la nación y el lenguaje en la formación del Estado. Chile (1842-1862)*, Buenos Aires, Santiago Arcos, 2008.

14. Baldo de Ubaldis o Baldo de Perusa, comentarista del derecho romano del siglo XIV; hasta el siglo XVI es fuente de consulta consagrada por los reyes católicos de España. La edición que posee el Tesoro de la Biblioteca Nacional es probablemente la que donó Moreno. Tiene el antiguo sello original de la Biblioteca Pública de Buenos Aires.

15. Este *Libro de donaciones* se conserva en la Biblioteca Nacional, en la Sala del Tesoro. Mayores referencias en Hugo Acevedo, “Biblioteca Nacional Argentina”, *Boletín de Archiveros, Bibliotecarios, Museólogos y Documentalistas*, nro. 42, Madrid, 1992.
16. Hugo Blair, *Lecciones sobre la retórica y las bellas letras*, traducido del inglés por Josef Luis Munarritz, 3 tomos, Madrid, Imprenta Real, 1804. El sello que posee este ejemplar, “Biblioteca de Buenos Ayres”, probablemente hace de este volumen que consultamos uno de los primeros títulos donados a la Biblioteca.
17. Manuel Moreno, *Vida y memorias del doctor don Mariano Moreno*, Buenos Aires, Talleres L. J. Rosso, 1937.
18. La ciudad de La Plata o Charcas fue uno de los nombres de Chuquisaca (hoy Sucre). Para la historia del nombre, véase Ángel Rosemblat, *El nombre de Argentina*, Buenos Aires, Eudeba, 1963.
19. “Primogénita ilustre del Plata / en solar apertura hacia el Este / donde atado a tu cinta celeste / va el gran río color de león” (Leopoldo Lugones, “A Buenos Aires”).
20. *The Southern Star (La Estrella del Sur)*, periódico bilingüe del ejército inglés editado en Montevideo en 1806, importante publicación ideológica, que anunciaba la libertad de cultos y el fin del monopolio. Eran las armas argumentativas muy explícitas de las tropas de ocupación. Asombra la concepción de este periódico, del cual salen solo doce números, en términos de su hipótesis moderna de la relación entre economía y acciones militares. Las páginas de este diario expresan un larvado dramatismo, pues el trasfondo de guerra no permite asentar el tono doctrinario que trae como propósito. (Reeditado en edición facsimilar por la Biblioteca Nacional en 2006).
21. Paul Groussac, *Historia de la Biblioteca Nacional, Catálogo metódico de la Biblioteca Nacional*, tomo I, 1893. En cuanto a este fundamental escrito, usamos la edición publicada por los Talleres Gráficos del Registro Oficial, Buenos Aires, 1967. La iniciativa de volverlos a dar a luz pertenece a José Edmundo Clemente, en ese momento subdirector de la Biblioteca Nacional. En declaraciones de este, Borges no se mostraba partidario de reimprimir esta imprescindible historia escrita por Groussac. Quizá le parecía un exceso de arrogancia respecto a los antecesores en el cargo de director, a los que Groussac sutilmente maltrata o desprecia. Pero toda esta obra resulta sustancial; está enteramente basada en los dispositivos inconsútiles del “arte de injuriar”, que Borges también promovería y acrecentaría, bajo el estímulo distante del propio Groussac.
22. Mario Tesler, *Diccionario argentino de seudónimos*, Buenos Aires, Galerna, 1991.
23. He aquí una observación mordaz de Groussac —en su *Liniers*— sobre el *Correo de Comercio*: “Sigue el *Correo* su pasitrote habitual que no asusta a un gato; y no sospecharíamos que entre el número 12 y el 50, se ha consumado una revolución, con sus fusilamientos, batallas, organización y desorganización de la Junta Gubernativa, a no salir cada jueves de la misma esquina de las Temporalidades, e impresa con los mismos tipos, aquella *Gazeta* de Moreno que alborota la calle...”
24. En la inmejorable descripción de Paul Groussac: “La Biblioteca abrió sus puertas al público el 16 de marzo de 1812, al parecer sin ceremonia alguna; y no creo que quede más dato de esta inauguración que un breve anuncio de la *Gazeta de Buenos Ayres*. ¡Ya no estaba allí Mariano Moreno!” (P. Groussac, *Historia de la Biblioteca Nacional*).
25. En el libro de Roberto Casazza *El futuro bibliotecario: hacia una renovación del ideal humanista en la tarea bibliotecaria* (op. cit.) se puede leer una pertinente historia de la catalogación como eje conceptual de un discurso bibliotecológico moderno que no pierda sus raíces históricas.
26. Hugo Wast (Gustavo Martínez Zuviría), *Año X*, Buenos Aires, Huemul, 1960. Cuando fue publicado el libro, la SADE, al considerar que implicaba un agravio a Mariano Moreno, manda flores “a la tumba de Moreno”. Así lo comenta Bioy Casares en su libro *Borges*, al que luego citaremos abundantemente. Evidentemente no se trata de la tumba sino de la estatua de Moreno. Entre los indignados con el homenaje moreniano está Borges, no por concordar con Hugo Wast, sino por creer que el gesto indica que “estamos en plena magia”.
27. Ricardo Levene, *El fundador de la Biblioteca Pública de Buenos Aires*, Buenos Aires, Talleres Gráficos de la Penitenciaría Nacional, 1938.

28. Vicente D. Sierra, *El fundador de la Biblioteca Pública de Buenos Aires. Estudio crítico del libro del mismo título del Dr. Ricardo Levene, presidente de la Academia Nacional de Historia*, Buenos Aires, 1939.
29. Alejandro Parada, *Los orígenes de la Biblioteca Pública de Buenos Aires, antecedentes, prácticas, gestión y pensamiento bibliotecario durante la Revolución de Mayo (1810-1826)*, prólogo de Susana Romanos de Tiratel, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras (UBA), 2009.
30. Groussac llegó a tomar con cierta socarronería el concepto de “doctrina bibliográfica”, que le atribuía a Vicente G. Quesada.
31. Alejandro Parada, *Los orígenes de la Biblioteca Pública de Buenos Aires...*, *op. cit.*
32. Ezequiel Martínez Estrada, *La cabeza de Goliat*, Buenos Aires, Club del Libro, 1940.
33. Esto plantea un dilema al gestor público, pues no debería perderse la memoria de que allí estuvo la Biblioteca Nacional casi un siglo, lo que exige recrear de alguna manera sus servicios, volviendo a llenar de libros las históricas estanterías, hoy vacías, que corren el riesgo de ser malbaratadas o desmanteladas.
34. Paul Groussac, *Historia de la Biblioteca Nacional*. En ella se lee sobre la colección Seguro: “En la actualidad, consta dicha colección de treinta y cuatro tomos encuadernados, que comprenden documentos históricos de toda índole y de muy desigual importancia. Algunos fueron publicados en la *Revista de Buenos Aires* por el doctor Quesada, muchos aparecen citados en las historias contemporáneas, y singularmente en la *Enseñanza superior* del doctor Gutiérrez. En cuanto a los que fueron publicados por De Angelis, y constituyen buena parte de la materia comprendida en los cinco primeros tomos de sus documentos, no parece que volvieran los originales a poder de su dueño, y es muy probable que quedaran entre la colección de obras y papeles que dicho señor vendió al gobierno de Brasil. No es dudoso, que por dichas causas y otras parecidas, hayan desaparecido muchos documentos pertenecientes al finado Seguro. Los restantes, y de los cuales espero entregar a mi sucesor la colección tan íntegra como la recibí...”. Estos documentos, algunos publicados por Trelles, luego por Groussac y posteriormente por Martínez Zuviría, aunque con mermas, se hallan actualmente en el Archivo General de la Nación, fruto de una desafortunada medida administrativa tomada en 1955, por Trenti Rocamora, interventor de la Biblioteca en los últimos momentos del gobierno de Perón, derrocado pocos meses después. Ya con los directores que comenzaron su ciclo ese año, se había roto la cadena de expectativas que cifra Groussac en la idea de que uno espera traspasar esos documentos al otro.
35. Es la opinión de Groussac.

Capítulo 2

36. El *Archivo Americano y Espíritu de la Prensa del Mundo* es el diario rosista, nervioso y moderno, que dirige De Angelis de 1843 a 1851, con talento de polemista y bajo un impulso de debate con la prensa adversa. Es un diario que se inspira en una vasta crónica de guerra e inscrustada en ella, cartas de San Martín y la polémica con Echeverría. Raras veces en la historia del periodismo argentino vibró tan intensamente la relación entre la guerra y la cuestión intelectual. La Biblioteca Nacional publicó una antología de este periódico con compilación, estudio preliminar y notas de Paula Ruggeri (2009).
37. Josefa Sabor, *Pedro de Angelis y los orígenes de la bibliografía argentina*, Buenos Aires, Ediciones Solar, 1995.
38. José Szabón, “De Angelis difusor de Vico: un paradigma indiciario”, *Cuadernos sobre Vico*, 1993. Szabón se basa en los documentos disponibles para debilitar la tesis de que Michelet se recuesta en De Angelis —durante la estadía de este en París— para iniciar su interés en Vico y presentar su propia traducción. No obstante, el historiador francés, muy joven en ese momento, menciona al napolitano. En Buenos Aires, tampoco abundan las referencias del impulso viquiano que habría dado De Angelis a la cultura literaria e histórica en el reducido horizonte intelectual de esa ciudad bajo el gobierno de Rosas. Szabón solo retiene la estricta materialidad documental que podría sostener la relación De Angelis-Michelet, concluyendo que es incierta y lindante con lo improbable. Un sesgo diferente en el tema lo introduce una idea más amplia de *lectura*, que permite inferencias a partir de genéricas ambien-

raciones de época. La polémica se establece a partir de la ficcionalización que realizó Ricardo Piglia de la cuestión “Vico-De Angelis-Michelet”.

39. G. W. F. Hegel, *Fenomenología del espíritu*, traducción de Wenceslao Roces, México, FCE, 1966.

40. Carlos Catuongo, *De Angelis*, Buenos Aires, Paradiso, 2003.

41. Fabio Wasserman, *Entre Clío y la Polis, conocimiento histórico y representación del pasado en el Río de la Plata (1830-1860)*, Buenos Aires, Teseo, 2008.

42. Paul Groussac, *Historia de la Biblioteca Nacional*, *op. cit.*

43. Josefá Sabor, *op. cit.*

44. Efectivamente, puede decirse que en *Respiración artificial*, de Ricardo Piglia, publicada a comienzos de los años ochenta, la figura de Pedro de Angelis y también la de Paul Groussac sirven como modelo del intelectual atormentado en medio de sus papeles perdidos. Esos intelectuales —evocados entre sombras— contribuyen a definir el enrarecimiento del aire de un país “como su propia forma de ser, exquisita y trágica”. Al respecto, también hay que considerar la novela de Carlos Catuongo, *De Angelis*, posterior a la de Piglia.

45. Miles Harvey, *La isla de los mapas perdidos*, Barcelona, Debate, 2001.

46. Félix Weinberg, *El salón literario de 1837*, Buenos Aires, Hachette, 1958.

47. Paul Groussac, *Historia de la Biblioteca Nacional*, *op. cit.*

48. *Officium parvum gothicum, libro de horas de Guillaume de Montbleru*, comentado por el profesor Francisco Corti, Buenos Aires, Ediciones Biblioteca Nacional, 2009.

49. Documento referido por Lelia Area en sus artículos sobre el caso O’Gorman, citando a Manuel Bilbao. Cfr. también Lelia Area, *Una biblioteca para leer la nación: lecturas de la figura de Juan Manuel de Rosas*, Buenos Aires, Beatriz Viterbo editora, 2006.

50. Ricardo Levene, *El fundador de la Biblioteca Pública de Buenos Aires*, *op. cit.*

51. Paul Groussac, *Historia de la Biblioteca Nacional*, *op. cit.*

52. Hugo Acevedo, “Biblioteca Nacional Argentina”, *Boletín de Archiveros, Bibliotecarios, Museólogos y Documentalistas*, nro. 42, Madrid, 1992.

53. Esteban Gonnet, *Primeras vistas porteñas*, prólogo de Horacio González y estudio preliminar de Abel Alexander, Buenos Aires, Ediciones Biblioteca Nacional, 2009.

54. María Erchepareborda, “Presencia de los Quesada en la Biblioteca Pública de Buenos Aires”, *La Biblioteca*, nro. 1, verano de 2004-2005.

55. Entre otras, son destacables las donaciones de álbumes fotográficos de la ciudad de Buenos Aires, (las de Gonnet lo fueron en el período de Mármol), especialmente de Cristiano Júnior, materiales cuya presencia en la Biblioteca estuvo sometida a diversas vicisitudes (Cfr. Mario Tesler, *Cronicón de dos álbumes encontrados en el Tesoro de la Biblioteca Nacional*, Buenos Aires, Edición Peña del Libro Trenti Rocamora, 2004).

56. Hugo Acevedo, *Biblioteca Nacional Argentina*, *op. cit.*

57. Vicente G. Quesada, *La Biblioteca Pública de Buenos Aires: proyecto de reorganización*, Buenos Aires, Imprenta de M. Biedma, 1879.

58. Víctor Gálvez (seudónimo de Vicente G. Quesada), *Memorias de un viejo, escenas de costumbres de la República Argentina*, Buenos Aires, Ediciones del Solar, 1942. Refiriéndose a los coleccionistas de libros y periódicos, a la vez investigadores de la historia (Ángel Carranza, Zeballos, Antonio Zinny, Mitre, Rufino de Elizalde, Amancio Alcorta, Fregueiro, Andrés Lamas, sin faltar el canónigo Segurola), dice que “no pueden ser colocados en la categoría de aquellos que solo por manía reúnen y guardan los papeles viejos”. En cuanto al destino de muchos de esos papeles, informa respecto a las colecciones de Segurola y Miguel Olaguer Feliú que ambos dispusieron que esos manuscritos pasasen a la Biblioteca Pública de Buenos Aires. Se trata de colecciones que “honestamente no pueden salir de este establecimiento y de la Capital”. Pero esa salida finalmente ha ocurrido, como se relata en este libro, por causa de una mala interpretación del ordenamiento estatal, que se prefirió ver desde un abstracto presente

homogeneizador antes que desde un pasado genealógico. Groussac mismo informa que Mitre donó importantes papeles a la Biblioteca Nacional. Esos sí que no sabemos dónde se encuentran ahora.

59. Asimismo, el profesor Lehman-Nitsche es autor de curiosos textos sobre adivinanzas y textos eróticos del Plata —firmados con el seudónimo de Víctor Borde—, obras en las que el crítico Raúl Antelo ve cierta semejanza de estos trabajos con los intentos de Marcel Duchamp, quién por esa época estaba en Buenos Aires (1919) y conoce en el Museo de La Plata a Lehman-Nitsche. (Cfr. Raúl Antelo, *María con Marcel. Duchamp en los trópicos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006).

60. Julio Barreda Lynch, en *Revista de filosofía*, dirigida por José Ingenieros (año 1, vol. 17, enero de 1923).

61. Mario Tesler, cuyas opiniones notoriamente no coinciden con las de Groussac, ha publicado un pequeño folleto apologético de Trelles: *Manuel Ricardo Trelles y su Revista de la Biblioteca Pública de Buenos Aires* (Ediciones BP, 2005). Elogia Tesler, como precondition del buen cumplimiento de la tarea archivera de Trelles, el hecho de que “poseía fortuna, era casi indiferente a la militancia política partidaria y hacía vida de ermitaño”. En cuanto a Groussac, pensaba que las revistas de Trelles eran “vagos cuadernos de documentos inéditos”.

62. Manuel Trelles, “Diego García, primer descubridor del Río de la Plata”, *Revista de la Biblioteca Pública de Buenos Aires fundada bajo la protección del Gobierno de la Provincia por Manuel Ricardo Trelles*, tomo I, pp. 97 y ss., Buenos Aires, 1879.

63. Los sistemas de catalogación, desde los más arcaicos hasta los que se formulan a partir del proyecto de digitalización bibliotecaria, suelen no examinar sus evidentes correlatos filosóficos. Si nos empeñáramos en un rastreo no tanto diletante, ahora encontraríamos en ellos ciertos climas spinozianos, remotas semejanzas con las teorías de lenguaje de Wittgenstein, retazos del estructuralismo y la fenomenología. Compruébese la terminología y la perspectiva analítica que sugiere el sistema RDA. La discusión de distintos proyectos de catalogación apunta a la gran utopía de generar un sistema informacional atravesado por una compleja red epistémica de alcances planetarios. Las nociones de *ítem*, *manifestación*, *expresión* y *obra* que estos procedimientos —nos referimos al RDA— han definido para las sucesivas presentaciones de las entidades a ser consideradas —también llamados *metadatos*, lo cual revela que se retoma de alguna manera lo que la lingüística de los años sesenta llamó *metalenguaje*— nos muestran el nivel de abstracción de esta teoría general de los significados, aplicada al orbe de bibliotecas mundiales, que a su vez se transforman en agentes sustanciales de un replanteo general de la cultura clásica heredada. Un gran interés tienen estas experiencias, a las que apenas les señalamos su escasa vocación por investigar las fuentes filosóficas a las que implícitamente aluden, pues no en vano se trata de conocimientos que interesaron sobremanera a Leibniz o a Kant, por no decir, como es obvio, a Borges. Todo ello debería ser un estímulo más —y no al contrario— para cotejarlas con la historia del pensamiento bibliotecológico, que se superpone, en una medida que no es fácil de calificar en su real importancia, con la historia del conocimiento humano en el punto vital. Es el de la coalición de los saberes clasificatorios y sistematizadores con los saberes humanísticos y filosóficos.

Capítulo 3

64. Citado por Mario Tesler (con la colaboración de Germán Álvarez), *Paul Groussac en la Biblioteca Nacional*, colección Ensayos & Debates, Buenos Aires, Ediciones Biblioteca Nacional, 2006.

65. Sarmiento elogia a los sabios extranjeros que están en el país: “tenemos el sabio Burmeister, el primer paleontólogo, que escribe desde nuestra patria la *Historia de la Creación*, mientras que el sabio Gould prepara la última edición de *Los Cielos*, corregida y aumentada considerablemente, desde nuestro Observatorio de Córdoba” (D. F. Sarmiento, *Darwin*, Córdoba, Editorial de la UNC, 2009).

66. Lucien Abeille, *Idioma nacional de los argentinos*, colección Los Raros, Buenos Aires, Colihue - Biblioteca Nacional, 2007.

67. Paula Bruno ha publicado un muy buen libro sobre Paul Groussac, una completa investigación sobre su trayectoria y su obra, bajo el título *Paul Groussac, un estratega intelectual* (FCE, 2005), en el

que persigue precisamente el interrogante de descubrir una vida a la luz de sus posiciones en el campo intelectual, vistas como una lucha incansante por el reconocimiento y por lo que podríamos llamar su inscripción en un inagotable *pólemos* retórico, de carácter eminentemente político. Ejemplo de las conclusiones de Paula Bruno, que sostiene en fuertes evidencias expuestas muy adecuadamente, es esta frase entre muchas otras semejantes: “Consideramos que el intelectual de origen francés asumió ambas publicaciones (*La Biblioteca y Anales de la Biblioteca*), por él ideadas y administradas, como tribunas y bastiones para irrumpir en un espacio cultural acotado y como medios de difusión para su legitimidad y la validez de sus producciones escritas”. No discordamos con enunciados como este, aunque retrata un movimiento del “campo intelectual”, con sus tácticas, formas de distinción y elaboraciones simbólicas, que consideraríamos con otra terminología que atienda mejor, tanto a las consecuencias objetivas de las acciones del sujeto, como a las subjetivas, sin que ambas reclamen necesariamente un término medio. En realidad, al sujeto público lo vemos también implicado en su obra, que no es objetiva ni subjetiva, sino un incierto experimento moral con significaciones que no siempre pertenecen al campo autoconsciente de las “estrategias” o de la formación del “capital simbólico”, en caso de aceptarse estos conceptos. A propósito de estos vocablos, la nieta de Groussac, Marta Elena Groussac, publicó en la revista *La Biblioteca*, en su actual período, año 2006, un artículo reprobatorio del empleo de la idea de “estrategia” para referirse a su abuelo, entendiendo que el concepto lo alcanza con una carga de moral dudosa, interesada apenas en construir un predominio individual, como “trepador” y “logrero”. No es de este modo que Paula Bruno invoca este concepto, perteneciente a la tradición sociológica de análisis de *campo intelectual* visto como una producción simbólica y de vinculación incansante entre saberes y formas de dominio. No obstante, pondríamos no esta, sino otro tipo de retenciones al concepto de estrategia, pues por un lado, si fuera válido usarlo, no tiene gran potencia develatoria. Groussac mismo lo hace explícito cuando diseña innumerables veces sus propósitos regenerativos de la vida intelectual argentina, lo que inevitablemente lo hace un polemista que regula sus blancos e intervenciones. Por otro lado, la vida real de un hombre, en general, frustra sus propias estrategias, si es que desea o cree tenerlas, y en cierto sentido, conviene sacarlo tenuemente del mundo en el que está inmerso toda vez que se precise juzgar su obra *no como mero resultado de las urdimbres sociales de su presente histórico y partícipe de la trama volitiva explícita del campo intelectual*. Prudencias de este tipo pueden leerse en *Las reglas del arte*, examen de Pierre Bourdieu de la obra y carrera literaria de Flaubert.

68. Es un asunto de la menuda historiografía que enjuicia duramente a Groussac, sostener que usaba para fines personales el empleo público. Tenía a su disposición los recursos de la Biblioteca Nacional para sus propias investigaciones, y en este caso, la documentación copiada y descifrada por García Viñas se integraría a su *Mendoza y Garay*. Sin embargo, no es posible trazar aquí, ni estamos de acuerdo en sostener —viendo los cuadernos de García Viñas a disposición de todos en la Sala del Tesoro Paul Groussac de la Biblioteca Nacional—, un tajante juicio de esta índole.

69. Mario Tesler, *Paul Groussac en la Biblioteca Nacional*, *op. cit.*

70. Paul Groussac escribe esta severa tirada en los pórticos mismos de sus escritos sobre el *Plan de Operaciones* de Moreno, cuya autoría él niega en debate con Piñero. Como se ve, el llamado a un ajuste de cuentas en la profesión intelectual va parejo a la hipótesis de un rastillaje filológico sobre toda la documentación histórica de la formación nacional.

71. “Casi todos los emigrados remedamos a actores, que después de echarse sobre los hombros, en el vestuario a oscuras el primer traje hallado a mano, saliesen a improvisar en la escena el correspondiente papel”. En este tramo escrito por Paul Groussac hacia el final de su *Liniers*, intenta transfundirse con el propio Liniers, su personaje, a través de una visión teatralizada de la historia, una proyección identificatoria impropia del historiador profesional, pero elocuente en el escritor que resalta la condición de emigrados —de ambos, del fusilado y del funcionario intelectual—, en lo que parece una historia del desarraigo político antes que un estudio, por más documentado y situado que fuere, de las circunstancias dramáticas de la Revolución de Mayo.

72. El escrito de Paul Groussac sobre Victor Hugo es una de sus piezas más hilarantes y soberbias, fruto de una crítica destemplada y vigorosa al renombre intelectual y al festejo dañino de los aduladores.

73. Paul Groussac, *Santiago de Liniers*, Buenos Aires, Estrada, s. f.

74. Leandro Querido, “La Biblioteca y la revolución”, revista *Todo es Historia*, octubre de 2007. Fue el recordado escritor y político radical Osvaldo Álvarez Guerrero quien me indicó la existencia de este artículo.
75. No obstante, la situación de incluirse la vivienda del director en la institución pública no debería normalmente autorizar a que se considere que esta sería la prolongación de la primera, con lo que lo público quedaría vulnerado. No es infrecuente esta acusación a Groussac, que solo podría prosperar en el desconocimiento de su juicio filológico-culturalista sobre el conjunto de la escena nacional.
76. Mariano Moreno, *Plan de Operaciones*, prólogo de Esteban de Gori, estudios críticos de Norberto Piñero y Paul Groussac, investigación bibliográfica de Mario Tesler, Buenos Aires, Ediciones Biblioteca Nacional, 2008.
77. La mención a esta frase de Groussac, se la encuentra en el libro *Borges*, de Bioy Casares, al que tomaremos como referencia para trazar el cuadro histórico que corresponde al período borgeano de la Biblioteca Nacional. El recuerdo de esa frase, que linda lo apócrifo, es seguida por un comentario de Borges, que supone que aun si fuera cierto que Groussac odiara a los argentinos, haber dicho eso no lo demuestra. Según Borges era una frase de disculpas para salir del paso, sin demasiada importancia. Era necesario balbucear algo frente a Clemenceau, y no iba a decir “es un empleado que sufre de insomnio”. Es evidente que esta explicación no es apropiada, excepto por su hábil sarcasmo.
78. Patrice Vermeren, “Paul Groussac, la república y la moneda falsa de las ideas”, en Horacio González y Patrice Vermeren, *Paul Groussac, la lengua emigrada*, Buenos Aires, Colihue, 2007. Transcribimos un trecho adicional del escrito de P. Vermeren: “En un artículo de *Candide* aparecido en 1929, Juan Pedro Echagüe ve en el drama *La divisa punzó* que fue representado en el Teatro Odeón de Buenos Aires, el drama nacional más fuertemente pensado y construido que se haya visto en la escena argentina, y agrega que Groussac se tradujo él mismo al francés, su lengua materna, con la idea de ser representado en el Teatro Odeón de París. Una idea a la que sin duda, no era extraño Clemenceau, quien le había escrito al autor diciéndole, que él era el único que podía traducirse a sí mismo y que podría encontrar un teatro en París para abordar la empresa de montar su obra. Recíprocamente, cada uno se aboca a pensar la especificidad del léxico y la gramática española de Groussac, que debió inventar su lengua argentina para transmitir su pensamiento a los argentinos”.
79. Se refiere Vermeren al estudio groussaquiano sobre el Quijote de Avellaneda, que da a luz Groussac con el título de *Une énigme littéraire*, en el que polemiza con Menéndez Pelayo con gran atrevimiento pero con escasa fortuna. Será publicado en el año 2010 por la Biblioteca Nacional en la colección Los Raros.
80. Citado por Mario Tesler, *Paul Groussac en la Biblioteca Nacional*, *op. cit.*
81. Paul Groussac, *Mendoza y Garay (1916)*, 2 volúmenes, Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1949.
82. Paul Groussac, “La vida en la carabela”, en *Mendoza y Garay*, republicado por Ediciones Biblioteca Nacional, colección Bicentenario, 2008.
83. Se trata de una carta dirigida en 1931 a Manuel Ugarte y tiene un propósito autojustificadorio, pues Melo está aceptando un cargo que le ofrecen los golpistas del año anterior. Está citada en el mencionado libro de Mario Tesler *Paul Groussac en la Biblioteca Nacional*.
84. Alberto Williams, nieto de Amancio Alcorta, fue el compañero musical de Groussac. Williams fue un teórico de la música y un compositor festejado, inspirado en el folklore y en el espíritu cosmopolita de sus maestros parisinos.
85. Adolfo Bioy Casares, *Borges*, libro que citaremos frecuentemente en este escrito. Se trata de una rara memoria que contiene una dimensión histórico-política-literaria insustituible, una minuta antropología sobre conversaciones algo inverosímiles, un boceto de teorías estéticas deshilvanadas pero sugestivas y un secreto impulso de predominio de Bioy sobre Borges, apenas alesteando en las entrelíneas de un maremágnum de conversaciones extremas y alucinadas.
86. En el mencionado libro de Roberto Casazza, *El futuro bibliotecario*, se comenta la frase del gran bibliotecario y humanista Aby Warburg, respecto de que el libro importante es el libro de al lado del que se está buscando. Con esto se quiere señalar a los libros y a los conocimientos como una totalidad

interrelacionada, y que a su manera, cada uno representa un lugar en el árbol de los conocimientos, también homologado por la organización física de las bibliotecas.

87. Victor Klemperer, *LTI, carnets d'un philologue* [Leipzig, 1975]; citado por Barbara Cassin, *Google-moi, la deuxième mission de l'Amérique*, París, Albin Michel, 2006. Hay edición castellana: *Googléame. La segunda misión de los Estados Unidos*, editada por Fondo de Cultura Económica y la Biblioteca Nacional en 2007.

Capítulo 4

88. Puede consultarse un artículo de Edgardo Cozarinsky (diario *La Nación*, 18 de noviembre de 1998) en el que comenta el prólogo que Leopoldo Lugones escribe para el libro del periodista alemán Benjamín Sigal mostrando la falsedad de los *Protocolos*. El prólogo es de 1936, y un Lugones excepcional e irónico condena el absurdo de tal escrito, dando una prueba de su envergadura espiritual, aun dentro de las opciones políticas que ya se habían consumado en su conciencia.

89. Hugo Wast, *El Kahal y Oro*, Buenos Aires, Thau Editores, 1944. (La edición original es de 1936; los mencionados volúmenes, de la 11° edición, indican en la portada que la tirada es de 61.000 ejemplares).

90. Macedonio Fernández, *Museo de la novela de la eterna*, Fondo de Cultura Económica, Unesco, París X, coordinada por Adolfo de Obieta y Ana Camblong, 1993.

91. Roberto Arlt, *Los siete locos*, Buenos Aires, Losada, 1958.

92. Cristián Buchrucker, *Nacionalismo y peronismo, La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987.

93. Ramon Doll, "La clase dirigente, su rol en la política", revista *Sexto Continente*, Buenos Aires, 1949.

94. Cristián Buchrucker, *op. cit.*

95. Jorge Dotti, *Carl Schmitt en la Argentina*, Rosario, Homo Sapiens ediciones, 2000.

96. César Tiempo, *La campaña antisemita y el director de la Biblioteca Nacional*, Buenos Aires, Ediciones AMIA, 1935. (Esta y otras publicaciones me fueron facilitadas por Tomás Solari, a quien mucho le agradezco).

97. José Luis Trenti Rocamora, "Aportes para la historia de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires y para una lista de sus publicaciones", *Boletín. Sociedad de Estudios Bibliográficos Argentinos*, nro. 4, octubre de 1997.

98. Debo esta referencia a Mario Tesler, encargado del Archivo Institucional de la Biblioteca Nacional.

99. En *Revista de la Biblioteca Nacional*, director Felipe Barreda Laos, tomo IX, nros. 26 y 27, 1943.

100. Mario Tesler, *Revistas de la Biblioteca Nacional argentina (1879-2001)*, Buenos Aires, Academia Nacional de Periodismo, 2004. Este estudio de Mario Tesler, y otros del mismo autor que estamos citando a lo largo de este escrito, tienen especial importancia para la "historia privada" de la Biblioteca Nacional, de cuyo Archivo Institucional Tesler es el encargado.

101. En un pasaje de *Borges*, el libro de Bioy, se lee otra referencia a Jorge Max Rohde, al producirse un encuentro con él en una fiesta: "Uno lo encuentra en todas partes... es una prueba de la pobreza de su vida", dice Borges.

102. Memoria de Francisco Marcos Marín, profesor de lingüística de la Universidad de Madrid, a propósito de la Colección Foulché-Delbosc, que contribuyó a catalogar, estudiar y difundir.

103. Gaspar García Viñas, ya mencionado en otros pasajes de este libro, era un bibliófilo andaluz exiliado en Buenos Aires que contribuyó decisivamente al desarrollo de la investigación bibliográfica y filológica en Argentina. La copia y desciframientos de los manuscritos de Indias le pertenece, habiendo sido enviado por Groussac a Sevilla para tal fin. Es fama que Groussac no reconoce adecuadamente estos servicios, que son la médula de muchas de sus investigaciones y de las publicaciones contenidas en los *Anales* de la Biblioteca Nacional. Gaspar García Viñas, en el Archivo de Indias de Sevilla, durante

nueve años transcribe casi cinco mil documentos, imprescindibles hoy para los investigadores del Río de la Plata y de la historia colonial. En 2008 se impone al Archivo Institucional de la Biblioteca Nacional el nombre de “Gaspar García Vías”.

104. *Revista de la Biblioteca Nacional*, director G. Martínez Zuviría, tomo IV, nro. 13, primer trimestre de 1940, Buenos Aires, Imprenta de la Biblioteca Nacional.

105. Papeles de Saturnino Segurola, “Memoria sobre que conviene limitar la infamia anexa à varias ca(s)tas de gentes que hay en nuestra América”, *Revista de la Biblioteca Nacional*, 1940, IV, 13.

106. Tomamos este resumen de las críticas de Teodoro Becú así como la síntesis de la respuesta de Barreda Laos, de la recensión que hace Mario Tesler (*op. cit.*).

107. En *Perón y el mito de la nación católica*, Loris Zanatta denomina con este concepto el núcleo del discurso argentino que, relacionado con la política, la ciencia, las costumbres y las artes, proyecta sobre la imaginación pública una suerte especial de dominio simbólico y textual.

108. Horacio Verbitsky, con quien sostuve conversaciones al respecto, es autor además de una notoria obra de investigación y ensayo periodístico: *La Iglesia en la Argentina. Un siglo de historia política*, obra de gran documentación, con tesis de grandes alcances genealógicos en relación a la gran tragedia argentina de los años setenta.

109. Boleslao Lewin había estado preso en Polonia y había llegado a la Argentina en los inicios de los años cuarenta.

110. La época de Martínez Zuviría fue muy rica en publicaciones, sobre todo revistas, pero hubo ediciones de libros. Varios folletos de la Biblioteca Nacional dan cuenta del vigoroso movimiento editorial, aunque no equiparable al que surge desde 2005, que en menos años supera todo lo que hizo Zuviría. Cfr. *Nuestras publicaciones desde 1932 a 1945*, entre otros catálogos publicados como folleto. Este sale de la Imprenta de la Biblioteca Nacional en 1945 y a ese año pertenecen los catálogos de periódicos, mapoteca, el archivo de Gregorio Funes, de la donación Leguinas y de la donación Denegri.

111. M. Michel Nostradamus, *Les prophéties*, edición facsimilar, Buenos Aires, Imprenta de la Biblioteca Nacional, 1943.

112. José Hernández, *El gaucho Martín Fierro*, facsímil de la primera edición con un estudio de Eleuterio Tiscornia, prólogo de Raúl Quintana, Buenos Aires, Imprenta de la Biblioteca Nacional, 1940.

113. Juan Perón, *Toponimia patagónica de etimología araucana*, Buenos Aires, Imprenta de la Biblioteca Nacional, 1948.

114. Existen varias segundas y terceras ediciones de *La Celestina* o el *Officium parvum gothicum*, el libro de horas de Guillaume de Montbleru, entre tantas otras ediciones e incunables.

115. En el ejemplar original del cual se toma el facsímil, una mano antigua e ignota ha dejado anotaciones al margen, con cálculos astrológicos.

116. República Argentina, Ministerio de Justicia e Instrucción Pública, *El futuro edificio de la Biblioteca Nacional*, Buenos Aires, 1944.

Capítulo 5

117. “La residencia presidencial debe ser destruida”, revista *Ahora*, nro. 2337, 22 de noviembre de 1955. Debo esta referencia a la arquitecta Ana Minyo, funcionaria de la Biblioteca Nacional, quien se desempeña en áreas técnicas relacionadas con el actual edificio y su historia patrimonial y arquitectónica.

118. Cfr. Adolfo Bioy Casares, *Borges*, Barcelona, Ediciones Destino, 2006, edición al cuidado de Daniel Martino. La anotación corresponde al mes de mayo de 1962.

119. Ídem, corresponde a una anotación del 7 de septiembre de 1971.

120. Horacio Salas, *Biblioteca Nacional Argentina*, Buenos Aires, Manrique Zago ediciones, 1997. El prólogo es de Oscar Sbarra Mitre, director del establecimiento al momento de publicarse este libro. En un tiempo posterior, Horacio Salas también dirigió la Biblioteca.

121. En la entrada de la Biblioteca Nacional por la Avenida del Libertador, en uno de los jardines laterales, crece un interesante gomero cuyas extraordinarias y anfractuosas formas vegetales, animaloides y antropomórficas son estudiadas en trabajos prácticos de la Facultad de Arquitectura, en la cátedra del arquitecto Juan Molina y Vedia.

122. Cfr. Roberto Casazza, *El futuro bibliotecario: hacia una renovación del ideal humanista en la tarea bibliotecaria*, op. cit. En este libro pueden leerse interesantes observaciones sobre la cuestión de “Borges director”, en el linaje de Leibniz, Kant y Groussac, directores que provienen de la filosofía o de la literatura y que en su encuentro con la bibliotecología, le transmiten una nota mayor de historicidad. La literatura de Borges, por otro lado, está sembrada de alusiones directas o indirectas a la Biblioteca Nacional, su dimensión metafísica, existencial o urbana.

123. *Borges, director de la Biblioteca Nacional. Diálogos entre José Edmundo Clemente y Oscar Sbarra Mitre*, transcripción y notas de Martín Arias, Buenos Aires, Página/12 - Biblioteca Nacional, 1998.

124. *Borges, director de la Biblioteca Nacional*, ibidem. Sin embargo, Borges firmaba displicentemente los documentos que significaban lentos pasos en dirección hacia la construcción del nuevo edificio, quizá convencido de que esta nunca se haría. Según el hábito bien sabido de las tácticas políticas, fundadas en una hipótesis de aplazamiento de todo lo que asoma como *lo ingrato*, Borges ganaba tiempo. Por otra parte, formaba parte de las comisiones que propiciaban la Gran Mudanza. Algunos documentos dados a conocer en la *Gazeta de la Biblioteca Nacional* (noviembre 2009) por la arquitecta Ana Minyo (del Archivo Arquitectónico de la institución), así lo hacen suponer. Por ejemplo: “En el expediente N° 90.399/58 del Ministerio de Educación y Justicia (que es parte del fondo documental de la Dirección General de Arquitectura Escolar, obrante en el Ar.Pa.Hi.Co.), en su foja 1 se puede leer la Resolución S/N° de fecha 04/06/1958 del mismo organismo por la cual se constituye una comisión honoraria integrada por el director de la Biblioteca Nacional, Jorge Luis Borges, y los señores bibliotecarios Omar Lino Benítez, Domingo Buonocuore, Raúl Gustavo Aguirre y Enrique Silberstein. Los mismos deberían expedirse en el término de sesenta días sobre:

- a) La relimitación de funciones y servicios de la Biblioteca Nacional (organización administrativa, carácter y composición de la colección bibliográfica, forma de conservación de las colecciones de publicaciones periódicas, materiales especiales, cineteca y discoteca, servicio de referencias y documentación, etc).
- b) Bases para el nuevo edificio de la BN (función, disposición y características de los diversos locales, provisiones especiales a tener en cuenta en el proyecto del edificio, previsión de edificios anexos).
- c) Conveniencia de los terrenos donados por la Universidad (aproximadamente, dos manzanas entre Libertador, Tagle, Figueroa Alcorta, Callao y vías del Ferrocarril, que luego son desestimadas por la Universidad y finalmente por la Biblioteca).
- d) Plan general de labor (determinación de las diversas etapas de ejecución de los trabajos técnicos necesarios para la reorganización de la colección bibliográfica y dotación de personal).
- e) Sistemas a adoptar para la catalogación y clasificación del material bibliográfico”.

Como se ve, es un proyecto completo —en el papel— para ligar la construcción del Nuevo Edificio y las decisiones consiguientes en materia de administración, personal y adopción de criterios de catalogación. Una rareza en el documento la componen los nombres involucrados, pues Buonocuore y Benítez son reconocidos bibliotecarios, mientras que Raúl Gustavo Aguirre es un poeta renombrado de las corrientes “inventionistas” y Silberstein es un economista que en la época consiguió reunir un vasto público alrededor de sus amenos y bien informados trabajos de crítica económica.

125. Zdravko Dučmelić, *Laberintos*, prólogo de J. E. Clemente, Buenos Aires, Joraci, 1977. Extraemos la noticia de la mencionada publicación de las *Conversaciones de Sbarra Mitre con José E. Clemente*. La búsqueda bibliográfica es de autoría de Martín Arias.

126. En la esquina, se encontraba el almacén La Flor de Asturias, en el que Borges solía pedir un guindado (*Borges*, de Bioy Casares, op. cit.).

127. Entrada del día martes 12 de junio de 1956: “Conversación telefónica con Borges. Giusti le dijo: ‘Lástima las ejecuciones. Quién sabe lo que van a pensar en México’. Borges comenta: ‘Es la interpretación escénica de la Historia. Qué importa lo que piensen en México. Hay que hacer lo que es justo hacer’”. Borges intentó diferenciar entre historia fáctica (“criminal”) e historia “escénica”, de algún

modo correspondiente a la distinción marxista entre fuerzas productivas y superestructuras. Lógicamente, todo estaba dicho en otro lenguaje, pero en el sistema borgeano, de índole ético-metafísica, el desdén por los hechos “resonantes” de la historia no dejaba de tener semejanzas con lo que ya había propagado Marx en trabajos como *Formaciones económicas precapitalistas* y otros. No obstante, Borges clasificó como parte de la historia escénica resonantes hechos como los fusilamientos, que en verdad pertenecen notoriamente al nivel ético-político y componían sin duda la escena de una criminalidad de Estado, que en su grave error, Borges no supo ver.

128. En el *Borges* de Bioy Casares, que seguimos en muchos casos por su importancia testimonial y su crudo retrato de una amistad, hay otro ejemplo de este “dilema del funcionario”. En 1962 surge en el grupo de leales de la “Revolución Libertadora” la necesidad de oponerse, a través de un escrito público, al cese de la comisión investigadora contra el peronismo. Bioy le dice a Borges: “No voy a pensar mal porque no lo firmes. Sos un funcionario. Podrías perder la Biblioteca, pasar incomodidades”. Borges responde: “Quiero firmarlo. Esas incomodidades y riesgos son honrosos y quiero pasarlos”.

129. Se trata, sin duda, de la *Balada del viejo marinero*, de Coleridge, que Borges publica en el número 3 de la *Revista de la Biblioteca*, año 1958. Como ejercicio comparativo, no por banal menos capaz de ilustrar sobre estilos y convicciones, puede cotejarse con la publicación de *Las profecías de Nostradamus* que hace Martínez Zuviria.

130. Jorge L. Borges, *Intenciones*, presentación de *La Biblioteca*, revista de la Biblioteca Nacional, tomo IX, segunda época, nro. 1, 1957.

131. Celia Sommer de Balcarce, *Incendio de la Iglesia de San Nicolás*, revista *La Biblioteca*, número citado. En 1955, Sommer había contemplado los incendios de las iglesias y salvó del fuego una imagen, la de la Virgen de Nuestra Señora de los Desamparados. Se trataba de acontecimientos ocurridos en el templo de San Nicolás de Bari, luego aproximadamente narrados por Sabato en *Sobre héroes y tumbas*. Sobre esos hechos Sommer escribió el libro *Acto de fe*, publicado por la misma Biblioteca Nacional dirigida por Jorge Luis Borges, del cual el escrito de la revista es parte. Borges le escribió una dedicatoria con estas palabras: “A la vikinga salvadora de la imagen”. Celia Sommer era descendiente de daneses. Falleció casi centenaria, en el año 2009. Hay una necrológica en el diario *La Nación*.

132. Biblioteca Nacional, *Boletín Bibliográfico Nacional*, años 1954-56 y 1954 (suplemento), número 33, edición de 1963. Este es un documento excepcional, publicado siete años después de confeccionado por las bibliotecarias del establecimiento. Ya era inútil e incorruptible, como la *Biblioteca de Babel*, pero tenía su utilidad vinculada a todos los efectos del anacronismo involuntario, esto es, pertenecía a los dominios de la memoria histórica. Es cierto que hoy podrían obtenerse estos mismos resultados por medios informáticos, cuando las bases de datos estén configuradas a modo de dar ese cuadro informativo según fecha de publicación, pero el hecho de estar impreso en un *Boletín* tardío, resulta hoy extraño e ilustrativo, parte perdida y abandonada de una época cuya materialidad se diluyó dramáticamente ante nuestros ojos. Si lo revisamos aunque sea descuidadamente, encontramos los indicios del pasaje de los últimos meses del peronismo hasta el primer año de los reemplazantes. Es cierto que había notables continuidades editoriales, pero las huellas de la historia se filtran en las hendiduras de cada entrada alfabética del trabajo. En 1954, editado en Ciudad Eva Perón (La Plata), encontramos un opúsculo de Touceda, último personaje del ciclo del peronismo en la Biblioteca (Raúl Touceda, *Régimen de represión al agio en la Provincia de Buenos Aires*, Eva Perón, Nuevo Destino, 1954) y luego, ya en el año 1955 en adelante, mucho Borges (sobre todo prólogos y reediciones) y varias primeras ediciones de Martínez Estrada (entre ellas, *¿Qué es esto?*, *catilnaria*, Lautaro, 1956).

133. La referencia está en el libro que venimos comentando, el *Borges* de Bioy Casares. Ernesto Palacio era primo lejano de Borges y había sido diputado peronista. Fino historiador nacionalista, se le debe una *Historia Argentina* de calidad, que su drástica opción hispanista no lograba afectar en lo sustancial de la escritura. Borges cuenta en algún lugar que Palacio, en 1945, intentó presentarle a Perón, logrando una frase de irónico rechazo. Evidentemente, las relaciones se conservaban, como lo demuestra el sistema de admisiones a la casa de Bioy, que en su libro de anotaciones —rehecho evidentemente a través del tiempo— escribe un epítome de rechazos y aprobaciones inspirado quizá por los círculos del Dante. En *La muerte y la brújula*, Palacio aparece con el nombre de Ernst Palast, encarnando a un periodista antisemita.

134. Luego, en el 154° aniversario de la Biblioteca, Borges hizo un importante discurso que quedó reflejado por el diario *La Nación*. Entre otras cosas, según la nota periodística, dijo que “para los antiguos la palabra escrita era un mero sucedáneo de la palabra oral” y que “con el cristianismo llega a Occidente el concepto de libro sagrado, que nosotros hemos heredado”. Concluyó diciendo: “por obra de la ciencia la palabra oral está amenazando a la palabra escrita”. Se refirió, dice *La Nación*, “a la influencia de los discos fonográficos, de la radiofonía y de la televisión, para señalar por último que la misión del bibliotecario es la defensa del libro, es decir, ‘del texto escrito para la larga memoria y no para el olvido inmediato’”. Cfr. *Borges, director de la Biblioteca Nacional. Diálogos entre José Edmundo Clemente y Oscar Sbarra Mitre, op. cit.*

135. Extraña observación de Germán García en el velatorio de Leónidas Lamborghini efectuado en la Biblioteca Nacional: “Foucault es un hispanista, un españolizante, por eso no era bien visto en Francia. Elige comenzar su libro con Borges, Velázquez y Cervantes...”.

136. El asesinato de los tres obreros, Mussy, Méndez y Retamar, ocurrió en octubre de 1964, durante un Plan de Lucha de la CGT. En su *Borges*, Bioy cuenta un episodio de interrupción a una clase de Borges pero no se refiere a esta que nosotros comentamos, que tuvo como local a la sede de Independencia 3065, donde se había mudado recientemente la Facultad de Filosofía y Letras. El que relata Bioy dice así: “Entran unos muchachotes muy altos, con aspecto de matones y gritan: ‘la clase se suspende en homenaje a los guerrilleros torturados y fusilados en Salta’. Borges les dice: ‘la clase no se suspende, aquí hay mujeres, si ustedes quieren, vamos a hablar afuera’”. En este caso, se trataba de los acontecimientos vinculados al Ejército Guerrillero del Pueblo, que actuó trágicamente en Salta, y cuya memoria se actualizó recientemente debido a la carta de Oscar del Barco sobre esos sucesos en la revista cordobesa *La Intemperie*. La descripción de Bioy de los “muchachotes” es aviesa. El episodio ocurre en la calle Viamonte, anterior ubicación de la Facultad. Luego sucede una polémica con el rector José Luis Romero, persona no grata para Borges. “Después de darme explicaciones, publicó un comunicado en que justifica a los revoltosos”. Son reflejos en la vida de Borges de una historia turbada, a la que no deseaba entender, a pesar de que la había escrito de varias maneras, en demasiados cuentos suyos, especialmente, quizás, en “El tema del traidor y del héroe”.

137. Siempre según Bioy.

138. Bioy Casares, *Borges*, entrada del jueves 27 de mayo de 1971, *op. cit.*

139. La teoría estética de Borges no puede columbrarse fácilmente. Evidentemente es un aspecto profundo pero huido de sus reflexiones diarias, a la manera de originales y mínimas chanzas. Hay en ellas una base intuicionista y materialista —quizá se pueda decir naturalista, *a contrario sensu* de sus “artificios” y “géneros”— por lo que podríamos hablar de un contraste sin sujeto ni centro entre el intento de tomar en su desnudez la voz humana (que entraña un destino) y anular la facticidad primera con una urdimbre literaria que borrona sus reales intenciones (lo que entraña un oculto juego geométrico). Este contraste ni está declarado ni es fácil percibir su modo de manifestarse, pero nos lleva al Borges que busca con simulada inocencia la economía última de la expresión en un naturalismo obsesivo seguido luego de grandes modelos y arquetipos narrativos.

140. La referencia, verosímil, la expone Horacio Salas en su *Biblioteca Nacional Argentina*, ediciones Manrique Zago, 1997: “Borges pensó en renunciar para no contradecir su prédica de años. Pero esperó algunos meses, entre otras cosas porque le costaba abandonar la Biblioteca”. Vicente Dionisio Sierra (1893-1982) ocupó la Dirección de la Biblioteca en parte del período del ministro de Educación, Jorge Taiana (padre), ámbito del que dependía la Biblioteca, y convivió con Oscar Ivanissevich, el ministro que sucede a Taiana. Este era el médico personal de Perón y notorio opositor a López Rega, no siendo ese el caso de Ivanissevich, que tuvo un papel activo en la represión que fue ocupando crecientemente el tramo gubernamental de Isabel Perón.

141. En el libro titulado *Historia de la historiografía argentina*, de Fernando Devoto y Nora Pagano (Sudamericana, 2009), se lee que el “itinerario de Sierra es enigmático y poco conocido”. Los autores valoran el libro de Sierra, *El sentido misional de la conquista* (1942), como una relativa novedad en el panorama de la historiografía hispanista-revisionista, por su valor argumental —revisa fuentes con seriedad y busca en el repositorio de la Biblioteca Nacional en su sección hispánica, seguramente

en la colección Foulché-Delbosc y los cuadernos de Gaspar García Viñas—, y cuando en reducidas ocasiones le ocurre ser panfletario, a diferencia de muchos de sus colegas ideológicos, triunfa en él el espíritu cauto del discípulo de Ramiro de Maeztu. Vicente Sierra, en efecto, combinará en forma heterodoxa “estudio erudito y panfleto ideológico”, según sus prudentes comentaristas.

142. Vicente D. Sierra, *El fundador de la Biblioteca Pública de Buenos Aires. Estudio crítico del libro del mismo título del Dr. Ricardo Levene, presidente de la Academia Nacional de Historia*, Buenos Aires, 1939.

143. Sociedad de Estudios Tradicionalistas don Juan Vázquez de Mella, ediciones de la *Hermandad Tradicionalista Carlos VII*, San Isidro, provincia de Buenos Aires.

144. En la *Revista de Filosofía* dirigida por José Ingenieros, se puede leer una corta reseña del joven Vicente Sierra sobre la novela *La maestra normal*, de Manuel Gálvez, publicada en 1914 (la crónica de Sierra pertenece al número 1, de enero de 1915). Allí, Sierra tiene apenas 22 años y critica a Gálvez por pesimista y por no atender como sería necesario a la importancia de la enseñanza laica. La evolución posterior de Sierra extremaría luego las posiciones del propio Gálvez, que actuaba con distintos matices —según las épocas— dentro del nacionalismo católico. No se entiende el enigma cultural argentino sin estos escorzos que pueden hacer que un joven se inicie criticando a Gálvez por falta de laicismo y concluya como director de la Biblioteca Nacional varias décadas después en nombre del ultramontanismo católico.

145. Según la referencia de Mario Tesler (*Revistas de la Biblioteca Nacional argentina, op. cit.*), Horacio Hernández “trató personalmente al célebre bibliotecario Shiyali Ramamrita Ranganathan, de quién admiraba críticamente el sistema de clasificación del conocimiento que ideó y difundía en sus clases”.

146. Mario Tesler, *Revistas de la Biblioteca Nacional argentina (1879-2001), op. cit.*

Capítulo 6

147. Gregorio Weinberg, en respuesta a una pregunta realizada por la gestión de aquel momento, la de Pavón Pereyra, respecto a cómo debería encararse el estilo y el contenido de una nueva revista de la Biblioteca Nacional. La respuesta la transcribe Mario Tesler en su ya citada *Revistas de la Biblioteca Nacional argentina (1879-2001)*.

148. Novela a ser publicada durante el año 2010 en la colección Los Raros de la Biblioteca Nacional.

149. Dardo Cúneo, “Breve crónica sobre riesgos y venturas de un ex director”, en Horacio Salas, *Biblioteca Nacional, op. cit.*

150. Deben haber sido soldados de los regimientos de Saavedra, en 1810, los que trasladaron los primeros libros de la Biblioteca Pública desde los lugares donde yacían o se procuraban: el Cabildo, el Fuerte, la Catedral, las iglesias jesuíticas de Córdoba.

151. Enrique Pavón Pereyra, *Perón, preparación de una vida para el mando (1895-1942)*, Buenos Aires, Ediciones Espiño, 1953.

152. Perón, *Del poder al exilio*. Se trata de un libro de gran interés, cuyo relato de la caída resulta fidedigno, aunque el texto no parece escrito por Perón. Puede tratarse de una entrevista en Panamá que un periodista italiano trasladó a un lenguaje un poco azucarado y con metáforas que no son propias del firmante del libro.

153. Arturo Peña Lillo fue uno de los grandes editores y libreros argentinos, autor de unas memorias bien escritas y de profunda amenidad sobre su larga trayectoria; comenzó su tarea de editor luego de una huelga en los talleres Rosso, de donde fue despedido, habiendo recorrido en varias décadas un curso de ediciones vitales en la historia del país, desde la *Historia Argentina* de Ernesto Palacio, las obras de Jauretche, el nuevo revisionismo social histórico hasta notorias joyas del documentalismo territorial y de la conciencia simbólica argentina, miles de libros que componen la escena del editor que los lanza insaciablemente sobre la ciudad “para agujijonearla y mantenerla despierta”.

154. Mario Tesler, *Revistas de la Biblioteca Nacional argentina, op. cit.*

155. Véase *Biblioteca Nacional Argentina*, el libro institucional preparado por Horacio Salas durante la administración de Sbarra Mitre. La iconografía de ese libro ornamental, diseñado por la casa Manrique Zago, especializada en ese tipo de publicaciones, muestra la urdimbre de un grupo cultural organizado en torno a una Biblioteca Nacional que vive de formas aceptadas de prestigio e hipótesis convencionales de acotado pluralismo. No había sido demasiado diferente en ninguna de las épocas anteriores y alguna vez se tendrá, finalmente, el testimonio asombroso de que por esfuerzo de sus lectores, trabajadores y administradores, la Biblioteca Nacional llegue a ser la conciencia lectora y crítica del memorialismo cultural del país.

156. José Bianco, “Una visita a la Biblioteca”, *La Biblioteca*, séptima época, año 1, nro. 1, septiembre de 1997. El episodio que comenta Pepe Bianco ha debido ocurrir a mediados de la década del setenta.

157. La colección de la antigua librería jesuítica de la Compañía de Jesús de Córdoba, actualmente en la Biblioteca Nacional de la República Argentina.

158. Un estudio exhaustivo de los libros jesuíticos, que parte de un catálogo existente en Córdoba y que data de 1757, fue elaborado por el equipo del profesor Alberto Fraschini, de la Universidad de Buenos Aires. Se trata de dos volúmenes publicados por la Universidad de Córdoba en 2005, que constituyen la edición crítica, filológica y biobibliográfica del *Index Librorum Bibliothecae Collegii Maximi Cordubensis Societatis Jesu. Anno 1757*.

159. El artículo se denominaba “La metáfora de la Biblioteca Nacional” y había sido publicado en la sección “Zona” de *Clarín* al promediar el año 2001. Comenzaba diciendo: “La Biblioteca Nacional es la memoria pública hecha libro. Es una de las más antiguas continuidades del Estado nacional y se comprende que toda querella que la envuelva tenga una gran trascendencia. A su manera, la Biblioteca Nacional es la distraída metáfora de un límite insuperable para el Estado. Porque significa lo imprivatizable. Aunque los funcionarios que se encargan de ella no lo sepan, representa el último horizonte de la precaria y problemática historia del Estado nacional. Esto es, aquello que de ser privatizado, impediría pensar para siempre una continuidad social”.

160. Cantado por las tropas del general Arredondo, que pertenecía al ejército de Mitre sublevado contra la elección de Avellaneda en 1874.

161. Horacio Salas, *El tango*, prólogo de Ernesto Sabato, Buenos Aires, Planeta, 1986.

162. Torcuato Di Tella, *Diccionario del político exquisito*, Buenos Aires, Emecé, 1998.

163. Adolfo Bioy Casares, *Diccionario del argentino exquisito*, Buenos Aires, Emecé, 1971.

164. “A las mujeres les marco hasta el pestaño” (Maestro Carlos Gabito).

165. Los consejos asesores tuvieron varias versiones y en esencia acompañaron las vicisitudes políticas de la Biblioteca con intereses propios. Más que asesorar, protagonizaban desde ángulos diversos los avatares más dramáticos de la gestión, como acaso no podía ser de otra manera.

166. Cfr. Roberto Casazza, *El futuro bibliotecario: hacia una renovación del ideal humanista en la tarea bibliotecaria*, op. cit. La edición de este importante libro en medio de la polémica, aunque no se trataba de una publicación que tuviera el objetivo de polemizar, sin duda abonaba la idea de que la cuestión de la ontología bibliotecaria y el sujeto de las bibliotecas estaba en el aire.

167. El voluminoso libro de Ricardo Strafacce sobre Osvaldo Lamborghini, que hemos leído con gran interés, corre sobre un soporte de minuciosas observaciones impulsadas por una suerte de monomanía investigativa. Doy este ejemplo un poco a contrapelo de lo que parece más conveniente en cuanto a fórmulas de indagación documental, cronológicas y biográficas. A pesar de una exactitud realista y una microscopía existencial, se produce un efecto contrario a la idea de “un mapa de Hungría para representar Hungría”, pues la exhaustividad de una base de datos, en una vuelta de campana misteriosa puede llevar a dar la intensidad insuperable de una vida y por añadidura de una época.

168. Horacio Tarcus, *Milciades Peña y Silvio Frondizi. El marxismo olvidado*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1996.

169. Del mismo modo, Josefa Sabor, en su *De Angelis*, también ensaya una biobibliografía, con un fuerte apéndice documental. Pero en su caso, es el camino de la bibliotecología hacia la historia, no a la inversa.

170. Trenti Rocamora, en los años noventa, publicó en su *Boletín Bibliográfico* un índice de la revista *Martín Fierro*, trabajo que reputamos útil por tener muchas más previsiones en cuanto al estudio de las orientaciones culturales de esa publicación. Además, se había publicado el facsimilar de la propia revista simultáneamente, lo que le daba un sentido adicional al índice. No tuvimos la misma suerte con *Hechos e Ideas*, pues el facsimilar aún se hará esperar. Nadie ya lo pide. Una estropeada polémica le dio algunos minutos de notoriedad ante una pequeña capilla de personas.

171. *Hechos e Ideas*, indización preparada por la BN, a cargo de Roberto Baschetti, prólogo de Horacio González, Buenos Aires, Ediciones Biblioteca Nacional, 2008.

172. Mi prólogo a la indización *Hechos e Ideas*, publicación que enumeraba el conjunto de los artículos publicados por la revista a lo largo de sus dos épocas (trabajo realizado por el historiador Roberto Baschetti, colaborador amistoso y activo de los proyectos que en conjunto emprendimos) fue hecho de apuro para cubrir el abandono de su compromiso por quien tenía que hacerlo. Esta modesta pero útil publicación pudo haber tenido la introducción de un especialista que se dedica a cultivar ese tema, pero este prefirió hacer de su incumplimiento un *combat pour l'histoire*. Quizá los escasos lectores que, en cambio, se encuentren con mi trabajo sustituto, puedan meditar qué se gana o qué se pierde en estos avatares, donde sucesos vinculados a diminutas querellas finalmente intervienen de forma que luego queda figurado un acto cultural inesperado. Ya es irreversible que en vez del prólogo del otro, esté el mío. Como *Hechos e Ideas*, la cultura que conformamos con nuestras microdisensiones nos pone en diversos mundos, oficiales y renegados al mismo tiempo, o quizás, oficialistas cuando nos pensamos renegados y renegados cuando nos pensamos oficialistas. Entremezcla que se encuentra del mismo modo en la revista de la que publicamos su índice general y que ahora comentamos. Oficial y renegada al mismo tiempo, *Hechos e Ideas* fue circunspecta cuando estubo en el llano e involuntariamente libertaria cuando anduvo rondando a la sombra del Estado. Dos épocas, pues. La primera, aún bajo el vacío que produce la muerte de Yrigoyen, en 1933. Allí, *Hechos e Ideas* se torna conmemorativa, luctuosa, una ofrenda al muerto. Pero su sino es también el de la reflexión sobre el fascismo y el nazismo. Este último se ha instalado en el poder dos años antes de la salida del primer número de la revista. Le dedica muchos análisis y reflexiones. Resaltan los artículos de Gaetano Salvemini, el historiador socialista italiano, que suele ser citado por Gramsci en las notas de sus *Quaderni*. En la otra punta de *Hechos e Ideas* se halla la experiencia gramsciana, que ocurre simultáneamente a la de la revista de estos intelectuales del partido radical, *tal cual es* hacia mediados de los años treinta. La noción de *Hechos e Ideas* podría ser una insuficiente mención de los nexos que guardan los acontecimientos considerados políticos con las dimensiones designadas como propias de la cultura. Es sabido que Gramsci, en su ronda obsesiva, intentaba descubrir la manera en que se daba la significación política como un acto interno —no secreto pero sí catártico— del pensamiento colectivo. Tomando la idea de representaciones colectivas que había sido abundantemente situada por la sociología francesa anterior, Gramsci intentaba extraer una perspectiva de voluntad activa de una masa de actos sedimentados por el legado cultural. De ahí que sus utensilios teóricos más delicados, cuales eran el *mito* y la *catarsis*, le servían para transformar en realidad de activismo lo que se presentaba en principio como un macizo inerte de escrituras y creencias sociales. Nada más lejano de estas notas sobre la cultura como materia activa que el título de *Hechos e Ideas*, que separa con una conjunción un tanto ociosa un problema que en una remota cárcel italiana estaba siendo reflexionado en lo que implicaba no solo un recinto carcelario sino un original laboratorio de ideas. *Los hechos no eran una cosa diferente que las ideas, ni estas podían aparecer como un agregado posterior, después de que se enunciaran los soportes reales de la política.*

173. Horacio Tarcus, “¿El drenaje patrimonial como destino? Bibliotecas, hemerotecas y archivos argentinos, un caso de subdesarrollo cultural”, revista *La Biblioteca*, nro. 1, verano de 2004-2005.

174. Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas*, México, FCE, 1993.

175. Esta cuestión asume las proporciones de un enorme debate que sin embargo no está presente en nuestro medio, tan desenfadado para soltar las amarras de cualquier ensayo lingüístico de mal gusto, so pretexto de liberación de las trabas de pudor —equiparables para los *midia* una tiranía militarizada—, pero en cambio los temas de la gigantesca mutación cultural pueden leerse a diario en ámbitos intelectuales verdaderamente desprejuiciados para romper los seguidismos que al parecer impone la hora.

Así, en un artículo reciente de Roger Chartier en *Le Monde* —edición del 27 de octubre de 2009—, titulado “El porvenir digital del libro”, se dice: “Al menos hasta hoy, en el mundo electrónico, es la misma pantalla iluminada de la computadora la que da a leer los textos, todos los textos, cualquiera sea su género o función. Se rompe así la relación, que en las culturas escritas anteriores, ligaba estrechamente los objetos, géneros y usos. Es esta relación que organiza las diferencias inmediatamente percibidas entre los diferentes tipos de publicación impresa y las expectativas de sus lectores, guiados por el orden y desorden del discurso, por la materialidad misma de los objetos que los portan. Es esta misma relación que queda visible en la coherencia de las obras, imponiendo la percepción de la entidad textual, aun al que no quiere leer más que algunas páginas. En el mundo de la textualidad digital, los discursos no están más inscriptos en los objetos, que permitan clasificarlos, jerarquizarlos y recogerlos en su identidad propia. Es un mundo de fragmentos descontextualizados, yuxtapuestos, infinitamente recompuestos, sin que sea necesaria o deseable la comprensión de la relación que los inscribe en la obra de la cual fueron extraídos”.

176. Cfr. Barbara Cassin, *Googléame. La segunda misión de los Estados Unidos*, *op. cit.*

177. Todavía con pertenencia a la realidad primera, a la *physis* social, sin embargo el concepto estructuralista de “producción de conocimientos” es un antecedente al fin, que precedió al concepto central de la cultura inmaterial informática de “sociedad del conocimiento”, con lo que la sociedad misma se convierte en un flujo de signos sostenidos por “soportes” cuya lógica en mutación permanente está fuera de la consideración de las teorías, convirtiéndose en un mero hecho técnico. *Producción de conocimientos* sería un concepto de primer grado y *sociedad del conocimiento* de segundo grado, tomados en relación a un grado cero que sería la realidad experiencial y sensorial basada en los datos inmediatos y materiales de la conciencia.

178. No lo he vuelto a leer ese *Informe*, pero lo recuerdo lleno de quisquillosidad minuciosa y dañoso preciosismo. Era el simulacro de una gigantesca carta de lectores al diario *La Nación*, emanación obcecada de un liberalismo raso que pretendía hacer las veces de un pensamiento de izquierda. El profesor Vezzetti imaginó que ese *Informe* era un modelo de requisitoria sobre un Estado incumplidor, ideologizado e infecundo. Respecto del Estado, no soy quien coloque mengua en las críticas necesarias y en la disconformidad ostensible sobre sus actuaciones. Pero antes que estos quisquillosos pensamientos de Vezzetti, preferimos leer sus cautas elaboraciones sobre las políticas de derechos humanos y la construcción de imágenes del pasado en el presente, por más que estamos enormemente distantes de sus elucubraciones. Las preferimos, sin embargo, antes que a estos entusiastas errores para juzgar un escrito melindroso. Sobre la esquivia materia del presente, la elijo imaginar menos gazmoña y lisa, por lo que deseo que los buenos o mediocres trabajos que se escriben sobre las rugas de la memoria no corran detrás del entusiasmo hacia pálidos rencores. El camino hacia la conciencia traslúcida no suele ser una conquista de la prístina verdad, como se imaginan esos pensamientos peregrinos, sino muchas veces implica la cancelación de los obstáculos reales y oscuros, que desde las sombras, guían los pensamientos más atrevidos.

179. Pondré dos ejemplos de modestas cegueras al momento de juzgar los debates profundos sobre las formas del pensamiento crítico y el pensamiento que se aminora si se torna extensión de la mera ley. No me solazo con ellas. *Una*, el artículo de Carlos Altamirano en la *Revista Ñ*, donde se expide sin muestra de mayores previsiones argumentales, y de un modo despectivo, hacia uno de los contrincantes de este duelo sobre perspectivas teóricas en la Biblioteca Nacional. Nos llama la atención el contraste entre sus intentos de mantener cierta elegancia cuando escribe sus ensayos razonables y los resultados resentidos de su brusca ironía *ad hominem*. Prueba que el culto de lo razonable puede albergar la pepita inesperada de lo irrazonable. *Otra*, el caso del editor Alejandro Katz, hábil y convincente patrocinador de la traducción y difusión de ediciones de autores muy importantes del pensamiento contemporáneo, contrastando con la arbitrariedad propia de un refinado *fuera de sí* cuando presupone que tiene derecho a amenzar con la ley o a decirnos que “estamos fuera de la ley”, por el solo hecho de presentarse en la Biblioteca Nacional un libro de un autor —Paolo Virno— que había permitido personalmente una edición parcial de un libro suyo que la editora del mencionado Katz estaba por publicar. ¡El mundo es vasto y diverso, amigo Katz! El hombre susceptible es en verdad el

estadio final de la ideología. No se siente un ideólogo, pero involuntariamente todo lo ideologiza. En este caso, a la ideología la llamaremos “legalismo”, que no es la ley pudorosa y llana, sino una proclama fetichista en torno a la ley.

180. Claude Lévi-Strauss, *El pensamiento salvaje*, México, FCE, 1964.

181. No quiero privarme aquí de ejemplificar con un extraño escrito de Rodolfo Fogwill, *Runa*, que intenta descifrar el mecanismo por el cual sería posible imaginar en forma viva y presencial el juego de una cultura extinguida. Ese desciframiento es una literatura imposible que sin embargo puede ser escrita.

182. Esta polémica se puede seguir con provecho en el vivo resumen que hace de ella Ricardo Rojas, en su *Historia de la literatura argentina*. Puede consultársela en el tomo XIV, titulado *Los modernos* (Buenos Aires, Librería La Facultad, 1924). Rojas toma partido por Mitre, imaginando que el “método científico” del que López dudaba, terminaría ganando toda la producción historiográfica. Los que pretendían sustituir el documento científicamente tratado por ideales narrativos diversos, deberían optar por otros caminos. “Idos a la novela”, aconseja Rojas. Para ellos era conveniente un refugio en la novela histórica, estando disponibles los ejemplos de Walter Scott o *Salambó*, de Flaubert.

183. No decimos esto recurriendo a un estilo comparatista ufano o desafiante a costa de desconocer las diferencias de intención o de ambientación histórica. Precisamente por no desconocerlas, llama la atención el partido tomado por López —en la frase que citamos, que le pertenece— hacia lo que sería un verdadero acceso “totémico” a la historia nacional, considerada como una expansión de las genealogías familiares. Si se hace la difícil prueba de pasar por alto la opción política de López, que surge del mundo cultural de la elite porteña de la época, con sus vastos e injustificables prejuicios sobre el artiguismo, es posible ver en su método de “resurrección dramática” de una temporalidad perdida buena parte de las ocupaciones del historiador contemporáneo en su drama frente al archivo. El archivo no sería una prueba científica de las ocurrencias históricas sino una prueba existencial, la “verdad encarnada” de la historia, en la que un solo documento sobreviviente, puede hacer las veces de todos los documentos que alguna vez hayan existido.

184. Roberto Madero, *El origen de la historia: sobre el debate entre Vicente Fidel López y Bartolomé Mitre*, Buenos Aires, FCE, 2001.

185. Pueden leerse los respuntes antisemitas de Groussac en varias de sus obras, en especial en *Del Plata al Niágara*. Es antisemitismo de gran señor, una veta oculta que encara con aristocratismo y que no define el conjunto de su obra. No es su tema, no le interesan los sublimes retorcimientos de un León Bloy ni condesciende a encontrar en esa cuestión un tema relevante, como así lo hará Proust en su digna toma de partido a favor Dreyfus. Groussac es un *antidreyfusard*, y en esto, verdaderamente se esmerará con cierto ensañamiento. Como hombre de las elites, esboza un punto de fastidio en su antisemitismo apenas mencionado, tolerado en su conciencia como una nota menor, aquiescente con su época y con los hombres liberales que frecuentaba. Lugones, de toda esa clase y número de personas, era una verdadera excepción al combinar su intolerante pensamiento heroico con una sin igual apertura de su conciencia civilizatoria, poco amigable con la historia cristiana y profundamente interesada por la historia judía.

186. Jean-Paul Sartre, *Crítica de la razón dialéctica*, Buenos Aires, Losada, 1963.

187. Quizá podamos interpretar de esta manera el intento de Tulio Halperin Donghi, mediador a la distancia entre Mitre y López.

188. Un gran antecedente de la elaboración de una bibliografía nacional, en Argentina, es el importante y raro trabajo de Alberto Navarro Viola, los *Anuarios bibliográficos*, que cubren los años de 1880 a 1886. Se trata de una contribución efectiva a un registro completo y razonado de todo lo que en un período dado se ha publicado en el país. Sin duda, es un esfuerzo singular. Este bibliófilo, filólogo, etimólogo y crítico literario de la generación del 80 intentó construir un proyecto bibliográfico que hoy podría volver a considerarse. Los intereses culturales de Navarro Viola explican que su afán de bibliografista apareciera como una verdadera relación entre todas esas dimensiones del conocimiento, desde el estudio de la lengua hasta lo que hoy llamaríamos teoría literaria. La profesora Susana Romanos de Tiratel, en uno de sus trabajos sobre la bibliografía nacional, indica que el esfuerzo de Navarro Viola es artesanal. No disintimos con

esta calificación, pero nos gustaría señalar los rasgos de actualidad que poseía este valioso experimento. El intento de clasificar toda la producción escrita y publicada de esos años se rige por un rigor estadístico y descriptivo notable. Pero el autor agrega un comentario preciso y sugerente de muchas piezas bibliográficas. No solo no abandona el esfuerzo de comentarlas ateniéndose muy estrictamente a su contenido, sino que tampoco se priva de destacar fragmentos o insertar alguna mención orientadora. Este estilo bibliográfico tiene todas las características de lo que hoy sería una catalogación producida por medios automatizados que registraran las variadas dimensiones de un libro. Conserva el espíritu de exhaustividad aunque, por supuesto, no se plantea todos los campos en que la bibliotecología contemporánea describe sus múltiples tipos de materiales y relaciones. Sin embargo, su descripticismo riguroso, que sigue el camino clásico de las ciencias catalogadoras, mantiene tan alta tensión con su objeto que se percibe el propósito inevitable de que a partir de la descripción específica de cada caso se llegue a una consideración cualitativa sobre todas las consecuencias que produce la existencia de un libro en el conjunto cultural de la época. En este sentido, al trabajo de Navarro Viola hay que ponerlo en conjunción con la contemporánea obra arqueológica de Florentino Ameghino en cuanto a la importancia genealógica de los elementos a ser descriptos, a su vez capaces de formar parte de una totalidad en movimiento (en el caso de Ameghino, como se sabe, de una teoría de la evolución de la materia). En el mencionado trabajo de Susana Romanos (Cfr. “La bibliografía nacional argentina: una deuda pendiente”, revista *La Biblioteca*, nro. 1, 2005) se indica también la existencia de otros proyectos de bibliografía nacional como el del ingeniero Federico Birabén, que con espíritu latinoamericano y no poco de utopismo científico, hacia 1910, formuló el proyecto de trazar el cuadro bibliográfico nacional que tuvo diversos inconvenientes respecto a su localización y centralización física —era postulada, en un primer momento, la Universidad de Buenos Aires— y una década después no tiene mejor suerte la propuesta de Cisneros Malbrán que, como la anterior, se basaba en criterios internacionales de catalogación y creación de oficinas bibliográficas nacionales, en este caso, situadas en la Universidad Nacional de Córdoba. Otros intentos no menos considerables tuvieron lugar en la década del cuarenta, pero tampoco conocieron un destino próspero. Expresiones muy consistentes del pensamiento bibliotecológico argentino siguen preguntándose hasta hoy por qué no pudo instituirse un nivel institucional adecuado, en una localización adecuada, para realizar la empresa de la *bibliografía nacional*. Una fácil respuesta, que surge espontáneamente, lleva a postular el mal funcionamiento de las instituciones del depósito legal. De inmediato, esto suele relacionarse con la inexistencia de una coordinación por parte de la Biblioteca Nacional, la Biblioteca del Congreso y el Archivo General de la Nación, además de las instancias nacionales que atienden el derecho de autor y la Cámara Argentina del Libro, desde 1982 el organismo destinado a registrar el ISBN. Sin dejar de ser esto cierto, agrego, como lo he hecho a lo largo de todo este libro: es necesario recrear o hacer resurgir el propio concepto de *bibliografía nacional*, junto a un nuevo discurso bibliotecológico en Argentina, que atienda a la utilización de las posibilidades del lenguaje automatizado, no sin abrirse nuevamente a los viejos lenguajes de la tradición filosófica, única manera de que los puntos de convergencia humana y epistémica garanticen la preservación de la empresa común; las naciones como ámbitos de creación subjetiva liberada y el pueblo-mundo como unidad humana de carácter utópico pero actuante como reaseguro del ser genérico del hombre. No por otra cosa se han fundado bibliotecas.

Breve historia de la Biblioteca en imágenes

Embargo de los bienes pertenecientes a los Conspiradores de Córdoba

En perjuicio del rigoroso embargo que debería tratarse en los bienes de los Conspiradores de Córdoba, y sus principales ^{señores} señores, hasta cubrir enteramente las cantidades que tomaron en la R. N. Hacienda para sostener su rebelión, ordenará V. S. que en el momento de recibir esta orden se encargue toda la librería del obispo Orellana, y todas las libros q^{ue} hubiere en los demás reos, remitiéndolos en primera oportunidad y de así conveniente al servicio del público, bajo el beneficio de que esta Junta los ha destinados.

Cord. 4 de Oct. 1810
si se cuenta quédase pronto p. remitirse en forma oportuna, y se remite la forma de doce cañones M. P. a 12

Dios que a V. S. m. d. P. S. Ety 22 de Agosto de 1810.

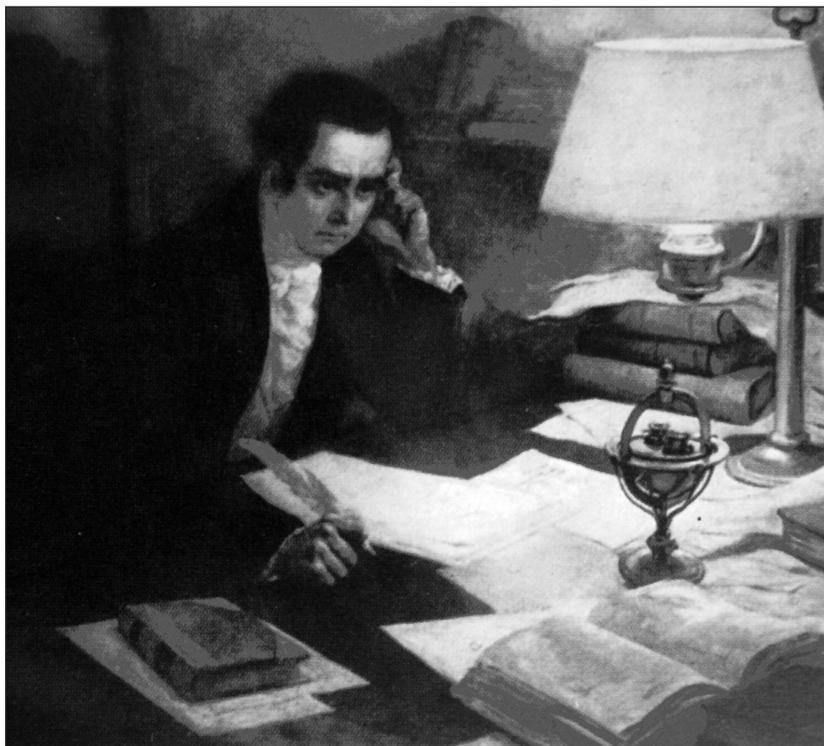
Cornelio de Saavedra

Mariano Moreno
Secret.º

En Cov. de Córdoba.

Bando revolucionario de la Junta. Embargo de los libros del obispo Orellana, agosto de 1810. Orden firmada por Mariano Moreno y Cornelio Saavedra.

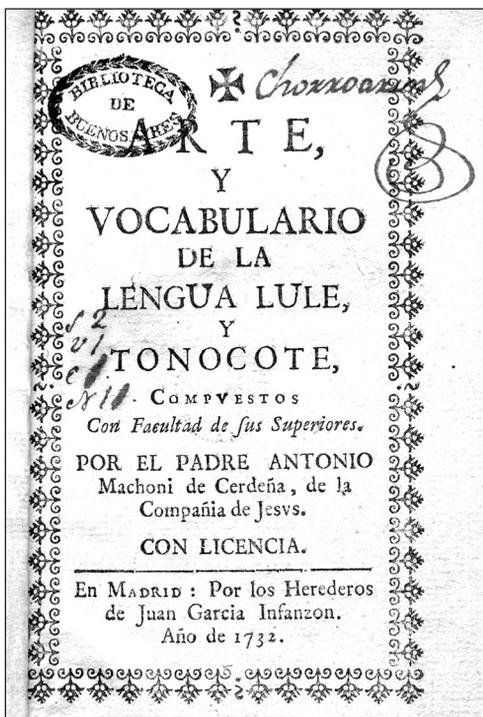
Célebre retrato de Moreno
encargado al pintor chileno
Subercaseaux en 1910.



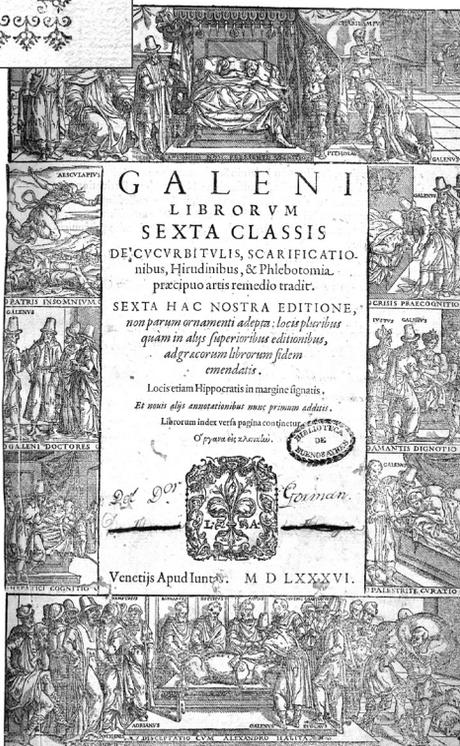
Donativos de libros hasta fin del año de 1810.

El Doctor D. Juan Josef Chorroarín hizo donación de todos sus libros entregando donde luego todos aque-
llos de que carecía la Biblioteca, que son los siguientes.

- La Sagrada Biblia con comentarios de varios Autores. 22 tomos en 4.^{to} mayor.
 Flavio Josefo. De antiquitate iudaica et de bello iudaico, de la excelentísima D. D. D. de Ar-
 raxarum. 2 tomos fol.
 Rufino Apollinaris. Sus obras de la interpretación latina de S. Jerónimo Caricacas. 2 tomos fol.
 Petrarca. Sus obras teológicas, históricas, cronológicas. 8 tomos fol.
 Petrucci. Hieronymus novum. 6 tomos en 4. fol. fol.
 Catalani. Sus obras sobre Concilios; y sobre el ritual Romano, Ceremonial de los Obispos y Con-
 tual. 19 tomos fol.
 Lancia. De beneficiis ecclesiasticis. 2 tomos fol.
 Paladini. De potestate Pontificum et Conciliorum. 4.^{to} in.
 Simonca. De catholica institutionibus. 4.^{to} in.
 Spulveda. Opera omnia. 4 tomos. 4.^{to} in.
 Costal. Contraecclesia ecclesiastica. 4.^{to} in.
 Narca. De concordia sacerdotii et Imperii. 6 tomos en 4. fol. 4.^{to}
 Richard. Dictionnaire dogmatique, canonique, historique, géographique, chronologique. 6 tomos fol. en
 francés.
 Collin. Histoire general de les Eglises ecclesiastiques. 22 tomos. 4.^{to} in. en francés.
 Allouart. Mémoires pour la histoire de la Glorie de les six premiers siècles. Histoire de
 les Empereurs Romains de les six premiers siècles. 22 tomos. 4.^{to} in. en francés.
 Laffite. Les coutumes de les Salages américains. 2 tomos. 4.^{to} in. en francés.
 Fera. Histoire de les Jéhuca. 8.^{to} en francés.
 Ferrarion. Histoire del Derecho Romano. fol. en francés.
 Tito Livio. Sus obras de la magnífica edición de Frankfurt. 7 tomos. 4.^{to} in.
 Tacito, traducido por Seneque. 4.^{to} y 8.^{vo} de exemplares.
 Virgilio, Troncal, Virgilio, y Claudiano ad unum delphinum. 4 tomos. 4.^{to} in.
 Argonzola. continuación de les Anales de Eusebio. fol.
 D. conquista de les Molucas. fol.
 de Clede. Historia de Portugal. 16 tomos. 8.^{vo} in. en portugués.
 Elementos de la Academia Real de la Historia. 3 tomos. 4.^{to} in.
 Academia de Quatro letras de Laxarriba. 4.^{to} in.
 Flores. Escallas de España. 3 tomos. 4.^{to} in.
 Gravani. Historia de les Seminarios Clericales. 4.^{to} in.



Libro donado a la Biblioteca Pública de Buenos Aires por el canónigo Luis José de Chorroarin.



Donación de los primeros libros
 de la Biblioteca Pública.
 Corresponde a la biblioteca del
 protomédico Miguel O'Gorman.

COMUNICADO.

Hay un autor que recogiendo los epitafios de un cementerio de Alemania compuso un libro interesante, y lleno de reflexiones morales y profundas. Lo mismo podria hacer un viagero en otros paises civilizados. Pero en el nuestro la costumbre de las inscripciones sepulcrales es demasiado nueva para que presente todavia un objeto digno de atencion; y debe temerse por las que se han empezado á usar, al menos una parte de ellas, que venga á establecerse un mal gusto, ó una vanidad incompatible con lo sagrado del lugar, y sentimientos solemnes que inspira.

En la inscripcion de la lapida del Dr. D. Luis de Chorroarin, en el cementerio del Norte, se nota una falsedad ó un error en titularlo *fundador de la Biblioteca*. Esto es tan distante de lo cierto que este finado ni perteneci6 á la Biblioteca al tiempo de su fundacion. Tiempo despues fué nombrado bibliotecario, cuyo destino sirvi6 hasta pocos años antes de su muerte, con sueldo y casa devalde, que no han tenido otros. Fué ascendido á can6nico de esta santa iglesia Catedral; pero siempre sería tan falso llamarlo fundador de la Biblioteca porque fué su bibliotecario, como fundador de la Catedral porque fué can6nico. Para corregir este error (pues el fundador fué el Dr. Moreno) pueden los que lo hubiesen cometido ver el establecimiento de la Biblioteca hecha por el primer gobierno patrio, y consta de la gaceta de 13 de septiembre de 1810. Allí verán estas palabras—„nombrando desde ahora por bibliotecarios al Dr. D. Saturnino Segurolá y al reverendo padre Fr. Cayetano Rodriguez, que se han prestado gustosos á dar esta nueva prueba de su patriotismo y amor al bien público; y nombra igualmente por protector de la Biblioteca al secretario de gobierno Dr. D. Mariano Moreno.“ Verán tambien en las siguientes los donativos públicos con que se erigi6, y en la del 15 del mismo septiembre una carta de los comerciantes ingleses residentes en esta ciudad oblando considerables sumas, á influjo y solicitud del Dr. Moreno. Es preciso pues no usurpar nada del honor que á otros corresponde, por recargar la memoria de un muerto con una ostentacion mundana de las distinciones efimeras del mundo. Menos decir, y sobre todo no decir sino la verdad, sobre esa losa fria que encubre los huesos de un mortal.

Requiescat in pace.

Veritas.

“Veritas”, seudónimo de Manuel Moreno, hermano de Mariano, reafirmando el título de fundador de la Biblioteca para el secretario de la Junta. Diario *Argos*, 1822.







Imagen de la esquina de Moreno y Perú, circa 1900.
En el primer piso, hacia Moreno, las ventanas de la Biblioteca.

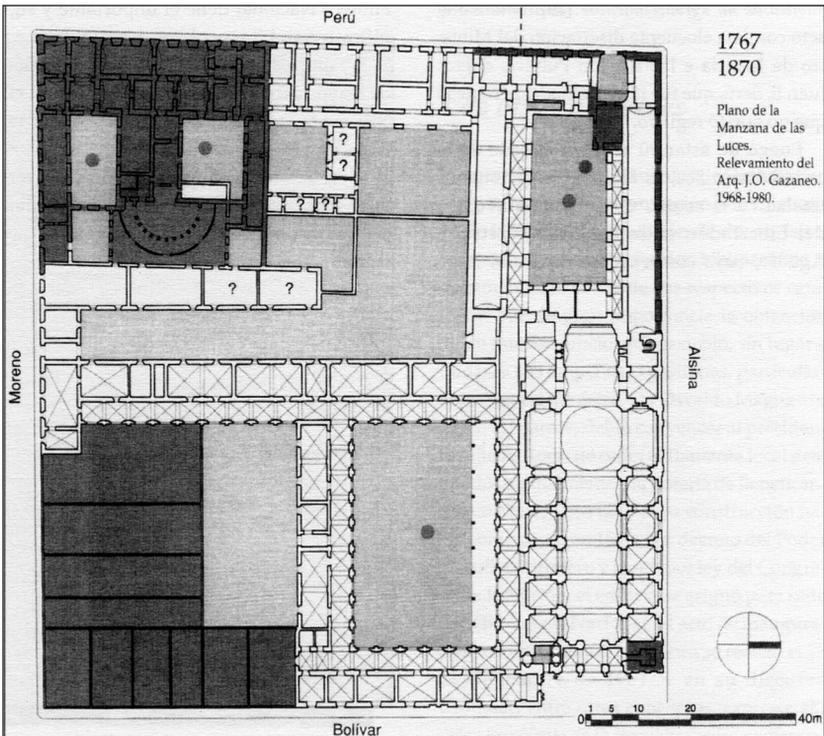


Fotografía reciente de la esquina de Moreno y Perú (antes Biblioteca y Representantes), primer establecimiento de la Biblioteca Pública, luego Biblioteca Nacional.



Sala de lectura
hacia la calle Moreno,
circa 1860.

Plano que realizó el arquitecto
Gazaneo de la Biblioteca Pública,
Universidad, Colegio San Carlos e
Iglesia San Ignacio, tal como se
presume que se distribuían hasta 1870.





Officium parvum gothicum, libro de horas de Guillaume de Montbleru,
donado por el embajador inglés a Rosas,
actualmente en la Sala del Tesoro de la Biblioteca Nacional.

11 noviembre 23 de 1833

14

Con esta fha han sido recibidos por el Superior Gov^{to} a este establecimiento, los
 otras manuscritos que siguen

- 1^o La Revolución del País practicada por el Cacique de la Provincia de
 Guayrá, José Gabriel Tupac Amaru en el año de 1780. 2. N. f. media, pasta con
 new 438 folios
- 2^o Historia general del País de las Pátes, Paraguay, Tucumán, y otras provincias
 del País, contiene todas las cosas ~~propias~~ conquistadas de Indios, con expresion
 de sus naciones, fundacion de los Pueblos y Ciudades de cada provincia, con
 instituciones de los costumbres de aquellos habitantes y otras historias de
 peregrinos y guerras, como tambien de historia natural, escrita por el Padre
 Guzmán ex. de Ind. 2. N. f. media pasta
- 3^o Historia de la Provincia del Paraguay, País de las Pátes y Tucumán
 escrita por el Padre Pío Lorenzo de la Compañia de Jesús. Comprende
 desde el descubrimiento de otras provincias, con la reseña de sus gobiernos
 etc. etc. 1. N. f. media pasta el año 1736. 1. N. f. pergamino
- 4^o Descripción historica, Geografía del Reino de Chile, escrita por
 Dn. Vicente de Barros y Goyonche en el año 1726. 1. N. f. media p^{ta}
- 5^o La Revolución del País escrita por el Cacique de la Provincia de
 Guayrá José G. Tupac Amaru 1780 2. N. f. media p^{ta}.
 Estado político del Reyno del País, contiene varios apuntes sobre
 el gobierno y sus leyes, la relacion de los ministros, la pobreza de
 los tesoreros, milicia de Indios, Ciudades sin armas, patentes hechas por
 Comercio, integridad perdida por la guerra, Rey el Mayor de Indios obispos
- 6^o C. escrita en el año de 1739, 1. N. f. y consta de 223 folios, pasta
- 7^o El oficio parvo en tipo Gothic escrito en la misma carta de
 136 folios en pasta made.

Rúbrica de S. E.—
Oribe.

INTERIOR

DOCUMENTOS OFICIALES.

MINISTERIO DE GOBIERNO.

Buenos Aires Noviembre 23 de 1833.

Año 24 de la LIBERTAD y 18 }
de la INDEPENDENCIA. }

Al Director de la Biblioteca.

El Gobierno ha dispuesto en esta fecha se remitan al Director de la Biblioteca pública los volúmenes manuscritos que se acompañan y constan de la adjunta relacion, para que sean colocados en los archivos del establecimiento, por considerar curiosas y de alguna utilidad las materias que contiene.

Lo que se comunica al mismo Director de la Biblioteca á los fines consiguientes.

Manuel José Garcia.

Índice de las materias que contienen los volúmenes manuscritos que se remiten á la Biblioteca pública.

1.º La revolucion del Perú practicada por el cacique de la provincia de Tinta José Gabriel Tupac Amara en el año de 1780, en 2 volúmenes de á folio conteniendo el primero 314 fojas y el segundo 221; en media pasta.

2.º Historia general del Rio de la Plata, Paraguay, Tucuman y demas provincias del Perú, contiene todas las demas conquistas de Indios, con espresion de sus naciones, fundacion de los pueblos, y ciudades de cada provincia con instrucciones de las costumbres de aquellos habitantes y noticias históricas de pasajes y guerras, como tambien de, historia natural—escrita por el padre Guevara ex-jesuita—en folio—media pasta.

3.º Historia de la provincia del Paraguay, Rio de la Plata y Tucuman; escrita por el Padre Pedro Lozano de la Compañia de Jesus. Comprende desde el descubrimiento de dichas provincias, con la série de sus Gobernadores, Ilustrísimos señores Obispos, hasta el año de 1736. En folio, contiene 745 páginas, en pergamino.

4.º Descripcion histórica, geográfica del Reino de Chile, escrita por D. Vicente de Carballo y Goyoneche en el año de 1796, contiene 965 páginas, en folio, media pasta.

5.º La revolucion del Perú, escrita por el cacique de la provincia de Tinta José Gabriel Tupac Amara en el año de 1780, dos tomos en cuarto, media pasta.

Noticia en la *Gazeta Mercantil*
(1833) de la misma donación.

6.º Estado político del reino del Perú, contiene varios apuntes sobre el Gobierno y sus leyes, la relajacion de los ministros, pobreza de los tesoreros, milicia sin honor, ciudades sin amor patriótico, integridad tenida por locura &c. Escrita en el año de 1790 en cuarto, consta de 223 fojas en pasta.

7.º Oficium parvum gothicum, escrito en 4.º menor consta de 186 fojas en pasta.

Pedro Salvadores.

Buenos Ayres Nov. 22 de 1833.

{ Año 24 de la Libertad y 18 de }
la Independencia. }

Al S. Ministro Secretario de Gobierno.

La Comision que suscribe se ha reunido con el objeto de dar principio á las tareas que han sido encomendadas por el Superior Gobierno relativamente al establecimiento del empedrado de la Ciudad y tres vias públicas que permitan la franca y facil comunicacion de la Ciudad con la Campaña. Para regularizar sus trabajos ha nombrado por Presidente de la misma á D. Felipe Senillosa y ha acordado que siendo de urgente necesidad el cerrar los principales pantanos y facilitar la permanencia de su recomposicion procederá á reconocerlos personalmente. De esta vista de ojos resultará el conocimiento del curso natural que deben llevar las aguas pluviales y la indicacion de las servidumbres públicas que deben afectar cada propiedad particular, á fin de obligar á los propietarios al reconocimiento de estas servidumbres.

Dios guarde al Sr. Ministro Secretario muchos años.

Felipe Senillosa—Marcelino Carranza—Carlos Henrique Pellegrini—Francisco Piñero—Carlos Zuchi—Ingeniero de la Provincia.

MINISTERIO DE GOBIERNO.

Buenos Ayres, Noviembre 23 de 1833.

Año 24 de la LIBERTAD y 18 }
de la INDEPENDENCIA. }

A la Comision Encargada del proyecto sobre el empedrado de las calles de la ciudad.

Por la nota que ha elevado la Comision encargada del proyecto sobre el empedrado de las calles de la ciudad fecha de ayer, se ha impuesto el Gobierno de la medida que ha tenido á



Pedro de Angelis.

Supplément Catalogue de anecdotes américaines relatives à cette lecture.
Quercy à ses Généraux, officiels. St. Barcelona 1834. *Pl. 3. Pla*

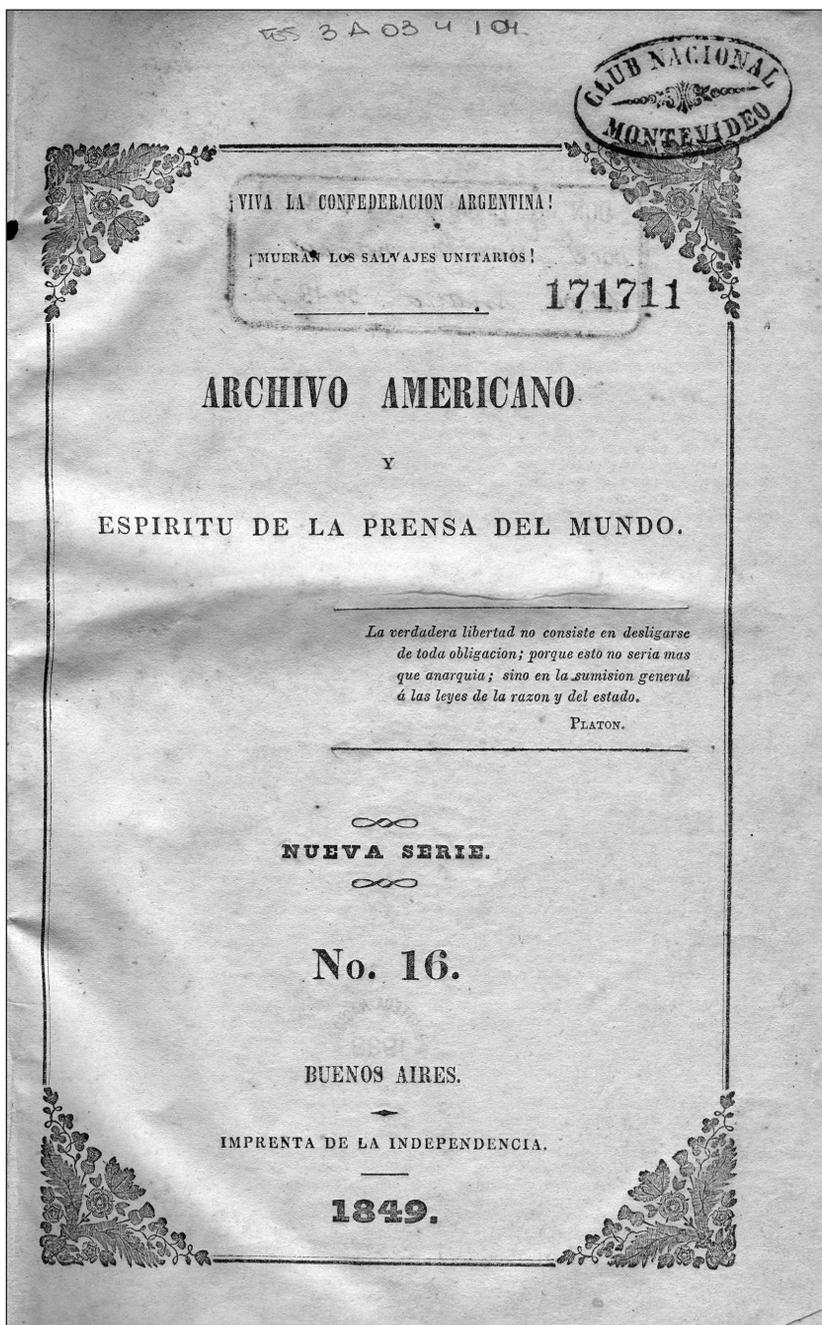
1840

Pedro de Angelis ha donado las obras siguientes, sacadas en parte en el año 1840

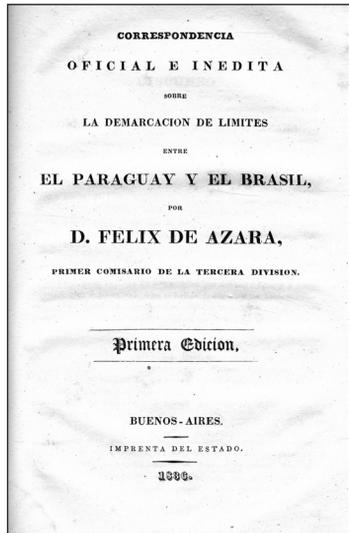
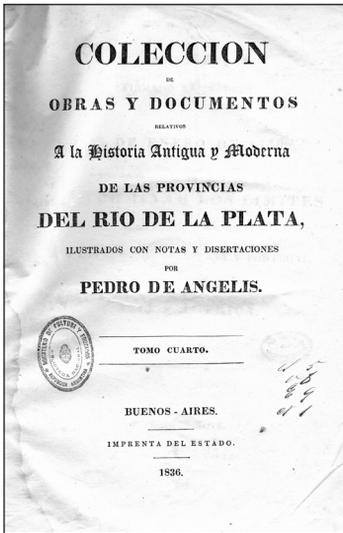
1. El Lucero diario político, literario y mercantil (Colección completa en papel de marquilla) 8 tomos en folio
2. The Penny Magazine of the Society for the Diffusion of useful Knowledge 1832-36 London 5 t. en fol.
3. M. Paroissin collection de lois maritimes antérieures au XVIII siècle, Paris 1828, 2 t. en 4to
4. Biographie universelle ancienne et moderne rédigée par une société des savants, Paris 1811, 49 t. en 8o
5. Biographie nouvelle des contemporains, Paris 1825, 20 t. en 8o
6. M. A. Thiers histoire de la révolution française Par. 1828, 10 t. en 8o
7. M. Necker oeuvres complètes publiées par son petit-fils M. de Laforest Paris 1820, 15 t. en 8o
8. Barthelémy J. J. Labbe, voyage du jeune Anaxarchos en Grèce, Par 1821, 4 t. 8o
9. Gibbon L. Histoire de la décadence et de la chute de l'empire romain, trad. par Guizot Paris 1828, 15 t. en 8o, com. 1
10. voyage Collot dans l'Amérique septentrionale Par. 1826, 2 t. en 8o
11. Salvador L. Histoire des institutions de Moïse, et du peuple hébreu, Par 1828, 2 t. 8o
12. Collot, le voyage pour son voyage en l'Amérique, Par 1826, 1 t. en fol.

161

Noticia manuscrita de una donación de gran importancia de Pedro de Angelis, entre la que figura una colección del diario *El Lucero*.



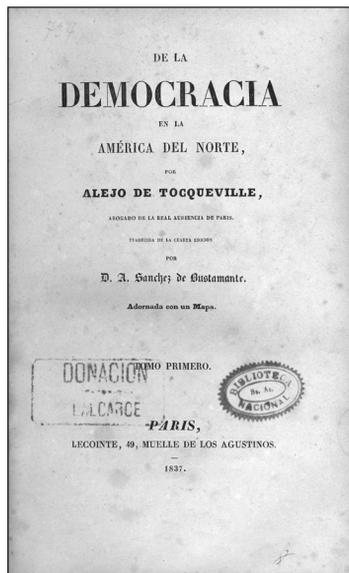
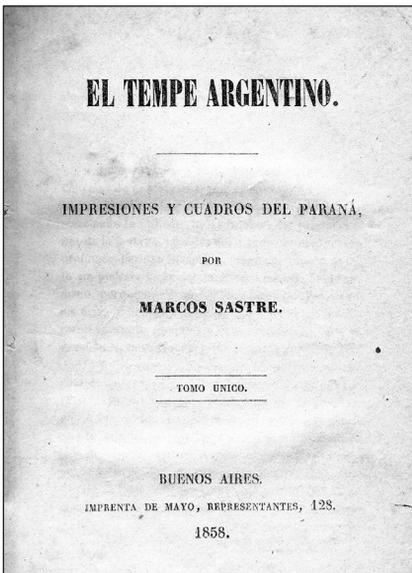
Pedro de Angelis dirigió un importante medio periodístico, el *Archivo Americano*, durante la época de Rosas, mientras la Biblioteca Pública languidecía.



Colección de memorias y viajes realizada por Pedro de Angelis.
La más importante obra archivística de la época de Rosas.

Edición original de *El tempe argentino*, de Marcos Sastre, quien fue director de la Biblioteca Pública en el período 1852-1853.

Un ejemplar de la donación Balcarce: *De la democracia en la América del Norte*, de Tocqueville. Esta importante donación se produce en los años sesenta del siglo XIX.





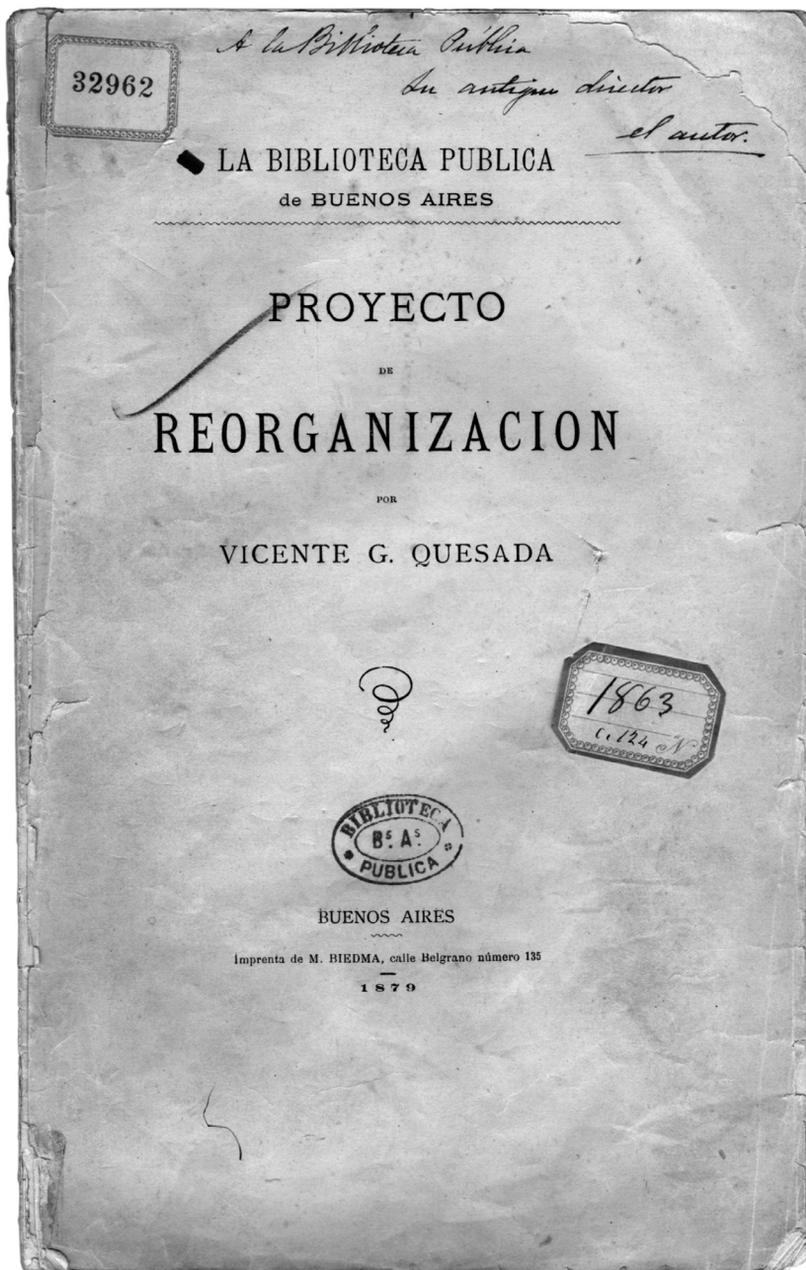
Vicente G. Quesada. Historiador y diplomático,
director de la Biblioteca Nacional entre 1871 y 1879.



Donación del álbum de fotos de Esteban Gonnet.
Viñeta de su establecimiento fotográfico en Buenos Aires, circa 1870.



Sello original empleado por la Biblioteca en su participación
en la Exposición Universal de París, 1878.



Importante documento de Vicente G. Quesada en 1879.
Propone una reorganización bibliotecaria.

Señor don Manuel P. Trelles

Mi estimado amigo -

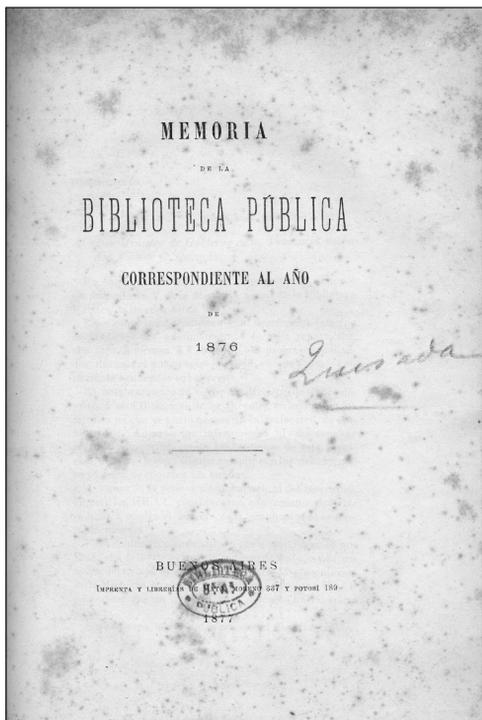
Le acompaño con esta y la otra, de
 donde que el Sr. M. Gohajia me envia resolucion
 N.º 107 de 1879 en virtud de la cual, se me establece
 se permite nuevamente la Biblioteca popular
 a San Nicolás para un tiempo que para nada me
 tapa cuando por el decreto N.º 107, y por inter
 medio de la cual el Sr. Echagüe ha enviado siempre
 los vol. de periodicos de gran calidad.

Con este motivo me repito sus atentos deseos

Vicente G. Quesada

A Buenos Aires 7/9

Carta de Vicente G. Quesada (director en 1879) a Trelles (futuro director) informándole sobre una biblioteca de San Nicolás para continuar una colección de diarios.



Memoria de la Biblioteca correspondiente al período de Vicente G. Quesada, quien también fue un diestro bibliotecario.

REVISTA

30034

DE LA

BIBLIOTECA PUBLICA DE BUENOS AIRES

FUNDADA

BAJO LA PROTECCION DEL GOBIERNO DE LA PROVINCIA

POR

MANUEL RICARDO TRELLES

No sé lo que el mundo pensará de mis trabajos; pero para mí tengo que no he sido mas que un niño que se divierte á orillas de la mar, y encuentra ya una piedrecita tosca, ya una conchita mas agradablemente variada que las demas, mientras que el gran Océano de la verdad se esplendoriza ante mi vista.

ISAAC NEWTON.

TOMO I

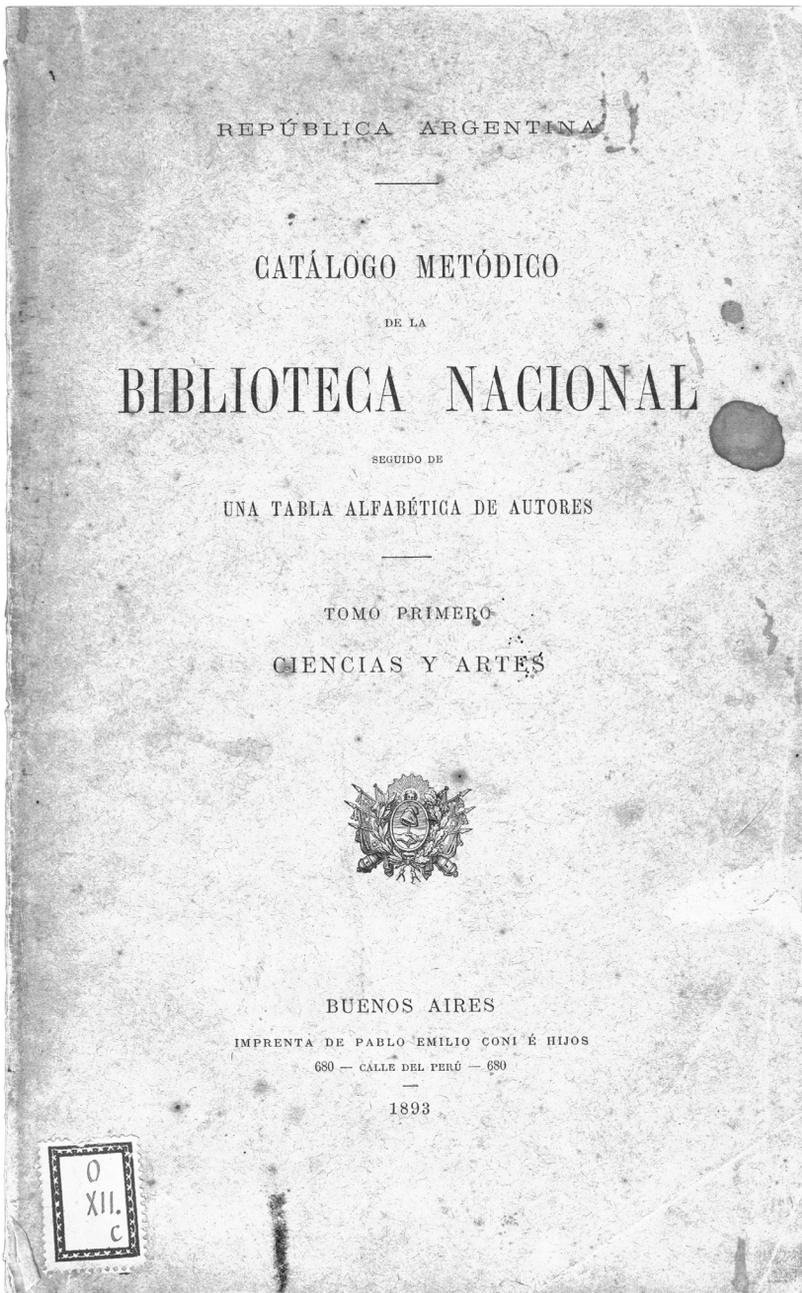
BUENOS AIRES

Imprenta y Librería de Mayo, de C. Casavalle, Perú 115

1879

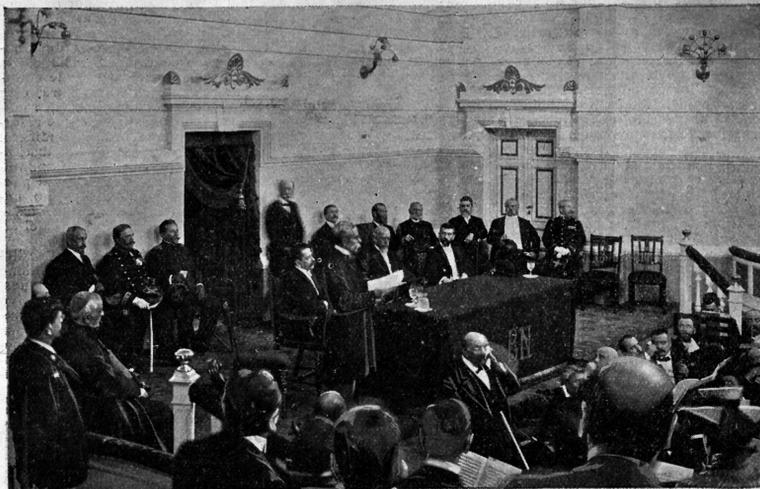


Revista de la Biblioteca Pública de Buenos Aires en el período de Manuel R. Trelles. Se publican documentos y originales de archivo de la historia argentina.



Catálogo metódico publicado por Groussac en 1893.
Posee el prólogo con su *Historia de la Biblioteca Nacional* (imprenta Coni e hijos).

INAUGURACIÓN DE LA BIBLIOTECA NACIONAL

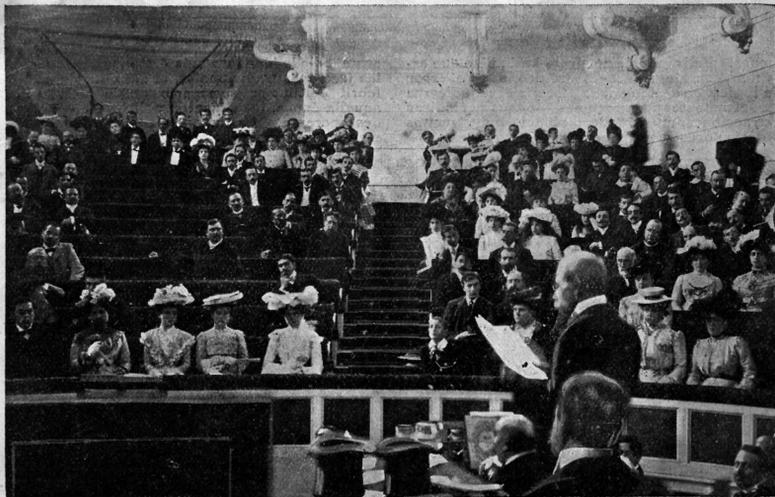


EL SEÑOR GROUSSAC LEYENDO SU DISCURSO

Años hacía que no se celebraba en Buenos Aires una fiesta intelectual tan simpática y de tan alto significado, como la que congregara el viernes anterior un público selecto en el nuevo edificio de la Biblioteca Nacional, bellamente inaugurado después del óptimo discurso del director, señor Pablo Groussac, y de la digna contestación del señor Ministro de Instrucción Pública.

Huelgan en este caso los detalles banales de la ceremonia; la reseña de los aplausos, nunca más sinceros ni más merecidos; la crónica del lunch, correctamente servido en el piso bajo entre los brindis de práctica—como estarían de más—en nuestra prisa de extraer la profunda ora-

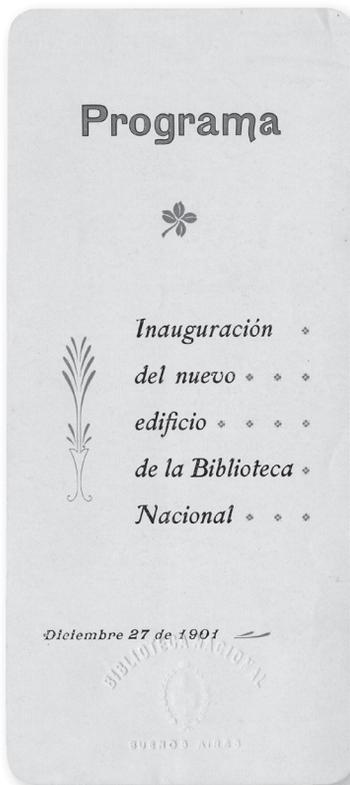
ción literaria del señor Groussac y su noticia histórica de la biblioteca—decir, por demasiado sabido, que al acto concurrió el Presidente de la República, los ministros, el cuerpo diplomático, y delegaciones universitarias y de los centros científicos y literarios, todo en un marco brillante de distinguidas damas pertenecientes á nuestro mejor mundo social. Sin embargo, no podríamos omitir una palabra de encomio para la orquesta del señor Williams, cuyas delicadas interpretaciones de Mozart y de Grieg, fueron otro plato exquisito, acorde con los comensales y con la magnificencia del anfitrión. En cuanto á los datos sobre la arquitectura, distribución de los



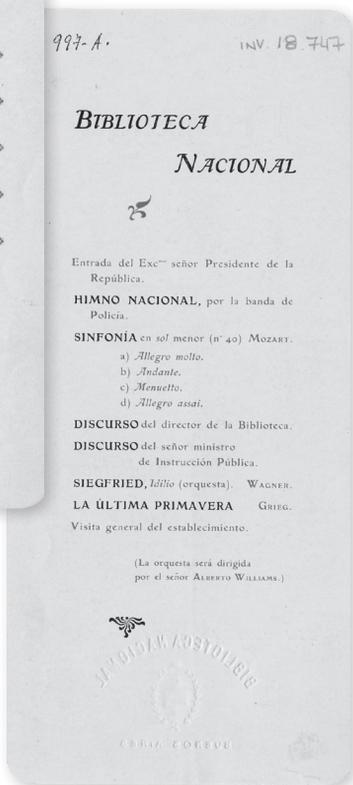
LA CONCURRENCIA

Inauguración del nuevo edificio de la Biblioteca Nacional, ubicado en México 564.

Nota de la revista *Caras y Caretas*, 1901.



Invitación al acto de inauguración del nuevo edificio de la Biblioteca, 1901. La Orquesta Sinfónica Nacional, dirigida por Alberto Williams, interpretó obras de Grieg y de Wagner.



doctor don Vicente Quesada desde el 23 de septiembre de 1871, y la del señor Manuel Ricardo Trelles el 17 de abril de 1879. El



FRAY CAYETANO RODRÍGUEZ
1810-1814



BUSTO EN MÁRMOL DEL DR. M. RIANO MORENO. FUNDADOR DE LA BIBLIOTECA, COLOCADO EN LA MISMA.

mo año fué nombrado el doctor José Antonio Wilde, y pocos días después de su muerte, el 19 de enero de 1885, el actual director,



CAÑÓNIGO D. S. TURNINO SEGURO
1821-1822

9 de septiembre de 1884 la biblioteca pasó á depender del gobierno nacional, el 5 de octubre del mis-

señor Pablo Groussac, á quien tanta consagración y esfuerzo debe la institución.



SR. VALENTÍN ALSINA
1829



MANUEL MORENO
1822-1828



SR. MARCOS SASTRE
1852



DR. CARLOS TEJEDOR
1858-1858



ACTA DE LA FUNDACIÓN DE LA BIBLIOTECA



SEÑOR JOSÉ MÁRMOL
1858-1871



DOCTOR VICENTE G. QUESADA
1871-1878



SR. MANUEL RICARDO TRELLES
1879-1884

En la misma revista, efigies de los directores anteriores a la "era Groussac".
Raro documento: acta de fundación de la Biblioteca.

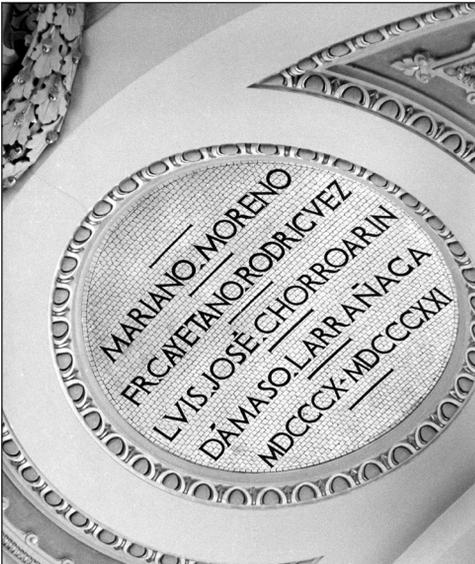


El edificio donde funcionó durante casi un siglo la Biblioteca Nacional, circa 1960. Época de Borges.

Escalera de México 564.
La sede de la Biblioteca Nacional
en principio destinada a la Lotería,
fue construida por el arquitecto
italiano Carlos Morra.
Detalles de gran orfebrería
ornamental en la escalera.

La vieja sala de lectura.
Época de Borges.



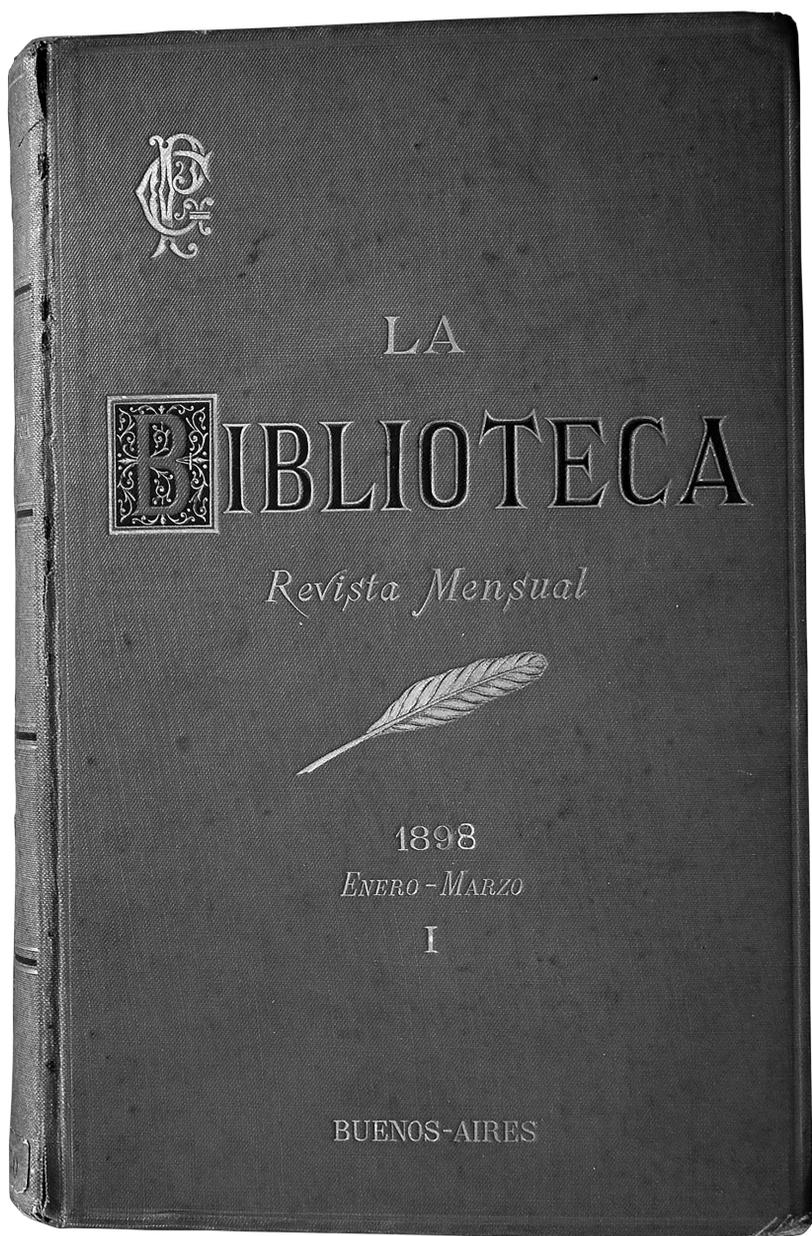


Se cree que en las escaleras, estos globos de hierro de gran diseño son alegorías de bolilleros, pero también se hallan en el edificio de San Martín y Bartolomé Mitre, también construido por Morra, actual sede de institutos de la Facultad de Filosofía y Letras.

Cúpula de la misma sala con el nombre de los primeros directores.



La diosa Fortuna, alegoría escultórica en el edificio de la calle México, alusiva a los juegos de azar.

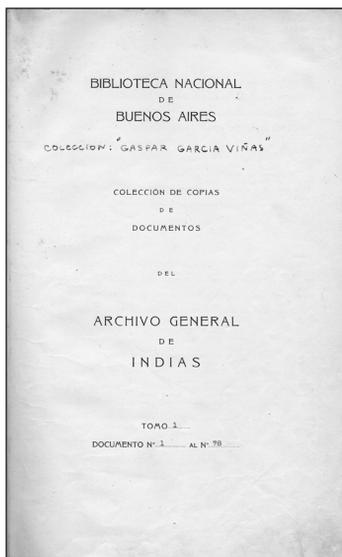
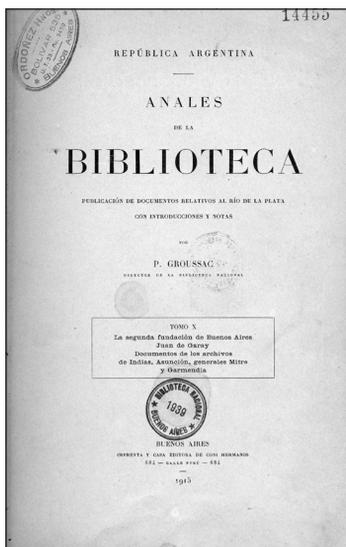
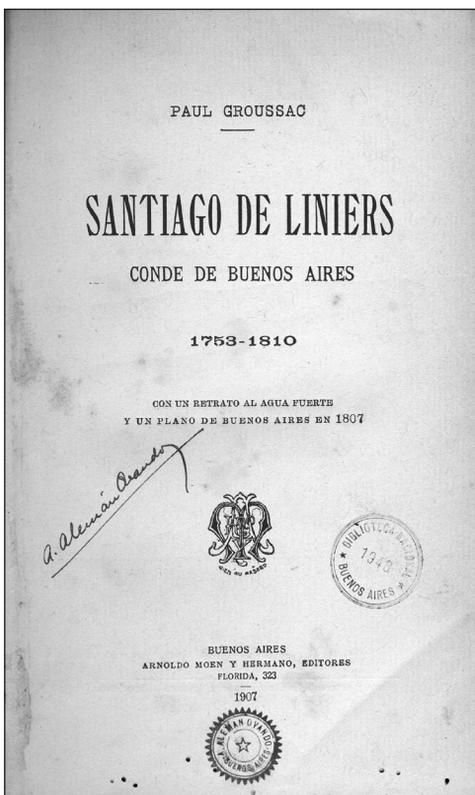


Tapa de la revista *La Biblioteca* con el monograma PG, correspondiente a "Paul Groussac".

El *Liniers* de Groussac, una de sus grandes investigaciones históricas. Editado por la casa Moen en 1907.

Revista *Anales*, con la que Groussac reemplazó a la anterior revista *La Biblioteca*. Número correspondiente al año 1915.

Colección del Archivo de Indias. Copiada por el oficial bibliotecario Gaspar García Viñas en 1910. Se encuentra en Sala del Tesoro.





Escritorio circular que se hizo construir Groussac, ya ciego, para tener todos los utensilios de trabajo a mano.



El Catálogo Groussac se encuentra actualmente en el sexto piso de la Biblioteca Nacional en su nueva sede. Muchas fichas son de su puño y letra.



Paul Groussac en la revista *Caras y Caretas*, circa 1920.

DEPARTAMENTO
DE
I. PÚBLICA

Buenos Aires, 12 de julio de 1938.

Considerando que en la precedente Memoria del señor Director de la Biblioteca Nacional se hacen referencias a diversos temas de investigación, teniendo particular importancia las que aluden a Mariano Moreno, en relación a la fundación de la Biblioteca;

Y siendo conveniente dejar esclarecido a los fines de la verdad histórica, la cuestión referente al fundador de una institución cultural tan importante,

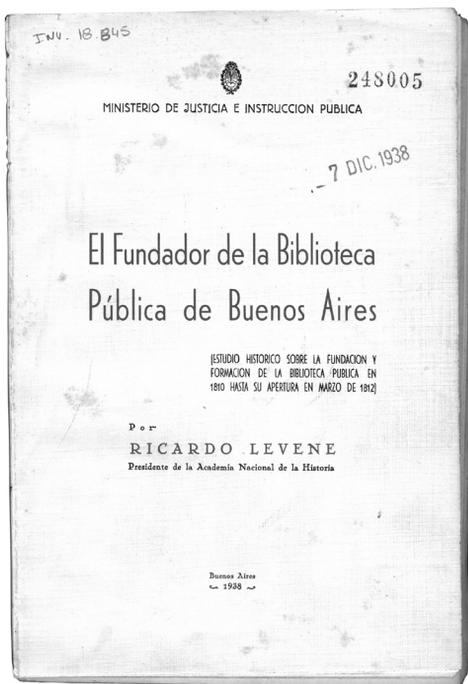
El Ministro de Justicia e Instrucción Pública—

RESUELVE:

1.º — Pasar a la Academia Nacional de la Historia la precedente Memoria del señor Director de la Biblioteca Nacional para que informe sobre todas las circunstancias de su fundación.

2.º — Comuníquese, anótese y archívese.

COLL.



Carta del ministro Coll a la Academia Nacional de la Historia para que examine la teoría de Martínez Zuviría que relativiza el papel de Mariano Moreno en la fundación de la Biblioteca.

Libro de Levene donde refuta la tesis antimorenista de Martínez Zuviría.

Buenos Aires, 28 de julio de 1938.

Señor Ministro de Justicia e Instrucción Pública de la Nación, doctor Jorge Eduardo Coll.

Tengo el honor de elevar al señor Ministro, la investigación de carácter histórico que he realizado sobre el tema «El fundador de la Biblioteca Pública de Buenos Aires», seguido de copias de documentos originales y con reproducción facsimilar de algunos de ellos.

Con motivo de las afirmaciones formuladas por el doctor Gustavo Martínez Zuviría, prestigioso escritor y Director de la Biblioteca Nacional, acerca del verdadero fundador de la Biblioteca, el señor Ministro adoptó la resolución de pasar el expediente a la Academia Nacional de la Historia, que tengo el honor de presidir, «siendo conveniente dejar esclarecido a los fines de la verdad histórica la cuestión referente al fundador de una institución cultural tan importante» dice el decreto.

En su sesión del día 16 del corriente, la Academia encomendó al suscripto la investigación histórica sobre el tema. Agradezco a mis eminentes colegas doctores Ramón J. Cárcano, Antonio Dellepiane y Emilio Ravignani, miembros de la Comisión especial designada, la colaboración prestada y la adhesión a los términos y conclusiones de este trabajo.

Al hacer entrega al señor Ministro de este estudio histórico sobre la fundación y formación de la Biblioteca Pública en 1810, hasta su apertura en marzo de 1812, cúmpleme expresarle que es el resultado de una labor serena y objetiva, realizada en nuestro gran Archivo General de la Nación y en las fuentes éditas sobre la materia, con amor a la verdad histórica y respeto por la superioridad moral de los hombres representativos de la Patria.

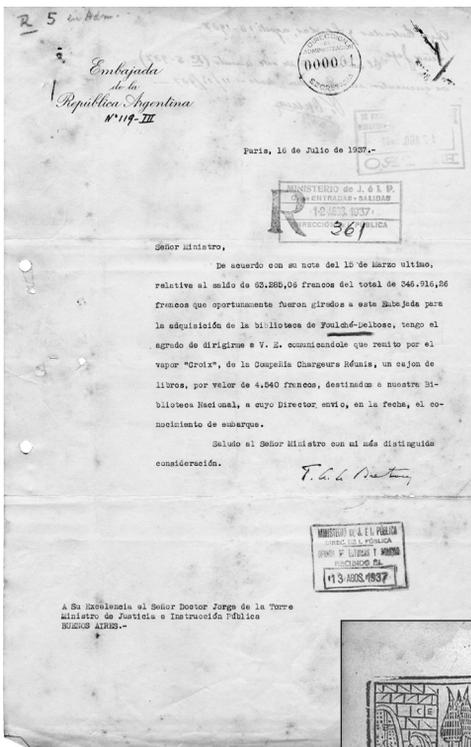
Expreso al señor Ministro mi reconocimiento por el honor que ha discernido a la Academia confiándole esta tarea cultural y le saluda con distinguida consideración.

Ricardo Levene.



— 5

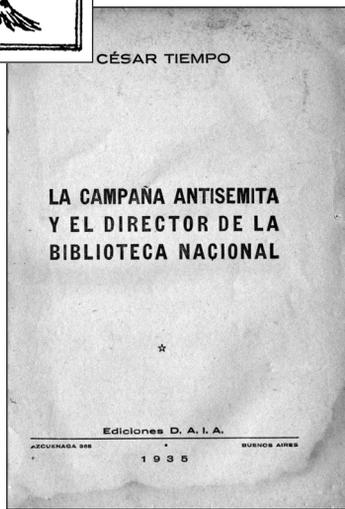
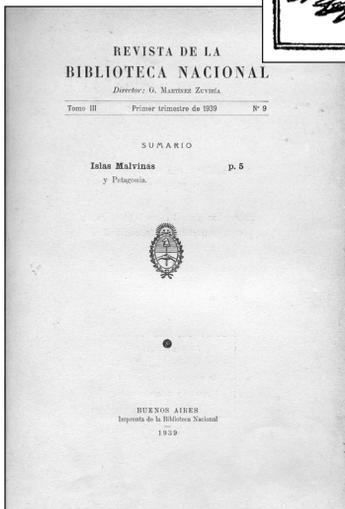
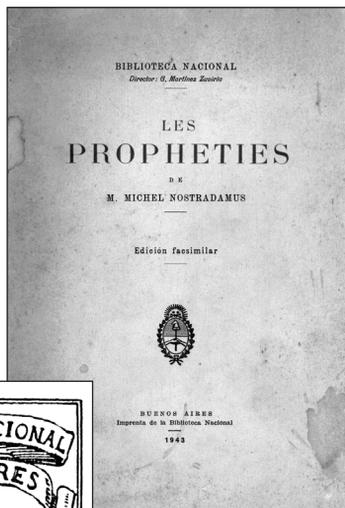
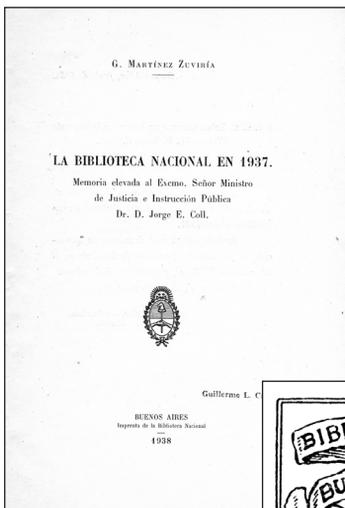
Ricardo Levene, presidente de la Academia Nacional de la Historia,
informa al ministro de su respuesta.



Tomás Le Breton, embajador en París, comunica el envío de las cajas de la colección Foulché-Delbos en el vapor *Croix*.

Una de las primeras ediciones de *La Celestina*, guardada en el Tesoro de la Biblioteca Nacional. Pertenece a la colección del hispanista Foulché-Delbos, comprada por Martínez Zuviría en 1936.





Ideología y administración. Informes al Ministerio en los años treinta; publicación facsimilar de una de las primeras ediciones francesas de *Las profecías de Nostradamus*; blasón de la ciudad de Buenos Aires utilizado como heráldica de la Biblioteca Nacional; *Revista de la Biblioteca Nacional*; publicación crítica de César Tiempo sobre Martínez Zuvería.

Buenos Aires, Agosto 20 de 1955.-

Al Señor Director General de Cultura del
Ministerio de Educación de la Nación
Profesor Don Enrique Cateni
S. D.

Señor Director General:

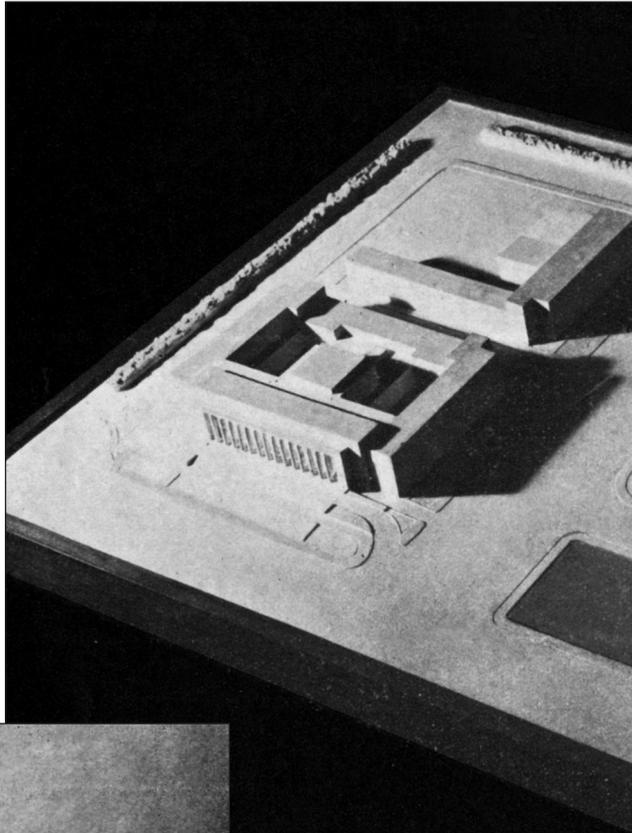
Recién a veinte días de encontrarme al frente de la Biblioteca Nacional, puedo dirigirme a Ud. con conocimiento de causa sobre un asunto de suma gravedad para la vida del organismo a mi cargo. Se trata nada menos que de la entrega del patrimonio documental manuscrito de la Institución, realizada por el Interventor señor don José Luis Trenti Rocamora, aplicando, - a mi modo de ver-, equivocadamente - el decreto N° 19.021/54, dado por el Ministerio de Interior y Justicia, y por el que se dispone la concentración en el Archivo General de la Nación de toda la documentación de carácter histórico existente en oficinas públicas (Art. 1° del decreto aludido) y para subsanar la deficiencia observada de que "muchas reparticiones públicas poseen documentación que no hace a su esencia y que pertenece por su naturaleza a las fuentes de la historia del país" (considerando del decreto).

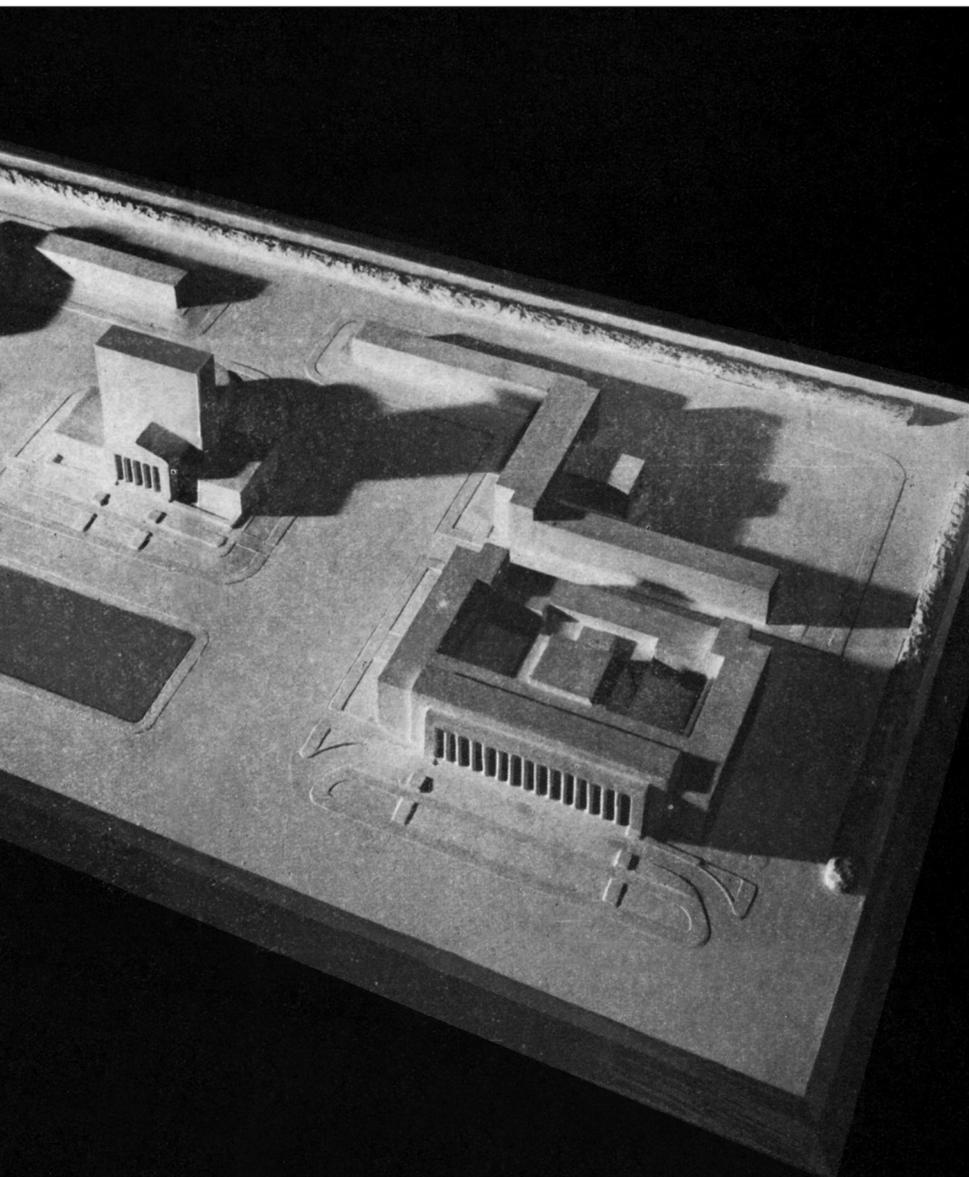
Pasaré a analizar los propósitos de la disposición de referencia según la interpretación que creo corresponde y a concretar lo injustificado que considero la entrega del material manuscrito de la Biblioteca Nacional al Archivo General de la Nación.

CONCENTRACION DE LA DOCUMENTACION HISTORICA EN EL ARCHIVO GENERAL DE LA NACION.

Con el muy loable propósito de fomentar la cultura histórica en el país, y en conocimiento de que no pocas oficinas públicas eran poseedoras de valiosos documentos sujetos a deterioros y pérdidas, cuya preservación y custodia excedía las posibilidades y funciones propias de simples entidades administrativas, por el Ministerio de Interior y Justicia fué que se expidió el decreto N° 19.021/54, que dispone el depósito en el Archivo General de la Nación de los documentos de carácter histórico que existan en

Raúl Touceda, interventor de la Biblioteca pocos meses antes de la caída de Perón, protesta por el envío de documentos al Archivo General de la Nación.



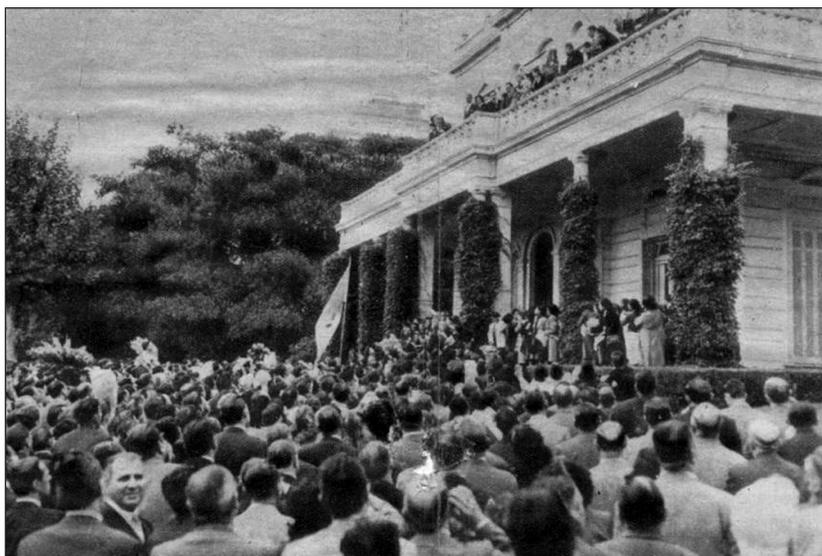


En 1944 Martínez Zuviría proyectó la construcción de un edificio para la Biblioteca Nacional aledaño a la Facultad de Derecho, que aún no había sido inaugurada. Fusiona modernismo y helenismo, inspirado en el urbanismo fascista.

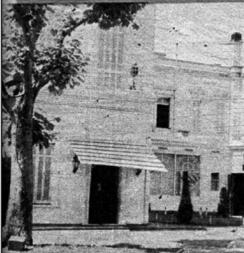
El conjunto arquitectónico pensado por Martínez Zuviría incluía, además, un Palacio de las Artes y la Facultad de Filosofía y Letras, con la Biblioteca reinando sobre toda esa ciudad jerárquica.

Eva Perón
saliendo de la
Mansión Unzué,
residencia
presidencial. En
ese predio se
construirá luego
la Biblioteca
Nacional.

Acto en la
Mansión Unzué,
1952. En su
interior reposa
Evita enferma.



LA RESIDENCIA PRESIDENCIAL DEBE SER



Un aspecto de la Residencia Presidencial, donde tantas cosas turbias se gestaron.

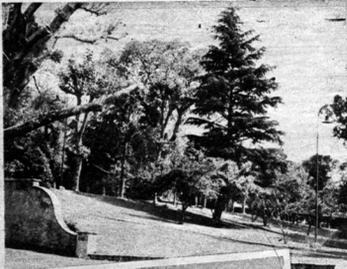
La Residencia Presidencial cobijó a auténticos ladrones, disrazados de mansos pasadores de un mentido "justicialismo". Entre las paredes de sus habitaciones se gestaron los más crueles atentados a la dignidad y la libertad contra aquellos que no pensaban como los despatas encaramados en el poder. Allí se urdieron las tra-



Todavía siguen exhibiéndose los automóviles y los alhajos acumulados por el tirano.

DESTRUIDA

La Residencia Presidencial de la calle Agüero y avenida Libertador General San Martín debe ser destruida o en el último de los casos destinada a otros fines que a los que se encuentra habitada. Esta iniciativa del periódico ilustrado AHORA se fundamenta en el hecho de que ese ancho edificio ha sido "cueva de ladrones" por espacio de casi diez años y allí se entronizaron los jerarcas del régimen nazi-peroniano que padeció el ciudadano durante dos lustros de escándalo, tropelías, tiranía y dilapidación del dinero y los bienes del Estado que lo son también del pueblo.



Das fotografías tomadas en la Residencia Presidencial de la calle Agüero. Aconsejamos su destrucción inmediata para despejar el ambiente de lo que allí se incubó.

pisonadas más inicuas que repugnan a las conciencias libres, se maquinaron fraudes, se prepararon crímenes, se atesoraron fabulosas riquezas y en altas horas de la noche, cuando el pueblo descansaba de sus fatigas, se escribieron capítulos de azaqueante trámite, mediante orgías descabelladas de las que participaron las figuras principales del despotismo junto a mujeres de dudosa moralidad.

La Residencia Presidencial fue un templo pagano donde se saciaron las más increíbles voracidades de los sensualistas decadentes que corrompieron el alma y el cuerpo de tantas víctimas sometidas mediante el oro y las

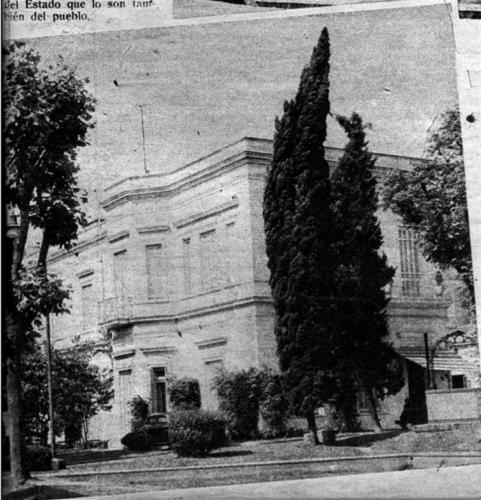
joyas, a los caprichos tortuosos de quienes se entregaban desenfrenadamente a las más bajas pasiones ocultando en esas noches palaciegas su verdadera personalidad de animales.

Ningún presidente constitucional y democrático debe mancharse utilizando esa mansión de lujo y de oro, porque allí se respira aun el ambiente hediondo y contagioso que alentó las maldades del "rey de las pochonetas".

Estas son las razones que nos mueven a lanzar públicamente la iniciativa que nos ocupa. Hay que higienizar al país y nada mejor para ello que comenzar por hacer estériles esas "cuevas de estafadores" desde la cual el "primer deportista", el "primer soldado", el "primer trabajador" y el "primer ladrón del país" siguieron las hueltas siniestras de Nerón, Hitler y Mussolini sumiendo a la patria en el más grave desastre financiero que jamás soportó.

Aquí se burló la fe y la esperanza del pueblo. Por todo lo malo que allí se hizo debe ser destruido la residencia de la calle Agüero o muy breve plazo.

AHORA • B



Llamado a la demolición de la residencia presidencial (Mansión Unzué), futura Biblioteca Nacional. Revista *Ahora*.

Borges ante una pregunta periodística (recorte periódico).

Borges, José E. Clemente y el joven Rogelio García Lupo. Año 1955, Biblioteca Nacional, Calle México. García Lupo, entonces de 23 años, realiza algunas tareas de prensa para el flamante director.

¿QUE SOLUCIONES PROPONE USTED PARA LOS PROBLEMAS DEL PAIS?

APOYAR LA OBRA DE LA REVOLUCION

EXPRESA JORGE LUIS BORGES, DIRECTOR DE LA BIBLIOTECA NACIONAL

URBEO que una prueba cabal de lo que la Revolución ha realizado reside en el hecho de que la gente se va dividiendo de lo anterior — expresa Jorge Luis Borges al responder a nuestra encuesta, que le plantearon verbalmente en su despacho de director de la Biblioteca Nacional—. Antes —continúa diciendo— nos parecía imposible lo que nos ocurría. Ahora casi resulta superfluo recordar lo que era esa satisfacción pasada y superflua, aunque todavía está próxima, reciente. Entonces había que elegir entre el silencio y el servilismo. Y si no era fácil callar, también resultaba bastante difícil escribirnos entre los serviles, pues había como una pugna entre ellos y era necesario exagerar mucho las obsecuencias para destacarse. Cuando hoy se dice que el país vivió en una pesadilla, parece una fantasía y, sin embargo, todos sabemos que fue una tremenda realidad. Presentemente, repito, el hecho de que no vemos dividido de aquella pesadilla demuestra la eficacia de la obra realizada por la Revolución. El país está hoy como un enfermo convalescente, pero vigoroso, que va recuperando rápidamente su salud. Pero todavía quedan muchos enfermos recalcitrantes que se niegan a mejorar y se resisten a la terapéutica revolucionaria. Habré que insistir en el tratamiento aumentando la dosis de democracia a los más rebeldes para ver si se curan de una vez.

—¿Qué misión incumbe a los escritores frente a ese problema de recuperar la salud del país?

—Ante todo diré que, en mi opinión, los escritores argentinos nunca estuvieron del todo al lado de la dictadura. Hasta los más tímidos que se pensaron a serviles lo hicieron con mucho desgano, al menos en su función específica de escritores. Habla en sus escritos algo que evidenciaba que no eran sinceros. Y la prueba es que no ha quedado una sola página de las muchas que se escribieron en defensa del régimen anterior que se destaque por sus valores intelectuales o literarios. Esto demuestra que mis autores carecen de calidad o no creían en la causa que estaban defendiendo. Pero la casi total-



"El país está hoy en la situación de un enfermo convalescente y vigoroso que va recuperando su salud. Hay que evitar los saltes demasiado bruscos, porque pueden originar una recaída."

nes pensales. Según ellos, parecería que las adhesiones están bien cuando se trata de gobiernos de fuerza, pero constituyen un delito cuando se hacen a favor de gobiernos de tendencia liberal y democrática.

—Estos salidas, por lo menos, tienen el mérito de ser libres y espontáneas.

—Desde luego. Pero no debe extrañarnos demasiado esa actitud de nuestros censores si tenemos en cuenta que quienes la asumen se sienten identificados con los regímenes totalitarios y combaten por sí mismos la libertad de pensar, olvidando que las principales víctimas de los dictadores son, precisamente, la inteligencia y la cultura. Acerca de esto quiero decir también que mucha gente se partiría de las dictaduras porque les evita el trabajo de pensar por su cuenta. Les dan todo hecho. Hay, incluso, oficinas estatales que los proveen de esquemas, de consignas, de "alopagos" y hasta de folios a quienes levantar o abateir, según los vientos que soplen y de acuerdo con las directivas de las cabezas pensantes del partido único. Todo esto lo hacen bien los dictadores demagogos que practican el doble juego dialéctico de engañar y adular a las clases populares, haciéndoles creer que son ellos los que las dirigen y añiñan en sus dirigentes, cuando son éstos los que las mandejan a su arbitrio para acrecentar su poder y su provecho. Algo sabemos de estos métodos los argentinos no sólo por lo que ocurrió en el país en la década anterior a la Revolución Libertadora, sino por lo que sigue ocurriendo hoy en ciertos sectores de la política nacional.

—¿Cuál cree usted que debe ser el camino para que el país vuelva a la plena recuperación de su vida intelectual?

—Ya dije antes que el país está hoy en la situación de un enfermo convalescente. Debe tener los saltes que acaban de salir de una grave enfermedad, los saltes demasiado bruscos pueden significar una recaída. Un régimen adecuado es lo que corresponde aplicarle. Yo creo que el gobierno está obrando

Aspiramos a que la Biblioteca Nacional Sea un Auténtico Centro de Cultura, Dice Borges

Después de un período que no exageramos calificándolo de estéril, que se prolongó durante los diez años de la dictadura, la Biblioteca Nacional aspira a retomar la senda que le trazaron sus directores más esclarecidos y a cumplir con su auténtica labor de difusión cultural.

Confiada a un hombre del prestigio intelectual y de los reconocidos merecimientos de Jorge Luis Borges, la tradicional institución portena aspira a conquistar el nivel a que tiene derecho en el país.

Sabemos, porque la hemos recorrido desde la azotea hasta el sótano, que está convertida en un depósito de libros en el que, a menudo ni el orden existe. Sabemos también que es imposible marcar un solo ejemplo más allá de anaqueles, que el edificio de la calle México es totalmente inapropiado, que hay libros hasta en patios abiertos a la intemperie y que hay salas —la que guarda la colección Amancio Alvaraz, por ejemplo— que han de irse a dar al público por la falta de elementales garantías.

Frente a este panorama, es interesante saber que planes de acción se han trazado sus nuevas autoridades y como se proponen llevarlos a la práctica. Con tal objeto tomamos contacto con el señor Borges y con el subdirector de la Biblioteca, señor Juan Carlos Clemente, quienes con verdadero empeño se han puesto a la tarea de revalorarla.

—Aspiramos —nos dice Borges— a convertir esta casa en un verdadero centro cultural. Organizaremos conferencias, exposiciones, cursos de extensión, daremos nueva fisonomía a la sala de libros, modificaremos los horarios implendolos dentro de la posibilidad, adquiriremos colecciones que no alcanzamos a comprender cómo faltan, modificaremos sustancialmente la revista y creo que como proyectos son suficientes, sobre todo si recordamos que para concretarlos contamos apenas con 3,000 pesos mensuales.

—¿Sacarán nuevamente la revista? preguntamos.

—Nunca dejó de salir, se apresura a expresar Borges, pero parecía en una forma casi clandestina. Se dedicaba a transcribir cosas del archivo, lo que le daba



Jorge Luis Borges

continente para la revista. Pretendemos dar algo más que documentos de archivo con erratas de imprenta. En cuanto a su periodicidad seguirá siendo trimestral, pero vivirá a su antiguo nombre: "La Biblioteca".

—¿Y en materia de acervo bibliográfico?

—He tenido sorpresas enormes, prosigue Borges, como la de enterarme que Witman no está en su idioma original y que lo mismo ocurre con muchos clásicos italianos, alemanes e ingleses. Es que con el régimen anterior no cerraban la Biblioteca solo por que hubiera llamado demasiado la atención, pero apenas la toleraban. Lo mismo sucedía con los intelectuales, incluso los peronistas a quienes obligaban a continuos ejercicios de servilismo. Te-

ción al establecerse la exigencia del título en el futuro.

Otra creación que deseamos concretar es la del Instituto de Investigación Bibliopsicológica que tendría como finalidad el estudio de los textos de gran difusión y de los lectores posea experimentados, y a posterior reeducación literaria a través de los mismos textos que servirían como estímulo psicológico.

—¿Podrán desarrollar con los medios actuales toda esta labor?

—Ese es nuestro talón de Aquiles, dice Borges. Hemos pedido que nos amplíen el presupuesto a 1,000,000 de pesos anuales, y nos modifican el actual régimen de adquisiciones. Un no va a ser si le digo que hoy sólo podemos gastar 300 pesos mensuales en una librería y que hace poco fue imposible adquirir un incunable en 2,000 pesos precisamente por esa limitación. El aumento del presupuesto, la designación del personal cuyas vacantes no están cubiertas y el traslado a un local adecuado son cuestiones fundamentales para nosotros.

Mucho es lo que podría decirse todavía sobre las iniciativas de Borges y Clemente en favor de la Biblioteca, a cuyo cuidado se han puesto con la dedicación que sólo puede otorgarse a un ser querido. Aspiran, repetimos, a sacar de su posición actual a convertirla en una institución verdaderamente útil, a que sus fines, aquellos que le dieron nacimiento en una resolución de la Junta de Mayo, puedan ser hoy, a despecho de todas las adversidades, una realidad cada día más necesaria. Sólo es de desear que éstos propósitos encuentren el apoyo necesario y el auspicio de los poderes públicos para ser llevados a la práctica.

El acuerdo en la designación de estos dos hombres para dirigir la Biblioteca no sería completo si se les negara ahora los medios que reclama la realización de su programa mínimo de reconstrucción.

Borges expresa sus propuestas para la Biblioteca Nacional (recorte periodístico).

La Biblioteca Nacional se enriquece con una importante donación

por JOSE LUIS VARIOS PATRON

gion, es decir, la deducción del carácter a través de los rasgos de la escritura.

UNA CARTA GENEROSA

Cierto día llegó a manos de Jorge Luis Borges, director de la Biblioteca Nacional, una hermosa caja de color verde oscuro con una leyenda en letras doradas: *Biblioteca Nacional, Buenos Aires — MANUSCRITOS DE ESCRITORES AMIGOS — Coleccionados y donados por Manuel Mujica Lainez, 1956.* Acompañaba a la caja una carta que explicaba su contenido, "una colección de autógrafos de escritores contemporáneos que durante varios años he formado". Luego, Mujica Lainez agregaba: "La he denominado "Manuscritos de Escritores Amigos", pues la integra un conjunto numeroso de autógrafos, todos los cuales pertenecen a escritores que me han honrado con su amistad. Con excepción de los del español Rafael Alberti, corresponden a escritores argentinos. Puesto que la Biblioteca Nacional posee en su archivo un rico acervo de piezas de nuestros autores que podemos llamar clásicos, me parece útil incorporar esta selección de quienes prolongan en el tiempo la tradición de la cultura argentina. Figuran en mi colección hombres de letras de distintas generaciones, algunos de ellos fallecidos ya y gloriosos, otros en plena madurez creadora; y otros, más jóvenes, que inician su labor, pero que ya son dueños de títulos suficientes, por su sensibilidad y su inteligencia, para merecer ocupar un sitio junto a los definitivos maestros."

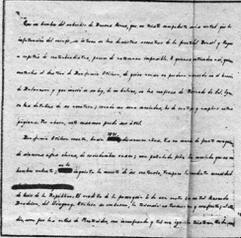
NUESTRA LITERATURA EN UNOS NOMBRES

El conjunto de firmas que aparecen en estos manuscritos es de tal importancia que

bien podemos decir que allí está representada nuestra literatura. Basta echar una ojeada a los nombres que allí campean: Rafael Alberti, Enrique Banchs, Vicente Barbieri, Francisco Luis Bernárdez, Héctor Bianciotti, José Blanco, Adolfo Bloy Casares, Jorge Luis Borges, Silvina Bullrich, Estela Canto, Cordova Iturburu, Augusto Mario Delfino, Vicente Fatone, Fernández Moreno, Alberto Gerchunoff, Oliverio Girondo, Alberto Girri, Eduardo González Lanuza, Noreah Lange, José Luis Lanuza, Enrique Larreta, Roberto Ledesma, Hugo Ezequiel Lezama, Leopoldo Lugones, Eduardo Mallea, Alvaro Melián Lafinur, Adolfo Mitre, Ricardo E. Molinari, Manuel Mujica Lainez, H. A. Murena, Conrado Nalé Roxlo, Ulises Petit de Murat, Julio Figueu, Ernesto Sábato, Oscar Hermes Villordo, Guillermo Whitlow, Juan R. Witcoek.

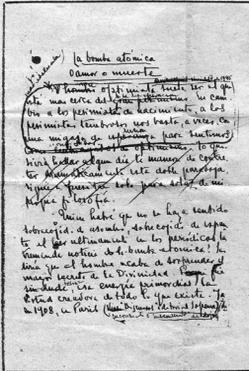
Varias generaciones entrecruzan sus nombres en la lista alfabética; diversas tendencias estéticas pugnan por un orden que se realiza en un plano superior, aquí en donde, superadas las diversidades, sólo se contempla el logro creador.

Pero no encuentra límite en esto la vallosa colección a que nos referimos. Esta donación será, lo suponemos, estímulo para que se realicen nuevos aportes de manuscritos originales, para que otros coleccionistas loquen la felicidad de permitir que los estudiosos puedan llegar a lo que ellos atesoran sólo para sí. Y cuando esto se realice, habrá en nuestra Biblioteca Nacional un tesoro incalculable, un tesoro que tendrá la permanencia y el resplandor que sólo puede entregar el espíritu cuando pasa por las cosas percederas que ejecuta el hombre.

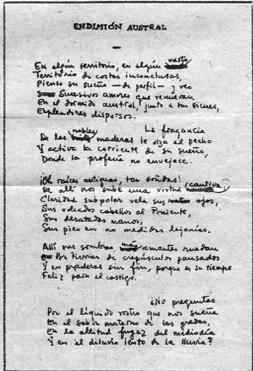


Un original de Jorge Luis Borges.

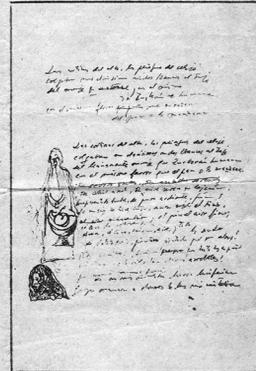
HAY, posiblemente, dos maneras de reeditar colecciones, ya sea por verdadero amor a lo que se colecciona, ya sea por una suerte de egotismo que lleve a retener sólo para sí objetos que otros pueden considerar valiosos. Mientras que la segunda actitud es vituperable —por ser una forma de avaricia—, la primera es índice de una actitud espiritual digna del mejor aprecio. Y es ésta, justamente, la que el ejercido Manuel Mujica Lainez al ir reuniendo manuscritos originales de nuestros mejores escritores. Allí está su amor por lo nuestro, presente en cada una de sus creaciones literarias; allí, la expresión secreta de la cultura, los momentos virginales de cada creación. Pues en estos originales es dable observar la corrección ejercida por los autores, de donde es posible deducir sus preferencias estilísticas, sus valoraciones del lenguaje como medio expresivo y sugestivo, sus viciaciones y sus afirmaciones en el momento en que lo intuitivo se funde en palabras para comunicarse con un futuro lector. Todo esto indica la gran importancia que tienen los originales para quien desee estudiar de más cerca a estos escritores argentinos, sin que dejemos de lado la posibilidad de estudios grafoló-



Este manuscrito, que se halla provisto de tachaduras y correcciones, pertenece a M. Mujica Lainez.



Esta página pertenece al borrador de "Enmienda Austral", poema de Vicente Barbieri.



A Rafael Alberti se debe este curioso manuscrito. A la izquierda de la página, varios dibujos.

Noticia de la donación de Manuel Mujica Lainez con valiosos manuscritos, 1955. Esta donación trataba de afianzar la gestión de Borges.



Comienzo de la construcción de la Biblioteca Nacional en el predio que ocupaba la Mansión Unzué, 1971.

CONFERENCIAS

Sábado 6

JORGE D'URBANO: Schubert.

Sábado 13

JAIME PERRIAUX: Homenaje a Ortega y Gasset.

Sábado 20

JULIO PAYRÓ: Cézanne.

Sábado 27

HORACIO OSVALDO DONDO: Aproximaciones y encuentros en la Poesía.

CLAUSURA DEL CICLO DE CONFERENCIAS DE 1956

Escuche los domingos, a las 10.30,
por LRA Radio del Estado, la audición de la
Biblioteca Nacional.

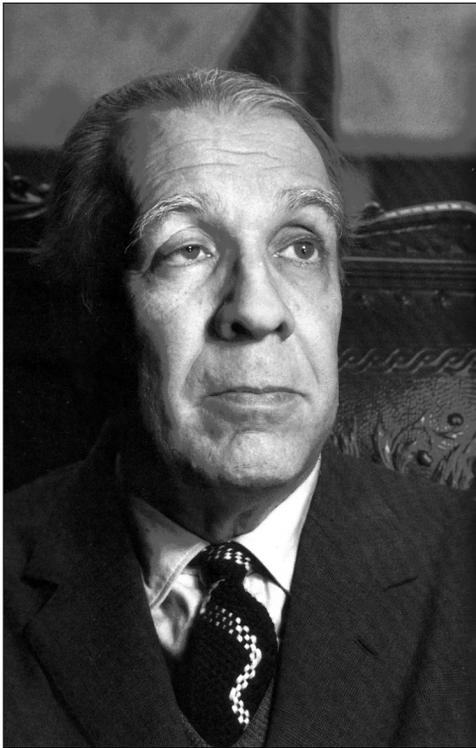
Primeras conferencias del ciclo Borges.

En la misma conferencia,
en primera fila, Victoria Ocampo.

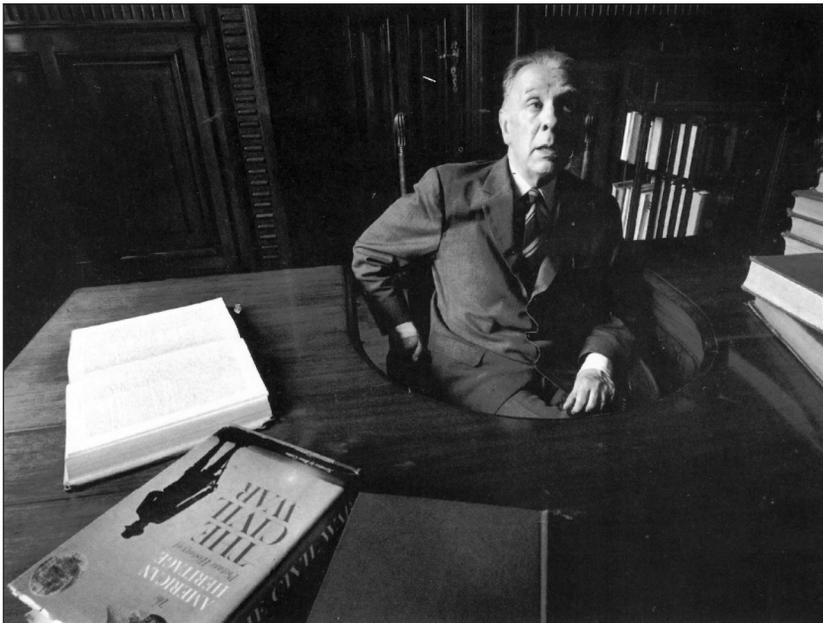


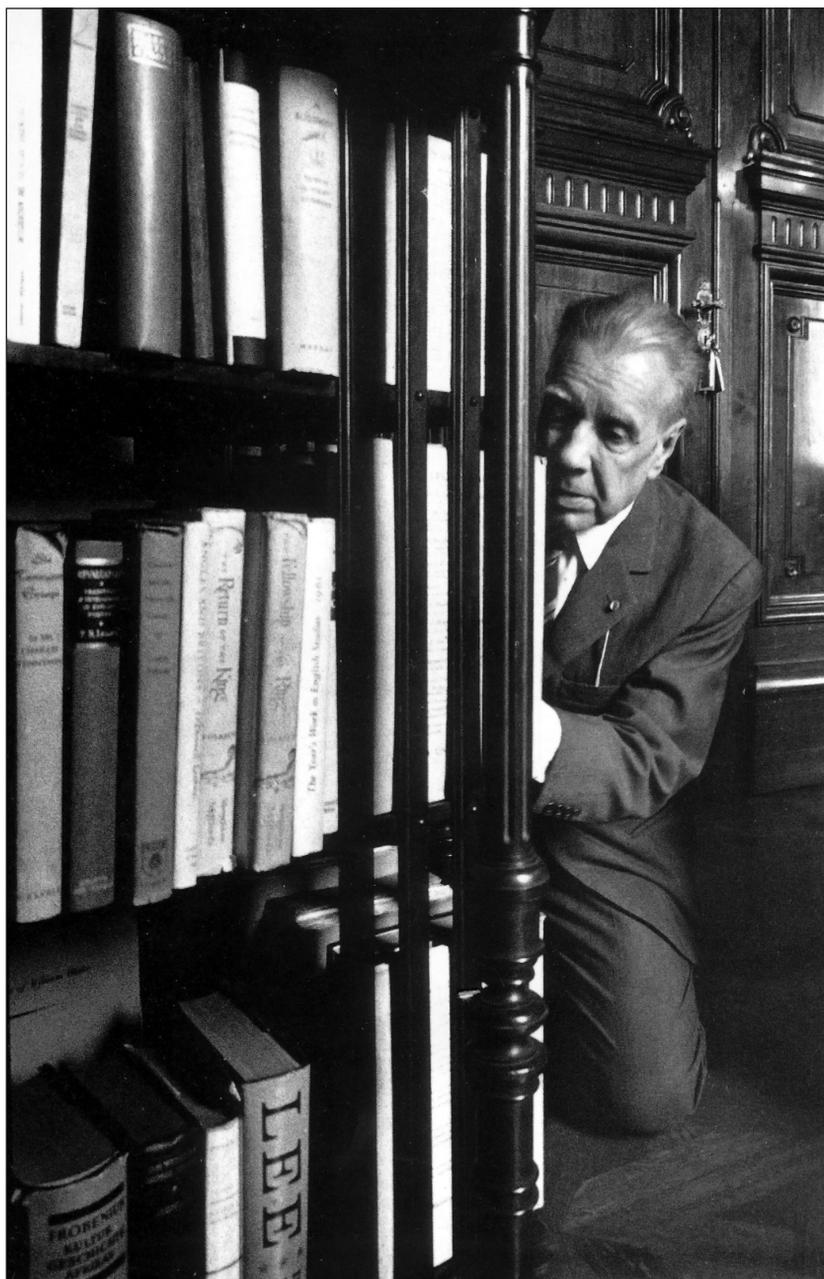
Conferencia de Borges en la sala de lectura de la calle México.





Borges en la sede de la calle México, sentado en el escritorio de Groussac (abajo) y detrás de la biblioteca que se encuentra actualmente en la Sala del Tesoro. Fotografías de Sara Facio.





Ministerio de Educación y Justicia — Dirección General de Cultura

La Biblioteca

Revista de la Biblioteca Nacional

Intenciones. *ADOLFO BIOY*: Fragmento de un cuaderno de memorias. *JUAN CARLOS GHIANO*: La novela gauchesca. *MANUEL PEYROU*: La Delfina. *MANUEL MUJICA LAINEZ*: Cinco sonetos de Shakespeare. *JOSEFA E. SABOR*: Formación del bibliotecario argentino. *KAZUYA SAKAI*: Hiroshige y el paisaje en la pintura japonesa. *CELIA SOMMER DE BALCARCE*: Incendio de la Iglesia de San Nicolás. *MARCOS VICTORIA*: Estar en el cine. *HORACIO ARMANI*: Invocación a Mozart. *MARIO BENEDETTI*: Aquí se respira bien. *AUGUSTO R. CORTAZAR*: Los libros y la realidad viviente en la investigación folklórica. *BONIFACIO DEL CARRIL*: Libertad, derecho y cultura. *ROY BARTHOLOMEW*: El paraíso de los escritores. *JORGE LUIS BORGES*: Prosas. *GREGORIO WEINBERG*: Biblioteca de cultura básica. *CESAR DABOVE*: Reencuentro con Jerjes II, Rey de Persia. *HOMENAJE A ORTEGA Y GASSET*: *JULIAN MARIAS*: El hombre Ortega. *JOSE ORTEGA Y GASSET*: Idea del Teatro — Una abreviatura. La muerte de Ortega y Gasset en la prensa mundial. *BIBLIOGRAFIA*: *ALICIA JURADO*: Las puertas de la percepción de Aldous Huxley. *FRANCISCO J. SOLERO*: América como inteligencia y pasión de Víctor Massuh.

TOMO IX — 2ª EPOCA — NUMERO 1
PRIMER TRIMESTRE 1957

BUENOS AIRES

Revista *La Biblioteca* en el período de Borges.
Los colaboradores componen el nuevo elenco cultural de la época.

INTENCIONES

La Biblioteca es infinita y pasiva. Con una hospitalidad que es afín a la resignación y a la indiferencia, acoge y atesora todos los libros, porque todo libro, algún día, puede ser útil a alguien o alguien puede buscar la seguridad de que no le es útil. La Biblioteca, así, propende a ser todos los libros o, lo que es igual, a ser el pasado, todo el pasado, sin la depuración y la simplificación del olvido. La Biblioteca sólo es querible, como el universo lo es o los vastos sistemas filosóficos del Indostán o de la escolástica, con una suerte de amor fati.

La revista, en cambio, es humana; condesciende a simpatías y diferencias. Ya que representa la Biblioteca, puede ser tan curiosa como ésta y no menos heterogénea; el círculo de todo el saber será su ámbito y no sólo la historia. Además, ahora sabemos que la historia no está relegada a viejas espadas y a textos laboriosos; no es algo que está hecho sino que se hace, en los sueños y en la vigilia.

En esta su tercera etapa, la revista aspira a no ser indigna de quien la fundó, Paul Groussac, y de los tiempos arduos y valerosos en que ahora le toca vivir. Toda revista, como todo libro, es un diálogo; la suerte del que ahora iniciamos también depende del lector, ese interlocutor silencioso.

J. L. B.

CARTAS AL PAIS

Del Director de la Biblioteca Nacional

Señora Directora de **Clarín**:

En una de las partes de la carta del señor Jorge Ballester que se publicó en la edición del 22 de febrero se expresa lo siguiente: "Si usted va a la Biblioteca Nacional media hora antes del cierre no le admitirán pedido alguno, aunque a usted le basten diez minutos para consultar el libro o el periódico que solicita. ¿Y por qué? Porque diez o quince minutos antes de la hora de cierre comienza la 'desbandada' y los lectores son prácticamente expulsados a fin de que los empleados puedan, a la hora del cierre —es decir cuando recién debían clausurar las salas de lectura— estar en la puerta de calle listos para emprender la retirada a sus casas..."

Sobre el particular llevo a su conocimiento que la Biblioteca Nacional, que me honro en dirigir, presta un servicio calificado y amable a sus lectores. Extendió su horario que era de 14 a 22 horas al actual de 8 a 24 horas desde mediados de 1967, como prueba de su permanente afán de superación y servicio, implantando el servicio de fotoduplicación en el acto desde hace más de dos años, lo que representa un aporte de suma utilidad al lector, estudiante y/o investigador. En el año 1972 incrementó en forma superlativa su programa de extensión cultural con exposiciones y conferencias, concretándose un operativo conjunto con el Consejo Nacional de Educación que llevó el patrimonio del organismo al interior de nuestras escuelas primarias, dándose clases especializadas en ellas y recibiendo la visita guiada de cerca de 9.000 escolares de 6° y 7° grado. Con estas menciones muy sintéticas quiero expresar a usted la envergadura cultural y de servicio público que presta la Biblioteca Nacional, posible solamente merced al espíritu de sacrificio de su personal, muy escaso en número y con escasa remuneración, pero que se halla consustanciado con la misión docente que de ella emana.

La Biblioteca Nacional opera mediante reglamentos que conoce el lector y, media hora antes del cierre, como ocurre en toda biblioteca pública de la importancia de la nuestra, no se entregan obras pues deben irse acomodando en sus estantes las que los lectores devuelven a fin de estar debidamente ordenadas para el servicio público del día siguiente. Además pedir un libro lleva un proceso de unos

seis a diez minutos que, en el caso expuesto por el señor Ballester, distrae al personal destinado a tal tarea en lo que debe hacer específicamente entre las 23.30 a 24, que es ir poniendo libros consultados en su habitual encasillamiento; espacio de tiempo en que espontáneamente ya los lectores existentes van devolviendo las obras. Por lo demás el caso que pinta el singular denunciante habitualmente no se produce y, a quien el personal brinda razones, comprende que el reglamento de trabajo se establece de acuerdo a lo que aconseja un eficiente servicio público. Ello no es óbice para que cuando una circunstancia de real necesidad y no una cuestión de hábito encuentre disposición especial en el empleado que atiende la solicitud, que por exceso de buena voluntad crea conveniente atender. Se debe entender que la Biblioteca Nacional constituye un amplio complejo cuyo mecanismo funciona por el sistema de/relojería, la única forma de hacerlo eficiente como es.

Rechazo la afirmación de que el personal se retira de sus obligaciones 10 ó 15 minutos antes del cierre, expulsando a los lectores. Demasiado grosera es esta gratuita imputación a un personal que no ahorra fatigas poniendo el hombro más allá de sus normales obligaciones. Hasta ahora la Dirección no ha podido constatar deterioros en sus instalaciones por esa "desbandada" de que nos habla nuestro singular crítico. Si en cambio puedo asegurar el retiro ordenado del personal a partir de la hora 0.05 a 0.20, según sean sus responsabilidades luego de la hora de cierre a las 24. En cuanto al rubro "Hemeroteca" de atención de diarios, revistas y periódicos, el horario de cierre es la hora 21. Solamente la sala principal está abierta hasta la hora 24. El señor Ballester debe comprender que su derecho termina donde comienza el derecho de su servidor, cuando le llega el turno de ir a su casa a descansar. El tiempo de cada uno debe ser graduado de acuerdo con la necesidad que se tenga, sin pretender sojuzgar caprichosamente el ajeno que no le pertenece.

Salúdala atentamente
Jorge Luis Borges
 Director
 Biblioteca Nacional

Carta de Borges a *Clarín* el 10 de marzo de 1973 en defensa del personal de la Biblioteca.

Los giros administrativos de la carta que firma Borges hacen suponer que no provienen de su propia escritura, aunque son sus convicciones.

BIBLIOTECA NACIONAL
Buenos Aires

NOTA N° 68 /B.N./1970.-

Buenos Aires, 2 10 OCT 1970

A los Señores
Herederos de Don PEDRO DENEGRI
Junca 1 n° 1283 - 4° - C
CAPITAL FEDERAL

De mi alta consideración:

Tengo el agrado de dirigirme a las señoras y señores herederos de Don PEDRO DENEGRI, acusando recibo de su atenta carta del día 15 del corriente mes.

Lamento mucho que una versión cuyo origen no se especifica, produzca la reacción de Vds. en defensa de las disposiciones bajo las cuales se concretó la donación de las obras de la colección formada por Don Pedro Denegri.

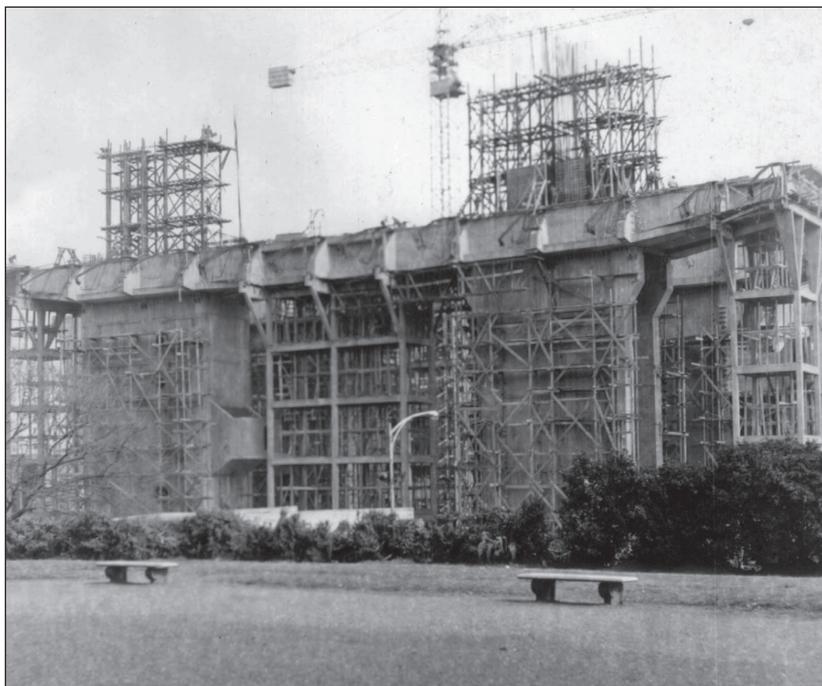
Esta DIRECCION en ningún momento alteró los términos del convenio suscripto, ni en su imaginación cruzo en instante alguno ningún tipo de proyecto que alterara las normas que rigen la exhibición y consulta de las valiosas obras, instaladas en anaqueles y armarios especiales en una de las salas de la DIRECCION que, por tal circunstancia, se denomina SALA PEDRO DENEGRI, con exhibición pública del retrato del citado y del Acta de Donación respectiva. En consecuencia me place llevar tranquilidad a los señores herederos pues, además, de haberse considerado alguna variante -únicamente para realzar la magnífica colección- esta DIRECCION habría consultado previamente tal perspectiva con Vds. Por lo demás, el cuidado y atención especial que se presta a la colección, la pone a cubierto de cualquier deterioro.

Sin otro motivo, hago propicia la oportunidad para saludar a los señores herederos de Don PEDRO DENEGRI con las expresiones de mi mayor estima.-



[Handwritten signature]
JORGE WAIS BORGES
DIRECTOR

Borges administrador: respuesta a la familia De Negri, donante de la Biblioteca.



Ya asoma el perfil del actual edificio de la Biblioteca Nacional. Septiembre de 1976.

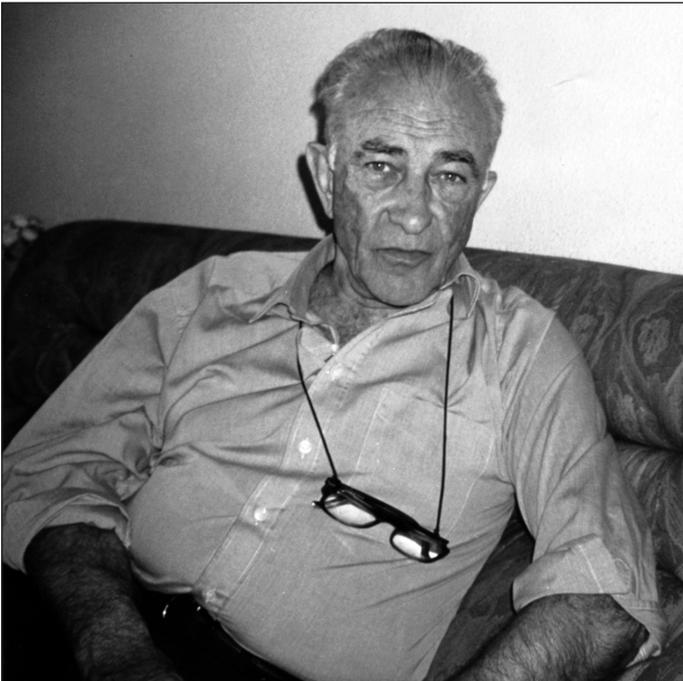


Mudanza de libros desde la calle México al nuevo edificio.



Año 1993. La gran mudanza. Últimos libros trasladados por soldados del Regimiento Patricios, que presentan armas. Curiosa escena.

Héctor Yánover, poeta y librero, director de la Biblioteca Nacional durante el período 1994-1996.



Devolvieron los libros jesuíticos a la Universidad

Fernando de la Rúa y José Manuel de la Sota encabezaron el acto de restitución de los libros jesuíticos a la Biblioteca Mayor de la Universidad Nacional de Córdoba. Los libros habían sido enviados a Buenos Aires hace más de doscientos años, cuando la orden jesuita fue expulsada de la Argentina.

El historiador Pedro Frías y el director de la Biblioteca Nacional (donde estaban los ejemplares), Francisco Delich, fueron los primeros en dedicar elogios a la devolución de los incunables. Más tarde, De la Rúa, con su habitual tono frío dijo que «devolución, después de dos siglos es un término muy fuerte, es una entrega».

El Presidente reconoció a su antecesor Carlos Menem por haber firmado el decreto que significó el puntapié de este operativo retorno. Y destacó, finalmente «la obra evangelizadora y pacífica» de los sacerdotes de la Compañía de Jesús.

Por su lado, el gobernador De la Sota afirmó que «hoy (por ayer) es un día de legítima alegría popular porque vuelve a casa buena parte de nuestro acervo cultural».



Los libros jesuíticos

• Patrimonio cultural

Agregó que «el legado jesuítico ocupa un lugar de privilegio en la memoria histórica de nuestro pueblo», y confió en que la UNESCO declare a la manzana en que se encuentra el Rectorado universitario como Patrimonio de la Humanidad.

«Hoy se nos presenta otra oportunidad para volver a recordar todo lo que los integrantes de la Compañía de Jesús realizaron en Córdoba entre 1585 y el momento de su expulsión, y de manifestar nuestro orgullo por su legado, que tenemos la obligación de reconocer, de proteger para las generaciones futuras y de continuar investigando», continuó.

«La devolución de un patrimonio cultural que se inscribe en el marco de una contienda legal de alcance mundial y que involucra patrimonios artísticos tan importantes como los frisos del Partenón, cuya devolución Grecia reclama al Museo Británico», comparó De la Sota.

De la Rúa hace el discurso de entrega de los libros jesuíticos a la Universidad Nacional de Córdoba. Hecho polémico.

*Jorge Luis Borges y Montevideo, junio de 1951.
 Die letzte Glasperlinaspindel ("Hieroglyphen, die siegt viel bringen"): 223.
 Doch wann ein Wilder oder Mondmann käme ... 220.
 die Bücher des Paradieses: 225.*

Franz Kafkas Glauben und Lehre
 (Kafka und Tolstoi)
 Eine Studie von Max Brod
 Mit einem Anhang
 «Religiöser Humor bei Franz Kafka»
 von Felix Weltsch
Jorge Luis Borges y Concepción del Uruguay, 1953.

BIBLIOTECA NACIONAL - BUENOS AIRES
 Escriba claro

Título de la obra:

Autor:

Número: *232924*

Nombre y apellido del lector:

Domicilio: *Sr. BORGES*

Documento de identidad:

Ocupado	Perdido	Encuad.	Déposito
---------	---------	---------	----------

Despachado por: ASIENTO N°

Anotaciones de Borges en libros de la colección de la Biblioteca Nacional.

Boleta de pedido de libros a nombre de Jorge Luis Borges.



Elvio Vitali en la Dirección de la Biblioteca Nacional.

